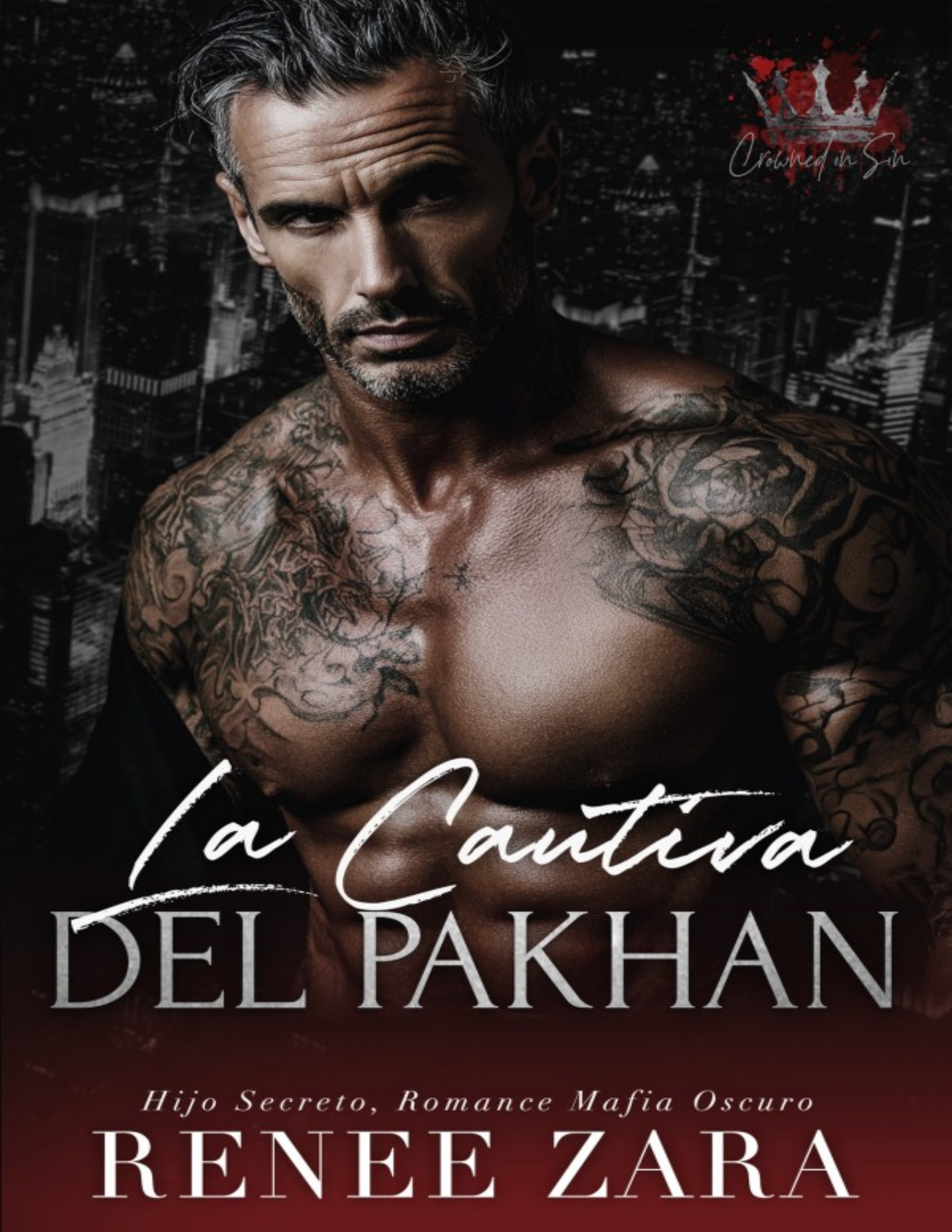


La Cautiva DEL PAKHAN

Hijo Secreto, Romance Mafia Oscuro

RENEE ZARA

LA CAUTIVA DEL PAKHAN

HIJO SECRETO, ROMANCE MAFIA OSCURO

RENEE ZARA

ÍNDICE

Copyright

Descripción

1. Lena
2. Razvan
3. Lena
4. Razvan
5. Lena
6. Razvan
7. Lena
8. Razvan
9. Lena
10. Razvan
11. Lena
12. Razvan
13. Lena
14. Razvan
15. Lena
16. Razvan
17. Lena
18. Lena
19. Razvan
20. Lena
21. Razvan
22. Lena
23. Razvan
24. Lena
25. Razvan
26. Lena
27. Razvan
28. Lena
29. Razvan

30. Lena
31. Razvan
32. Lena
33. Razvan
34. Epílogo: Lena

COPYRIGHT

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse, ni total ni parcialmente, por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso escrito de la autora, excepto en el caso de breves citas utilizadas en una reseña literaria.

Maquetado con Vellum

DESCRIPCIÓN

Vi al heredero del Pakhan matar a mi padre.
Después terminé en su cama.
Razvan Volkov.
Mi captor.
El futuro Pakhan.
El hombre al que juré matar.
Tres días como su prisionera debieron terminar con mi ejecución.
En cambio...
Escapé embarazada de su hijo.
Cinco años después regresé porque no tenía otra opción.
"Han secuestrado a mi hijo."
Razvan observó la fotografía del pequeño.
Luego susurró:
"¿Por qué tiene mis ojos?"

1

LENA

—¡Entra, Lena!

Miro a mi padre, confusa. Está de pie delante del armario de la ropa blanca, al fondo del piso, con la puerta abierta, la mano en el marco y una mirada que no le he visto nunca.

—¿Qué? —Miro el armario y luego a él—. Papá, ¿qué estás…?

—No discutas conmigo. —Su voz sube una octava, presa del pánico, y se me hace un nudo en la garganta—. Entra. Ahora.

¿Qué está pasando? El corazón me late deprisa, el sonido aumenta con cada latido, porque nunca he visto a papá así.

Tiene miedo y su miedo me está asustando a mí también.

¿Qué está ocurriendo?

—Dime qué está pasando. —Mi voz sale más débil de lo que querría —. Me estás asustando. ¿Qué pasa? ¿Por qué tienes esa cara…?

—Necesito que confíes en mí. —Me aprieta un pendrive azul oscuro en la palma de la mano y me cierra los dedos sobre él con un agarre firme; le tiemblan las manos, pero sujeta con firmeza, como si me

estuviera entregando algo sagrado—. Mantenlo a salvo. No lo sueltes por nada del mundo. Si pasa algo, corres. No te pares, no mires atrás; corres y sacas esto de Moscú.

—¡Papá! —La garganta se me cierra al pronunciar su nombre—. Vienes conmigo. Sea lo que sea, nos vamos juntos, podemos irnos ahora mismo, no tenemos por qué…

—Lena. —Pronuncia mi nombre como cuando yo tenía doce años y no paraba de hacer preguntas sobre su trabajo. Tierno. Definitivo. Como una puerta que se cierra—. Entra, por favor.

En ese momento, se me encoge el corazón.

Lo miro y él me devuelve la mirada. Levanta ambas manos para ahuecarme la mandíbula y me sujeta la cara durante un instante que se alarga demasiado.

Hay algo en sus ojos que se parece mucho a las lágrimas.

Papá no es de los que tocan la cara. Da palmaditas en los hombros, aprieta manos, revuelve el pelo cuando está especialmente juguetón. No sujeta caras.

Algo va muy mal.

—Lena. —Le veo un tic en la mandíbula mientras pronuncia mi nombre, mirándome directamente a los ojos—. Necesito que me prometas que no saldrás de este armario por nada del mundo. Pase lo que pase, veas lo que veas, te quedarás escondida. Por favor, *dochka*, prométemelo.

No sé por qué está pasando esto, no sé qué ocurre y eso me está volviendo loca.

Pero la forma en que papá me mira me duele tanto en el corazón que siento que se me saltan las lágrimas.

Muevo la cabeza lentamente mientras intento contener las lágrimas que amenazan con caer. —Claro, papá. Te lo prometo. Te lo

prometo.

Lo digo dos veces para tranquilizarlo.

Una diminuta, diminutísima sonrisa se dibuja en su rostro cansado y se inclina para besarme la frente. —Te quiero.

Sin pensar, respondo: —Yo también te quiero, *papochka*.

La sonrisa en su cara se agranda y yo sonrío con tristeza.

Siempre supe que a papá le encantaba que le llamara así, pero siempre me había burlado de él por ello y nunca lo usaba.

Y, no sé por qué, me siento rota.

Papá inspira hondo y su expresión se vuelve serena y compuesta, la que le he visto lucir en cien pasillos, a las puertas de cien habitaciones a las que nunca se me permitió entrar; esa expresión que significa que sus verdaderos sentimientos están en un lugar que no voy a poder alcanzar esta noche.

A pesar de que todo en mí me grita que proteste, que luche, entro.

La puerta del armario se cierra con un clic y me quedo de pie en la oscuridad con olor a cedro, con la memoria USB apretada en la palma de la mano y el corazón golpeándome las costillas con tanta fuerza que estoy segura de que alguien lo oirá, porque es lo único que podía oír.

¿Qué es esta memoria? ¿Qué está haciendo? ¿Qué es…?

Una explosión retumba desde el otro lado de la casa.

Contengo la respiración.

El sonido es enorme —madera que chirría al saltar de sus bisagras, un crujido como de algo que se rompe sin poder volver a unirse— y luego unas botas irrumpen en el vestíbulo de mármol como una oleada.

Pesadas.

Múltiples.

Demasiadas, demasiadísimas.

Oh, Dios mío. Por favor, ¿qué está pasando?

Aprieto el ojo contra la delgada rendija que hay entre la puerta del armario y el marco.

Necesito ver.

El ángulo es malo, pero puedo ver la entrada del pasillo, y más allá, el borde del salón.

Es suficiente.

Suficiente para ver a los hombres vestidos de oscuro desplegándose por nuestra casa; suficiente para ver a papá de pie junto a la chimenea, con las manos a los costados y la barbilla en alto; y suficiente para ver al hombre que entra el último, que se para en el centro de la habitación y mira a mi padre como quien mira un problema que ya ha resuelto.

—Pyotr Sokolova. —No es una pregunta.

Papá no dice nada.

—Sabes por qué estamos aquí.

—Sé lo que os han dicho. —La voz de papá es serena. Imposiblemente serena—. Lo que os han dicho es mentira.

El primer golpe llega tan rápido que no me da tiempo a registrarlo.

Un puñetazo en el lateral de la cara. La cabeza de papá se sacude hacia un lado y yo me tapo la boca con las dos manos, porque el sonido que intenta escapárseme no es un sonido que pueda permitirme hacer.

La espalda me golpea contra la pared del armario.

Me tiemblan las piernas.

Me tiembla todo el cuerpo.

¡Papá!

¡No! Tengo que detenerlos…, ayudarlo.

Echo mano al pomo de la puerta, pero las piernas me han fallado. El miedo me atenaza con fuerza.

Me aprieto con más fuerza las manos contra la boca y suplico para mis adentros.

Cállate. Por favor.

—Lo mataste. —El hombre que está de pie junto a papá lo dice como si fuera un hecho constatado—. Hiciste que mataran al Pakhan.

—Eso no es verdad. —Papá escupe sangre al suelo, vuelve a girar la cabeza y mira al hombre a los ojos—. Llevo veinte años sirviendo a esta organización. Jamás…

Otro golpe. Esta vez una bota, y papá cae sobre una rodilla. Alguien al otro lado de la habitación dice algo en un ruso rápido y brutal que no alcanzo a entender del todo: «*suka, ublyudok, ty dumayesh my durak*», y otro se ríe; el sonido me revuelve las tripas por completo.

Voy a gritar. Siento cómo crece en mi pecho, enorme e incontrolable, y me aprieto el puño contra la boca con tanta fuerza que los dientes se me clavan en el interior del labio y el dolor es lo único que lo detiene.

Sangre en mi lengua.

El pendrive clavándose en mi palma.

Estoy de pie en la oscuridad, temblando y mirando por la rendija.

Ha matado a su Pakhan.

Creen que ha matado a su Pakhan.

No tiene ningún sentido.

Papá no es…, él nunca…, es contable, mueve dinero, no mata a nadie, de qué están hablando, quién les ha dicho eso…

—¿Dónde están los archivos? —El hombre de la voz tranquila se agacha hasta quedar a la altura de papá. Su tono es el de alguien que ya ha hecho esto antes y ha descubierto que gritar es poco eficiente—. Los archivos que copió. Las cuentas. ¿Dónde están?

—No sé a qué archivos se refiere. —La voz de mi padre es firme, pero oigo el chasquido húmedo de la sangre en su garganta.

Un asentimiento a alguien que queda fuera de mi vista.

El siguiente golpe suena como si estuvieran sacudiendo una alfombra pesada contra un suelo de piedra.

Pum.

Un jadeo agudo y ahogado.

Entonces empieza el compás, el nauseabundo y rítmico golpeteo del cuero contra las costillas, el arañazo de los muebles al ser empujados por el suelo por el peso de un cuerpo que cae.

Aprieto la frente contra las lamas de la puerta del armario, la madera clavándose en mi piel, y tiemblo.

Dejo de contar los golpes y empiezo a contar mis propias respiraciones, inhalando con la desesperación de alguien que se ahoga.

Lloro en silencio, violentamente.

Las lágrimas no solo caen, queman, empapando el cuello de mi camisa hasta que pesa y está frío.

La impotencia es un veneno físico en mis venas.

Me metió aquí para que no pudiera hacer nada.

Me hizo prometer que me quedaría en este armario de madera para verlo morir a través de una rendija de luz, y lo odio por ello.

Lo odio por la noble cobardía de esconderme. Odio la «seguridad» de esta caja oscura mientras a él lo deshacen a un metro de distancia.

La voz tranquila vuelve a hablar, abriéndose paso entre la respiración húmeda y entrecortada que llega del suelo. Alcanzo a oír el final entre el rugido de la sangre que me retumba en los oídos.

—Que sea limpio.

Una pausa. Un deslizamiento metálico.

—Un solo disparo.

Dejo de llorar. Dejo de temblar.

Lo detengo todo de golpe, como si algo dentro de mí se hubiera desconectado, como si un cable en mi pecho hubiera sido cortado con unos alicates.

El apartamento se queda tan silencioso que puedo oír la fricción de mi propio pulso contra los tímpanos.

Crac.

El sonido no es tan fuerte como esperaba. Ha sido débil.

Luego, pasos.

Movimiento.

El sonido de cajones abriéndose, de estanterías vaciándose, de habitaciones siendo desmanteladas sistemáticamente.

Me quedo en el armario, espero y cuento los segundos hasta que el ruido se atenúa.

Hasta que unos pasos cruzan el recibidor.

Hasta que la puerta de entrada destrozada raspa contra el marco.

Silencio.

Cuento hasta cien. Luego otros cien. Entonces me digo que se han ido, abro la puerta del armario y salgo al pasillo.

El salón está a mi izquierda. Ya lo sé. Ya lo sé y aun así me vuelvo hacia él porque tengo que hacerlo, porque es mi padre, y cruzo la habitación destrozada en diez pasos y caigo de rodillas en la alfombra, a su lado.

—Papá.

Le presiono los dedos contra el cuello. Presiono tan fuerte que siento el hueso, desesperada por un temblor, una chispa, una mentira.

—Papá, por favor. Por favor, vamos, vamos… —Las manos me tiemblan demasiado como para sentir nada y presiono más fuerte, moviendo los dedos, intentándolo de nuevo—. No. No, no, no, papá, mírame, por favor, mírame…

Nada.

La luz de la habitación es la misma que hace media hora.

El sol sigue incidiendo en las motas de polvo del aire.

Pero sus ojos están fijos en un punto detrás de mí, y están vacíos.

Ya no queda nadie a quien odiar.

Solo queda el silencio.

Un sonido escapa de mi garganta.

Algo sin palabras, algo que no tiene forma, y apoyo la frente en su pecho y sollozo con tanta fuerza que todo mi cuerpo se convulsiona, unos sollozos horribles, entrecortados, desgarradores, que no podría detener aunque lo intentara.

—Oye.

Alzo la cabeza de golpe.

Cuatro hombres.

Siguen en la habitación.

El que está junto a la ventana ya se está girando hacia mí: alto, con una chaqueta oscura, la capucha todavía puesta y proyectando una sombra sobre la mitad superior de su rostro. Está completamente quieto mientras me observa.

La habitación entera lo está.

Se produce ese segundo en suspenso, asfixiante, en el que todo el mundo asimila la situación.

Mueve el brazo. Apenas un poco. La manga de su chaqueta se le sube por la muñeca.

Tinta negra. Líneas gruesas. Dos cabezas de serpiente en un cuerpo enroscado, mirando hacia fuera en direcciones opuestas.

¿Qué es eso...?

Tres palabras a la habitación. En voz baja y sin prisa.

Matad a la chica.

Corro.

Lloro y corro al mismo tiempo; no es una carrera limpia, ni con la adrenalina afilada como en las películas, sino histérica y a trompicones, sollozando tan fuerte que apenas puedo ver la puerta de la cocina frente a mí.

Una lámpara se estrella detrás de mí.

Alguien grita.

Me golpeo el hombro contra la pared de la cocina, reboto y encuentro la puerta de servicio solo de memoria, porque he perdido por completo la visión entre las lágrimas, la oscuridad y el pánico.

El cerrojo.

El cerrojo que siempre se atasca.

—No, no, no, no... —Tiro de él con las dos manos, sollozando con fuerza cuando no se mueve.

Vuelvo a tirar y cede tan de repente que casi me caigo por la puerta y salgo al hueco de la escalera.

Aire frío.

Hormigón.

Abajo.

Grito en el rellano del segundo piso.

Solo una vez, un grito ahogado e involuntario que se me desgarra desde dentro cuando oigo la puerta de arriba abrirse de golpe y unas botas pisar el primer escalón, y entonces me lo trago y sigo adelante, hacia el callejón.

El aire de enero me golpea como un muro.

Corro de todos modos.

Sin abrigo.

Sin zapatos, solo con unos calcetines empapados que chapotean contra el hormigón mojado, todavía llorando, todavía haciendo esos ruidos que no puedo controlar, gimiendo y corriendo por el estrecho callejón detrás del edificio con el frío desgarrándome los pulmones y las piernas ardiéndome y la memoria USB tan apretada en mi puño que la carcasa se agrieta ligeramente en una esquina.

Detrás de mí, gritos. Pisadas.

Más cerca de lo que me gustaría.

Me desvío a la izquierda para salir del callejón, luego a la derecha hacia las calles más pequeñas, las que se entrelazan por el casco antiguo.

Papá me pasea por estas calles los domingos por la mañana.

Mira adónde vas, Lenochka. No a tus pies. Siempre adónde vas.

Miro adónde voy.

Corro, llorando porque es todo lo que puedo hacer, y en algún punto de la tercera manzana las pisadas detrás de mí se desvanecen y no me permito bajar el ritmo hasta que llego al paso subterráneo bajo el puente del tren, me lanzo detrás de la primera columna de hormigón y me doblo por la mitad.

Mis rodillas golpean el suelo.

Me cubro la cara con las manos y sencillamente me hago pedazos.

Temblando, jadeando, un llanto horrible y total, de esos que no tienen ninguna dignidad.

Papá en el suelo.

El sonido de su cuerpo al caer.

Un disparo.

El silencio que se apodera de la habitación después.

Cuando por fin levanto la cabeza, tengo los ojos hinchados y casi cerrados.

Abro el puño.

La memoria USB descansa en mi palma. Una grieta recorre la esquina inferior izquierda por haberla apretado demasiado.

Mi padre murió por lo que sea que haya aquí. El hombre de la serpiente en la muñeca lo mató por esto.

Vuelvo a cerrar los dedos a su alrededor y me levanto del suelo, con las piernas apenas sosteniéndome, y empiezo a caminar hacia el norte.

Tres manzanas más allá, una mujer frente a una farmacia me echa un vistazo y se detiene en seco.

—¿Necesita ayuda?

—Un teléfono —digo. Mi voz no parece la mía—. Por favor. Solo un teléfono.

Justo entonces, caigo en la cuenta de que he tenido el móvil en el bolsillo todo el tiempo.

Ella me tiende su teléfono, intento sonreír y seguro que parecí un cachorro moribundo. —Gracias, no se preocupe.

Avanzo rápidamente, feliz de sentir el peso de mi móvil en el bolsillo.

Sin mediar más palabra, saco el teléfono y marco el número de Nadia, esperando de pie en el pavimento helado.

Segundo tono.

—¿Lena? Es tarde, ¿qué...?

—N-Nadia. —La palabra se quiebra por la mitad—. Te necesito. Necesito que vengas a buscarme, necesito... —Todo se derrumba a la vez, el armario y el disparo y su cara y la serpiente y la huida y todo ello, implosionando—. Se ha ido. Se ha ido, Nadia, lo han matado, ellos...

—¿Dónde estás? —Su voz se vuelve cortante al instante, se le ha ido todo el sueño—. Lena. ¿Dónde estás ahora mismo?

Miro la placa de la calle. Se lo digo.

Me quedo allí, en la acera, con la memoria USB agrietada en una mano y el móvil apretado contra la mejilla, y el tatuaje de la serpiente me quema tras los párpados cada vez que parpadeo, y Nadia se está disculpando, no está en la ciudad, pero encontrará a alguien que me recoja, y no estoy bien, no voy a estar bien durante mucho, mucho tiempo.

Pero estoy viva.

Y tengo la memoria USB.

Y tengo el tatuaje grabado tan a fuego que nunca me abandonará.

2

RAZVAN

—Ni siquiera eres Pakhan todavía y los hombres hechos y derechos ya se mean encima cuando oyen tu nombre —dice Mike, sonriendo, echado hacia atrás en la silla como si fuera suya, con el vaso de vodka apoyado en la rodilla con la confianza despreocupada de un hombre que no ha derramado una gota en su vida.

El fuego del salón del ala este está encendido y los cuatro estamos desparramados a su alrededor como llevamos haciendo desde que teníamos veinte años y éramos estúpidos, en lugar de treinta y tantos y un poco menos estúpidos.

—Es un don —dice Dmitri sin levantar la vista del móvil—. Hay hombres que nacen guapos. Razvan nació haciendo que la gente perdiera el control de la vejiga.

Lyosha se ríe. Su risa suena como grava en un bidón de metal.

No se equivocan. Doy vueltas al vaso que tengo en la mano y no digo nada.

La Cólera del Pakhan.

Así es como me llaman en las salas a las que entro y de las que ya me he ido.

El ejecutor de mi padre.

El que aparece cuando al Pakhan se le agota la paciencia, lo que en esta organización significa que estoy muy, muy ocupado.

He roto dedos, he quemado almacenes y me he sentado a la mesa con hombres que creían que podían mentirme a la cara y les he demostrado, metódicamente, por qué esa fue la última decisión interesante que tomaron en su vida.

Papá lo llama educación.

Yo lo llamo por su nombre.

—Zhukov hasta lloró —aporta Lyosha, encantado—. Llevaba una semana regodeándose con la historia. Un tipo grande. Con el cuello como el tronco de un árbol. Le bastó una mirada a Razvan entrando por la puerta y al hombre se le saltaron las lágrimas como a un…

—Estábamos allí —dice Dmitri.

—Lo estoy saboreando.

—Eres repugnante.

Mike me observa como hace a veces, con esa evaluación silenciosa bajo toda su cordialidad.

Es el único de los tres que de verdad me mira, en lugar de simplemente existir cerca de mí.

—¿Estás bien? —pregunta. Solo eso.

—Bien.

—Tienes esa cara.

—¿Qué cara?

—La de cuando estás pensando en algo que no quieres pensar.

Es demasiado perspicaz para alguien que sonríe tanto. Bebo un trago. —Estoy pensando que Zhukov tiene una cara muy hostiable y que Lyosha no es el único que se ha dado cuenta.

Lyosha me señala. —Mira, esa es una observación humana normal. Hay esperanza para ti.

Quizá no la haya.

Ese es el pensamiento que no digo en voz alta, el que se me instala en el pecho en noches como esta, cuando todo es cálido y fácil y mi padre está en algún lugar al otro lado de la ciudad en una reunión de negocios y todo está bien.

El pensamiento que se pregunta cuánto de mí quedará cuando la educación se complete.

Papá me ha estado utilizando así durante tres años: para cada castigo, cada trabajo de ejecución, cada habitación que se queda en silencio cuando entro.

Dice que un Pakhan debe ser temido antes de ser seguido. Dice que necesito entender el poder desde dentro antes de poder ejercerlo.

Como si fuera a ejercerlo mañana o pasado.

No lo haré; mi padre no se va a morir pronto. Le quedan décadas.

¿Acaso he de perder por completo mi humanidad antes de poder usar lo que estoy aprendiendo?

Quiero a mi padre. Le seguiría a cualquier sala, a cualquier pelea, a cualquier guerra que esta organización haya empezado. Solo desearía que su aula no fuera tan…

La puerta se abre.

Viktor entra y el ambiente de la sala cambia al instante. No porque Viktor dé miedo; no lo da, no de forma evidente, no como yo.

Tiene sesenta y ocho años, el pelo plateado y es el tipo de hombre que, cuando habla contigo, te hace sentir la persona más importante con la que se ha encontrado en toda la semana.

Es encantador como lo son las cosas caras.

Pero su expresión no es la correcta ahora mismo.

Algo va mal.

Me pongo en pie antes de darme cuenta de que me he movido.

—Tío.

Me mira y algo en su expresión hace una cosa para la que no tengo nombre y el estómago se me cae a los pies.

—Siéntate, Razvan.

—Dímelo.

—Siéntate…

—Viktor. —Mi voz suena hueca, fría y tajante, la voz que hace llorar a Zhukov—. Dímelo ahora mismo.

Viktor no aparta la mirada esta vez. Se inclina hacia delante, con las manos tan fuertemente entrelazadas que tiene los nudillos blancos. —Fue en la reunión de los muelles. De alto nivel, se suponía que era segura. Teníamos a seis hombres en el perímetro.

Hace una pausa, un músculo le tiembla en la mejilla. —No usaron un escuadrón de sicarios, Razvan. Usaron una brecha. Explosivos bajo el entarimado. El techo se vino abajo antes incluso de que se disparara el primer tiro. Fue una masacre.

Las palabras me golpean como si fueran objetos físicos. *Explosivos. Brecha. Masacre.*

—Estaba en el centro de la sala —continúa Viktor, con la voz quebrada—. Para cuando el humo se disipó, para cuando alguien

pudo llegar a los escombros…

No termina la frase. No hace falta. Dejo de oírlo en algún punto en torno a la frase *estaba en el centro* y la habitación empieza a retroceder. Es como mirar por el extremo equivocado de un telescopio.

Todo es diminuto y lejano.

Papá.

Estoy completamente inmóvil. Lo sé porque siento el agónico esfuerzo que me cuesta evitar que mi mano aplaste el vaso que todavía sostengo.

El líquido ambarino en su interior está perfectamente quieto, un pequeño y burlón espejo.

El fuego del hogar crepita, un sonido agudo como el de un hueso al romperse, y me estremezco por dentro.

Mike se ha levantado de la silla.

Siento su calor cerca de mi costado izquierdo, pero no puedo mirarlo.

Si lo miro, la realidad se anclará en su sitio.

Ha ido a una reunión esta mañana, ha besado la fotografía de mi madre en su escritorio como hace cada mañana, me ha dicho que hoy no rompiera nada caro y ahora está…

—¿Quién? —La palabra sale de mí y sé a quién me parezco. Al hombre que mi padre me entrenó para ser, el ejecutor.

No puedo pensar con claridad, siento un zumbido punzante en la cabeza que de algún modo está conectado a mis ojos y amenaza con nublarme la vista, pero me contengo.

Ahora no es momento para emociones triviales, ¿quién coño ha matado a mi padre?

El rostro de Viktor se recompone. Dolor y furia en una cuidada proporción. —Piotr Sokolova.

El nombre cae como una piedra en agua estancada.

Sokolova. El Kaznachy.

El hombre que ha gestionado las finanzas de esta organización durante veinte años, con el que me he sentado en una docena de mesas del consejo, que tiene un apretón de manos cuidadoso, zapatos limpios y la energía de un hombre que nunca ha considerado la violencia como solución para nada.

—Eso no es posible.

—Ya sé cómo suena.

—Sokolova es un contable. Mueve números. No… —Me detengo. Respiro—. No tiene la capacidad para esto.

—No apretó el gatillo él mismo. —La voz de Viktor es paciente—. Ha estado pasando información a la familia Zolotov durante años, Razvan. Lo he sospechado durante mucho tiempo. Nunca tuve pruebas que pudiera presentarle a tu padre. No quería llevarle una acusación que no podía demostrar. —Una pausa—. Los Zolotov le pagaron muy bien. Y Sokolova les dijo exactamente dónde estaría tu padre esta noche.

El fuego crepita. Nadie se mueve.

Lo vendió.

El hombre en quien mi padre confiaba cada número, cada cuenta, cada nervio financiero de esta organización. Lo vendió a los Zolotov por dinero.

Se sentó a nuestras mesas y sonrió con su sonrisa cuidadosa, contó nuestro dinero y vendió la ubicación de mi padre a la gente que lo quería muerto.

Dejo el vaso sobre la mesa porque si lo sostengo un segundo más va a dejar de ser un vaso.

—Voy a matarlo.

Ya me estoy moviendo hacia la puerta.

—Razvan…

—Ahora mismo. Esta noche. Voy a…

—Ya me he encargado.

Me detengo.

Me giro.

La habitación está muy silenciosa.

—¿Qué acabas de decirme?

Viktor tiene la decencia de parecer que entiende en qué se ha metido. —No se le podía permitir escapar. En el momento en que tuve la confirmación, tuve que actuar. Si hubiera salido de Moscú con lo que sabía…

—Lo mataste. —Oigo mi propia voz desde muy lejos—. Mataste al hombre que asesinó a mi padre y lo hiciste sin mí.

—Hice lo que se tenía que…

—Eso era *mío* —grito, casi un rugido; suena descomunal y veo a Viktor dar un paso atrás y no me importa, no me importa nada excepto el hecho de que alguien ha metido la mano en mi pecho y ha cogido lo único que me quedaba esta noche, lo único que iba a hacer que todo esto fuera soportable, lo que se suponía que era *mío* —. Mató a mi padre. A mi padre. Y tú me lo quitaste…, te quedaste ahí y tomaste esa decisión y tú…

—Te dejé algo.

Las palabras se abren paso a través del estruendo en mi cráneo.

Lo miro.

La expresión de Viktor se asienta. Ya no es del todo dolor. Hay algo más debajo, algo vigilante, pero estoy demasiado perdido para leerlo con claridad. —La hija escapó. La chica de Sokolova. Huyó antes de que mis hombres pudieran terminar y se llevó algo consigo: archivos. Documentos que Sokolova recopiló. Todo lo que sabía sobre esta organización: cuentas, nombres, operaciones. Si esos archivos salen a la luz, Razvan, el daño para esta familia será catastrófico.

Silencio.

—Encuéntrala —dice Viktor—. Recupera lo que robó. Y cuando tengas los archivos… —Deja el resto en el aire, sin terminar. No necesita hacerlo. Ambos conocemos la ley de la Bratva. Cuando un hombre comete traición contra esta organización, su deuda no muere con él. Se transmite.

El pecado de una persona puede sepultar a toda una familia.

Viktor se va y la puerta se cierra. Durante exactamente cuatro segundos, me quedo de pie en medio de la habitación y respiro.

El silencio de la habitación se quiebra.

No decido moverme; mi cuerpo, simplemente, rechaza el aire que está respirando.

Bajo la mano y mis dedos se hunden en la veta de la mesita de roble.

No siento su peso, solo la necesidad desesperada y palpitante de hacer que algo más se rompa del mismo modo que me estoy rompiendo yo.

La levanto con todas mis fuerzas.

La madera cruje y, a continuación, se oye un *crujido* repugnante y hueco cuando la esquina de la mesa se clava unos ocho centímetros

en el pladur.

El polvo de yeso explota hacia fuera como un sudario.

No me detengo.

No puedo.

Agarro el borde de la estantería —la que papá pasó años llenando— y tiro de ella.

La madera chilla mientras los soportes de montaje se arrancan de los montantes. Los libros caen como pájaros pesados encuadernados en piel, golpeando el suelo en una pila caótica.

Me giro y mi codo golpea una lámpara de pie.

La bombilla estalla —un *chasquido* agudo y eléctrico— y la habitación se oscurece, con las sombras danzando salvajemente sobre las ruinas. Encuentro una silla y la lanzo de lado.

Golpea el hogar de la chimenea con un sonido de huesos astillándose; sus patas se quiebran como ramas secas.

Luego, está el vaso.

Ni siquiera recuerdo haberlo lanzado.

Solo veo los añicos del vaso de cristal que sostenía incrustados en la pared, sobre la chimenea; el líquido ambarino resbalando por la piedra como si fuera sangre.

Descargo el puño en el borde de la repisa de la chimenea. Fuerte. Una y otra vez.

La piel de mis nudillos se abre.

Veo las manchas rojas sobre el mármol blanco antes de sentir el escozor.

El dolor es algo diminuto y distante, un pinchazo comparado con el estruendoso ruido blanco de mi cabeza.

Quiero golpear algo que no se rompa. Quiero golpear al mundo hasta que me lo devuelva.

No soy un hombre que represente su rabia ante un público, pero en esto no hay ninguna representación.

Solo la destrucción genuina de todo lo que se puede romper a mi alcance, y me muevo por la habitación como un fenómeno meteorológico; nada a mi paso sobrevive.

Agarro las pesadas cortinas de terciopelo y tiro con toda la fuerza que tengo.

La barra chilla, el metal se dobla y chirría, hasta que todo el conjunto se derrumba en un montón de latón y tela, sepultando los destrozos.

Me quedo de pie en el centro de las ruinas, mi pecho subiendo y bajando con violencia, el aire denso con olor a polvo y ozono.

Me tiemblan tanto las manos que casi se ven borrosas. Espero el alivio. Espero a que la ira me abandone.

Pero la habitación solo está destrozada. Y él sigue sin estar.

Ya no está. Fue a una reunión y ya no está y yo no… no pude…

En algún momento, Lyosha me agarra los brazos por detrás. Es el único lo bastante fuerte como para intentarlo.

No dice nada, solo me sujeta, y yo le dejo porque mis piernas han decidido que ya han tenido suficiente; caigo sobre una rodilla entre los escombros de la habitación, apoyo el puño en el suelo y respiro.

Mike se agacha frente a mí.

No me ofrece palabras.

No hay palabras para esto y Mike, a pesar de toda su calidez, sabe cuándo las palabras sobran.

Solo me pone la mano en el hombro y se queda ahí.

Dmitri está en el umbral de la puerta.

Ha guardado el móvil.

Su rostro está extrañamente quieto.

Nadie habla durante un buen rato.

Lo adoraba.

Ese es el pensamiento que no deja de dar vueltas, el que tiene dientes.

No querer, adorar.

La forma en que adoras a alguien que es a la vez tu padre y tu norte, el punto fijo por el que te orientas.

Y ahora el punto fijo ya no está y solo hay…

Espacio.

—Dime qué necesitas —dice Lyosha finalmente. Su versión de la empatía. Brusca y directa y totalmente genuina.

Inspiro. Expiro. Levanto la cabeza.

—La chica. —Mi voz vuelve a ser plana. Controlada. La Furia, de vuelta en la sala donde antes estaba el hombre—. La hija de Sokolova. Está huyendo con archivos que pueden destruir a esta familia. Está en algún lugar de esta ciudad, o pronto estará fuera de ella. —Los miro a cada uno por turnos. A Mike. A Lyosha. A Dmitri—. Voy a encontrarla. Voy a recuperar lo que tiene. Y después voy a terminar lo que Viktor ha empezado.

Mike aprieta la mandíbula una vez. Asiente.

Lyosha se hace crujir los nudillos con inconfundible expectación.

Dmitri ya está sacando su móvil. —Empezaré a buscar su perfil. La hija de Sokolova… habrá un registro.

Me pongo en pie. Mis nudillos sangran, pero no los miro.

La rabia sigue ahí, toda ella, pero ahora tiene una forma.

Una dirección.

Un nombre.

La hija de Sokolova.

Dondequiera que esté huyendo, no será lo bastante lejos.

3

LENA

No mires atrás. No mires atrás. No mires atrás.

Miro atrás.

La calle a mi espalda está vacía y eso debería ser un alivio. No lo es, porque las calles vacías de Viena a las siete de la mañana solo significan que todavía no los he localizado.

Eso es lo que te hacen dos días a la fuga. No te vuelven paranoica. Te vuelven precisa.

Me meto en el portal de una farmacia cerrada, pego la espalda contra el cristal y respiro.

Dos días.

Cuarenta y ocho horas de hostales que huelen a moho y a la miseria de otra gente, de dormir con la ropa puesta en colchones que prefiero no mirar muy de cerca, de despertarme a las tres, a las cuatro y a las cinco de la madrugada con la cara de mi padre grabada en el reverso de los párpados, el grito ahogado en la garganta y el estómago ya revuelto antes de estar del todo consciente.

He vomitado todas las mañanas.

Mi cuerpo ha decidido que este es su proceso y nada de lo que hago lo interrumpe: me despierto, recuerdo, vomito, me siento en el suelo frío de baldosas y tiemblo hasta que puedo ponerme en pie.

Lloró una vez.

Cuando yo tenía nueve años y encontramos un pájaro con un ala rota en el patio, y se le murió en las manos antes de que pudiéramos llevárselo a alguien.

Se sentó a la mesa de la cocina y lloró por un pájaro.

Ese hombre era incapaz de matar un insecto en su propia casa.

Solía atrapar las arañas en un vaso para sacarlas fuera, hablándoles todo el tiempo como si pudieran oírlo, como si entendieran que las estaba reubicando en lugar de desahuciarlas.

Era contable.

Movía números.

Tenía las manos suaves y manchas de tinta en los dedos, y lloró por un pájaro.

Lo molieron a golpes en el suelo de su propio salón.

El estómago intenta revolvérseme otra vez y me aprieto el puño contra la boca, respirando por la nariz hasta que se me pasa.

Aquí no. Ahora mismo no.

Tengo hambre.

Esa es la crisis inmediata en la que se me permite pensar: el hambre que me cala hasta los huesos, ligeramente nauseabunda, de alguien que no ha comido en condiciones en dos días porque comer requiere quedarse quieta, y quedarse quieta es como morir.

Hay una pastelería tres calles más arriba.

La vi ayer, la fiché de la misma forma en que he empezado a ficharlo todo: salidas, líneas de visión, cuánta gente, si alguno de ellos vigila la calle en lugar de ocuparse de sus asuntos.

Tú no pensabas así.

No.

Pensaba en fechas de entrega de traducciones, en si me había acordado de comprar café y en si a Nadia le apetecía que cenáramos juntas el viernes.

Vivía en un mundo donde las pastelerías eran solo pastelerías.

Me vibra el móvil.

Nadia.

—Estoy aquí —contesto antes de la segunda vibración, acurrucándome más en el portal.

—Oh, gracias a Dios —su voz me golpea como algo físico: cálida, aguda y tan familiar que tengo que cerrar los ojos un segundo.

Nadia ha sido mi mejor amiga durante seis años y ni una sola vez en todo ese tiempo ha sonado asustada.

Ahora suena asustada, por debajo de esa actitud mandona que usa para disimularlo. Llevo llamándote desde ayer….

—Lo sé. No podía… —*«Estaba en el suelo del baño a las dos de la mañana»*—. Pero ya estoy aquí. ¿Qué pasa?

—Por mi parte no pasa nada. Te llamo porque tengo un plan y tienes que escucharlo —puedo oírla moverse por su apartamento, ese familiar trajín de Nadia haciendo tres cosas a la vez—. Estoy en Budapest. Quiero que vengas. Tengo un amigo que se dedica a la documentación —documentación de verdad, no falsificaciones malas — y ya he hablado con él. Nombre nuevo, papeles nuevos, un sitio donde quedarte que a nadie se le ocurrirá buscar. Solo tienes que llegar hasta aquí, Lena. ¿Puedes venir a Budapest?

Apoyo la cabeza en el cristal. *Budapest.* Limpio. Seguro. El piso de Nadia, con su ridícula cantidad de plantas, su pésimo gusto para la televisión y su forma de preparar el té como si fuera una operación militar.

—Sí —digo—. Puedo llegar. ¿Con qué rapidez necesita tu amigo…?

—Ya ha empezado. Le he enviado la foto tuya de hace dos años. Espero que no te importe, no sabía qué otra cosa… —se interrumpe —. ¿Estás comiendo? Tu voz suena hueca.

—De hecho, voy a comer ahora mismo. Hay una pastelería calle arriba.

—Bien. Lena —se le agudiza la voz—. La memoria USB. ¿Has conseguido acceder ya?

Bajo la mirada hacia mi mano.

Llevo la memoria siempre en el bolsillo de la chaqueta, pero la he sacado seis veces desde Moscú para probarlo todo: fechas de cumpleaños, direcciones, todas las combinaciones de números que se me ocurren que mi padre podría haber usado.

Nada.

Un recuadro pidiéndome una contraseña que no me devuelve nada. —No. No puedo entrar por mucho que lo intente. No sé qué contiene, no sé la clave y estoy… —Me detengo porque mi voz está haciendo algo que no quiero que haga—. Estoy tan frustrada, Nadia, porque él murió por lo que sea que haya en esta cosa y ni siquiera puedo…

—Vale. Vale, ya lo resolveremos cuando estés aquí. A Yuri se le dan bien estas cosas.

—Vale.

—Bien. Ve con cuidado hasta entonces, ¿vale? No vayas a… —Hace una pausa—. Espera. Lena. ¿Qué estás usando para llamarme?

—Mi móvil.

Silencio.

No un silencio breve. Un silencio largo, horrible, con una forma muy concreta.

—Tu móvil —dice Nadia—. Tu móvil de verdad. El que está a tu nombre. El que tiene tu tarjeta SIM.

El umbral de la farmacia se vuelve gélido.

—Lena.

—Yo… —Tengo la boca seca—. No…, no estaba pensando, es que… Nadia, he estado tan…

—¿Cuánto tiempo llevas usándolo?

Desde Moscú. Desde que la llamé.

—Desde el principio —las palabras salen como una confesión.

—Lena —su voz es tan cuidadosa que aterra—. Esa es, literalmente, la primera regla. En todas las películas. En todos…

—Lo sé —tengo un nudo en la garganta—. Lo sé, lo sé, yo…

—Tienes que colgar esta llamada ahora mismo y tienes que…

Algo se mueve por el rabillo del ojo.

Contengo la respiración.

Joder.

La calle que estaba vacía ya no lo está.

Hay dos hombres al fondo, moviéndose con esa cualidad específica de las personas que no van a ninguna parte, que no se dirigen a ningún sitio, que simplemente están *posicionadas*.

Ropa oscura.

Las manos sueltas a los costados.

Uno de ellos está mirando un móvil, pero sin mirarlo, como se mira algo cuando necesitas aparentar que no estás mirando.

Entonces veo al tercero.

Más cerca.

Entre la pastelería y yo, apoyado en la pared del edificio de enfrente como si hubiera crecido allí.

Ya estaban aquí.

Llevan aquí todo el tiempo.

—Nadia… —mi voz sale mal. Débil.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

No puedo responder.

La garganta se me ha cerrado.

Hay tres que puedo ver, mi cerebro ha sufrido un bloqueo catastrófico en alguna parte y estoy de pie en el umbral de una farmacia en Viena con una chaqueta que no abriga lo suficiente y las piernas no me funcionan.

—Lena. LENA. ¿Qué está pasando ahora mismo…?

Uno de los hombres del fondo levanta la vista de su no-móvil.

Me mira directamente.

Y empieza a moverse.

Corre.

Mi cerebro envía el mensaje.

Mis piernas lo reciben y no hacen absolutamente nada.

El hombre del otro lado de la calle se ha enderezado.

El segundo hombre del fondo también se está moviendo, cerrando el ángulo, y comprendo con una claridad horrible que ya han hecho esto antes, que es una geometría practicada, que las posiciones en las que se encuentran ahora mismo fueron elegidas específicamente para que correr no sirviera de nada.

—*¡Lena! ¡Corre!*

La voz de Nadia a través del teléfono hace añicos la parálisis como un martillo contra un cristal.

Corro.

Avanzo media manzana.

El que estaba más cerca me golpea desde un lado. No es una embestida, sino un agarre. Sus dedos se cierran en torno a mi brazo con una fuerza que me descoyunta el hombro, y grito, retorciéndome como te retuerces cuando algo te atrapa y no tienes nada que perder, dejando caer mi peso de golpe para que su agarre resbale.

Le araño la mano con las uñas, logro agarrarle dos dedos y los *doblo*, y él suelta una palabrota en ruso y su agarre se afloja durante medio segundo.

Medio segundo es suficiente para dar un paso, pero ellos cubren la distancia en tres.

El segundo hombre me agarra el otro brazo, el tercero se me pone delante para cortarme el paso, y yo no me detengo.

Le doy un cabezazo con todas mis fuerzas al que tengo delante, mi frente contra su nariz, y el crujido y el aullido que suelta envían algo despiadado y eléctrico a través de mi pecho.

Durante aproximadamente cuatro segundos, estoy ganando esto de la misma forma que alguien que no ha peleado en su vida puede

ganar algo brevemente por estar completamente desquiciado.

Entonces el primer hombre se recupera, me rodea con ambos brazos por la espalda y me levanta del suelo.

Me vuelvo una auténtica fiera. Pataleo, me retuerzo y grito; le muerdo el brazo que tiene sobre mi clavícula con la fuerza suficiente para notar el sabor de la tela y luego el de la piel, y él maldice y aprieta más fuerte, y no puedo respirar, y el mundo empieza a hacer algo extraño por los bordes…

—Basta.

Una sola palabra.

Los hombres que me rodean se quedan quietos tan rápido que parece que los hubieran apagado.

Sigo luchando, sigo intentando liberarme, pero los brazos que me sujetan se han cerrado como un cepo inamovible y la calle se ha quedado en silencio.

Levanto la vista, jadeando, con el pecho agitado y la sangre del hombre en mis labios.

Hay un hombre de pie en la bocacalle.

Mi cerebro registra las cosas en el orden equivocado. Alto. El tipo de constitución que no se consigue en un gimnasio, sino con el uso real.

¡Oh, estoy jodida! ¿Es aquí donde voy a morir?

Abrigo oscuro, pelo oscuro, un rostro que parece tallado en lugar de nacido, todo ángulos afilados y una mandíbula como una puerta cerrada y unos ojos que son… No termino la idea, porque terminarla sería una locura ahora mismo, me están *secuestrando*, pero mi cerebro sufre un cortocircuito momentáneo ante el hecho de que, al parecer, la muerte envía a sus hombres más atractivos.

Camina hacia mí con el paso de alguien que jamás ha necesitado darse prisa.

Extiende la mano.

Se remanga el abrigo a la altura de la muñeca.

Con naturalidad.

Casi como si estuviera mirando la hora.

Tinta negra.

Trazos gruesos.

Dos cabezas de serpiente en un cuerpo enroscado.

El mundo se detiene por completo.

Es el tatuaje.

No uno parecido.

No uno similar.

La marca exacta.

La misma configuración, el mismo grosor de línea, las mismas dos cabezas mirando en direcciones opuestas sobre un cuerpo enroscado.

Él mató a mi padre.

El dolor, el terror, los dos días huyendo, los vómitos, las pesadillas y las manos de mi padre cerrando mis dedos alrededor del pendrive colisionan en un único punto candente, y lo que sale de mí no es miedo.

—Tú —la palabra se me desgarra del pecho—. Tú…

Deja de caminar. Me mira.

—Tú lo mataste —estoy temblando tanto que el hombre que me sujeta probablemente lo siente, pero no puedo parar, no puedo parar nada de todo esto—. Mataste a mi padre, lo mataste, él nunca te hizo nada, solo era un…

—Llevadla al coche.

—*¡Te mataré!* —el grito sale de mí con un volumen que no sabía que tenía—. ¿Me oyes? Te mataré, lo juro, juro sobre su tumba que…

El hombre que me sujeta empieza a moverse y yo me resisto a cada paso, gritando, retorciéndome, y el hombre del tatuaje de la serpiente lo observa todo con una expresión que no cambia ni un ápice.

No parece enfadado.

No parece impresionado.

Solo me mira y eso me aterra, pero no pienso.

Lo único que siento es rabia.

Eso es, de alguna manera, lo más aterrador que ha sucedido hoy.

El coche es oscuro y grande, y me arrojan en la parte de atrás entre dos de sus hombres. Él se sube delante, la puerta se cierra y Viena pasa veloz tras las ventanillas. El viaje de vuelta a Moscú comienza en un silencio tan cargado que tiene peso propio.

La pistola está a mi espalda.

Miro fijamente el tatuaje de la serpiente que asoma por encima de su cuello, no aparto la vista y no dejo de planear.

Lo mataré.

4

RAZVAN

Ha dicho que me mataría.

Hombres hechos y derechos me han suplicado por su vida delante de mí.

He visto a soldados, soldados de verdad, hombres que han empuñado armas y las han usado, desmoronarse cuando entraba en una habitación.

Esa chica, con una brida en las muñecas en la parte de atrás de mi coche, con una pistola a cinco centímetros de su columna, me ha mirado la serpiente de la muñeca y me ha dicho que me iba a matar con los ojos completamente secos.

Llevo seis horas pensando en ello.

—Ya estás poniendo esa cara otra vez —dice Mike desde el sillón del que se ha adueñado en la esquina de mi despacho, como si viviera aquí.

Aparto la vista de la ventana y le lanzo una mirada furibunda. —¿Qué cara? Yo no pongo ninguna cara.

—Razvan. —Deja la taza de café—. Lleva en el nivel inferior desde las tres de la madrugada. Son casi las diez. No has bajado ni una sola vez, lo que significa que, o estás siendo estratégico, o estás dudando.

—Estratégico —gruño—. No estoy dudando.

Mike no dice nada.

Lyosha no se reprime tanto.

Lleva los últimos cinco minutos en el umbral de la puerta, haciendo girar el cuello, prácticamente vibrando con la energía específica de un hombre al que le han prometido violencia y aún no se la han servido. —Si has terminado de ser estratégico —dice—, estaré encantado de bajar y tener una charlita con ella. Me dice dónde está el archivo, terminamos antes del almuerzo y los hombres pueden llevarse su cadáver.

—No. —Las palabras salen más rápido de lo que quisiera. Lyosha enarca ambas cejas. Mike, que Dios lo ampare, mira su café para ocultar algo en su expresión.

—Lo haré yo mismo. —Le lanzo una mirada furibunda a Mike.

—Claro. —Lyosha parece realmente confundido—. Entonces, ¿por qué no has bajado todavía?

—Porque he dicho que lo haré yo mismo y lo haré cuando esté listo.

Lyosha nos mira a ambos y se apoya en el marco de la puerta.

Mike me mira directamente. —Entiendo la regla de la Bratva. La deuda no muere con el padre. Lo entiendo. Pero, Razvan… —hace una pausa—. Tienes que admitir que esto es diferente. No es una soldado. No está metida en esto. Es una chica que perdió a su padre de la misma manera que tú perdiste al tuyo, quizá incluso peor, porque, por la forma en que gritaba en esa calle, ella estaba allí. Lo vio suceder.

—Basta —espeto.

—Solo digo que estamos hablando de una chica que presenció la ejecución de su padre y huyó en plena noche sin nada. Viktor no es delicado, Razvan. Ambos sabemos lo que hacen sus hombres cuando ejecutan a alguien. Lo que sea que viera en ese apartamento no fue limpio. —Coge su café de nuevo—. Ella carga con lo mismo que tú ahora mismo. Solo que desde el otro lado. Esto tiene que ser complicado.

—Es la hija del hombre que mandó matar a mi padre —digo, midiendo cada palabra—. Huyó con unos archivos que pueden destrozar a esta familia. No hay nada de complicado en esto.

Mike asiente lentamente y no insiste más. Eso es lo bueno de Mike, dice lo que tiene que decir y luego deja que cale, en lugar de seguir hurgando.

Me alejo de la ventana. —¿Dónde coño está Dmitri?

Una pausa.

—Durmiendo —dice Mike con ese tono diplomático tan específico de quien no está diciendo todo lo que sabe.

—Son las diez de la mañana.

—Eran dos. Posiblemente tres. Dejé de hacer preguntas cuando entró la segunda chica anoche.

Me le quedo mirando.

—Es Dmitri —dice Mike, abriendo las manos—. ¿Qué esperas?

Los dejo con sus cosas y bajo las escaleras, moviéndome por el pasillo y por la escalera trasera sin detenerme, porque, si me detengo, pensaré en lo que ha dicho Mike, y ya he decidido que he terminado de pensar en lo que ha dicho Mike.

El nivel inferior es silencioso, de paredes de piedra y con la temperatura controlada.

He traído a hombres aquí abajo.

He dejado a hombres aquí abajo hasta que estaban listos para responder a preguntas que al entrar juraron que nunca contestarían.

Me detengo frente a la puerta de la celda.

Aún recuerdo que no pareció asustada en absoluto cuando la capturamos.

Cuando me vio, pareció sorprendida por un momento.

Y eso fue todo, joder.

Me miró la muñeca y su rostro reflejó una emoción que no pude interpretar del todo.

Primero la sorpresa, luego la quietud, y después esa expresión se resquebrajó para dar paso a algo que no era miedo.

No era para nada lo que me esperaba.

No es que supiera qué me esperaba.

Zayka.

Se había quedado petrificada y de repente se volvió una fiera.

Esa contradicción había sido más interesante que cualquier cosa que hubiera pasado en las seis horas anteriores.

Abro la puerta.

Está en la silla donde ordené que la colocaran, con las muñecas sujetas con bridas a los reposabrazos y los tobillos inmovilizados.

Lleva horas ahí y se le nota.

El pelo suelto y enmarañado, ojeras tan oscuras bajo los ojos que parecen moratones, una marca roja en el pómulo izquierdo del forcejeo en Viena que descubro que no me gusta mirar.

Tiene la chaqueta rota en el hombro.

Estaba dormida cuando la puerta se abrió.

Ya no.

En cuanto me ve, su rostro se transforma por completo.

Levanta la barbilla. Enseña los dientes, pero no es una sonrisa, ni de lejos; es la expresión de algo que ha decidido que prefiere morder a recular.

Se inclina hacia delante, tensando las bridas con tanta fuerza que las patas de la silla se levantan ligeramente del suelo.

—Tú —la palabra es puro veneno—. Desátame. Desátame ahora mismo y enfréntate a mí como—.

—Buenos días —digo.

—Voy a matarte. —Tira de las ataduras, la silla raspa el suelo—. Voy a matarte, encontraré la forma, te lo juro por Dios, lo asesinaste, te quedaste ahí de pie y tú—.

Cree que lo hice yo personalmente. Tiene que ser por el tatuaje. Vio el tatuaje y me señaló directamente a mí.

No sabe que todos los varones nacidos del linaje directo de los Volkov llevan la misma marca.

Mi padre la tenía.

Su padre antes que él.

Viktor la lleva en la muñeca izquierda, ligeramente desvaída por la edad.

Si alguna vez tengo un hijo, también la llevará.

El pensamiento llega y con él algo que no he invitado.

Una imagen de esta chica, esta chica furiosa y afilada frente a mí, y de algún modo está más dulce en la estampa que mi mente construye sin mi permiso.

Redondeada por el embarazo, con una mano apoyada en la parte baja de su vientre, y está sonriendo, sonriendo de verdad, por algo que he dicho o hecho, y la expresión de su cara es tan diferente al odio que luce ahora mismo que me quedo ahí parado un segundo, desprotegido, simplemente preguntándome qué aspecto tendría.

Qué aspecto tendría ella. Si alguna vez me sonriera así.

Lo reprimo tan rápido que casi hace ruido.

Esto es lo que pasa, joder, cuando dejas que Mike te hable. El mismo barco.

La misma desesperación.

Ahora la miro a los ojos, más allá de la rabia que blande como un escudo, y puedo verlo.

Lo mismo que ha estado viviendo en mi pecho desde que Viktor entró por mi puerta.

Eso que hay debajo de la ira y que es mucho peor que la ira.

Ella sufre. Yo sufro.

Pero sigue teniendo que decirme dónde está el archivo. Y después, sigue teniendo que morir.

—El pendrive —digo.

Se detiene a mitad de frase.

Una vacilación tan leve que la mayoría de la gente no la notaría.

Sus ojos parpadean.

Sus manos, que habían estado tirando de las ataduras, se quedan quietas durante un instante delator antes de que vuelva a empezar.

Ahí está.

—No sé de qué hablas.

—Te has quedado quieta.

—No he—.

—Tus manos se han parado. —Camino lentamente hacia ella, observando cómo me sigue con la mirada—. Durante exactamente un segundo, cuando he dicho la palabra «pendrive», todo lo que estabas haciendo se ha detenido. Luego te has acordado de seguir moviéndote. —Me detengo frente a ella—. No se te da bien mentir.

—No estoy mintiendo, no tengo ningún—.

—También estás nerviosa. —Me pongo en cuclillas para estar a la altura de sus ojos—. El pulgar izquierdo. Lo has estado frotando contra la palma de la mano desde que lo he mencionado.

Se mira la mano y luego vuelve a mirarme. La furia de su rostro se agudiza hasta convertirse en algo que quiere ser desdén.

—Vaya, eres observador —dice—. Maravilloso. Puedes ver cómo no te digo nada.

Me enderezo. —Te diré lo que voy a hacer. Voy a darte una oportunidad. Porque esta mañana me siento generoso.

Me mira fijamente.

Me inclino y corto las bridas. Primero las de sus muñecas. Luego las de sus tobillos. Doy un paso atrás.

No se mueve. Se queda mirando sus manos liberadas, luego a mí, luego a la puerta que tengo detrás. El cálculo que se está produciendo en su mente es casi visible.

Enarco una ceja.

—¿Y bien?

Nada. Parece conmocionada.

—Llevas diciéndome que me matarás desde Viena —digo—. Aquí estás. Aquí estoy. Sin ataduras. ¿La muerte de tu padre no es suficiente motivación o…?

Se lanza desde la silla.

Es más rápida de lo que esperaba y tiene más rabia de la que resulta tácticamente prudente.

Se lanza primero a por mi garganta, lo cual es en realidad el instinto correcto, y la dejo acercarse lo suficiente como para que sus manos hagan contacto antes de moverme.

Le cojo ambas muñecas, doy un paso para meterme en su trayectoria, giro y se estampa contra mi pecho.

La rodeo con un brazo por la espalda, aprisionándole ambos brazos contra los costados, y su espalda choca contra la pared conmigo pegado a ella por detrás, sin que quede espacio entre nosotros. Ninguno. En ninguna parte.

Estalla.

Se retuerce, se gira, echa la cabeza hacia atrás intentando golpearme en la cara, sus pies buscando un punto de apoyo en la pared.

Todo su cuerpo lucha contra el mío y no es débil.

La impulsa algo que no se puede apagar, y aprieto mi agarre hasta que puedo sentir cada una de sus respiraciones, sus costillas expandiéndose y contrayéndose contra la barra que forma mi brazo, toda su espalda contra mi pecho, sus caderas presionadas contra las mías sin tener adónde ir.

Su pelo me roza la mandíbula.

Huele a miedo y a aire frío y a algo más por debajo que es simplemente ella.

El aire se me escapa del pecho.

No de golpe. Lentamente, como si se desinflara algo que no sabía que estaba lleno. Se mueve contra mí, intentando zafarse de mi agarre.

Ese movimiento provoca algo en mí que me niego a analizar, y la presiono con más fuerza contra la pared para detenerlo.

Eso lo empeora todo de forma categórica porque ahora está completamente quieta y puedo sentirlo todo.

Cada punto en el que nos tocamos.

La brusca inspiración que toma.

La forma en que su cuerpo, a pesar de todas las señales furiosas que su mente está enviando, ha pasado de luchar a algo más complicado que luchar.

Emite un pequeño sonido.

Debería haber dejado que Lyosha se encargara de esto.

Extiendo el brazo alrededor de ella, con una sola mano, y empiezo a registrarla.

Primero los bolsillos exteriores de la chaqueta.

Su respiración es rápida y superficial contra mi antebrazo.

Paso al bolsillo interior y ella se retuerce con fuerza, pero vuelvo a inmovilizarla, con mi pecho contra su espalda, mi mano continuando su búsqueda con una concentración que me estoy esforzando al máximo por mantener porque está presionada contra cada centímetro de mí y la parte profesional de esto está perdiendo terreno por segundos.

—Suéltame —espeta entre dientes—. Suéltame o mátame. Son las dos únicas opciones que te aceptaré.

—Paciencia —digo, cerca de su oído—. *Zayka.*

Se estremece.

—No me llames así.

Mi mano encuentra el bolsillo interior. El teléfono. Y debajo, pequeño y duro con una grieta en una esquina, el pendrive.

Saco ambos y retrocedo de inmediato, poniendo la celda de por medio entre nosotros.

Ella se gira con la espalda contra la pared, con el pecho agitado y algo en los ojos que me obligo a no catalogar.

Mira el pendrive en mi mano y por un solo segundo en su cara se dibuja una expresión terrible.

Algo juvenil y completamente al desnudo.

Dura menos que un suspiro, y luego la furia regresa, pero lo he visto y no puedo hacer como que no lo he visto.

Se lo dio él.

Justo antes de que lo mataran.

Camino hacia la silla.

Recojo las bridas cortadas y las de repuesto del suelo.

Esta vez no se resiste cuando la aseguro de nuevo a la silla. Tiene la vista fija más allá de mi hombro, con la mandíbula apretada, haciendo exactamente lo mismo que yo.

Negándose a sentir nada delante de alguien que la observa.

Me enderezo, guardándome el pendrive y el teléfono en el bolsillo.

—Te queda un día más —le digo—. Yo que tú, pensaría detenidamente en cómo lo vas a emplear.

Me dirijo a la puerta.

—Te mataré —dice ella a mi espalda. En voz baja esta vez. Sin gritos. Solo una mujer haciendo una promesa que tiene la intención de cumplir.

Me detengo en la puerta y me quedo allí un instante más de lo necesario.

Luego salgo.

La cerradura hace clic a mi espalda y me quedo en el pasillo mirando a la pared, con el pendrive quemándome en el bolsillo.

Ella está al otro lado de esa puerta y no tengo ni la más remota idea de por qué no está ya muerta.

5

LENA

Un día más.

Eso fue lo que dijo.

Un día más, saboréalo. Luego salió, el cerrojo hizo clic y, desde entonces, llevo aquí sentada dándole vueltas a lo que significa.

Y me llamó *Zayka*, puto *Zayka*. ¿Quién se cree que es?

¿Por qué un hombre en su sano juicio llamaría «conejita» a su cautiva?

La celda no es grande.

Paredes de piedra, una sola luz en el techo que zumba con una frecuencia diseñada para desmantelar la cordura lentamente, una silla que se ha familiarizado íntimamente con cada hueso de mi espalda baja.

Hay un pequeño desagüe en una esquina.

Un cubo.

He tomado dos vasos de agua y medio trozo de pan duro que no he podido terminar porque se me cerraba la garganta.

He contado las piedras de la pared de enfrente cuarenta y una veces.

Un día más significa que la próxima vez que esa puerta se abra, todo habrá terminado.

Significa que han decidido qué van a hacer conmigo, y lo que van a hacer conmigo es lo mismo que le hicieron a papá.

En algún lugar de este complejo hay hombres decidiendo los detalles.

Si será limpio.

Si será rápido.

Si lo hará él mismo o le pasará el trabajo a uno de los otros.

Mi mente, sin nada más que hacer y sin forma de detenerla, ha estado rellenando los huecos.

Una bala es lo más lógico.

Rápido, poco esfuerzo, el tipo de final que tiene sentido práctico para la gente que hace esto como otros rellenan papeleo.

Pero entonces pienso en cómo me miró el hombre del tatuaje en esta celda, esa expresión neutra e indescifrable mientras yo le gritaba, y algo me dice que lo práctico no es lo único que se baraja.

Podrían ser días de esto primero.

Sistemático y sin prisas, igual que su voz no tiene prisas, igual que se movió por esta celda como si nada de lo que yo hiciera pudiera sorprenderlo.

Pienso en las historias.

Las cosas que oyes sobre organizaciones como esta, las cosas que papá nunca me contó directamente pero que vivían en los espacios entre sus cuidadosos silencios.

Lo que hacen cuando quieren mandar un mensaje.

Lo que hacen cuando primero quieren información.

Basta. Aprieto los ojos con fuerza. *Deja de pensar en ello.*

Me tiemblan las manos.

Las apoyo con fuerza sobre mis muslos y siento que el temblor me sube por los brazos y me llega al pecho.

De lo que sea que he estado tirando desde Moscú, desde el armario y el disparo y el cerrojo que siempre se atasca y cuarenta y ocho horas de hostales en Viena, ya casi no queda nada.

La adrenalina que me ha mantenido erguida como un andamio se está viniendo abajo, en silencio, pieza por pieza.

Lo que hay debajo es solo miedo.

Nadia no sabe dónde estoy.

Ese pensamiento pesa de forma distinta al resto.

Llamó, tenía un plan, ya estaba en marcha, y entonces yo guardé silencio y he guardado silencio desde entonces.

Para estas horas, Nadia debe de estar desquiciada.

Dando vueltas por su apartamento de Budapest, con las plantas y la televisión malísima, mirando el móvil cada cuatro minutos, preparando un té que no se beberá.

Estará intentando averiguar qué ha pasado.

Estará aterrorizada.

Lo siento mucho, Nadia.

Un sonido me sube por la garganta, aprieto la boca y respiro por la nariz hasta que vuelve a bajar.

No vas a llorar.

No sirve de nada llorar.

No hay nadie aquí para verlo y no cambiará nada.

Si empiezo, no sé si podré parar, y necesito estar presente, necesito estar alerta, necesito pensar si hay alguna salida de esta en la que no haya pensado todavía.

Salvo que cada vez que intento pensar en una salida, mi mente se desvía hacia él.

Hacia la celda.

Hacia el momento en que cortó las ataduras, dio un paso atrás, yo me levanté y él me miró con esa ceja enarcada, como si sintiera auténtica curiosidad por lo que iba a hacer.

Y cargué contra él.

Puse todo lo que tenía en ello, cada gramo de odio y de dolor y de dos días sin dormir y el sonido de aquel único disparo en el apartamento; todo, y me detuvo como si no fuera nada.

Como si no pesara nada.

Como si mi máximo esfuerzo absoluto le resultara medianamente interesante.

Me apretó contra la pared y mi cuerpo dejó de funcionar correctamente.

No lo hagas. Me remuevo en la silla. *No pienses en eso.*

Pero, por lo visto, mi cuerpo tiene sus propios planes, totalmente ajenos a mi amor propio, porque el recuerdo de su brazo rodeándome, el peso de su cuerpo detrás del mío y el sonido de su voz cuando dijo *zayka* justo en mi oído están provocando algo que desprecio con cada parte funcional de mi cerebro.

Mis pezones se endurecen contra la tela de la camisa y me miro el pecho con una expresión de absoluta traición.

Él mató a papá.

Estaba en esa habitación y dio la orden, y papá cayó, y no tengo permitido sentir nada por sus manos que no sea odio.

No tengo permitido sentir nada por él, en absoluto.

Me salva de tener que seguir discutiendo conmigo misma el sonido de la cerradura.

La puerta se abre y el corazón se me encoge con tanta fuerza que emito un sonido, un pequeño sonido desesperado por el que me odio a mí misma, y me agarro a los brazos de la silla y espero los ojos grises e inexpresivos y el tatuaje de la serpiente y la voz tranquila que me diga que mi hora ha llegado.

Entra un hombre diferente.

No es el hombre del tatuaje.

Tampoco ninguno de los otros dos que vi brevemente cuando me trajeron.

Este hombre lleva una bandeja y tiene una cara que podría ser la del hermano mayor y simpático de cualquiera, abierta y cálida, con una expresión de naturalidad en la mirada.

Me mira desde el otro lado de la celda con una expresión que no es fría.

Lo miro fijamente.

Él me devuelve la mirada.

Ninguno de los dos dice nada durante un momento.

—¿Eso es veneno? —pregunto.

Él parpadea. Luego, sus cejas se alzan lentamente—. ¿Veneno?

—En la bandeja. ¿Está envenenado? —Le sostengo la mirada—. Porque si es así, quiero que sepas que eso es extremadamente

cobarde y que esperaba más de gente que encierra a mujeres en mazmorras.

Mira la bandeja. Vuelve a mirarme. Se le escapa un sonido que tardo un segundo en identificar porque es lo último que esperaba en esta habitación.

Se está riendo.

—Veneno —repite, como si saboreara la palabra—. ¿Acaso parecemos gente que se ocupa de sus enemigos con veneno?

Enemigos…

Pienso en las manos del hombre del tatuaje y en la fría eficacia de los hombres de Viena y en cómo todo el complejo se silenció cuando llegamos. Trago saliva.

—No —admito—. No, la verdad es que no.

Deja de reír, aunque algo cálido permanece en sus ojos, y levanta la tapa de la bandeja.

El olor me golpea antes de que pueda prepararme.

Comida de verdad.

Pan que no está duro, algo con carne y salsa, una taza con algo humeante.

Mi estómago no espera permiso.

Hace un ruido que llena la celda por completo y rebota en las cuatro paredes.

Siento que el calor me inunda la cara mientras todavía está sonando.

El hombre me mira y no dice absolutamente nada.

Al menos tiene la decencia de no sonreír.

Entra en la celda y me tiende la bandeja.

La miro fijamente.

Luego a él.

Luego a la comida que huele como lo primero real que me he encontrado en días y la deseo tanto que mi boca ya está reaccionando de una forma bochornosa.

Lo fulmino con la mirada.

Sostiene la bandeja un momento más, me lee la cara, suspira con la paciencia de un hombre que ya ha lidiado con cosas difíciles anteriormente, y la retira.

Coge un tenedor, corta un trozo de carne y se lo lleva a la boca.

Mastica.

Coge un trozo de pan.

Un sorbo de la taza.

Lento y deliberado en todo, observándome todo el tiempo que yo lo observo a él, con el hambre que a duras penas consigo contener tras los dientes.

Cuando me acerca la bandeja esta vez, me lanzo hacia adelante antes de poder detenerme y luego me detengo en seco porque las ataduras siguen puestas y he llegado a su límite, estirándome hacia el plato como un perro tirando de la correa, y la humillación es extraordinaria.

Lo miro de forma elocuente.

Él ya se está moviendo hacia mí. —Voy a desatarte —dice, agachándose hacia las ataduras—, y deberías saber lo poco sensato que sería intentar alguna estupidez ahora mismo.

Me dejo caer en la silla. —Ni siquiera tengo fuerzas.

Me quita las ataduras, acerco la bandeja y como. Me pregunto por qué es tan fácil hablar con este hombre.

Es uno de ellos, está en este complejo, le ha traído comida a una prisionera en una celda y, sin embargo, no hay nada en su actitud que me haga querer enseñarle los dientes.

Como y él se sienta en el suelo, con la espalda contra la pared y las piernas estiradas, como si estuviéramos en un lugar de lo más normal.

Después del tercer bocado, pone una mano en el borde de la bandeja.

—Más despacio —dice—. Te vas a atragantar.

—Prefiero morir por la comida —digo, con la boca llena—, que dejar que ese cabrón me mate.

—¿Ese cabrón? —repite él.

—El del tatuaje —digo—. La serpiente.

—Razvan.

El nombre aterriza en la habitación y se queda ahí. Razvan. Le doy vueltas en la cabeza sin dejar de comer.

Ese nombre tiene peso. Es afilado al principio y luego cae. Como algo que se arroja.

—Razvan —repito.

El hombre que tengo enfrente, que se ha sentado en el suelo con la espalda apoyada en la pared y las piernas estiradas como si estuviéramos de pícnic, asiente. Permanece en silencio un momento. Luego dice: —Su padre ha muerto.

Dejo de masticar.

Lo miro.

—Hace tres días —dice, sin mirarme, con la vista fija en algún punto de la pared—. Recibió la noticia la misma noche que escapaste.

Algo se remueve en mi interior para lo que no tengo un nombre claro. Mastico. Trago. Dejo el tenedor un segundo.

—Bueno —digo, y mi voz sale más firme de lo que esperaba—. Bienvenido al club. Mi padre también está muerto. Pero a mí no me ves secuestrando a gente y amenazando con matarla por ello.

Ladea la cabeza hacia mí, como sopesándolo. —En realidad, tú sí amenazaste con matar a alguien por ello.

Vuelvo a coger el tenedor y lo fulmino con la mirada. Él la aguanta sin inmutarse y no dice nada más, y yo sigo comiendo.

Me pasa el agua cuando voy a cogerla, sin hacerme esperar a que se la pida. Está tan a gusto en este espacio, tan tranquilo y casi amable, que no deja de captar mi atención entre bocado y bocado. No lo entiendo. No lo entiendo a él en este lugar lleno de gente con rostros que no expresan nada.

—¿Por qué eres tan amable conmigo? —La pregunta sale antes de que decida formularla. Suena más a acusación que a pregunta, lo cual podría ser acertado.

Me mira un momento. La calidez de su expresión no desaparece, pero algo más triste se agita bajo ella. —Me das pena —dice, sin más—. No creo que te merezcas esto.

Siento que se me calientan los ojos. Al instante, con un calor traicionero; bajo la mirada hacia la bandeja, parpadeo con fuerza y le doy otro bocado al pan, que ya casi no me sabe a nada.

—Pero la venganza tiene que cobrarse —dice en voz baja. Como si se disculpara y se explicara al mismo tiempo y supiera que ninguna de las dos cosas es suficiente.

La celda está muy silenciosa.

—¿De verdad voy a morir? —Mi voz sale débil. Más débil de lo que la he dejado ser desde Moscú, más débil de lo que me he permitido sonar delante de cualquiera de ellos. Ni siquiera lo miro cuando lo pregunto. Tengo la vista fija en las migas del plato.

No responde.

Levanto la vista. Me está observando con algo en su rostro que es lo bastante sincero como para ser una respuesta en sí misma. Me sostiene la mirada un instante, luego se levanta, coge la bandeja y se dirige a la puerta.

Quiero pedirle que se quede.

El deseo es inmediato, vergonzoso y real; este repentino y desesperado anhelo por la única persona en este edificio que me ha mirado como si fuera una persona, y me lo trago, porque querer que se quede es una estupidez.

Él no es seguro.

Su amabilidad es solo una versión más suave de lo mismo que están haciendo los demás.

Es uno de los hombres de Razvan, y Razvan me quiere muerta, y que este hombre se quede en esta celda no cambia nada de eso.

La puerta se cierra.

La cerradura hace clic.

Me quedo sentada en la silla, ya sin la bandeja vacía y con la luz todavía zumbando, con el silencio oprimiéndome desde las cuatro paredes, y algo detrás de mi esternón cede lentamente, como una costura que se deshace, y lloro.

No son los sollozos feos y entrecortados del suelo del salón de mi padre, ni las lágrimas histéricas que corrían por mis mejillas en el callejón de Viena. Solo un llanto silencioso y constante, sentada en

una silla en una habitación bajo tierra, de luto por la vida que aún no había terminado de vivir.

Por los años a los que no había llegado.

Por las cosas que nunca le dije a papá.

Por el pendrive que está en algún lugar de este complejo, por el que él murió para protegerlo y que yo ni siquiera pude conservar.

Lo siento, papá. Me aprieto el dorso de la muñeca contra la boca. *Lo siento mucho.*

La luz zumba.

Lloro en silencio.

Y en algún lugar por encima de mí, un hombre llamado Razvan está decidiendo cuánto tiempo me queda.

6

RAZVAN

Doce caracteres. He probado doce mil combinaciones de doce caracteres y el disco duro sigue ahí, como una mandíbula trabada, sin darme nada.

Me aparto del escritorio con tanta fuerza que la silla chirría.

Me levanto y camino de un lado a otro del despacho, porque si me quedo quieto un minuto más voy a meterle un puñetazo al monitor y eso no ayudará a nadie.

Tres días.

El disco duro lleva tres días en mi poder y Dmitri, que es capaz de tirar del hilo financiero de organizaciones que no quieren ser encontradas, que una vez reconstruyó toda una red de empresas fantasma a partir de un único número de enrutamiento, lo ha intentado todo salvo destruirlo físicamente, y el archivo no se abre.

Protegido por contraseña con el tipo de cifrado que sugiere que Pyotr Sokolova era mucho más precavido de lo que cabría esperar de un hombre que se dedicaba a mover números.

Ella sabe la clave.

Tiene que saber la clave.

Un hombre lo bastante precavido como para poner ese tipo de cerrojo a esos archivos no se iría sin dejarle la llave a alguien.

Ya estoy yendo hacia la puerta cuando Mike se interpone en el umbral.

—Al menos sé decente con ella —dice.

Dejo de caminar. —Apártate.

—Está de luto, Razvan. La chica lleva dos días en esa celda y vio a su padre…

—No deberías haberle dado comida —digo secamente, mirándolo a los ojos—. No lo autoricé.

Mike me devuelve la mirada con la expresión firme e imperturbable de un hombre que me conoce lo suficiente como para que mi tono seco no le afecte. —No —dice—. No lo hiciste. Y lo volvería a hacer.

Se yergue en el umbral. Algo en su cara cambia, dejando a un lado la calidez afable por algo más antiguo y serio que subyace. —¿Recuerdas lo que me prometiste? —dice—, antes de que aceptara unirme? ¿Antes de que dijera que sí a todo esto?

No digo nada.

—No tocaríamos a las mujeres —dice Mike—. No tocaríamos a los niños. No pondríamos las manos sobre gente que no tiene nada que ver en lo que hacemos. —Me sostiene la mirada, firme y ecuánime —. Es una chica que ha perdido a su padre, Razvan. Ella no eligió este mundo. Su padre lo eligió por ella y ahora está en una celda en tu complejo y necesito saber que recuerdas lo que me prometiste antes de cruzar tu puerta.

El silencio entre nosotros tiene peso.

—Lo recuerdo —digo.

Mike me mira un instante más. Luego asiente una vez y se aparta.

Desde un rincón del despacho, Dmitri emite un sonido.

Lleva ahí la última hora en el sillón junto a la estantería, paladeando una copa de vino tinto con la energía ociosa de un hombre que considera las crisis ajenas un excelente espectáculo. Ahora agita la copa sin levantar la vista. —Quizá el problema no sea el archivo.

—Dmitri. —Mi voz conlleva una advertencia específica que funciona con la mayoría de la gente.

Dmitri no es la mayoría de la gente. —Solo observo —dice amablemente— que un hombre frustrado por un disco duro encriptado a nivel puramente profesional no se pasea así. Eso es otro tipo de frustración. —Levanta la copa—. Es preciosa, por lo que he oído. ¿Te atrae?

La temperatura de la habitación desciende varios grados.

—Repite eso —digo en voz baja—, y te romperé la copa en la mano.

Dmitri sonríe, mirando el vino.

Una sonrisa lenta e imperturbable, la de un hombre que acaba de demostrar su argumento y lo sabe. —No tenías por qué ponerte tan furioso… si fueran tonterías.

—Mike. —No aparto la vista de Dmitri—. Llévatelo a alguna parte antes de que haga algo que genere papeleo.

Mike ya está en movimiento, alargando el brazo y agarrando a Dmitri por el cuello de la camisa con la facilidad de quien ha realizado esta misma maniobra muchas veces. Dmitri se deja llevar de buen grado, todavía sonriendo, levantando su copa de vino con cuidado para que no se derrame mientras lo guía hacia la puerta.

—No te olvides del juramento —dice Mike desde el umbral.

Luego se marcha, guiando a Dmitri por el pasillo, y oigo a Dmitri decir algo y la respuesta grave de Mike, y después, nada.

Me quedo de pie en el despacho vacío.

Ella sabe la clave. Empiezo a andar.

El nivel inferior está en silencio, como siempre, ese silencio subterráneo particular que no tiene nada que ver con la paz.

Me detengo ante la celda, con la mano en la puerta, y por un segundo me quedo ahí, respiro e intento encontrar la versión de mí mismo que puede entrar y hacer lo que hay que hacer con algo parecido al desapego.

Abro la puerta.

Está en la silla.

Siempre está en la silla, porque no hay ningún otro sitio donde estar, y ya lleva allí el tiempo suficiente para que el desafío que mostraba cuando me fui haya desaparecido.

No está rota ni hundida, solo ausente, como se ausenta el fuego cuando se queda sin combustible.

Levanta la vista cuando se abre la puerta y observo cómo su cara hace lo que siempre hace cuando me ve: el gesto tenso, la mandíbula apretada; pero por debajo hay algo que no le he visto antes.

Parece derrotada.

Estaba mejor con esa garra. El pensamiento llega antes de que pueda detenerlo, lo aparto a un lado y entro en la celda.

—La clave —digo.

Me mira y no dice nada.

—El pendrive está encriptado. Conoces la contraseña. Vas a decirme cuál es o el día de hoy va a ser mucho peor que los dos últimos. —Le observo la cara—. ¿Entiendes lo que te estoy diciendo, Lena?

Mi boca al pronunciar su nombre provoca algo en su expresión, una pequeña mueca que disimula rápidamente.

—No sé la clave —dice.

—No me mientas, joder.

—He estado intentando acceder a ese pendrive desde Moscú. —Su voz es apagada y exhausta—. No sé la contraseña. Mi padre no me la dijo. Solo me lo puso en la mano y me dijo que corriera, y entonces él… —Se detiene. Traga saliva—. No sé lo que contiene y no sé cómo abrirlo.

—Esa es una historia muy conveniente.

—Que te jodan. Es la verdad.

La miro durante un largo momento, luego doy un paso adelante, mi mano se cierra alrededor de su garganta y aprieto.

Le corto la respiración por completo y sus manos vuelan hacia arriba y arañan la mía con todas sus fuerzas, las uñas arrastrándose por mis nudillos con la suficiente violencia como para hacerme sangrar, y su rostro cambia como cambian los rostros cuando el cuerpo comprende que se está quedando sin tiempo.

Se le abren los ojos de par en par y se le humedecen las comisuras, la boca se abre y se mueve sin emitir sonido, y yo me inclino a su altura, la sujeto y hablo muy bajo en el espacio que nos separa.

—Dime la verdad —digo—. O me tomaré mi tiempo contigo hasta que no quede nada detrás de tus ojos. ¿Me crees?

No puede responder.

No puede hacer otra cosa que negar con la cabeza, las lágrimas se le escapan y le corren por la cara mientras sus manos siguen arañando las mías, desesperadas y perdiendo la batalla, y yo observo su rostro buscando ese punto de quiebre, ese punto

específico que se quiebra cuando alguien deja de actuar y empieza a sobrevivir.

No llega.

Lo que llega en su lugar son más lágrimas, reales, incontroladas y carentes de toda estrategia, y la suelto y retiro la mano de un tirón como si su piel me hubiera quemado.

Ella jadea.

Toma aire a grandes y entrecortadas bocanadas, con los hombros agitándose, y yo me quedo de pie sobre ella, observando, y algo está sucediendo en mi pecho para lo que no tengo vocabulario y que no deseo.

—Si no quieres que te hagan daño —digo, y mi voz se ha vuelto más áspera en un lugar que no pretendía—, entonces deja de obligarme a hacerte daño. Dime la clave. Eso es todo. Un solo dato y esto se acaba.

—Vete al infierno. —Sigue tosiendo, todavía recuperando el aliento, y noto que está furiosa consigo misma por las lágrimas y furiosa conmigo, y su voz aún tiene mordiente, incluso ahora, incluso así, con la cara mojada y medio rota en una silla—. No sé la clave. No sé lo que hay en el pendrive. Puedes hacerme lo que quieras y eso no cambiará, porque no puedo decirte algo que no sé. —Se pasa el dorso de la muñeca por la cara con fuerza, como si estuviera enfadada personalmente con las lágrimas—. Asesino. Lo mataste y ahora estás aquí asfixiándome, y aun así no tendrás tu respuesta, porque no hay ninguna respuesta que pueda darte.

Todavía no lo sabe.

Ese pensamiento me recorre en silencio.

Sigue creyendo que el tatuaje de mi muñeca es la sangre de su padre en mis manos, y yo la miro desde el otro lado de la celda y no digo nada al respecto.

La agarro por el cuello otra vez.

Esta vez mi agarre no es demoledor.

Mi mano se le enrosca alrededor y se queda ahí, y mi pulgar encuentra su pulso y descansa sobre él, sintiendo el latido frenético y desbocado de su corazón bajo esa fina piel.

Me inclino hacia ella y dejo que sienta la diferencia entre esta vez y la anterior.

Se queda muy quieta.

Levanta las manos, pero esta vez no me araña; las apoya en mi muñeca con una presión confusa y asustada que no llega a ser un intento de apartarme.

—Te lo preguntaré una vez más —digo en voz baja—. Y quiero que te lo pienses bien antes de responder.

Traga contra mi mano. Siento cómo se mueve bajo mi palma. —¿Y si mi respuesta sigue siendo la misma?

—Entonces vamos a tener un problema.

—Ya tenemos un problema. —Su voz se ha quebrado sin que ella quisiera, volviéndose grave e inestable—. Tienes la mano en mi cuello y sigo queriendo matarte.

—Esa boquita que tienes —digo, observándola—, estaría mejor empleada en algo que no fueran amenazas de muerte.

Me enseña los dientes. —¿A mí qué me importa?

Sonrío, mientras mi pulgar le acaricia el labio inferior y atrapa su leve jadeo. —Ah…, *Zayka*, primero te follaría esa boquita preciosa, a ver si entonces eres capaz de hacerte la lista.

Las palabras resuenan en la celda y ninguno de los dos se mueve.

Contiene el aliento. No es miedo, o no solo miedo, porque sus ojos se han oscurecido, sus labios se han separado y el color que le sube por la cara no tiene nada que ver con el llanto.

Está pensando en ello.

Está sentada en esta celda con mi mano en su garganta, pensando exactamente en lo que he dicho y puedo ver cómo ocurre, y yo también estoy pensando en ello: en su preciosa boca, abierta, húmeda, recibiéndome tan bien, incapaz de articular palabras alrededor del gran grosor de mi polla entre sus labios; en lo que la haría gemir con esos bonitos labios en lugar de amenazas y maldiciones, y ambos somos plenamente conscientes de lo que está sucediendo y ninguno de los dos se mueve ni habla ni hace nada, excepto existir en el mismo aire cargado y profundamente demencial.

Sus ojos bajan hasta mi boca.

—*Chërt voz'mi.* —La maldición se me escapa y retiro la mano de golpe, me alejo de ella bruscamente, pego la espalda a la pared de la celda y tomo aire por la nariz.

He tenido a hombres suplicando a mis pies. He tenido a hombres ofreciéndome dinero, lealtad, nombres, territorio… todo lo que una persona puede poner sobre la mesa. Nada de eso me ha afectado. Ni una sola vez. No soy un hombre al que se pueda afectar.

Esta mujer, que no tiene nada, que está sentada en una silla en mi complejo sin nada que ofrecer y nada con lo que negociar y aun así me mira como si fuera a encontrar la manera de cumplir cada promesa que me ha gritado, está haciendo algo que no tiene un nombre que yo esté dispuesto a darle.

Sigo teniendo la intención de matarla.

Me digo esto al salir de la celda.

Me digo esto mientras subo las escaleras, recorro el pasillo y me quedo en mi despacho, mirando por la ventana los terrenos oscuros mientras el tercer día se desangra por los límites del complejo.

Tengo la intención de matarla.

La entrada se abrirá en algún momento, ella habrá cumplido su propósito y ese será el fin de Lena Sokolova.

Me digo todo esto, de forma firme y deliberada, de la manera en que te dices algo que necesitas que siga siendo verdad.

Cada vez se hace más difícil.

Me sirvo la primera copa antes de haberme sentado del todo.

Whisky escocés, solo, de la botella buena que vive en el cajón de abajo y que solo sale cuando algo ha ido lo bastante mal como para justificarlo. El favorito de mi padre.

La trajo de Edimburgo hace siete años y me dijo que la guardara para los días en que no pudiera pensar con claridad.

Creo que esta ocasión en particular le parecería profundamente irónica.

Bebo.

Me siento en mi sillón, bebo, me quedo mirando a la pared e intento localizar la versión de mí mismo que existía hace tres días, esa que era directa y funcional y no tenía a una chica en el sótano haciendo que mis manos vacilaran.

La deseo.

El pensamiento se asienta en mi pecho como un rescoldo que no puedo apagar, y lo odio con una minuciosidad que sería impresionante si sirviera para algo útil.

Es la hija de Pyotr Sokolova. Es una baza y una carga, un cabo suelto que hay que cortar, y he tenido mi mano en su garganta dos

veces esta noche y la segunda vez estaba pensando en su boca.

Me sirvo otra copa y no la toco.

La puerta se abre.

Primero Mike, luego Lyosha llenando el marco de la puerta tras él, después Dmitri en algún lugar al fondo. Los miro a los tres y siento algo que en otra vida podría ser gratitud y que ahora mismo solo parece demasiada gente en una habitación.

—Salid del complejo —digo—. Todos vosotros. Tomad la noche libre.

Silencio.

—Razvan. —La voz de Mike es cautelosa—. No es buena idea.

—No he pedido tu opinión.

—Tu padre acaba de morir —dice Lyosha, con la franqueza directa de un hombre que considera andarse con rodeos un defecto personal—. No es momento de estar solo en una casa con tus pensamientos. Tus pensamientos son una mala compañía ahora mismo.

—Mis pensamientos están perfectamente.

—Llevas los últimos diez minutos aferrado a ese vaso —observa Dmitri desde la puerta, sin ayudar en absoluto—. Eso no es estar perfectamente.

Dejo el vaso sobre la mesa. Con cuidado. —Llevaos a los hombres con vosotros. Dejad a cuatro en el perímetro y a dos en el nivel inferior. Quiero el resto del complejo despejado para medianoche. —Los miro a cada uno—. No es una petición.

Otro silencio. Este tiene una forma distinta, la forma de tres hombres sopesando si deben oponer resistencia y decidiendo, individualmente y a diferentes velocidades, que la respuesta es no.

Lyosha se va primero. Al salir me aprieta el hombro una vez, un apretón breve y duro, su forma de expresar todo aquello para lo que las palabras no están hechas, y luego desaparece. Dmitri lo sigue con una mirada que dice que tiene opiniones que, por una vez, ha decidido guardarse para sí.

Mike se queda.

Se queda de pie en la puerta después de que los otros dos se hayan ido y me mira desde el otro lado del despacho. Le devuelvo la mirada y ninguno de los dos dice nada durante un momento.

—No la mates esta noche —dice.

—Mike…

—Lo digo en serio. —Su voz es queda. No suplicante, Mike no suplica, pero se acerca a algo—. Sea lo que sea que sientas ahora mismo, sea lo que sea esta noche, no dejes que termine en esa celda. Prométemelo.

No digo nada.

Me sostiene la mirada durante tres segundos más, luego asiente una vez y se va.

El complejo se va silenciando por fases.

Lo oigo suceder a través de las paredes, la progresiva disminución de movimiento, voces y pasos hasta que no queda nada más que el equipo mínimo del perímetro, los dos hombres del nivel inferior y el silencio particular de un edificio que antes tenía a mi padre en algún lugar de su interior y ahora solo me tiene a mí.

Me sirvo la tercera copa.

Tampoco la toco.

Mi padre habría sabido qué hacer con todo esto. Se habría sentado frente a mí en la silla que Mike acaba de dejar vacía y habría dicho

algo que iría directo al meollo del problema sin todo el ruido de alrededor.

Tenía esa cualidad, la capacidad de mirar algo complicado y encontrar la única frase verdadera que vivía en su interior.

Yo solía sentarme frente a él y preguntarme cuánto tardaría en aprenderlo.

Se me ha acabado el tiempo para aprenderlo de él.

Eso cala de forma distinta esta noche que las otras, con más peso. Me quedo ahí sentado, con esa sensación, dejando que pese y sin intentar convertirla en algo manejable, porque no lo es.

La bebida no está haciendo ningún efecto.

Eso es lo que nadie te dice sobre el duelo: que las cosas a las que recurres no te corresponden.

El whisky yace en mi sangre y no produce calor, ni distancia, ni ninguna versión de insensibilidad que pueda usar, y llevo tanto tiempo aquí sentado que el hielo que no he añadido se ha convertido en una metáfora.

Me levanto.

Me digo a mí mismo que estoy recorriendo el complejo.

Inspeccionando el perímetro como lo hago cuando no puedo dormir, una costumbre que mi padre me inculcó de joven. *Conoce tu terreno, Razvan. Conoce cada rincón de tu terreno.* Recorro el pasillo este, el vestíbulo norte, el pasadizo trasero que va junto a la cocina, y sé, al empezar a bajar las escaleras hacia el nivel inferior, que no estoy inspeccionando el perímetro.

No estoy inspeccionando el perímetro en absoluto.

Los dos guardias me ven y se apartan sin decir palabra.

Me detengo ante la puerta de la celda, mi mano se posa en el marco y me quedo ahí, en el silencioso subterráneo, con el whisky todavía sin hacer efecto en mi sangre, con mi padre muerto hace tres días y con ella al otro lado de esta puerta, y no sé qué estoy haciendo aquí.

Abro la puerta de todos modos.

7

LENA

Esto está mal. Esto está muy mal. Esto es maldad en todos sus matices, los que han existido y los que no.

Llevo horas sentada con ese pensamiento, dándole vueltas y más vueltas bajo la tenue luz de la celda, y no se ha vuelto más útil.

Pero a mi cuerpo no le importa lo útil.

Mi cuerpo lleva organizando su propio motín silencioso desde que él se cernió sobre mí con la mano en mi garganta y los ojos en mi boca y dijo lo que dijo, y ninguna autoridad mental que intento imponerle marca la diferencia.

Estoy mojada. Llevo horas así.

Esa es la humillante e imperdonable verdad de lo que está sucediendo en esta silla, este calor lento e insistente que se ha abierto paso en mi sangre y se queda ahí, zumbando, sin importar lo que le ordene hacer.

He intentado pensar en mi padre.

He intentado pensar en el tatuaje y en lo que significa y en lo que me prometí a mí misma en aquella calle de Viena.

He intentado repasar cada gramo de odio que tengo almacenado para el hombre que está al otro lado de esta puerta.

Mi cuerpo no hace caso de nada de eso.

Mató a papá. Me clavo el pensamiento como si fuera un moratón que necesito sentir. *Mató a papá y tú estás aquí sentada deseándolo y deberías avergonzarte ahora mismo de cada célula de tu cuerpo.*

Excepto que…

Excepto que voy a morir pronto.

Esa es la otra cosa que vive en esta celda conmigo, la cosa que ha estado sentada en el rincón desde que me dijo que tenía un día, y ese día ha llegado y se ha ido, y ha pasado otro y sigo aquí, pero sé que va a ocurrir.

Puedo sentir cómo su silueta se acerca.

Y quizá sea eso, quizá esto es lo que hace el cuerpo cuando sabe que el tiempo casi se ha agotado: se aferra al calor, al deseo y a las sensaciones porque esas son las cosas que confirman que todavía está vivo.

Quizá solo quiero sentir algo antes de no sentir absolutamente nada.

Quizá simplemente lo deseo a él y no hay una razón bonita para ello.

La puerta se abre de un tirón.

Levanto la vista y él está de pie en el umbral.

El aire que inspiro no vuelve a salir.

Lleva una camisa oscura, con el cuello abierto, y parece que ha estado bebiendo; no va ebrio, nada en este hombre es nunca descuidado, pero hay algo en él más relajado de lo habitual.

Me mira como si estuviera en llamas.

Ninguno de los dos habla.

El silencio llena la celda de pared a pared, y debería tener miedo.

Conozco la forma del miedo, llevo días viviendo en ella, pero lo que se mueve a través de mí ahora mismo no es miedo.

Entra y la puerta se cierra tras él. Se queda ahí, mirándome, y yo le devuelvo la mirada. Ninguno se mueve.

El aire se vuelve más pesado y denso con cada segundo que pasa hasta que me muevo en la silla sin querer, mis muslos apretándose, y lo veo observarme mientras lo hago.

¿Está aquí para matarme?

Cruza la celda y se pone en cuclillas frente a mí. Me mira a la cara durante un largo rato con una expresión para la que no tengo nombre.

—¿Por qué te deseo tanto? —pregunta. Su mano está bajo mi barbilla, inclinando mi cara hacia la suya, y sus ojos grises son nubarrones de tormenta a punto de descargar. Puedo oler el whisky en él, sentir el calor que emana de su cuerpo en oleadas.

Esto está mal. Esto está tan jodidamente mal.

Mi propio cuerpo es un traidor.

Un calor lento y resbaladizo se ha estado acumulando entre mis muslos durante horas, un dolor implacable que se ríe de mi lógica, de mi pena, del recuerdo del rostro de mi padre.

Mató a papá.

Y estoy mojada por él. Empapada.

Se me escapa un sonido que es casi una risa. —Tú eres el enemigo —digo.

Algo se altera en su rostro. —Tú también.

Antes de que pueda pensar en una réplica, se mueve y sus labios están sobre los míos.

Me está besando.

Sus labios son firmes, exigentes, y saben a whisky y a oscuras intenciones.

Durante un segundo interminable, cada uno de mis pensamientos grita en protesta.

Entonces su lengua traza la línea de mis labios y algo en lo más profundo de mis entrañas *se destensa*.

Un gemido se me desgarra en la garganta, vibrando en su boca, y le estoy devolviendo el beso.

¡Oh, soy tan estúpida! Soy…, oh, joder.

Razvan tira de mí hasta pegarme a él y puedo sentir su duro pecho contra mis pezones.

Mis manos se aferran a la tela oscura de su camisa, atrayéndolo aún más cerca, y lo beso con un hambre que me asusta, todo dientes y lengua y una necesidad furiosa.

Sí. Joder, sí.

Cuando se aparta, ambos estamos jadeando. Apoya la frente en la mía, con los ojos apretados. Un sonido áspero y dolorido se le escapa. —No es suficiente —gruñe—. No es ni de coña suficiente.

Niego con la cabeza. *No lo es.* Dios me ayude, no se acerca ni de lejos.

Se mueve rápido.

Un cuchillo destella en su mano y, con dos tirones secos, las bridas de plástico de mis muñecas saltan en pedazos.

Luego me libera los tobillos.

No me muevo para huir.

Y es estúpido de cojones, pero no sé qué me pasa.

No me muevo, lo observo, con la visión nublada por el deseo, mientras envaina la hoja. Sus ojos nunca se apartan de los míos.

Tira de mí por la cintura y yo me dejo llevar, tropezando contra él. Su boca vuelve a encontrar la mía, y este beso es más profundo, más caótico. Siento la dura cresta de su erección tensa contra sus pantalones, presionando mi estómago, y me froto contra ella instintivamente. Un gemido desgarrado se le escapa del pecho, y sus manos bajan a mi culo, amasando la carne a través de los pantalones, atrayéndome con más fuerza hacia esa deliciosa fricción.

—Joder, Lena —murmura contra mis labios, con la voz rota.

Se levanta de repente, alzándome con él.

Le rodeo la cintura con las piernas y el cuello con los brazos, y me saca de la celda. No miro el pasillo.

Aprieto la cara contra la piel cálida de su cuello e inspiro su aroma: cedro, hierro, sudor masculino. Sube las escaleras, con paso firme y seguro incluso con mi peso, y empuja una pesada puerta.

Es una habitación inmensa, oscura y cálida, con una cama del tamaño de un país pequeño, cortinas pesadas, madera y cuero; el tipo de habitación que pertenece a un hombre acostumbrado a ocupar su espacio. No me deja en la cama. Me lleva a través de otra puerta a un cuarto de baño donde me baja y abre la ducha; el agua sale tibia y luego caliente.

Entonces sus manos vuelven a posarse sobre mí, ahora más lentas.

Deliberadas.

Me quita la chaqueta destrozada de los hombros y la deja caer al suelo con un golpe seco. Sus dedos se enganchan bajo el dobladillo de mi camiseta y la sube por encima de mi cabeza.

El aire fresco me golpea la piel y mis pezones se endurecen hasta convertirse en puntas duras y doloridas detrás de mi sencillo sujetador.

Su mirada desciende y sus pulgares rozan las puntas a través de la tela.

Se me escapa un grito ahogado.

—Mírate —murmura en voz baja—. Todo este tiempo, deseando esto. Necesitándolo.

Lleva las manos a mi espalda, buscando el cierre del sujetador. Se detiene, con una pregunta en los ojos. Asiento una vez, y la prenda cae. Mis pechos se derraman, libres, y el aire parece una caricia. Él se limita a mirar, con expresión hambrienta. Hace que me duela el pecho.

Me baja los pantalones y la ropa interior por las piernas de un solo tirón, y yo salgo de ellos. Desnuda ante él, debería sentirme expuesta, asustada.

No lo estoy. Veo cómo se le mueve la garganta al tragar, cómo se le oscurecen los ojos al recorrer mi cuerpo. Arqueo ligeramente la espalda, ladeando las caderas con un lento y provocativo vaivén que le tensa la mandíbula.

Entonces él se desnuda, con movimientos eficientes. La camisa, los pantalones, los bóxeres. Y entonces es solo... él. Todo él. Mi mirada baja y se me seca la boca. Es grueso y largo, con la polla rígida contra el abdomen y el glande de un rojo intenso y airado. Una parte primitiva de mí se contrae en anticipación, en puro deseo.

Me coge de la mano y me lleva a la ducha.

El agua está deliciosamente caliente, cayendo en cascada sobre mis hombros, arrastrando la mugre y el miedo de los últimos días. Coge un bote de champú, vierte una cantidad generosa en la palma de su mano y luego hunde las manos en mi pelo. Me masajea el cuero

cabelludo, sus dedos se mueven en círculos lentos y firmes, y un gemido de puro alivio se me escapa. Me apoyo en su contacto, con los ojos cerrados, dejando que lo lave todo. El frío de Viena, el suelo de la celda, el olor a cedro y a desesperación.

Sus manos se deslizan por mi cuello, sobre mis hombros, trazando la línea de mi columna vertebral. Se deslizan alrededor de mi cintura, tirando de mí hacia atrás contra él. Siento su dura longitud presionar en la hendidura de mi culo, y yo empujo hacia atrás contra ella, con un lento movimiento de vaivén. Maldice en voz baja mientras sus labios encuentran el punto sensible detrás de mi oreja.

Una mano se desliza por mi vientre, a través de la mata de vello húmedo, y encuentra mis pliegues. Estoy tan preparada, tan abierta para él. Sus dedos se deslizan por mi lubricación con facilidad, y un sonido entrecortado sale de mi garganta.

—Razvan —respiro, con la cabeza apoyada en su hombro.

—Lo sé —dice, y suena como una disculpa por lo que está a punto de hacer, por lo que estoy a punto de dejarle hacer.

Sus dedos se hunden en mí, dos de ellos, curvándose hacia arriba, y casi se me doblan las rodillas. —*Joder, qué estrecha eres* —gruñe, con la boca en mi cuello, succionando la piel de esa zona. Su pulgar encuentra mi clítoris y lo rodea con una precisión absolutamente devastadora. Establece un ritmo, sus dedos bombeando dentro y fuera de mí, su pulgar aplicando una presión perfecta y enloquecedora. Balbuceo palabras sin sentido y súplicas, con las manos apoyadas en la resbaladiza pared de azulejos. El placer se enrolla, tenso y caliente, en lo más profundo de mi vientre.

—Córrete para mí, Lena —ordena, con voz áspera en mi oído—. Déjame sentir cómo te corres en mis putos dedos.

Es la orden, la sucia promesa de sus palabras, lo que me hace añicos. Mi orgasmo me atraviesa, una ola violenta y cegadora que arranca un grito de mis pulmones. Mis músculos internos se

contraen y sufren espasmos alrededor de sus dedos, y él me hace pasar por cada una de las últimas pulsaciones, hasta que quedo temblando y sin fuerzas contra él.

Me da la vuelta y me besa profundamente.

Luego me lava, cada centímetro, con manos devotas y exhaustivas. Me seca con una toalla tan suave que parece de nubes, dando palmaditas en mi piel con suavidad, antes de secarse él.

Me lleva a la cama y me tumba en el centro. Las sábanas están frescas y limpias. Se queda de pie a los pies de la cama, solo mirando, con una mirada que es una caricia física. Luego cae de rodillas, me separa los muslos y baja la boca hacia mí.

Grito.

Su lengua es plana y ancha, lamiendo una franja lenta y tortuosa desde mi entrada hasta mi clítoris. Me folla con la lengua, luego succiona y lame mi clítoris hasta atraerlo al calor de su boca, mientras sus manos me sujetan las caderas cuando arqueo la espalda para separarme de la cama. Es implacable, experto, interpreta cada espasmo y jadeo. Vuelve a introducir dos dedos en mi interior, doblándolos en forma de gancho, y succiona mi clítoris con fuerza.

Me corro de nuevo, sollozando su nombre, mi cuerpo convulsionando bajo su boca. No se detiene hasta que el último temblor remite, hasta que soy un despojo tembloroso y agotado sobre las sábanas.

Sube por mi cuerpo, su polla arrastrando un rastro húmedo sobre mi estómago. Se coloca entre mis piernas y la ancha cabeza de su verga roza mi entrada. Me mira, sus ojos buscan los míos.

—Voy a follarte ahora —dice, como una afirmación, una advertencia.

—Sí —siseo—. Fóllame. Ahora. Por favor.

Me penetra de una sola embestida, larga y brutal.

Grito. El estiramiento es inmenso, una plenitud ardiente que me roba el aire de los pulmones. Es tan grande que me llena por completo, llegando a lugares que no sabía que existían. Se queda quieto, enterrado hasta la empuñadura, su cuerpo temblando por el esfuerzo de contenerse.

—Joder —masculla—. Es… imposible.

Entonces se mueve. No hay delicadeza, ni lentos preliminares. Esto es lo que ambos necesitamos: la colisión, el castigo, la unión frenética y desesperada. Me embiste con fuerza, sus caderas golpeando contra las mías, la cama meciéndose con la fuerza de sus acometidas. Enrosco las piernas en su cintura, respondiendo a cada embestida, mientras mis uñas le arañan la espalda. Los sonidos que hacemos son animalescos: gruñidos, gemidos y el chasquido húmedo y rítmico de la piel contra la piel.

—Joder, cómo te tragas mi polla —gruñe, con la voz pastosa por el deseo—. Tu coño ansioso y húmedo está hecho para que lo folle.

Sus palabras son obscenas y envían otra descarga de puro fuego a través de mí. Me aparta la pierna, la engancha sobre su brazo para abrirme más y el ángulo cambia. La siguiente embestida da en un punto dentro de mí que hace que mi visión se vuelva blanca.

—¡Sí! —chillo—. ¡Ahí mismo, joder, no pares! Por favor. Por favor. Por favor.

Martillea ese punto, una y otra vez, con un ritmo despiadado y perfecto. El resorte en mi interior se tensa hasta un punto imposible. Siento mi propia humedad cubriéndonos a los dos, oigo los sonidos lascivos y chapoteantes de su polla entrando y saliendo como un pistón de mi coño empapado. Coreo su nombre, mis ojos se ponen en blanco sin control mientras la tensión estalla.

Mi tercer orgasmo es una convulsión, algo crudo y desgarrador que bloquea mi cuerpo alrededor del suyo. Mi coño exprime su polla con pulsaciones frenéticas y, con un rugido que parece arrancado de su

alma, él me sigue. Siento el torrente caliente y repentino de su semen inundando mis profundidades, chorro tras chorro, mientras bombea dentro de mí durante su clímax, su cuerpo sacudiéndose violentamente sobre el mío.

Se derrumba sobre mí, un amasijo de sudor y respiraciones agitadas. No se retira. Se queda dentro de mí, ablandándose, su peso una bienvenida ancla.

No hablamos. Los únicos sonidos son nuestras respiraciones entrecortadas que se van calmando poco a poco.

Al cabo de un rato, nos gira y me coloca encima de él. Ya está duro otra vez. Desciendo sobre él lentamente, esta vez controlando el ritmo. Es diferente. Más profundo. Más suave. Sus manos descansan en mis caderas, guiándome con delicadeza. Lo cabalgo, con las palmas de las manos apoyadas en su pecho, observando su rostro. Tiene los ojos abiertos, devolviéndome la mirada, y la expresión cruda y desprotegida de sus ojos me desarma por completo.

Las lágrimas empiezan a brotar antes de que pueda detenerlas.

Las ve. Levanta inmediatamente la mano hacia mi cara, su pulgar rozando debajo de mi ojo, y no dice nada, solo me sujeta el rostro y sigue mirándome y se mueve conmigo, lento y constante. Lloro y él no se inmuta ni aparta la mirada, y de alguna manera eso es peor y mejor que cualquier otra cosa que haya hecho esta noche. Me pliego contra su pecho y él me rodea con sus brazos, y nos quedamos así hasta que el llanto pasa, el movimiento se ralentiza y todo, por fin, por fin, se queda en silencio.

Ambos llegamos al orgasmo de nuevo y finalmente me desplomo sobre su pecho, agotada en todos los sentidos posibles. Me rodea con sus brazos y nos quedamos así hasta que su polla se desliza fuera de mi cuerpo.

Me duermo antes de darme cuenta.

La oscuridad es total, profunda y sin sueños, y no lucho contra ella.

Cuando salgo a la superficie, sigue siendo de noche, pero es una oscuridad diferente; esa cualidad particular de la oscuridad que significa que el amanecer está cerca pero todavía no ha llegado. Y me despierto al instante, completamente, de la misma manera en que me he estado despertando desde Moscú, con cada nervio alerta antes incluso de abrir los ojos.

Está dormido. Boca arriba, con un brazo extendido, respirando lenta y uniformemente. En la oscuridad parece más joven que cuando está despierto, y lo miro durante un largo momento. Algo se mueve en mi pecho a lo que me niego a poner nombre.

Me deslizo de la cama sin hacer ruido.

Encuentro mi ropa en el suelo del baño. Encuentro el cuchillo en la mesilla de noche, el que usó para cortar mis ataduras, lo cojo, lo llevo hasta donde él duerme y me quedo de pie junto a él.

Su pecho sube y baja. Sube y baja.

Hazlo. Mi mano se aprieta en el mango. *Mató a papá. Mató a papá y tú estás aquí de pie y tienes el cuchillo y esta es la única oportunidad que tendrás, así que hazlo. Hazlo ahora.*

Me quedo ahí, de pie.

Me quedo ahí, de pie, durante mucho, mucho tiempo.

Bajo el cuchillo hasta que queda a mi costado.

No puedo. La certeza se asienta en mis entrañas como algo que he tragado mal. *No puedo hacerlo y me odio por ello, y no puedo.*

Dejo el cuchillo en la mesilla de noche. Tan silenciosamente como puedo. Encuentro la memoria USB en la cómoda donde debió de dejarla y me la guardo en el bolsillo, junto con mi teléfono, y no vuelvo a mirarlo, porque si lo miro de nuevo no me iré.

Encuentro la puerta.

No miro atrás.

8

RAZVAN

Se ha ido.

Es el primer pensamiento. Nítido, sencillo y tan obviamente cierto en el momento en que estiro el brazo por la cama y no encuentro más que sábanas enfriándose, que ya estoy moviéndome antes de que llegue el segundo.

Se ha llevado el pendrive.

Salgo de la cama, cruzo la habitación y llego al pasillo en treinta segundos. Los guardias del piso de abajo ya están revolviéndose, porque me ven la cara y mi cara les está diciendo algo que no quieren oír.

—La mujer —digo—. ¿Cuándo?

El más joven palidece.

—No…, no la hemos visto…

—¿Cuándo ha salido de esta planta?

—Señor, no nos informaron de que la hubieran trasladado de la…

Dejo de escuchar. Me doy la vuelta y saco el móvil. Para cuando llego a la planta principal, he movilizado a seis hombres; para cuando llego a mi despacho, a doce; y para cuando el sol acaba de salir sobre el complejo, tengo a todos los hombres disponibles de esta ciudad revolviendo cada calle, cada estación, cada paso fronterizo, cada hostal y piso franco y centro de transporte en un radio de cien kilómetros.

Me planto en el centro de mi despacho y mantengo un control férreo sobre todo.

Controlado. Eso es lo que me digo a mí mismo mientras desmantelo sistemáticamente los muebles.

La silla es lo primero. Luego la estantería, que vacío de un manotazo, haciendo que todo lo que hay en ella caiga al suelo en una cascada de cristal y papel. Le doy un puñetazo a la pared una vez, siento cómo cede el yeso y lo dejo ahí. Mike aparece en la puerta en algún momento, observa el estado de la habitación y no dice nada. Se limita a apoyarse en el marco y a esperar, lo que es o bien sabiduría o bien un deseo de morir, y con Mike suele ser ambas cosas.

Lyosha llega veinte minutos después de dondequiera que haya pasado la noche, echa un vistazo al despacho y dice: «¿Se ha escapado?», con el tono de alguien que está reevaluando sus estimaciones del nivel de amenaza.

—Tenía ayuda —lo digo con total convicción, porque la alternativa —que saliera sola de un complejo vigilado y desapareciera en la ciudad sin un solo contacto ni recurso— no es algo que esté dispuesto a analizar ahora mismo.

Dmitri entra ajustándose el cuello, con el leve perfume de alguna mujer todavía impregnado en él, se sienta en la única silla que sigue en pie y abre su portátil sin que nadie se lo pida.

—Volveré a investigar sus contactos. Si ha contactado con alguien en las últimas doce horas, habrá un rastro.

Pasan las horas.

La búsqueda no da ningún resultado. Los contactos no dan ningún resultado. Los controles fronterizos no dan ningún resultado. Las cámaras de la estación no dan nada útil. Se ha esfumado con la perfección de alguien que lleva huyendo el tiempo suficiente como para que se le dé bien. A primera hora de la tarde estoy sentado en mi escritorio destrozado, con las manos planas sobre la superficie y con la quietud particular de un hombre al que se le han acabado las cosas que arrojar.

Les cuento lo que ha pasado. La versión que he preparado, que es precisa en sus hechos, pero carece de alma.

—Se escapó durante la noche —digo—. No sé cómo. Se llevó el pendrive y el móvil. Huyó y la perdimos.

Lyosha me mira fijamente.

—Se escapó —repite lentamente.

Dmitri emite un sonido con la boca que convierte muy rápidamente en una tos.

—La encontraremos —digo—. Esa es la prioridad. El pendrive tiene información que puede hundir a esta familia, y ella lo tiene, así que la encontraremos. Es lo único que va a suceder en esta organización hasta que lo hayamos conseguido.

—Por supuesto —dice Dmitri, suave como el agua—. No pasa nada más. Desde luego, no lo que sea que ocurrió en el complejo anoche que hizo que nuestro hombre más controlado redecorara su despacho a puñetazos.

—Dmitri.

—Encontrarla. Por supuesto. En ello estoy.

Lyosha sigue mirándome con esa lenta expresión evaluadora, la que significa que su cerebro está trabajando más de lo que la gente cree. Abre la boca.

—Ni una palabra —digo.

La cierra. Asiente. Se levanta y se va con la energía de un hombre que se guarda algo para más tarde.

Mike no se mueve. Permanece en el rincón donde ha estado desde el principio. Cuando los otros dos se han ido, me mira a través de la habitación destrozada con esa expresión silenciosa que pone, la que ve más de lo que le permito ver.

—La dejaste marchar —dice.

—Yo no la dejé hacer nada. Ella…

—Razvan —solo mi nombre. Con delicadeza.

No digo nada.

La sonrisa que cruza su rostro es pequeña, cansada y complicada, la sonrisa de un hombre que ha hecho los cálculos y ha descubierto que la respuesta es a la vez mejor y peor de lo que esperaba.

—Puede que acabes de encontrar tu redención —dice en voz baja—. O tu ruina. —Se despega de la pared—. Sinceramente, no sé cuál de las dos desearte.

Se va antes de que pueda responder, lo que probablemente sea deliberado.

Me siento en el silencio del despacho destrozado y me quedo mirando la pared, y no pienso en su boca ni en la forma en que lloró en la oscuridad ni en el cuchillo que cogió y volvió a dejar.

No pienso en nada de eso.

La Bratva corona a su nuevo Pakhan un martes gris, porque la Bratva no detiene sus estructuras por el luto y mi padre redactó sus

documentos de sucesión hace doce años con la precisión de un hombre que entendía que la organización sobrevive al hombre, siempre, y que el trabajo del hombre es hacer que la transición sea fluida.

La ceremonia tiene lugar en el salón principal de la finca Volkov, una sala que mi familia construyó exactamente para este tipo de ocasiones, de techos altos, con paneles de madera oscura y el escudo de los Volkov sobre la chimenea, que ha presenciado tres generaciones de sucesión. Todas las familias principales están presentes. Todos los *vor*, todos los brigadieres, todos los hombres que ostentan territorio o autoridad bajo el nombre de Volkov han venido a presenciar el traspaso.

Llenan el salón con sus trajes oscuros y sus rostros circunspectos; estos hombres que manejan los bajos fondos de la ciudad, que mueven dinero, armas e influencias a través de canales que no aparecen en ningún registro oficial. Los conozco a todos. Me he sentado a la mesa con la mayoría de ellos. Con algunos he negociado, a otros los he amenazado y a algunos les he dejado creer que tienen más autonomía de la que realmente poseen, una estrategia de gestión que mi padre me enseñó antes de que tuviera edad para entender lo que significaba la gestión.

Estoy de pie al frente del salón con un traje que cuesta más de lo que algunos de estos hombres ganan en un mes, y me siento taciturno durante cada segundo.

El anciano de la Bratva, un hombre llamado Grishin que ha supervisado tres sucesiones y tiene la cara de alguien que lo ha visto todo dos veces, se presenta ante mí con el anillo del sello de los Volkov en las manos. Es un objeto pesado, de oro y ónix, con la serpiente de dos cabezas en relieve. Mi padre lo llevó en su mano derecha durante veintidós años. Observé esas manos toda mi vida. Conozco el peso de cada anillo en cada dedo.

Grishin pronuncia las antiguas palabras. Aquellas que son anteriores a mi abuelo, que se remontan a cuando esta organización era más

joven y más honesta sobre lo que era. Las pronuncia en ruso, en voz baja y formal, y el salón escucha con esa particular atención que los hombres poderosos dedican a los rituales en los que creen.

Papá debería estar aquí. El pensamiento se me asienta en el pecho como una piedra. Debería estar en algún lugar de esta sala, viendo cómo sucede esto, irritándome con su compostura, diciendo algo después sobre cómo no coloqué bien los hombros durante el juramento.

Mantengo los hombros en la posición correcta. Por él, si no por mí mismo.

—¿Acepta usted el puesto de Pakhan —dice Grishin— y toda la autoridad y responsabilidad que ese puesto conlleva, en nombre de la familia Volkov y la organización que lidera?

—Acepto —digo.

La voz no me tiembla. No hace nada. Sale exactamente como la he entrenado para que salga —serena, segura y llegando hasta el fondo de la sala—, y observo a los hombres del salón responder a ella: los pequeños cambios de postura, las recalibraciones microscópicas que ocurren cuando la gente actualiza sus modelos internos sobre dónde se encuentra el poder.

Grishin me coloca el anillo en el dedo.

Me queda bien. Por supuesto que me queda bien, comprobamos que me quedaba bien, pero el peso al posarse contra mi nudillo me provoca algo para lo que no estaba preparado. Me quedo ahí un segundo, en privado, y siento toda la carga que acaban de colocar sobre mí: el anillo, el puesto, el nombre y los veintidós años de trabajo que mi padre invirtió para que esta organización mereciera ser heredada.

Que no sea para nada.

Grishin retrocede.

El salón hace algo que no ha hecho en años. De forma espontánea y sin coordinación, los hombres que lo ocupan se yerguen e inclinan la cabeza, no es exactamente una reverencia, es algo más antiguo que una reverencia: el reconocimiento de que en esta sala y ante esta organización hay ahora un Pakhan y su nombre es Razvan Volkov.

Mike está en la tercera fila y me mira con una expresión de la que tendré que apartar la vista en un momento o le hará algo a mi propio rostro. Lyosha, a su lado, parece genuinamente orgulloso, de una manera que no encaja en sus facciones, habitualmente listas para el combate, como un animal grande intentando parecer amable. Dmitri, al otro lado de Mike, capta mi mirada y levanta la barbilla una sola vez, de forma precisa y segura, y eso es todo, y es suficiente.

La recepción que sigue se mueve por el salón como siempre lo hacen estas cosas: grupos que se forman y se disuelven, felicitaciones dadas con distintos grados de sinceridad, manos que se estrechan, se sujetan y se evalúan. Me muevo a través de ella porque moverse a través de ella es el trabajo y yo soy, por encima de todo, alguien que hace el trabajo.

Estoy aceptando unas palabras del cabeza de la familia Petrov cuando lo siento.

Esa sensación específica de que te observan cuando no quieren que lo sepas. He desarrollado una sensibilidad para ello de la misma manera que se desarrolla una sensibilidad para cualquier cosa que has necesitado para sobrevivir. Termino la conversación en la que estoy, cojo una bebida de una bandeja que pasa y dejo que mi mirada recorra la sala con la naturalidad de un hombre que simplemente inspecciona una fiesta.

Viktor está de pie cerca de la ventana del fondo.

Me está observando. Probablemente lleva observándome más tiempo del que me he dado cuenta. Cuando nuestras miradas se encuentran, sonríe, de forma cálida y paternal, y levanta ligeramente

su copa. La sonrisa de un tío orgulloso en la ceremonia de su sobrino. La sonrisa de un hombre que se alegra por mí.

Hay algo detrás que no sé nombrar.

Algo que no se mueve cuando la sonrisa lo hace. Algo bajo la calidez que permanece muy quieto y muy frío y me mira con una evaluación que no tiene nada de familiar.

Todavía está de luto. El pensamiento llega de inmediato, razonable y fácil. Perdió a su hermano. Lo está procesando de la manera en que hombres como Viktor procesan las cosas, en silencio y de forma indirecta, y lo que estoy leyendo en su rostro ahora mismo es solo la complejidad de un hombre que sostiene el duelo y el orgullo en el mismo momento.

Le sostengo la mirada un instante y levanto mi propia copa.

Asiente con la cabeza.

Me vuelvo hacia la sala y esa frialdad que vi en sus ojos se queda conmigo, como se quedan conmigo las cosas cuando las archivo en la categoría de *aún no comprendido*, guardadas, en espera.

En algún lugar de esta ciudad, Lena Sokolova está huyendo con una memoria USB llena de los secretos de mi familia.

En algún lugar de esta sala, algo me está mirando con la cara de mi tío.

Giro el nuevo anillo en mi dedo, siento su peso y tomo una decisión que ha estado gestándose desde que me desperté esta mañana entre sábanas vacías y un calor que se enfriaba.

La encontraré. Cueste lo que cueste, tarde lo que tarde, consuma los recursos que consuma para hacerlo. La memoria USB es la razón que me doy a mí mismo. Los archivos, el riesgo de exposición, la vulnerabilidad que ella lleva en esa carcasa azul agrietada.

Giro el anillo una vez más.

Es por la memoria USB, me digo.

Casi me lo creo.

9

LENA

Debería haberlo matado cuando tuve la oportunidad.

De verdad que debería haberlo hecho.

Es lo único en lo que puede pensar mi cabeza cada mañana cuando me despierto; ya es casi una rutina.

Y sé que es tóxico y una soberana locura, pero es lo que me mantiene en pie.

Cinco años de mañanas y no ha cambiado, no se ha suavizado, no ha perdido ni un ápice de su filo. Si acaso, se ha vuelto más afilado.

Yo… yo tenía un cuchillo.

Lo tenía en la mano. Me quedé de pie sobre él en la oscuridad mientras dormía, tenía todas las razones del mundo para hundírselo, pero no… no, lo dejé como una idiota y salí corriendo, como una patética idiota.

Y, en algún lugar ahí fuera, Razvan Volkov está vivo, respirando y probablemente sin pensar en mí en absoluto.

Yo pienso en él todos los días.

Odio pensar en él todos los días.

—Estás poniendo esa cara —dice Nadia sin levantar la vista de la pila de devoluciones que está clasificando.

Aparto la vista del libro que he estado mirando sin leer durante los últimos diez minutos.

—¿Qué cara?

—Esa en la que piensas en algo que te da ganas de apuñalar cualquier cosa. —Deja un libro en el carrito con un chasquido decidido—. Hace dos minutos estabas bien. ¿Qué ha pasado?

—No ha pasado nada. Estoy leyendo.

—Llevas once minutos en la misma página. Los he estado contando. —Por fin me mira por encima de las gafas, que empezó a llevar hace dos años y que eligió específicamente porque la hacen parecer, en sus propias palabras, un arma intelectual—. ¿Ha sido el sueño otra vez?

No respondo, no puedo. Ni siquiera sé qué decir.

Nadia emite un sonido que no llega a ser un suspiro.

Vuelve a su clasificación con la naturalidad de una mujer que ha aprendido exactamente cuánto presionar y cuándo parar, que es una de las aproximadamente cuarenta razones por las que es mi mejor amiga y el motivo por el que sigo viva y funcional en Budapest en lugar de disuelta en la nada en algún lugar.

Su biblioteca es pequeña, cálida y huele a papel viejo y al té de canela que prepara cada mañana en la trastienda. La abrió hace tres años con el dinero que había estado ahorrando desde antes de que la conociera y la dirige con la intensidad concentrada que aplica a todo, lo que significa que está meticulosamente organizada y es agresivamente acogedora, y el tipo de lugar que hace que la gente sienta, al entrar, que se le ha permitido el acceso al salón de alguien.

Hay plantas por todas partes. Un rincón de lectura con sillones que han visto décadas mejores pero que son cómodos de esa forma específica en que lo son las cosas viejas. Una sección infantil al fondo que Theo ha reorganizado personalmente dos veces.

Theo.

Siento el familiar y complicado tirón en el pecho cuando pienso en él. Me permito sentirlo exactamente dos segundos, como hago siempre, y luego cambio de tercio.

—Ha llegado el pedido de Horvath —digo.

—Lo sé, lo he firmado esta mañana.

—Hay que volver a colocar la colección Petőfi.

—También lo sé. También de esta mañana. —Deja el último libro y se vuelve para mirarme de frente, cruzando los brazos, que es el vocabulario físico de Nadia para «estoy a punto de decir algo que no quieres oír».

—Lena. Llevas aquí cinco años, no has tenido ni una sola cita y te estremeces cuando los hombres se te acercan demasiado en el mercado *y*, cada vez que tienes ese sueño, te pasas el día siguiente con cara de que te están siguiendo. —Inclina la cabeza—. No digo nada. Solo digo todo eso.

—Eso es mucho no decir nada.

—Contengo multitudes. —Coge el carrito y empieza a empujarlo hacia las estanterías—. ¿Cómo está Theo?

Otra vez el tirón en mi pecho, más cálido esta vez.

—Ahora mismo es el guardaespaldas autoproclamado de las hormigas de la entrada. Ayer se pasó cuarenta minutos intentando darles de comer un Cheeto, pero le preocupaba que fuera «demasiado picante» para ellas, así que primero le quitó todo el polvillo naranja a lametones.

Nadia se ríe, la de verdad, no la educada.

—¿Tiene cuatro años y les quitó el picante a lametones para las hormigas? Eso sí que es dedicación.

—El mes que viene cumple cinco —digo, y sonrío al libro que tengo en las manos—. Hoy también ha decidido que las sillas son «complicadas». Solo se come los cereales si está en cuclillas en el suelo, como una gárgola, porque dice que tiene las piernas «demasiado inquietas» para los muebles.

—No le falta razón. —Desaparece tras una estantería. Su voz me llega de vuelta, amortiguada por el papel y la distancia—. Los muebles están sobrevalorados. ¿Vas a traer a la gárgola a la hora del cuento el sábado?

Miro el reloj.

Mierda.

—Tengo que irme. —Ya estoy de pie, cogiendo la chaqueta del gancho que hay tras el mostrador—. Llego tarde a recogerlo. Seguramente esté intentando convencer a su profesora de que sus bolsillos son en realidad portales para su colección de piedras.

—Venga, vete. —Su mano aparece por un lado de la estantería, despidiéndome.

Cojo el bolso y salgo por la puerta.

El coche está aparcado dos calles más allá, que son dos calles más lejos de lo que me gustaría un martes por la tarde, cuando el colegio sale a las tres y en este momento faltan cuatro minutos para las tres. Camino deprisa, luego más deprisa y al final estoy medio trotando por la calle con las llaves ya en la mano, con ese pánico controlado particular de una madre que está a punto de ser la última en llegar a la puerta.

El coche protesta cuando lo arranco, como protesta siempre, con un sonido como si alguien carraspeara muy fuerte y con mucho

sentimiento.

Me incorporo al tráfico y sigo la ruta que ya me sé de memoria; dos años de viajes al colegio la han grabado en mi cabeza como un surco. A la izquierda en la farmacia, recto por la calle del mercado, a la derecha en la iglesia de la puerta verde, y luego la verja del colegio al final de la calle residencial de los castaños.

Encuentro un sitio. Salgo. Camino hacia la verja.

Los otros padres están agrupados; los que se conocen hablan entre ellos, los que no, miran el móvil, y yo me quedo un poco apartada, como siempre, porque cinco años de andar con cuidado han hecho que la proximidad de los desconocidos me parezca una elección que debo tomar conscientemente.

La verja se abre. Los niños empiezan a salir en tropel.

Lo busco con la mirada. Pelo oscuro, su altura, esa forma tan particular de andar que es tan precisamente distinta a la mía que a veces mirarlo es como si me dieran algo que no sé qué hacer con ello.

El torrente de niños va amainando.

Miro la verja.

La verja sigue abierta y no sale ningún niño más. Entonces me doy cuenta de que la señora Farkas está de pie justo al otro lado y levanto la mano para saludarla como hago siempre.

Ella no me devuelve el saludo.

Me está mirando. Simplemente está ahí, mirándome, con las dos manos apretadas contra la parte delantera de su vestido, e incluso desde aquí, incluso a través de la verja, puedo ver que su cara tiene el color del papel viejo.

Cruzo la verja antes de ser consciente de que me estoy moviendo.

—Señora Farkas —digo mientras dibujo en mi cara una sonrisa que se queda en la superficie—. ¿Dónde está Theo? ¿Ha vuelto a por la mochila? Siempre se olvida de su…

—Señora Ko… —Se detiene. Traga saliva. Sigue con las manos apretadas contra el vestido—. Mara.

La sonrisa se me borra de la cara.

—¿Dónde está mi hijo?

—Pero la documentación… —Su voz es apenas un susurro y está temblando, temblando de verdad—. El nombre estaba en la lista de recogida, con su firma. Yo….

No. No, no, no.

¿Qué coño está pasando? ¿Dónde está mi hijo?

El mundo se tambalea. Los dibujos de colores clavados en la valla del colegio —girasoles, casas, un perro azul torcido— se difuminan hasta convertirse en manchas de color sin sentido. Mis pulmones se han convertido en plomo. No me entra el aire. Tengo un pitido agudo y fino en los oídos que suena como una tetera chillando en una casa vacía.

—Señora Farkas. —Me acerco. Tengo que hacerlo. Si no me muevo, me desplomaré. Bajo la voz porque todavía hay niños cerca; sus risas llegan desde el arenero como una cruel banda sonora para el fin del mundo. El corazón me late con tanta fuerza que puedo sentir el pulso en las muelas—. Dígame ahora mismo. ¿Dónde está Theo?

—Vinieron unos hombres. —No puede sostenerme la mirada. Me mira a la barbilla, al hombro, a cualquier sitio que no sea directamente a mí—. Hace una hora, más o menos. Dijeron que eran sus tíos. Tenían un coche fuera y dijeron que los había mandado usted, que había tenido una emergencia y les había pedido que lo recogieran, y yo les dije que no podía, les dije que necesitaba una

autorización por escrito. Tengo unas normas, siempre he tenido unas normas…

—Señora Farkas… —¿Sus tíos? No tengo hermanos. No me queda nadie.

—Pero cuando comprobé la lista de autorizaciones, uno de sus nombres estaba ahí. Con la firma de usted. —Las palabras le salen a borbotones, como si las hubiera estado conteniendo tras los dientes y por fin se hubieran abierto paso—. Nunca lo había mencionado en persona, pero estaba en la lista. No podíamos negarnos a que se llevara a Theo. Yo no podía…

Dejo de oírla.

No porque deje de hablar. Sigue hablando, veo cómo se le mueve la boca, pero el sonido se va a un lugar muy lejano y lo que lo sustituye es un rugido en mis oídos que reconozco de un pasillo en Moscú hace cinco años, de la puerta de un armario, de un disparo y de unas botas sobre el mármol.

Theo.

Mi hijo. Mi mente vuela hacia él: sus dedos pegajosos, la forma en que insistió esta mañana en ponerse el zapato izquierdo en el pie derecho porque era «más aventurero», el lunar diminuto y suave que tiene en la nuca. Es tan pequeño. Es tan increíblemente pequeño para enfrentarse a un mafioso.

Mi hijo de cinco años, con sus libros de dinosaurios, sus ojos serios y esa forma que tiene de sujetarme la cara con sus manitas cuando quiere que le preste atención a algo importante.

Alguien se lo ha llevado. Alguien ha ido a su colegio con papeles falsos y se ha llevado a mi hijo.

El patio se inclina. Soy vagamente consciente del sol en la nuca, del olor a virutas de madera, de la monótona realidad de una tarde de martes, mientras me arrancan el alma a través de las costillas.

—Mara. —La señora Farkas me agarra del brazo. Me doy cuenta de que he apoyado una mano en la verja porque las piernas se me están convirtiendo en agua.

No te caigas. Si te caes, se habrá ido. Si te vienes abajo, morirá. Me trago la bilis que me sube por la garganta. Encierro el pánico en una caja pequeña y oscura en la base de mi cerebro y la cierro con llave.

Noto el cambio, el aterrador y familiar endurecimiento de mi columna vertebral.

—¿En qué dirección? —Mi voz no parece la mía. Suena como si la estuviera manejando otra persona—. El coche. ¿En qué dirección ha ido?

Ella señala.

Yo ya me estoy girando, ya me estoy moviendo. Me grita sobre la policía, la comisaría de la calle Váci, pero ya estoy en mi coche. Me quedo sentada al volante tres segundos, con la vista fija en el salpicadero.

Respira. Apoyo las palmas de las manos sobre los muslos. Inspira por la nariz. Espira por la boca.

Me tiemblan tanto las manos que lo noto en los codos, una vibración rítmica de terror puro y absoluto. *Para. Deja de temblar.* Agarro el volante hasta que los nudillos se me ponen blancos, conteniendo el temblor a pura fuerza de voluntad.

Cojo el móvil. Llamo a Nadia.

Suena dos veces.

—Oye, ¿has llegado a tiempo o has tenido que volver a echar un esprint? Porque no paro de decirte que si salieras diez minutos an... —

—Se lo han llevado. —La voz se me quiebra por completo—. Nadia. Alguien se ha llevado a Theo.

Silencio.

—Te devuelvo la llamada en dos minutos —dice, y de repente es una persona completamente distinta, toda su calidez ha desaparecido. Suena como una cuchilla afilada—. Conduce hasta la comisaría. No te pares en ningún sitio. Ve ahora mismo.

Cuelga.

Conduzco.

La comisaría es un edificio bajo en una esquina, del tipo de arquitectura que transmite autoridad sin gastar demasiado en ella.

Abro la puerta principal y el aire de la comisaría huele a cera para suelos y a café pasado. Sigo temblando, una vibración fina y de alta frecuencia en la mandíbula, en las manos, un agarrotamiento en el pecho que siento como si una mano me estrujara el corazón hasta dejarlo seco.

—Me llamo Mara Kovacs —le digo al agente del mostrador. Mi voz parece salir del fondo de un pozo—. Mi hijo. Se lo han llevado del colegio. Necesito ayuda ahora mismo. Por favor. Alguien tiene que ayudarme.

Estoy suplicando. Soy una madre que se desmorona y se rompe. Ahora mismo no me importa nada más que mi hijo.

Me apoyo en su mesa como si fuera lo único que me mantiene en pie.

Me mira con una quietud impasible y pesada que me pone los pelos de punta.

Coge el teléfono y pulsa un único botón. Un solo botón, con los ojos fijos en mí mientras establece la conexión, como si se asegurara de que no me mueva.

—Está aquí —dice. Su mirada no se aparta de la mía.

¿Está aquí? ¿Qué demonios...?

—Está aquí —repite al auricular.

El hielo que nace en mi estómago no solo me enfría; convierte mi sangre en aguanieve. La visión se me aclara con un chasquido violento y agónico.

Idiota, sisea mi mente. *Tonta, blanda y desesperada.*

Exploro la sala con la mirada. Debería haberlo hecho en cuanto crucé el umbral. Ahora lo veo. Dos agentes. Uno junto a la puerta por la que acabo de entrar. Otro junto al pasillo de mi izquierda. No me están mirando, pero están orientados hacia mí, con el peso del cuerpo sobre la punta de los pies.

Esto no es la sala de espera de una comisaría. Es una trampa mortal.

—Señora Kovacs. —El agente de la mesa cuelga el teléfono con un clic suave y deliberado—. Si puede pasar un momento por favor, al capitán le gustaría tomarle declaración personalmente. Por ahí... —Señala a su derecha, hacia una puerta con el letrero *PRIVADO*, y empieza a levantarse de la silla.

El agente que está cerca de la puerta principal da un paso a su izquierda.

Solo un paso. Casual. Como si se estuviera estirando.

Con ese paso se coloca directamente delante de la salida.

Cortarle la retirada. Acércala. El pánico por Theo sigue ahí, un animal que chilla en el fondo de mi cerebro, pero lo está anulando un cálculo frío y depredador. Si cruzo esa puerta, no saldré nunca. Si me quedo aquí, me tienen. Y si me tienen, no quedará nadie para encontrar a mi hijo.

Corre.

No dudo. No les doy la satisfacción de verme mirar hacia la salida. Giro a la izquierda y camino hacia el pasillo como una víctima sumisa

que sigue otro tipo de órdenes invisibles. Noto la confusión del agente de la mesa: medio segundo de estática mientras se pregunta si lo he entendido mal.

Ese medio segundo es mi vida.

En cuanto llego al pasillo y salgo de su campo de visión, salgo disparada. Mis botas retumban contra el linóleo.

Theo. Ya voy, mi niño. Solo tengo que salir. Tengo que salir. Puertas a ambos lados. Almacén. Oficina. Agarro el tercer pomo de la derecha y cede. Una sala de descanso. Mesa, sillas, un sándwich a medio comer en un plato. Y una ventana.

Planta baja.

Cojo una silla, doy dos pasos y la estrello contra la ventana.

El cristal cae hacia fuera y no espero a que termine de hacerse añicos; me subo al alféizar y lo atravieso, agarrándome al marco con una mano. Me corto la palma y no lo siento al caer los casi dos metros hasta el hormigón. Mis rodillas amortiguan mal el golpe y un dolor agudo me atraviesa el tobillo derecho, pero no me detengo.

Gritos a mi espalda. Voces ahogadas dentro de la comisaría. Doblo la esquina del edificio, con los pulmones en llamas, y entro derrapando en el aparcamiento.

Los veo antes de que ellos me vean a mí.

Tres hombres. Se me encoge el estómago. No van de azul. No tienen la postura aburrida de los polis de barrio. Su disposición tiene esa geometría depredadora que reconozco de Viena: hombros rectos, ojos rastreando por sectores, manos cerca de la cintura.

Profesionales. La palabra es una sentencia de muerte.

Uno de ellos lleva un teléfono pegado a la oreja. Nuestras miradas se cruzan. Deja caer el teléfono y la mano le desaparece dentro de la chaqueta.

Muévete o muere. Corro hacia el hueco que hay entre dos coches aparcados. Es rápido… más de lo que debería serlo un policía local. Se lanza para cortarme el paso y, por un instante, vuelvo a estar en los fosos de entrenamiento, intuyendo el peso de su alcance. Finjo ir a la izquierda, con una sacudida brusca y seca de hombros, y luego pivoto hacia la derecha. Sus dedos se enganchan en la manga de mi chaqueta, un ancla aterradora y momentánea. Me retuerzo, el sonido de la tela al rasgarse resuena en el silencioso aparcamiento, y consigo pasar.

El muro me llega a la altura de la cabeza. De ladrillo. Inflexible. Choco contra él a toda velocidad y aprovecho el impulso para clavar las palmas en la superficie arenosa. Apoyo el pie en el parachoques de un coche, me impulso hacia arriba y paso por encima de cabeza. Me encojo, rezando para no partirme el cuello, y aterrizo en el pavimento del otro lado.

Dolor. Blanco, cegador y absoluto. Un destello me atraviesa el hombro. Casi puedo oír la articulación chirriando. *Levántate. Si te quedas en el suelo, Theo muere. Levántate.* Me meto a trompicones en un callejón, con la vista nublada. Detrás de mí, el pesado *golpe* de alguien que choca contra los ladrillos y no consigue superar el muro. Maldiciones en húngaro. Pisadas que se acercan a toda prisa dando el rodeo.

Llego a la calle principal y me obligo a reducir la velocidad. *Fúndete con el entorno. Desaparece. No seas nadie.* Tengo la mano resbaladiza por la sangre; la meto dentro de mi manga rota mientras me abro paso entre la multitud. Paso junto a un frutero, una mujer que empuja un cochecito de bebé… Dios, un cochecito. Tengo que apartar la vista antes de volverme loca.

Atravieso el mercado cubierto; el olor a pimentón ahumado y a queso curado, que normalmente es tan reconfortante, ahora me asfixia.

—¡Mara! Te has olvidado… —empieza a gritar el quesero.

No miro atrás. No puedo. Si miro una cara amiga, me haré añicos.

Me meto en un pasadizo estrecho entre dos edificios residenciales y pego la espalda al ladrillo frío. El tobillo me palpita. La mano me sangra dentro de la manga. Siento como si algo se me hubiera descolocado en el hombro, y respiro con unas horribles bocanadas superficiales que no me proporcionan suficiente aire.

Me deslizo hacia abajo, mis piernas por fin se rinden, hasta que me quedo agazapada en las sombras. Me aprieto la mano ensangrentada contra la boca para ahogar las entrecortadas y superficiales bocanadas de aire.

Están en la policía. El pecho me sube y baja con violencia mientras la idea se asienta y las lágrimas amenazan con derramarse. Quienquiera que tenga a Theo ya está en la policía, lo que significa que no hay ningún sistema aquí que vaya a ayudarme, no hay ninguna autoridad a la que pueda recurrir, y no hay nada en esta ciudad con poder suficiente para recuperar a mi hijo.

Nada aquí. No tengo nada.

Cierro los ojos y, por un segundo, veo la biblioteca. Veo el té de canela de Nadia humeando bajo la luz de la mañana. Veo los libros de dinosaurios de Theo esparcidos por la alfombra.

Era mentira. La revelación es una piedra fría y amarga en mi garganta. Cinco años fingiendo que podía ser Mara Kovacs. Cinco años pensando que podía esconder a una loba en un prado de ovejas. Nunca fue una nueva vida. Solo fue un aplazamiento de la ejecución. Y el reloj acaba de llegar a cero.

El dolor en mi hombro late, un recordatorio constante y rítmico de que sigo viva. Y si estoy viva, soy peligrosa.

Puedo ser cualquier cosa, mientras Theo esté a salvo.

Abro los ojos. La «Mara» que lloraba en el patio ha desaparecido.

Me pongo de pie.

Hay una opción. Siempre ha habido una sola opción y he pasado cinco años negándome a mirarla de frente. La estoy mirando ahora. Una persona en este mundo con suficiente alcance, suficiente poder, suficientes hombres y suficiente miedo infundido en su nombre para enfrentarse a quienquiera que tenga a mi hijo.

Empiezo a caminar.

Todavía me tiemblan las manos. El tobillo convierte cada paso en una negociación. En algún lugar al otro lado de la ciudad mi hijo está en un coche con hombres peligrosos y yo estoy caminando, y solo hay una dirección que tiene sentido.

Su padre.

10

RAZVAN

—Las cifras no se mueven lo bastante rápido —dice Gregor Vasik por segunda vez en diez minutos. Se inclina hacia delante y su caro traje de seda se le tensa sobre el pecho, oliendo a colonia fuerte y a sudor nervioso.

No le contesto. Ni siquiera parpadeo. Solo observo cómo le palpita el pulso en el hueco de la garganta. Es algo frenético y rítmico. Si alargara la mano por encima de este escritorio y le apretara el pulgar contra él, se detendría. El mundo sería más silencioso. Los puertos del mar Negro seguirían ahí, esperando una mano más competente que los dirigiera.

Vasik controla cuatro puertos en el mar Negro, y yo necesito esos puertos, y él sabe que los necesito. Así que usa ese conocimiento como los hombres insignificantes usan cualquier ventaja que tienen: de forma constante y sin sutileza.

—Las cifras se mueven exactamente como estaba previsto —dice Dmitri desde su posición junto a la pared. No levanta la vista del móvil. Suena aburrido—. Puedo volver a mostrarte la proyección si las tres primeras veces no han sido suficientes.

Vasik se eriza, y su cara se vuelve de un feo color morado veteado. —No soy un oficinista, muchacho. Soy un socio. Exijo…

Lo dejo hablar. Su voz se convierte en un zumbido de fondo, como el de una mosca atrapada contra el cristal de una ventana. Últimamente es una costumbre peculiar de mi mente; cuanto más exige alguien mi presencia, más me refugio en los archivos de mis propios fracasos.

Cinco años. Cinco putos años.

Miro el pesado anillo de sello de oro que llevo en el dedo y no veo el despacho. Veo una noche lluviosa en Moscú. Veo una puerta que debería haber estado cerrada con llave y a una mujer que debería haber estado muerta.

No existe.

Esa es la conclusión oficial de cinco años de búsqueda. Ni un cuerpo, ni un rastro, ni una sola huella digital en un mundo que lo registra todo. Salió de mi complejo con una memoria USB rota y un teléfono robado y, simplemente…, se disolvió. Como la sal en la marea.

He quemado más recursos de los que jamás admitiré a mi junta directiva para intentar encontrarla. He tenido hombres en Moscú, Viena, Budapest, Bucarest, Praga. He cobrado favores de agencias de inteligencia estatales y deudas de sangre a gente que no olvida.

La respuesta es siempre la misma: *nada.*

Es un insulto. Es un fallo en la máquina que me he pasado la vida construyendo. Puedo mover toneladas de mercancía ilícita a través de tres continentes sin que ni un solo agente de aduanas se dé cuenta, pero no puedo encontrar a una mujer que ni siquiera tenía pasaporte cuando huyó.

—¿Razvan? ¿Me estás escuchando?

Devuelvo mi atención a la sala.

La transición es impecable, la máscara vuelve a su sitio antes de que Vasik pueda ver la fisura. Lo miro y, por un segundo, el desprecio que siento es tan agudo que resulta casi físico. Es un hombre insignificante que juega con grandes palancas. Se cree importante porque posee unos cuantos muelles. No se da cuenta de que, en mi mundo, la importancia se mide por lo que puedes conservar… y por lo que puedes encontrar.

—Te escucho, Gregor —digo. Mi voz es grave, un tranquilo contraste con sus estridentes exigencias—. Solo me preguntaba si te habías dado cuenta de que el párpado izquierdo te ha estado temblando durante los últimos tres minutos. Deberías ver a un médico. El estrés es un asesino silencioso.

—Así que, como decía, las cifras se mueven exactamente como estaba previsto —repite Dmitri, su voz raspa la tensión de la sala como una cuchilla sin filo—. Puedo volver a mostrarte la proyección si las tres primeras veces no han sido suficientes.

A Vasik se le tensa la mandíbula y su rostro se oscurece hasta adquirir el color de una ciruela magullada. —No estoy hablando contigo.

—Una pena —dice Dmitri, y puedo oír la sonrisita en su tono sin siquiera mirarlo—. Yo soy el que tiene las cifras.

Dejo que el silencio se alargue, observando a Vasik sudar. Quiero que sienta el vacío en la sala. Quiero que se dé cuenta de que su vida depende enteramente de mi continuo aburrimiento. Finalmente, hablo. —Vasik. ¿Qué quieres?

Se inclina hacia delante, clavando los codos en la caoba de mi escritorio, y su expresión se transforma en algo pringoso. La codicia es una emoción tan inmunda; hace que los hombres parezcan húmedos.

—Expandir la operación. Los puertos nos dan una infraestructura que nadie más tiene en esa costa. Movemos producto, movemos

dinero, podríamos estar moviendo… —Hace una pausa, girando la mano sobre el escritorio como si revelara una carta ganadora—. Personas. —Se inclina aún más; su aliento huele a tabaco caro y a podredumbre—. Mujeres y niños, quiero decir.

El aire en la sala no solo se queda quieto; muere.

A mi izquierda, Mike es una estatua. No necesito mirarlo para saber el milisegundo exacto en que la sugerencia aterriza. Puedo sentir el cambio en su respiración, esa cualidad específica y letal de quietud que lo recorre como una corriente de alto voltaje que encuentra una toma de tierra.

No lo hagas, pienso, una orden fría dirigida al hombre que tengo a mi lado. *No te muevas todavía.*

—Mike —digo. Solo su nombre. Una correa.

Se queda quieto, pero puedo sentir la vibración de su rabia a medio metro de distancia. Mike es un hombre que entró en mi mundo con una única condición férrea: no tocamos el tráfico de personas. Ni esclavos. Ni niños. Es la única línea que se niega a cruzar, y ahora mismo este gordo de mierda está dibujando un mapa sobre ella y pidiendo indicaciones.

Miro a Vasik. Mi pulso no se ha alterado. —No.

Vasik parpadea, sus ojos diminutos moviéndose de un lado a otro. —Ni siquiera ha oído la...

—No.

La palabra es una losa de plomo, plana y pesada.

Vasik se recuesta, con una mueca agria en las comisuras de los labios. Cree que está siendo valiente. Cree que es un *negociador duro*. El puto idiota. —He oído cosas sobre usted, Volkov —dice, y su voz adquiere un matiz desesperado, cargado de bravuconería—. El gran Razvan. La Ira. Los hombres se mean encima cuando oyen su nombre. —Ladea la cabeza, con una sonrisa burlona asomando a

sus labios—. Y, sin embargo, aquí está usted, diciéndole no al dinero. Diciéndole no a la expansión. ¿Qué pasa, les tiene miedo a las mujeres?

Mantengo las manos planas sobre el escritorio. Mis dedos no se mueven. Si les permitiera moverse, cruzaría el escritorio y le arrancaría la lengua a través de la garganta. *Este estúpido, arrogante, cadáver andante.* No digo nada. Solo observo cómo cava su propia tumba con cada sílaba.

Junto a la puerta, Lyosha se ha quedado en silencio. No el silencio de un guardia, sino el de un frente de tormenta cinco minutos antes de que llegue el tornado. Está esperando la señal para convertir este despacho en un matadero.

—El hombre más temido de Rusia —continúa Vasik, deleitándose con su propia nota de suicidio— no quiere tocar el negocio más rentable del mercado. —Se inclina de nuevo, y su voz baja hasta convertirse en un susurro conspirador y asqueroso—. Dígame una cosa. Después de tantos años siendo tan... aterrador, ¿todavía le funciona todo? Ya sabe a lo que me refiero. ¿Todavía tiene una polla que le funcione o es que las zorras...

Siento el calor subiendo por mi cuello, un rugido oscuro y palpitante. Podría matarlo de mil maneras distintas antes de que termine esa frase. Podría hacer que Dmitri lo desollara. Podría dejar que Lyosha le rompiera todos los huesos de las manos. Podría dejar que Mike..., bueno, Mike simplemente acabaría con él.

Me levanto.

Cruzo hasta el otro lado del escritorio antes de que el siguiente aliento pueda salir de sus pulmones. Lo agarro del cuello de la camisa con ambas manos, los puños llenos de seda y sudor, y lo arranco de su asiento. Es pesado, un peso muerto de carne inútil, pero me da igual. Lo arrastro hasta el centro de la sala.

El primer golpe le da en el puente de la nariz. *Crac.* Es un sonido hermoso y limpio. De esos que calman la estática de mi cerebro. La sangre brota al instante, un chorro caliente y oscuro que le pinta la boca y la barbilla antes de empapar esa patética y cara chaqueta. Emite un sonido, un jadeo agudo y débil. Es el sonido de un hombre que se ha pasado la vida ordenando violencia, pero que nunca ha sentido la fría y dura realidad de un nudillo contra un hueso. No tiene un marco de referencia para esto. Ninguna defensa.

Le golpeo de nuevo.

Esta vez en el hueso orbital. Siento cómo cede la cuenca, un crujido repugnante y húmedo contra mi nudillo. Se va de lado, sus piernas se enredan en sus propios pantalones caros y yo caigo con él. Estoy sobre él antes de que toque la alfombra, con la rodilla clavada en su esternón, aplastándole los pulmones.

Trabajo metódicamente. Mandíbula. Costillas. *Crac.* Esa es la tercera costilla. Grita, un sonido húmedo y burbujeante, e intenta acurrucarse en posición fetal. No se lo permito. Le agarro del pelo y le echo la cabeza hacia atrás, exponiendo el objetivo. Mi puño le parte el labio con el siguiente golpe.

Ahora hay sangre por todas partes. Está en mis nudillos, caliente y pegajosa. Ha salpicado mi camisa blanca. Está empapando la alfombra persa en flores oscuras que se expanden. Vasik ha dejado de intentar formar palabras. Solo emite sonidos, gorgoteos entrecortados que me recuerdan a un motor moribundo. Le golpeo hasta que el gorgoteo se reduce a un gemido.

Me enderezo. Mis nudillos palpitan con un dolor sordo y satisfecho. Me quedo de pie sobre el montón destrozado que es él y respiro.

Di otra palabra, pedazo de escoria, pienso, mirando la máscara roja donde antes estaba su cara.

No dice ni una palabra. Solo se desangra en mi alfombra.

Retrocedo un paso, mientras la adrenalina empieza a enfriarse hasta convertirse en una claridad dura y nítida. Miro a Lyosha. —Sácalo de aquí.

Lyosha no duda. Se mueve con la energía contenida de un perro al que por fin le sueltan la correa. Agarra a Vasik por el cuello de la camisa, sin más cuidado del que le daría a una bolsa de basura, y lo arrastra hacia la puerta.

Los talones de Vasik dejan dos vetas oscuras y brillantes a través de la sangre en el suelo. Dmitri observa el rastro con el interés leve y distante de un hombre que ve la lluvia golpear un cristal.

Mike se acerca y me tiende un paño blanco y limpio para los nudillos.

Lo cojo y me limpio la sangre de la piel. Estoy arreglándome los puños, ajustando los gemelos hasta que quedan perfectamente simétricos, cuando llaman a la puerta.

Uno de los guardias de la entrada. Joven, bastante nuevo y que en este momento lleva la expresión de un hombre que ha calculado mal el momento y lo considera profundamente desafortunado. Sus ojos se desvían hacia la sangre de la alfombra y luego vuelven a sus botas.

—Señor. —Traga saliva—. Hay una mujer en la entrada.

—Dile que se vaya.

Me vuelvo hacia mi escritorio.

—Señor, dice que...

—He dicho que le digas que se vaya. —No levanto la vista. Ahora no. Hoy no. No cuando tengo las manos manchadas de sangre y las marcas de los dientes de Vasik en mi paciencia—. No me importa lo que diga. Que. Se. Vaya.

—Señor. —Algo cambia en la voz del guardia. Una pequeña fisura—. Ha dado su nombre, señor. Ha dicho que se lo dijera a usted en concreto. —Hace una pausa—. Es Lena Sokolova.

Todo se detiene.

La estancia. El aire. La sangre que circula por mi cuerpo.

Es como si la Tierra hubiera dejado de girar de repente.

Qué.

Levanto la vista lentamente. El guardia está temblando. Mike se ha quedado a mi lado, sumido en una quietud letal, como tallado en piedra. Dmitri incluso ha bajado el móvil. El silencio es tan denso que resulta ensordecedor.

—Repite eso —digo. Mi voz es un susurro grave y peligroso.

—Lena Sokolova, señor. Está en la puerta principal. Pregunta por usted por su nombre.

Lena. Cinco años persiguiendo una sombra. Cinco años de callejones sin salida, tumbas vacías e informes sin sustancia. Cinco años despertándome entre sábanas frías y con el eco del silencio del *pen drive* que me robó. ¿Y ahora está en mi puerta? ¿Usando su nombre real como si volviera a casa del mercado?

¿Qué coño está pasando?

Qué coño.

Dejo el paño ensangrentado. El corazón me martillea contra las costillas.

—Métela en el salón del ala este —digo—. No la toquéis. No le habléis más de lo necesario. Dejadla allí.

—Señor, ¿debería…?

—Dejadla allí. Iré cuando esté listo.

No soy un hombre que corra. Ni por negocios, y desde luego no por una mujer que destripó mi orgullo y se desvaneció en la noche.

Tardo veinte minutos. Son los veinte minutos más difíciles de mi vida. Me cambio de camisa porque la sangre de un hombre inferior no debería estar cerca de ella. Me lavo las manos hasta dejarme la piel en carne viva. Me sirvo una copa, contemplo el líquido ambarino y la dejo sin tocarla. Me quedo de pie junto a la ventana y observo los jardines, esperando que la «Ira» regrese, esperando que la fría máquina tome el control.

Contrólate. Presiono los nudillos contra el marco de la ventana hasta que el cristal cruje. *Es un cabo suelto. Tiene el _pen drive_. Eso es todo. Eso es todo lo que es ella.*

Pero la mentira me sabe a ceniza.

Aun así, atravieso la puerta.

El salón del ala este está al final del pasillo principal y abro la puerta. Ella está de espaldas a mí, mirando por la ventana, y por un segundo la veo antes de que sepa que estoy ahí.

Cinco años han sido crueles. Está delgada… demasiado delgada. Hay en ella una cualidad consumida que habla de una vida vivida al borde del agotamiento. Tiene el pelo más largo, más oscuro en las puntas, recogido con un descuido desesperado. Lleva una chaqueta con una manga destrozada y la mano derecha envuelta en un vendaje improvisado y manchado de sangre. Se mantiene erguida con una rectitud rígida y quebradiza, como una estatua de cristal a un segundo de hacerse añicos.

Se gira al oír la puerta.

Y mi mundo entero se derrumba.

Es la única forma de describirlo. Todo lo que he construido, el poder, el miedo, los muros, todo se desmorona. Su rostro se vuelve hacia

mí y siento un golpe físico en el plexo solar. Está agotada, con los ojos enrojecidos y ojeras oscuras como moratones debajo de ellos.

Ha estado llorando. *Hace poco*.

Es lo más hermoso que he visto en cinco años y me odio por ello con una ferocidad que me sorprende incluso a mí. Odio que mi pulso cante su nombre. Odio querer quemar el mundo entero solo porque parece cansada. Quiero matar a quienquiera que la haya hecho llorar, y entonces recuerdo que es de mí de quien ha estado huyendo.

Sus ojos se abren de par en par.

Me mira como mira una persona a un tren de alta velocidad justo antes del impacto: paralizada, plenamente consciente y totalmente incapaz de detenerlo.

Su mirada recorre mi rostro, buscando un fantasma del hombre que conoció; luego desciende hasta mis manos y vuelve a subir. Hay algo en esos ojos, una desesperación pura y afilada, a lo que me obligo a no poner nombre. Si le pongo nombre, puede que tenga que sentirlo, y no estoy preparado para sentir nada que no sea el peso frío y duro de mi propio poder.

Joder.

Me quedo clavado en el umbral. Cada fibra de mi ser me grita que salve la distancia, que ponga mis manos sobre ella solo para demostrar que no es una alucinación hecha de luz ambarina y sombras.

Me apoyo en la madera y dejo que una sonrisa de suficiencia asome a mi boca. Es un escudo. Es la única parte de mi armadura que aún no se ha agrietado.

—Cinco años —digo, con voz de grava—. Y vuelves a entrar por mi puerta. —Dejo que mi mirada la recorra lentamente, como un

depredador que cataloga heridas—. Tienes agallas, *zayka*. O eso o tienes muchas ganas de que termine lo que empecé.

Se seca los ojos con el dorso de la muñeca, usando la mano envuelta en ese vendaje sucio y empapado de sangre. El gesto es tan pequeño, tan desprovisto de la elegancia calculada que solía exhibir, que me golpea más fuerte que cualquiera de los puñetazos que le di a Vasik. Es real. Ella es real. Y se está quebrando.

—Necesito su ayuda —dice.

Su voz está destrozada. Literalmente destrozada, la voz de alguien que ha estado funcionando en vacío durante horas y no le queda nada con lo que protegerse.

—Mi hijo. —La nuez le sube y le baja por la garganta. Sus ojos se llenan de lágrimas de nuevo y no aparta la mirada, no intenta reprimirlo, simplemente se queda ahí con todo a la vista en su rostro —. Alguien se ha llevado a mi hijo. Necesito su ayuda.

Me quedo completamente inmóvil.

Su hijo.

11

LENA

Su cara.

La conmoción en ella dura exactamente tres segundos; luego desaparece, reemplazada por algo que se endurece tan rápido y tan por completo que lo veo ocurrir y el estómago se me desploma hasta los pies.

¿Qué he hecho? ¿Qué acabo de hacer?

He venido aquí. He cruzado una ciudad corriendo con una mano sangrando, un tobillo gritando de dolor y unos hombres pisándome los talones, y he corrido directa hacia Razvan Volkov porque mi cerebro decía que él era la respuesta, pero mi cerebro no se ha parado a hacerse ni una sola pregunta inteligente por el camino.

Como si el hombre que ha querido verme muerta durante cinco años fuera a ayudarme. Como si entrar en su complejo fuera diferente a entrar en una celda. Como si…

¿Y si ha sido él?

El pensamiento llega y es helado, y lo siento recorrer mi cuerpo desde la coronilla hacia abajo.

¿Y si es él? ¿Y si Razvan es quien se ha llevado a Theo, y si así es como me ha encontrado, y si acabo de meterme yo solita, estúpida y aterrorizada, en la trampa y le he entregado todo lo que necesitaba al presentarme en su puerta y decir mi verdadero nombre en voz alta?

Doy un pequeño paso atrás sin querer. El talón se me engancha en la alfombra.

Aprieta la mandíbula. La conmoción ha desaparecido por completo y lo que la ha reemplazado es ira, oscura y creciente, y me mira desde el otro lado de la habitación. —¿Por qué demonios has venido aquí?

No es una pregunta. Es una acusación.

—Eres la hija del hombre que mató a mi padre. —Su voz es queda, y eso es peor que si la hubiera alzado; esa quietud específica que tiene y que significa que algo está siendo contenido con una correa muy corta—. Te tuve en una celda. Iba a matarte. Me robaste, huiste, has estado desaparecida cinco años y ahora vuelves a entrar por mi puerta y me pides ayuda. —Ladea la cabeza—. ¿Por qué has pensado, ni por un segundo, que yo…?

—Hablas como si fueras una especie de santo. No lo eres, Razvan, tú mataste a mi padre. —Las palabras me salen secas y definitivas, y veo cómo le impactan—. Cualquier odio que creas sentir por mí… el mío está multiplicado por diez. Cada día durante cinco años he pensado en encontrarte y meterte una bala en el cráneo y un día…, un día, haré exactamente eso.

La tensión se extiende entre nosotros, densa y sofocante.

Enarca una ceja. Lentamente.

Entonces se mueve.

Cruza la habitación y se mueve como siempre lo ha hecho, como algo que nunca ha tenido que darse prisa porque el resultado jamás ha estado en duda, y mi cuerpo capta el mensaje tres segundos

antes que mi cerebro, porque ya estoy retrocediendo, un paso y luego otro, y las corvas me tocan la pared, luego los hombros, y entonces ya no tengo adónde ir y él está justo ahí.

Me sube la mano a la garganta.

No aprieta. Solo… la posa. Sus dedos se curvan sobre mi pulso, y sé que puede sentir mi corazón martilleando contra su palma como un pájaro atrapado. Odio que lo sepa. Odio no poder ocultarlo.

Su mirada baja a mi boca y se queda ahí. —Una bala en el cráneo —dice, con una voz que es un zumbido grave y vibrante. Su pulgar traza una línea lenta y agónica a lo largo de mi mandíbula—. ¿Serías capaz, *zayka*? ¿De verdad te atreves?

Di que no. Mi cerebro envía la orden, pero mi boca es una traidora. Lo miro fijamente, paralizada por su calor, por la pura gravedad de estar tan cerca del centro de mi propia destrucción. Su pulgar se mueve de nuevo y aprieto la mandíbula porque el sonido que quiere escapárseme, un gemido suave y quebrado, no es el sonido de una mujer que odie esto.

Pero sí lo odio. Lo odio a él. Odio cómo mi cuerpo ha recordado cada detalle de él en el lapso de treinta segundos: su olor, limpio y penetrante como el aire invernal y el jabón caro. Odio poder sentir el dolor traicionero entre mis muslos, un calor denso y palpitante que me hace querer gritar.

¿Cómo? ¿Cómo puedo sentir esta… esta atracción enferma y oscura en su salón mientras mi hijo está Dios sabe dónde? Mi hijo está en un coche, o en un sótano, o en una jaula, y yo estoy aquí, vibrando bajo el tacto del hombre que lo empezó todo.

Concéntrate en Theo, me digo a mí misma, clavándome las uñas en las palmas hasta que el dolor despeja la niebla por un segundo. *Utilízalo. No dejes que te vea derrumbarte.*

—Razvan —susurro, e incluso mi voz suena como si me estuviera traicionando—. Por favor.

Una punzada grave y profunda comienza entre mis piernas, un pulso insistente que hace que mis músculos internos se contraigan en el vacío.

Llevo vaqueros y la tela áspera se convierte de repente en una fricción insoportable contra mis labios hinchados. Los siento, abultados y calientes, y sé que si mirara, mis bragas estarían empapadas.

El autodesprecio que siento es enorme y no hace absolutamente nada para solucionar el problema. Mis pezones están duros, pequeños puntos prietos que rozan el suave algodón de mi sujetador con cada respiración superficial que tomo. También los siento pesados. Una plenitud familiar y profunda comienza a irradiar desde el centro de mis pechos, una señal delatora que he llegado a temer y, en momentos secretos, a anhelar.

Su mano se mueve. Baja desde mi garganta, lenta y deliberada, trazando mi clavícula. Sus dedos son callosos, ásperos contra mi piel, y el contraste es eléctrico. Rozan la parte superior de mi hombro y luego bajan, apenas rozando el costado de mi pecho a través de mi fina camiseta, y me arqueo hacia delante sin poder evitarlo.

Mi cuerpo lo hace sin más, acorta la distancia hacia su mano como si tuviera una voluntad propia, y se me escapa un sonido suave y ahogado que me trago a medias. El sonido es pura necesidad. Tengo los pechos tan sensibles. El roce casual de sus nudillos envía una onda expansiva de sensación directa a mi centro, y siento un nuevo flujo de humedad que se filtra, cubriendo la cara interna de mis muslos.

Él gruñe. Bajo y cerca de mi oído, con la boca casi tocándolo. —Cinco años —dice, y su voz se ha transformado en algo áspero que siento en la columna vertebral, una vibración que viaja directa a mi clítoris—. Y sigues haciendo eso.

Para. Aparto la cara de su boca. *Para, para, para, no has venido aquí para esto.*

Pongo ambas manos en su pecho y empujo.

Retrocede. Con facilidad, como si ya hubiera decidido hacerlo, y también odio eso, odio que se vaya cuando quiere y no porque yo lo haya movido.

Inspiro hondo, presiono el dorso de mi muñeca contra mi boca y me obligo a concentrarme.

Theo. Mi hijo. Por eso estoy aquí. Es lo único que importa.

—Haré lo que sea —digo y la voz solo me tiembla ligeramente—. Lo que quieras. Cueste lo que cueste. Si me ayudas a recuperarlo, haré cualquier cosa que me pidas. —Me obligo a mirarlo directamente—. Lo que sea.

Algo cambia en su expresión. Me mira durante un largo momento. —¿Cuándo tuviste un hijo?

Me pongo rígida. —Eso no es relevante.

—Lo es si quieres mi ayuda.

—Su edad no es relevante para…

—Cuándo. —Su voz no se eleva. No lo necesita.

—Hace cuatro años —digo, porque discutir con él por esto es un tiempo del que no dispongo—. Tiene cuatro. El mes que viene cumple cinco y está en algún lugar con unos hombres que se lo llevaron del colegio y necesito…

—¿Dónde está su padre?

La pregunta me golpea en el pecho y aparto la mirada, hacia la ventana, hacia el suelo, a cualquier sitio que no sea su cara ahora mismo. —No hay padre —digo—. No forma parte de nuestras vidas.

La habitación se queda en un silencio sepulcral.

Cometo el error de volver a mirarlo.

Sus ojos se han vuelto de un negro azabache.

Avanza hacia mí de nuevo, esta vez más despacio, un avance deliberado y agónico. No me toca, solo se inclina hasta que su boca está a centímetros de mi oído. Estoy totalmente inmovilizada contra la fría pared, con el corazón martilleándome tan fuerte que me sorprende no tener las costillas amoratadas.

Su aliento cálido me eriza el vello de la nuca. Su aroma almizclado inunda mis sentidos. Se me hace la boca agua, literalmente. Siento el impulso absurdo y asquerosamente traicionero de girar la cabeza apenas un centímetro y lamer la línea afilada y limpia de su mandíbula.

—No hay padre —repite, en voz muy baja. Hay algo en su voz que no es exactamente una pregunta ni exactamente satisfacción, sino que vive en algún punto intermedio. Su aliento abanica mi piel—. Eso es mejor para todos, *zayka*. Porque si hubiera un padre, mataría a ese cabrón yo mismo.

Una nueva y ardiente punzada de lujuria pura y sin adulterar me atraviesa el vientre. Es violenta. Es vergonzosa. Mi cuerpo se contrae, vacío y desesperado, y estoy tan húmeda que puedo sentir cómo se extiende el líquido, como un secreto cálido e ignominioso.

Quiero esconderme, pero estoy paralizada. Soy una madre a la que le han secuestrado a su hijo y estoy en casa de un monstruo, mojándome por él. El autodesprecio es un sabor amargo y aceitoso en el fondo de mi garganta.

Entonces mi cerebro registra lo que acaba de decir.

Me echo hacia atrás tan rápido que casi me rompo la cabeza contra la pared. —¿A ti qué te pasa? —Mi voz se ha vuelto aguda y débil, pero no me importa—. Aléjate de mí.

No se mueve. Por supuesto que no se mueve.

—¡Aléjate de mí! —Pongo ambas manos en su pecho y empujo. Esta vez lo hago con todas mis fuerzas y él da un paso atrás y yo ya me estoy moviendo, ya me estoy girando hacia la puerta, porque venir aquí ha sido un error.

Ha sido un error catastrófico, desolador y desesperado. Theo está ahí fuera, asustado y solo, y yo estoy en esta habitación dejando que este monstruo me respire encima hasta que mi propio cuerpo traiciona a mi hijo. La vergüenza es un peso físico, un calor nauseabundo que me hace querer arrancarme la piel a arañazos.

Me arden los ojos. No volveré a llorar delante de él. No le daré la satisfacción de verme derrumbarme. Llego al marco de la puerta, con la mano temblando mientras me agarro a la madera.

—¿Qué te hace pensar —su voz llega desde detrás de mí, con esa misma quietud que atraviesa cualquier habitación— que si encuentro al niño, no lo mataré a él también?

Dejo de caminar.

Las palabras «matarlo a él» me atraviesan como una cuchilla física, rasgando la lujuria, la vergüenza y el agotamiento. Por un instante, siento como si el aire de la habitación hubiera sido reemplazado por fragmentos de cristal. Se me nubla la vista. Las lágrimas por fin se desbordan, calientes y silenciosas, abriendo un surco a través de la suciedad y la sangre de mis mejillas.

Pero detrás de las lágrimas, algo más surge. Es enorme. Es esclarecedor. Es una rabia tan fría y tan absoluta que parece una experiencia religiosa.

¿Crees que puedes amenazarlo?, pienso, mirando la veta de la madera bajo mis dedos. *¿Crees que puedes hablar así de mi hijo?*

Me doy la vuelta.

Está de pie en el centro de la habitación, con las manos sueltas a los lados, su rostro esa inexpresiva y hermosa máscara de crueldad. Parece un dios decidiendo a qué mortal aplastar a continuación. Lo miro a través del espacio que nos separa, a este hombre al que he odiado y temido, y tomo una decisión de la que nunca, jamás, podré retractarme.

La «Mara» que vivía en Budapest está muerta. La «Lena» que huyó de Moscú ya no existe. Ahora solo hay una madre.

—No lo matarás —digo. Mi voz ya no tiembla. Es tan firme como la puntería de un francotirador.

—¿Y por qué no?

—Porque es tu hijo.

Mueve ficha, cabronazo, pienso, con el corazón estabilizándose por fin en un lento y rítmico tamborileo de guerra. *Sálvalo o mátanos a los dos. Pero no te atrevas a volver a amenazarlo.*

12

RAZVAN

¿Acabo de oír bien?

¿Mi hijo…? ¿Qué?

Me quedo mudo por completo.

Ella está ahí de pie y sus palabras todavía flotan en el aire entre nosotros y yo estoy en el centro de la habitación mientras cada pensamiento coherente que he tenido en mi vida se esfuma de mi cráneo al mismo tiempo. Un hijo. Tiene un hijo. Huyó de mi cama hace cinco años con mi disco duro y mi teléfono y, al parecer, también con mi…

¿Pero qué cojones?

Me está observando. No me muevo y no hablo, y la habitación está tan silenciosa que puedo oír el tictac del reloj sobre la repisa de la chimenea y no consigo que mi cuerpo haga una sola cosa útil.

—¿Tiene cuatro años? —Mi voz no parece la mía. Está despojada de la «Ira», despojada del refinamiento, despojada de todo salvo de una conmoción pura y hueca.

Duda. Veo cómo le dan vueltas los engranajes, calculando si la verdad sigue siendo su mejor arma. Mueve la mandíbula y entonces repite:

—Cumplirá cinco el mes que viene.

Por fin hago el cálculo. Tardo medio segundo y me golpea como un puñetazo en la garganta.

Me vuelvo hacia la ventana. Tengo que hacerlo. Si sigo mirándola, voy a perder la cabeza. Clavo la vista en los jardines bien cuidados, pero lo único que veo es aquella noche lluviosa en Moscú. La noche que despedí a los guardias. La noche que bajé a aquella celda, levanté su cuerpo tembloroso en mis brazos y la subí por las escaleras hasta mi cama. Creía que la estaba destrozando. Creía que estaba ganando.

En cambio, estaba creando precisamente lo que al final me pondría de rodillas.

Tengo un hijo. Tengo un hijo que está en algún lugar, ahora mismo, con hombres peligrosos. Tengo un hijo que está siendo utilizado como un peón, y me he pasado los últimos diez minutos provocando a su madre mientras la vida de él pende de un hilo.

La culpa es una cuchilla afilada y fría, pero la reprimo. No tengo tiempo para la culpa. Tengo tiempo para la guerra.

Saco el móvil. Mis dedos están firmes, aunque mi corazón intenta salírseme del pecho a patadas. Busco el contacto de Mike. *ENCUENTRA AL NIÑO. AHORA.* Lo envío antes de que ella pueda ver la pantalla. Me guardo el móvil, me limpio la conmoción de la cara como si fuera suciedad y me doy la vuelta.

—Esto es lo que va a pasar. —Me cruzo de brazos y la miro directamente, amparándome en la fría y familiar armadura de mi propia autoridad—. Quieres recuperar al niño. Yo lo recuperaré. Pero nada en mi mundo es gratis y tu precio es este. —Dejo que la frase repose un segundo helador—. Te casarás conmigo.

El silencio es enorme.

—¿Qué? —La palabra sale disparada de su boca—. ¿Qué acabas de…?

—Matrimonio. Tú. Yo. Ese es el precio.

—¡Es tu hijo! —La voz se le quiebra—. ¿Sabes que es tu hijo y te quedas ahí parado diciéndome que lo usarás en mi contra? ¿No vas a salvarlo simplemente porque es…?

—No sé nada. —Mantengo la voz aburrida, deliberada—. Tengo la palabra de una mujer que me robó, huyó de mi cama en mitad de la noche y mantuvo la boca cerrada durante cinco años. Perdóname si mi primer instinto no es fiarme de ella. —Inclino la cabeza, lento y cruel—. Y ya que estamos, hablemos de la pura audacia de eso. Cinco años. Tuviste a mi hijo durante cinco años y no dijiste nada. Lo criaste sola y ni una vez, ni una sola vez, pensaste que yo tenía derecho a saberlo.

—¡Ibas a matarme!

—Y sin embargo —digo, abriendo las manos para señalar la opulencia de la habitación—, aquí estás. Respirando. Pidiéndome favores.

Me mira fijamente, su rostro es un campo de batalla de furia y desesperación. Sus manos son puños crispados a los costados.

—¿Por qué matrimonio? —Su voz baja, volviéndose dura y fría—. Tú y yo sabemos que no es por amor.

Me río. Suena genuino. —Amor. —Digo la palabra como si fuera algo que he encontrado en la suela de mi zapato—. El amor nunca ha estado en mi vocabulario e, incluso si lo estuviera, ¿de verdad crees que lo malgastaría en una mujer como tú?

Camino hacia ella, acortando la distancia hasta que estoy a centímetros de su cara. Quiero que sienta el calor de mi ira. —Huiste. Hace cinco años, se suponía que ibas a morir en mi complejo

y, en cambio, escapaste. Esa deuda no se evapora porque haya pasado el tiempo. Así que te casarás conmigo. Vivirás bajo mi techo. Dormirás en mi cama el resto de tu vida.

Me inclino, cerniéndome sobre ella. —Cada mañana, te despertarás junto al hombre que odias más que a nada en el mundo. El hombre que mató a tu padre. Ese es tu castigo, Lena. Esa es mi venganza. Me parece poético.

Le tiembla la mandíbula. —¿Te das cuenta de que eso me da un acceso aún mejor para matarte?

—Si alguna vez te atreves de verdad —replico, ajustándome el puño de la camisa con precisión aburrida—, te respetaré por ello. Justo antes de que mueras. Y justo antes de que tu hijo muera a tu lado, porque nada en mi mundo tiene un final limpio. —Le sostengo la mirada, dejando que la amenaza se asiente en su médula—. Así que si estás dispuesta a apostar la vida del niño por tu orgullo, adelante.

—Eres un monstruo —susurra.

—Sí —convengo. Es lo único sincero que he dicho en toda la noche.

Mi móvil vibra. Mike. Una línea. *Almacén. Distrito de Khimki. Enviando coordenadas.*

Lo tenemos. Me guardo el móvil en el bolsillo y la miro.

—Sé buena y espera aquí. —Ya me estoy moviendo hacia la puerta —. Voy a por nuestro hijo.

Mike me espera en la armería con Lyosha ya equipado y Dmitri comprobando la munición con la misma eficiencia concentrada que aplica a todo lo que no son mujeres. Me estoy poniendo el chaleco táctico cuando Mike se acerca y baja la voz. —Quédate aquí. Deja que lo traigamos nosotros. No es necesario que…

—No.

—Razvan…

—No. —Compruebo la recámara de mi Glock y la enfundo—. Quienquiera que se haya llevado a mi hijo no sobrevivirá a esta noche. Voy.

El silencio a mi espalda pesa.

Me doy la vuelta. Los tres me están mirando y entonces Lyosha dice, despacio, como si estuviera probando las palabras:

—Tu hijo.

—Sí.

—El niño de ella. —Dmitri deja el cargador—. Es tu…

—Sí.

Mike no dice nada. Entonces, algo se le cruza por la cara, pero lo reprime antes de que tome forma del todo.

—La noche que nos enviaste a todos fuera —dice—. Regresamos y estabas destrozando el complejo, y pensamos que no habías logrado matarla. Llevas buscándola desde entonces. Obsesivamente. Cinco años. —Hace una pausa—. ¿Es por eso que nunca has hablado de ello?

—Salimos en tres minutos. —Me vuelvo hacia el chaleco—. Las preguntas, para después.

Nadie se mueve durante exactamente dos segundos. Y entonces se mueven.

El almacén se alza en el distrito de Khimki, achaparrado y gris, rodeado por esa nada industrial que la gente elige precisamente porque nadie viene a buscar en la nada industrial. Entramos por tres flancos, doce hombres, coordinados, con señales y movimientos y el silencio de gente que ha hecho esto tantas veces que lo tiene grabado en los músculos.

Yo tomo la entrada este con Mike.

La puerta cede al segundo golpe y, de pronto, todo ocurre muy deprisa. Seis hombres armados dentro, y responden rápido. Los primeros treinta segundos son ruidosos, brutales y cuerpo a cuerpo, el tipo de lucha que se da en espacios reducidos donde no hay lugar para nada más que la determinación. Agarro al primer hombre por el brazo con el que empuña el arma y se lo rompo por el codo; lo uso como escudo durante tres segundos mientras la sala se reconfigura. Mike está a mi izquierda, metódico. Lyosha, a la derecha, y sé dónde está solo por los ruidos.

Una bala me alcanza en el hombro izquierdo.

Caliente. Rápida. Lo registro, lo archivo y sigo moviéndome. Abato al hombre del brazo roto. Cruzo la sala. El siguiente levanta su arma y yo me meto dentro de su alcance, le clavo el codo en la garganta y cae.

El almacén se queda en silencio.

Exploro el espacio, moviéndome entre cajas y escombros. Mike está despejando la esquina del fondo y Lyosha está en algún lugar a mi derecha, lo sé por los ruidos. Entonces veo la puerta del fondo, cerrada con un candado, y no me molesto con la cerradura. La arranco de las bisagras de una patada, entro y, al otro lado, hay una pequeña habitación y, en una esquina, sentado en el suelo con las rodillas pegadas al pecho y los brazos apretados a su alrededor, hay un niño pequeño.

Pelo oscuro. Quieto. Mis ojos devolviéndome la mirada desde una cara pequeña.

Dios mío.

Me agacho. El hombro me sangra, manchando la manga, y, por primera vez en mi vida adulta, me tiemblan las manos. No sé dónde meterlas.

—Eh —digo en voz baja—. ¿Estás herido?

Me mira fijamente. Se queda con la boca abierta. Sus ojos se abren, enormes y redondos, y se pone en pie de un brinco, da un paso hacia mí con su pequeña barbilla levantada, me señala directamente a la cara y grita:

—¡Superman!

Parpadeo.

—¡Eres Superman! —Ahora está saltando sobre las puntas de los pies, todo el terror de hace treinta segundos aparentemente evaporado por esta conclusión, señalándome con absoluta convicción—. ¡Has venido! Sabía que alguien vendría, mamá siempre dice que alguien viene y *tú has venido* y eres *enorme*. ¿De verdad eres Superman? ¿Tienes la capa? ¿Dónde está la capa?

—Yo… —Miro a Mike por encima del hombro. Mike se está tapando la boca con el puño—. No tengo capa.

Parece decepcionado durante exactamente un segundo antes de asentir con seriedad.

—No pasa nada. No se lo diré a nadie. Puedes seguir siendo él sin la capa.

No tengo ni idea de qué hacer con este niño. Extiendo la mano hacia él, lentamente, y él da un paso al frente sin dudarlo y pone su manita en la mía como si fuera lo más natural del mundo. Algo ocurre en mi pecho que no voy a analizar en este almacén.

—Tenemos que irnos —dice Mike desde la puerta.

Me pongo de pie, con la mano de Theo todavía en la mía, y me dirijo hacia la puerta. Es entonces cuando el sonido llega desde la sala principal. No es uno de los míos. Alguien que se quedó en el suelo y se ha vuelto a levantar. El disparo que atraviesa el umbral se desvía, pero pasa por el espacio que hay entre Theo y yo. Me giro, interponiendo mi cuerpo entre la puerta y el niño, mientras levanto el arma.

Dos pequeños brazos me rodean la pierna por detrás.

Bajo la mirada.

Theo me ha rodeado la pierna con los brazos y su pequeño cuerpo está presionado contra la parte de atrás de mi rodilla; tiene la cara vuelta hacia la puerta, hacia la amenaza, y sus bracitos están extendidos todo lo que dan de sí mientras grita a pleno pulmón:

—¡No dejaré que te hagan daño!

El tirador cae. Mike. En el umbral. Limpio.

El almacén se queda en silencio de nuevo.

Bajo la mano. La poso en la nuca de Theo, en esta pequeña cabeza de pelo oscuro que nunca antes había estado entre mis manos hasta esta noche. Todavía tiembla ligeramente, sigue presionado contra mi pierna, sigue agarrado, y lo que se resquebraja en mi pecho en ese momento es algo que no puedo volver a cerrar.

Ni lo intento.

—Te tengo —digo, y mi voz no parece la mía—. Ya ha pasado. Te tengo.

No me suelta la pierna.

No lo obligo a hacerlo.

13

LENA

La primera vez que estuve en este recinto, me encerraron en la mazmorra durante días y me torturaron para que respondiera, me llamaron la hija de un traidor y me dieron todas las razones por las que iba a morir.

Ahora estoy en el salón del ala este, rodeada de terciopelo y caoba, y la sensación es exactamente la misma.

Sigue pareciendo un sueño; una pesadilla, para ser más exactos.

¿Y si ha mentido?

Me levanto, camino de la ventana a la silla y de vuelta. Me siento. Me levanto otra vez. La silla es cara, incómoda y la odio; odio esta habitación, odio conocer este recinto, lo odio todo.

¿Y si se ha llevado a Theo solo para traerme aquí?

Me presiono los dedos contra la boca y respiro. Ese pensamiento lleva tres horas dándome vueltas en la cabeza y no puedo detenerlo, no puedo confirmarlo ni desmentirlo, y la incertidumbre es su propia forma de tortura. Dijo que traería a Theo a casa. ¿Y si todo, el

colegio, la comisaría, los hombres del aparcamiento…, y si todo fue solo…?

Basta ya. Vuelvo a sentarme. *Vas a volverte loca. Es imposible que haya hecho esto, no podía encontrarte, te aseguraste de ello, este problema no es culpa suya y lo sabes.*

Y luego está el dichoso matrimonio.

Hundo la cara entre las manos.

Quiere casarse conmigo. Razvan Volkov, Pakhan de la Bratva Volkov, el hombre más temido de Moscú, quiere casarse conmigo específicamente para que mi vida sea un infierno. No por amor.

No por Theo. Por venganza. Lo dijo él mismo, con un tono inexpresivo y aburrido, como si fuera la cosa más razonable que nadie hubiera propuesto jamás. Y lo peor, lo que me pesa en el estómago como una losa desde hace cuatro horas, es que no le veo salida.

He vuelto a entrar en la cárcel, y esta vez he sido yo misma quien ha sujetado la puerta.

El pesado portazo de la entrada, cuyo eco resuena por el vestíbulo, me golpea como un rayo. Me pongo en movimiento antes de poder pensar, con mi tobillo lesionado gritando de dolor mientras salgo disparada al pasillo.

—¡Mamá!

El sonido de su voz, ese timbre agudo, brillante y hermoso, casi me parte las rodillas.

—¡Mamá!

Theo dobla la esquina corriendo a toda velocidad. Se ve tan pequeño entre las imponentes paredes de mármol de este lugar. Me pongo de rodillas, con los brazos abiertos, y se estrella contra mí con tanta fuerza que me hace tambalear.

Sus bracitos me rodean el cuello, apretando con todas sus fuerzas. Hundo el rostro en el hueco de su cuello, aspirando su olor. Huele a sudor, a sal y al leve y persistente aroma del jabón de lavanda de nuestro cuarto de baño de Budapest. Un cuarto de baño que no volveré a ver. Una vida que terminó en el momento en que crucé esa puerta.

Se me escapa un sollozo, desgarrado y horrible. Luego otro. No puedo detenerlos; la presa por fin se ha roto. Lo abrazo y tiemblo, mis lágrimas empapan su pelo oscuro.

—Estás bien, estás bien, estás bien —canturreo contra su piel. Es una oración, un mantra desesperado y frenético. Le paso las manos por la espalda, los brazos, las piernas, buscando fracturas, sangre, cualquier cosa que signifique que le han hecho daño.

Está temblando, pero se aparta lo justo para mirarme, con los ojos muy abiertos y brillantes con una extraña y feroz luz.

—He sido valiente, mamá —susurra, con su propia voz temblorosa—. Como Superman.

—Lo has sido. Lo eres. Mi valiente, mi niño valiente. —Me aparto, con las manos temblorosas mientras le acuno la cara, comprobando frenéticamente si tiene alguna marca, algún moratón, alguna herida oculta. Parece cansado —agotado—, pero sus ojos brillan con el tipo de adrenalina que solo un niño puede invocar.

Apoyo la cara en su pelo y siento su manita pegajosa dándome palmaditas en la espalda. Es el gesto rítmico y reconfortante que usa desde que era pequeño cada vez que cree que soy yo la que necesita que la salven.

—No pasa nada, mamá —me susurra al oído—. Vino Superman, no pasa nada, vino Superman y era *enorme*…

—Superman… —consigo articular, apartándome para mirarle la cara, examinándolo con ambas manos, sus mejillas, sus brazos, sus manos—. ¿Quién es Superman, cariño?

Theo se retuerce en mis brazos y señala.

Levanto la vista por encima de su hombro.

Razvan está de pie al final del pasillo.

Está justo al otro lado de la puerta, que ha cerrado en silencio. Nos observa. Su expresión es indescifrable, un complejo mapa de sombras y control rígido. Su mirada va de mi cara surcada por las lágrimas a Theo, que se gira en mis brazos para mirar al hombre que lo ha traído a casa.

—¡Él! —anuncia Theo, y su voz retumba en el mármol—. Vino y era el *más grande*, cogió a los hombres malos ¡y ni siquiera tenía *capa*!, pero le dije que no pasaba nada. —Se lleva las manos ahuecadas a la boca, inclinándose para susurrarme en la mejilla de forma teatral —. He dicho que no le contaré a nadie lo de la capa, mamá.

Se me escapa un sonido, un ruido quebrado, histérico, mitad risa y mitad sollozo. *El absurdo de todo esto.* Razvan Volkov, la Ira, el hombre que quema ciudades para conseguir lo que quiere, delatado como un superhéroe sin capa por un niño que no sabe que comparte su ADN.

Me levanto, con la mano de Theo en la mía, y me enfrento a Razvan al otro lado del vestíbulo. Mi corazón hace seis cosas a la vez: alivio, odio, deseo, pena, gratitud y furia se mezclan hasta que no puedo separar nada de forma clara.

—Gracias por traer de vuelta a mi hijo.

Razvan aprieta la mandíbula. Asiente una sola vez, con rigidez. Parece… perdido. Es la única palabra para describirlo. El hombre más temido de Moscú, de pie, incómodo, en su propio vestíbulo, sin saber qué hacer con las manos. Finalmente, se las mete en los bolsillos.

Mira a Theo.

Theo lo mira a él.

—¿Vives aquí? —pregunta Theo, con la voz brillante de curiosidad—. Porque es muy grande. Nuestra casa no es tan grande. Nuestra casa tiene una grieta en el techo de la cocina y mamá dice que la arreglará, pero todavía no lo ha hecho.

—Theo —empiezo a decir, mientras el calor me sube por el cuello.

—Es una grieta grande —le dice Theo a Razvan con seriedad—. Podrías meter el dedo.

Razvan abre la boca. La cierra. Saca las manos de los bolsillos y vuelven a colgarle a los lados, desvalidas. El hombre más temido de Rusia, desarmado por una grieta en el techo de la cocina de un apartamento de Budapest que nunca verá.

Algo me duele en el pecho, una punzada aguda y doliente por mi hijo, que intenta entablar conversación con un hombre que ya ha decidido que su madre le pertenece.

Razvan se aclara la garganta. El sonido es áspero, ligeramente demasiado cuidadoso. —Haré que alguien lo mire —dice. Su voz suena extraña; le falta el filo, la certeza letal.

Theo asiente, satisfecho, y se apoya en mi pierna.

—¿Eres amigo de mamá? —pregunta, rompiendo la tensión sofocante.

Los ojos de Razvan se clavan en los míos. Una pregunta oscura e irónica en ellos. *¿Lo somos, Lena?*

—Es… alguien que nos ha ayudado —digo con voz ronca. Me enderezo, haciendo una mueca cuando mi tobillo lesionado protesta, y acerco más a Theo a mi cadera—. Nos vamos a quedar aquí un tiempo. ¿No es así?

Dirijo la última parte a Razvan, un desafío por mi cuenta. *Has conseguido lo que querías. Nos tienes. Ahora dinos dónde está la jaula.*

—Sí —dice, la palabra cortante—. Vuestra habitación está lista. Lena, de momento te quedarás en el ala de invitados. La habitación de Theo se está preparando. Estará lista mañana.

—Vamos, cariño —digo, guiando a Theo hacia el pasillo—. A la cama.

—¡Pero no estoy cansado! ¡Superman y yo tenemos que planear la próxima misión!

De alguna manera, consigo que suba, que se dé un baño con artículos de aseo prestados y que se ponga una suave camiseta prestada que le llega hasta las rodillas. La rutina mundana es un ancla.

Theo ve la cama, se lanza de cabeza sobre ella y anuncia que es la cosa más suave que ha sentido en su vida y que no se va a ir nunca. Me quedo en el umbral y miro a mi hijo rebotar ligeramente en un colchón caro y pienso en el hecho de que hay una habitación en algún lugar de este complejo que están decorando para él en este momento. Que su padre vive aquí. Que dentro de unos días estaré casada con Razvan Volkov y esta será mi vida.

Casi vuelvo a llorar. Me lo trago.

—Vamos, jovencito, hora de dormir.

Lo arropo en la cama grande de la habitación de invitados, sentada a su lado hasta que su parloteo emocionado sobre superhéroes se ralentiza y sus párpados se cierran. Le observo dormir, con la mano en su pequeño pecho, sintiendo cómo sube y baja. El alivio es tan profundo que resulta doloroso. Está aquí. Está a salvo.

Por ahora.

La puerta se abre suavemente. Razvan está allí, una orden silenciosa. —A mi despacho. Ahora.

Se me encoge el estómago. Beso la frente de Theo y salgo tras él, cerrando la puerta con un suave clic.

El despacho es una habitación oscura, de cuero, madera y libros que parecen leídos en lugar de decorativos, y él ya está detrás del escritorio cuando entro. No me ofrece asiento. Yo no lo cojo.

—La boda —dice, sin preámbulos— será en tres días.

La rotundidad de sus palabras roba el oxígeno de la habitación. —¿No puedes hablar en serio?

—Siempre hablo en serio.

—Podría... podría marcharme y ya está. —Me acerco más al escritorio, con la voz temblorosa por una repentina y frenética esperanza—. Podría cogerlo y desaparecer. Renunciar al contrato.

—¿Crees que te dejaría escapar de mí otra vez? —ladea la cabeza, observándome con el interés distante de un depredador que contempla a un pájaro en una jaula de cristal—. ¿Tú? ¿Y *mi hijo*?

La forma en que dice *mi hijo* —con una ferocidad posesiva y territorial— hace que se me erice el vello de los brazos.

—Nos rastrearías —susurro.

—Te encontraría antes de que llegaras a los límites de la ciudad —dice, con un tono tan práctico como si estuviera hablando del tiempo —. Y esta vez, Lena, no habría ala de invitados. Habría una correa. Para ti y para él, para asegurar vuestra obediencia.

Se inclina hacia delante, con las palmas de las manos apoyadas en la madera oscura del escritorio. —¿Pero esa no es tu única preocupación, verdad, *zayka*? Lo has recuperado, pero no sabes quién se lo llevó. Ni por qué. Te vieron. Conocen tu cara. Necesitas lo que yo tengo. Muros. Guardias. Poder. Necesitas mi protección, quieras o no tragar esa amarga verdad.

Tiene razón. Esa es la parte más angustiosa. Es una trampa perfecta, y he entrado en ella con los ojos bien abiertos. Se me caen los hombros, el peso de estos cinco años por fin me aplasta. —Te odio por esto.

—Tu odio es irrelevante para mí.

Siento que la rabia se enciende entonces: un arrebato de furia candente que atraviesa el agotamiento. Me acerco al escritorio y me inclino hasta invadir su espacio.

—¿Crees que obligarme a casarme contigo te dará lo que quieres? Pues no. Nunca lo tendrás. ¿Quieres amor? ¿Afecto? ¿Una familia de verdad? —Dejo que mi mirada lo recorra con puro veneno, sin adulterar—. ¿Quieres que abra las piernas y finja que quiero tu *lund* dentro de mí? Nunca obtendrás esas cosas de mí, Razvan. Seré tu esposa de nombre, pero seré tu fantasma en la realidad. Haré que te arrepientas de este matrimonio cada día del resto de tu vida.

Sus ojos se oscurecen, no de ira, sino de algo mucho más peligroso. Me mira como si acabara de lanzarle un desafío que ha estado esperando toda su vida.

—¿Amor? ¿Afecto? —Se ríe entre dientes, un sonido bajo y seco que me pone los pelos de punta—. No necesito tus sensiblerías, Lena. Mi vida está construida sobre acero frío y una lógica aún más fría. En cuanto a la dinámica familiar... interpretarás tu papel a la perfección. Delante de mis hombres, delante del consejo, delante de cualquiera que sea importante, serás la esposa obediente y contenta del Pakhan. Si no lo haces, convertiré tu existencia en un infierno, y también la del niño. ¿Entendido?

La amenaza es un jarro de agua fría que me recorre la espalda. Pienso en Theo durmiendo en el piso de arriba y asiento una vez con la cabeza, con la mandíbula tan apretada que parece que se me va a romper.

—Y en cuanto al resto… —se aparta del escritorio y empieza a rodearlo hacia mí, con movimientos lentos y predatorios—. Te equivocas si crees que el sexo será un problema entre nosotros.

El corazón me martillea en las costillas. —Es mentira. No te deseo. Nunca volveré a desearte.

—Eres una pésima mentirosa, *zayka*. —Ya está delante de mí, su presencia es tan abrumadora que parece que se ha quedado sin aire la habitación—. Tu cuerpo es un libro abierto, y ya he leído el primer capítulo. Déjame mostrarte la página siguiente.

Sus manos se aferran a mi cintura, grandes y calientes incluso a través de la ropa, y me levanta como si no pesara nada. Suelto un jadeo cuando mi culo aterriza en el duro borde de su enorme escritorio de roble, y los papeles se desparraman.

Abro la boca para decirle que me quite las manos de encima, pero se coloca entre mis piernas, usando su propio cuerpo para obligarlas a separarse, abriéndome para él. Estoy sentada en su escritorio con él entre mis rodillas y mi corazón martillea con tanta fuerza que lo siento en la garganta.

—¿Ves? —murmura, su mirada ardiendo en la mía—. Te abres para mí con tanta facilidad, *zayka*.

—Quítame las—

Sus manos se deslizan hacia mis muslos, y sus dedos se clavan en el músculo a través de la tela vaquera de mis pantalones. Frota de arriba a abajo, con un ritmo lento y enloquecedor, subiendo más con cada pasada hasta que sus pulgares presionan la entrepierna, justo donde mis piernas se unen a mi cuerpo.

La presión es directamente sobre mi clítoris, y una sacudida de pura sensación sin adulterar me recorre.

Mi espalda se arquea en una súplica silenciosa contra la que mi mente grita.

No. Siento su calor a través de la tela y lo mojada que estoy, y odio mi cuerpo con todo mi ser ahora mismo. *No, no, no*—

—Ya estás mojada, ¿verdad? —gruñe, su voz un oscuro estruendo de satisfacción. Cambia la mano de sitio, ahuecándome la

entrepierna a través de la tela, aplicando una presión firme y circular.

Se me escapa un sonido entrecortado, mitad gemido, mitad sollozo.

La humedad de mis bragas ya no es solo humedad; es un torrente que me empapa, y sé que puede sentir su calor. Me duele el clítoris, se contrae alrededor de la nada, suplicando contacto, fricción, suplicando por *él*.

Oh, Dios, qué jodido es esto. Estoy jodida.

Sus manos suben hasta encontrar mi pecho. Sus pulgares me rozan los pezones a través de la camiseta y ya están duros, llevan duros los últimos cinco minutos, y cuando los aprieta el sonido que hago es vergonzosamente parecido a un quejido.

La humillación me quema las mejillas, pero se mezcla con una emoción sucia y no deseada.

Sus ojos bajan hasta mi pecho, observando cómo la tela se tensa sobre mis pezones, y un brillo oscuro y depredador ilumina su mirada. Le pone. Ver cómo mi cuerpo me traiciona de una forma tan absoluta le pone.

Se inclina hacia mí, con la boca tan cerca de la mía que puedo sentir el calor de su aliento. Creo que va a besarme, y una parte de mí, esa parte profunda y primitiva, lo anhela; mis labios se entreabren con una exhalación temblorosa.

No me besa.

Desplaza la boca hacia un lado, hacia la columna de mi cuello. Sus labios rozan la piel sensible de esa zona y me estremezco. Entonces, muerde.

No es un mordisco cariñoso. No es una provocación. Es una presión de dientes afilada y posesiva, un castigo y una promesa a la vez. El dolor estalla, brillante y ardiente, pero no se detiene ahí. Se derrite, transformándose a medida que se extiende, fusionándose con la

necesidad palpitante entre mis piernas hasta que no puedo distinguir dónde termina el dolor y empieza el placer. Es un cóctel de sensaciones tan potente que me nubla la vista.

Mis manos vuelan hacia arriba, no para apartarlo, sino para agarrar la parte delantera de su camisa, apretando la tela en un puño y aferrándome mientras mi columna se arquea, ofreciéndole más de mi garganta. Un grito crudo y gutural me es arrancado. Mi coño sufre un espasmo, una contracción dura y repentina que no es un orgasmo, pero está tan cerca del límite que es una agonía.

Goteo, palpito, hinchada, pesada por los latidos frenéticos de mi corazón, todo mi cuerpo encendido por él.

Me suelta el cuello con un último lametón sobre la marca palpitante. Se aparta lo justo para mirarme a la cara, mis pupilas dilatadas y mis labios entreabiertos y jadeantes. Su propia respiración es ligeramente irregular y puedo sentir la dura y gruesa cresta de su erección presionando contra la cara interna de mi muslo a través de sus pantalones. La prueba de su deseo es una realidad cruda e intimidante.

Sonríe con suficiencia. Es la mirada de un hombre que acaba de ganar una guerra sin disparar un solo tiro.

—El sexo —dice, con una voz que es una vibración áspera y oscura— no será un problema.

Y entonces, simplemente… se detiene.

Da un paso atrás, retira las manos y rompe todo contacto. La repentina ausencia de su calor, de su tacto, es un golpe físico. Me tambaleo sobre el escritorio, con el cuerpo gritando en señal de protesta, vacío, desesperado y vibrando con una energía no liberada.

—Y ahora, fuera —dice, dándome la espalda y ajustándose el puño de la camisa como si acabase de concluir un asunto de poca importancia—. Tengo trabajo.

¿Que me vaya?

Las palabras me golpean como una bofetada.

Hijo de puta arrogante y sin alma. Absoluto cabrón. Espero que te ahogues con tu propia sangre. Espero que el diablo tenga un asiento especial reservado para ti, capullo manipulador y de sangre fría. Quiero gritárselo. Quiero coger el pesado decantador de cristal de su mesita auxiliar y estampárselo en esa cabeza oscura y perfecta. Quiero arrancarle esa sonrisita de la cara hasta que no quede más que el hueso.

Pero mis huesos se han vuelto líquidos. Mi voz está atrapada tras un muro de vergüenza y deseo insatisfecho.

Me bajo del escritorio, con las piernas temblando tanto que tengo que agarrarme al pesado borde de la madera para no derrumbarme. El aire fresco golpea la mancha de humedad entre mis piernas como una bofetada, un recordatorio mordaz de lo exhaustivamente que acaba de desmantelar mis defensas.

Soy una contradicción andante: un caos de deseo letal y odio profundo.

Me dirijo a la puerta, con movimientos bruscos y descoordinados, pero en el umbral no puedo evitarlo. Me detengo. Giro la cabeza lo justo para dedicarle una última mirada.

Arrogante, malvado, estúpidamente guapo, irritante...

Al principio, Razvan ni siquiera levanta la vista de sus papeles. Luego, lentamente, alza la cabeza. Se recuesta en su silla, con una expresión de oscura y aburrida diversión.

Se ríe entre dientes, un sonido grave y ronco que me pone la piel de gallina.

—Cuidado, *zayka* —dice, su voz una seda suave y peligrosa—. Como sigas matándome con tanta fuerza en tu cabeza, acabarás con una migraña. Deberías intentar controlarte.

Se me corta el aliento. El hecho de que pueda leer la masacre interna que estoy imaginando hace que me hierva la sangre.

—Vete al infierno, Razvan —susurro, y mi voz por fin recupera su filo.

Su sonrisa de suficiencia no hace más que ensancharse, un frío y victorioso destello de dientes. —Ya estoy en él, Lena. Solo me estoy asegurando de que tengas un asiento justo a mi lado.

Vuelve a bajar la mirada hacia su escritorio, ignorándome como si no fuera más que una molestia menor. El desdén es peor que el contacto. Enciende una nueva oleada de ira que quema a través de la persistente neblina de lujuria.

Me doy la vuelta y me alejo, con pasos pesados y temblorosos. No vuelvo a mirar atrás. No puedo permitírmelo.

Lo odio. Odio lo bien que me conoce. Odio la forma en que me conmueve.

Y, por encima de todo, odio que, mientras me retiro hacia la seguridad del ala de invitados, mi cuerpo traidor y dolorido ya esté contando los segundos hasta que decida convocarme de nuevo.

14

RAZVAN

Hoy me caso.

Me he repetido esas palabras cuatro veces desde que me he despertado y todavía no me provocan ni una sola reacción humana reconocible. Ni nervios. Ni expectación. Solo un peso plano y objetivo instalado en el pecho, tan pesado como una losa de plomo.

En el espejo, Lyosha se está arreglando la corbata obsesivamente por tercera vez. A su lado, Dmitri se examina los gemelos con la petulante satisfacción de un hombre que considera que una boda, incluso una forzada, es principalmente una oportunidad para lucir un aspecto excepcional.

Mike, sin embargo, no se está mirando en el espejo. Me está mirando a mí.

Suspiro. —Di lo que tengas que decir, Mike, y deja de clavarme la puta mirada en el cráneo.

Mike resopla por la nariz y baja la vista al suelo por un segundo antes de volver a clavarla en la mía. —¿Por qué la metes en una prisión y lo disfrazas de boda, Razvan?

Ahí está. La pregunta que ha estado vibrando en la habitación como un cable de alta tensión.

—Tiene a mi hijo. —Me ajusto la chaqueta con movimientos precisos y fríos—. Pasé cinco años poniendo el mundo patas arriba para encontrarla. No hay ninguna versión de esta realidad en la que la deje campar a sus anchas por el mundo con mi hijo. No va a pasar.

—Podrías cortejarla —dice Mike con un tono peligrosamente neutro —. Intentarlo de verdad. Seducirla. Hacer esto de la forma correcta en lugar de...

—¿Seducirla? —Me giro lentamente y le lanzo una mirada que habría hecho que un hombre inferior echara mano a su arma—. ¿Acaso parezco un hombre que va seduciendo a la gente, Mike? ¿Te transmito esa energía en particular?

Desde el rincón, Dmitri emite un sonido que es sin duda una risa convertida en tos en el último segundo.

—No es la peor de las ideas —dice Mike, negándose a dejarse intimidar—. No es una prisionera. Es la madre de tu hijo. Hay una diferencia y sabes que la hay...

—Esto es parte del castigo —digo. Seco. Definitivo—. Me ocultó a mi hijo durante cinco años. Huyó. Me robó. Hay consecuencias.

Digo las palabras. Y las siento.

En su mayor parte.

Hay algo en la frase que me sabe a ceniza en la boca, pero no me concedo el lujo de examinar por qué. Vuelvo a mirar al espejo y me arreglo un cuello que ya está perfecto.

—Sabes, podría escaparse —ofrece Dmitri amablemente, admirando su propia silueta—. Justo en el pasillo. ¿Te imaginas los titulares? *Pakhan de la Bratva plantado en el altar*. Yo leería ese artículo. Probablemente lo enmarcaría.

—Tengo a veinte hombres vigilándola —digo—. No se va a escapar a ninguna parte.

Dmitri suspira como si eso lo decepcionara personalmente.

Mike no dice nada más. Se limita a mirarme con esa expresión suya, la serena que dice que tiene más opiniones y que ha decidido, por ahora, guardárselas.

La ceremonia es en el salón principal y estamos de pie en el altar; el salón está lleno de testigos de la Bratva con trajes oscuros y rostros reservados, y estoy a punto de casarme.

Sigue sin parecer real.

Las puertas del fondo del salón se abren.

Theo entra primero.

Lleva un traje negro en miniatura que alguien, probablemente un equipo de sastres muy valientes, ha conseguido ponerle a pesar de sus sonoras opiniones sobre la ropa de etiqueta. Camina con un cojín de terciopelo para los anillos extendido delante de él, con los brazos completamente estirados, moviéndose con la concentración agónica de un técnico de bombas desactivando una ojiva activa.

Tiene la lengua entre los dientes. Da cada paso como si fuera una decisión.

Entonces levanta la vista, me ve en el altar y todo su rostro se transforma. La concentración sombría se desvanece, reemplazada por un resplandor cegador y desdentado.

—¡*Superman*!

Rompe filas, dando tres zancadas eufóricas hacia mí antes de que la organizadora de bodas lo coja por el hombro y lo devuelva a la alfombra.

A mi lado, siento a Dmitri temblar. No emite ningún sonido, pero los hombros le dan sacudidas de una manera que sugiere que está a

punto de sufrir un episodio respiratorio por la risa contenida.

No te rías, me ordeno a mí mismo, manteniendo mis facciones esculpidas en granito. *Ni se te ocurra reírte, joder.*

Theo por fin llega al frente. Me tiende el cojín con ambas manos, con el pecho henchido con un nivel de orgullo que no he visto ni en hombres que reciben medallas de honor.

—No se me ha caído el anillo —susurra, y su voz resuena por la silenciosa sala abovedada con la claridad de un clarín—. ¡Ni una sola vez!

—Buen trabajo —le digo. Mi voz sale más grave de lo que pretendía, ronca y trabada por un nudo en la garganta.

Su sonrisa le provoca algo violento a mi caja torácica. Lo miro, a esta personita con una corbata de clip y la marca húmeda de la lengua aún en el labio por el esfuerzo de caminar, y los tres días que he pasado evitándolo deliberadamente se deshacen de golpe.

No me he permitido acercarme a él. Esa es la verdad que no le he admitido ni a Mike ni a nadie. Desde el almacén, desde que lo saqué de ese antro inmundo y lo escuché hablar de Superman a todo volumen durante una hora en el asiento trasero, he mantenido una distancia cuidadosa y calculada.

No sé cómo hacer esto. No sé cómo ser lo que necesita, y estoy aterrorizado, genuinamente, aterrorizado hasta los huesos de un modo que ningún sicario ni agente federal me ha hecho sentir jamás, de hacer algo mal. Tengo miedo de romper algo en él que no tengo las herramientas para arreglar.

He comprado docenas de libros. Crianza. Desarrollo infantil. Cómo hablar con niños de cuatro años. Cómo ganarse la confianza. Cómo estar presente. Están apilados en mi mesilla de noche y los leo a las dos de la mañana cuando no puedo dormir. Me siento igual de instruido que completa y desesperadamente falto de preparación.

Me perdí cinco años de su vida.

La idea me golpea con todo su peso y la acepto. El embarazo del que no supe. El parto en el que no estuve presente. Primeros pasos, primeras palabras, primeras veces de todo… todo ello ocurrió en algún lugar de Budapest en un apartamento con una grieta en el techo de la cocina y yo estaba aquí, construyendo un imperio, buscando un fantasma, sin saber que lo más importante que jamás había creado ya estaba en el mundo aprendiendo a caminar sin mí.

Debería haber estado allí.

El arrepentimiento es enorme y me lo trago entero porque este no es el lugar y no hay nada que pueda hacer con él excepto asegurarme de que cada día a partir de este sea diferente.

Theo sigue sonriéndome y lo miro. *Aprenderé. Cueste lo que cueste, aprenderé.*

Entonces Lena aparece en las puertas.

Lleva un vestido blanco que no es del todo blanco, algo entre marfil y plata, y lleva el pelo recogido de una forma que deja al descubierto la línea de su cuello. Se coge sus propias manos por delante porque no tiene a nadie que la lleve al altar y dejó claro que no quería a nadie.

Parece furiosa.

No de forma evidente. Alguien que no conociera su rostro no lo vería. Pero yo conozco la forma en que mantiene los hombros, como si caminara hacia un pelotón de fusilamiento en lugar de hacia un altar. Está luchando con uñas y dientes contra una emoción, y me descubro respetando el puro y gélido acero de su determinación. No llora. No tropieza.

Llega al altar y se para frente a mí. Su mirada se alza y choca con la mía como hojas afiladas.

—Estás preciosa —digo, mi voz apenas un murmullo.

Ella levanta la barbilla, una inclinación desafiante que me dice exactamente dónde puedo meterme mis cumplidos.

—Mi belleza no es para ti, Razvan.

El sacerdote comienza la liturgia.

Escucho aproximadamente el cuarenta por ciento de lo que dice. El otro sesenta por ciento de mi atención está en su rostro, en la forma en que se niega a mirarme durante más de dos segundos seguidos, en la forma en que baja la mirada hacia Theo entre respuesta y respuesta, y en lo que sucede en su expresión cuando lo hace. Suave. Involuntario. Desaparece en cuanto vuelve a levantar la vista.

Y entonces, colándose por debajo de todo, el pensamiento que he estado manteniendo a raya durante tres días.

¿Quién se llevó a mi hijo?

Los hombres del almacén eran profesionales, pero no eran nadie que yo reconociera. Sin marcas. Sin tatuajes que pudiera identificar. Los que cogimos vivos no dijeron nada útil antes de dejar de ser útiles, y el rastro del almacén se enfrió en seis horas. Quienquiera que lo orquestara sabía cómo limpiar sus huellas. Conocía el colegio de Theo. Conocía el nombre de Lena y su ubicación en Budapest.

Ese nivel de información no es barato. Proviene de algún lugar organizado. Un lugar con recursos, alcance y una razón específica para querer tener algo con lo que presionarme.

Una familia de la Bratva. Tiene que ser. Pero ¿cuál, por qué ahora y qué es lo que quieren en realidad?

El sacerdote dice algo que requiere mi respuesta y se la doy sin perder el hilo.

Los encontraré. Hago girar el anillo entre mis dedos antes de deslizarlo en su mano. *Y cuando lo haga…*

La mano de Lena está fría.

La sostengo un instante más de lo necesario. Ella no la retira, lo que le cuesta algo, puedo ver que le cuesta, y la suelto.

La recepción transcurre por el salón principal de la finca de los Volkov con la eficacia de un evento organizado por gente que sabe que las ocasiones de la Bratva requieren tanto excelencia como discreción. Las familias más importantes van pasando en rotación. Apretones de manos, felicitaciones y miradas que evalúan a mi nueva esposa con distintos grados de sutileza.

Lena está de pie a mi lado y no le sonríe absolutamente a nadie.

Excepto a Theo.

Cada vez que Theo aparece a su lado, lo que ocurre con frecuencia porque se ha autoproclamado su escolta personal para la velada, en su rostro se produce esa transformación. Ese ablandamiento involuntario. Se pone en cuclillas a su altura y escucha lo que sea que le esté contando, que, a juzgar por sus gestos, tiene que ver con algo grande y posiblemente un helicóptero, y se ríe, se ríe de verdad, y el sonido me golpea en algún lugar detrás del esternón como si me presionaran un moratón con el dedo.

Aparto la mirada.

¿Tan terrible es? El pensamiento llega antes de que pueda detenerlo. *¿Estar aquí? ¿Ser mía?*

No le doy más vueltas.

Dmitri se materializa a mi lado con dos copas y la expresión de un hombre que está pasando una noche excelente. —Enhorabuena —dice, entregándome una—. Todavía no te ha apuñalado. Un comienzo prometedor.

Lyosha aparece al otro lado, ya por su tercera copa, con un aire genuinamente alegre que solo muestra cuando la velada ha incluido violencia o celebración, y esta noche cumple ambos requisitos. —El

niño me ha dicho que quiere aprender a pelear —anuncia—. Le he dicho que le enseñaré.

—Tiene cuatro años.

Lyosha se encoge de hombros. —Hay que empezar pronto.

Mike es el último en llegar. Se coloca junto a mí y observamos la sala un momento en silencio. Luego, levanta ligeramente su copa. —Por si sirve de algo —dice en voz baja—, lo está haciendo bien. Teniendo en cuenta las circunstancias.

No respondo.

Viktor emerge de entre la multitud, canoso e impecable, con una cordialidad perfectamente dispuesta en el rostro. Me coge la mano con las suyas y la aprieta con la sinceridad practicada de un hombre que lleva décadas representando el sentimiento familiar. —Tu padre habría estado orgulloso. Una boda. Un nieto. —Sus ojos se desvían hacia Theo, al otro lado de la sala, y algo en su mirada produce una reacción que archivo sin examinar—. La familia lo es todo, Razvan. Recuérdalo.

—Lo haré —digo.

Se aleja. Lo veo marcharse y el archivador en el fondo de mi mente, el que lleva la etiqueta de «aún no comprendido», añade otra entrada.

La velada termina. Los invitados se dispersan. Theo se queda dormido en el hombro de Lyosha durante la última hora, lo que Lyosha maneja quedándose extremadamente quieto y sin moverse durante cuarenta minutos, y Mike lo sube a la habitación recién decorada mientras Lena observa desde el umbral de la puerta con los brazos cruzados sobre el pecho.

Subo a mi nueva esposa a la planta de arriba.

La puerta del dormitorio se cierra y ella se da la vuelta; la expresión que ha mantenido durante la boda se desvanece por completo.

—No vamos a compartir cama. —Su voz es plana—. Tú duermes en el sofá. Yo me quedo con la cama. Así es como funciona esto.

Levanto las manos y empiezo a desabrocharme la chaqueta.

—¿Me has oído?

Me encojo de hombros para quitarme la chaqueta y mis manos se dirigen a los botones de la camisa.

—Razvan. Te estoy hablando a ti. Tenemos que establecer las reglas ahora mismo antes de que esto vaya a más, no voy a compartir… —Se detiene—. ¿Por qué no me respondes?

Me doy la vuelta.

Está de pie en medio de la habitación con su vestido de novia, la mandíbula apretada y los ojos brillantes con algo que no es exactamente furia ni exactamente lágrimas, sino una mezcla de ambas.

La miro durante un largo instante y digo: —Porque tus palabras no significan nada.

Abre la boca.

Camino hacia ella. Retrocede. Otra vez. Sus talones chocan contra la cómoda y emite un pequeño sonido de sorpresa. Apoyo una mano en la cómoda junto a su cadera y le bajo la mirada al rostro.

—Mis palabras son las que importan aquí. —Mi voz sale grave—. Compartimos esta habitación. Compartimos esta cama. Y te tendré siempre que me apetezca, porque ahora eres mía.

—El matrimonio no es posesión…

—No —convengo—. Normalmente no lo es. —Dejo que la frase cale —. Este matrimonio sí.

Le cojo la cara con ambas manos y la beso.

Emite un sonido contra mi boca que es pura protesta y levanta las manos para golpear mi pecho, una, dos veces, con las palmas planas, empujando, y no me muevo. Golpea de nuevo y la beso más profundamente, entonces sus dientes encuentran mi labio y me muerde con la fuerza suficiente para que el sabor a cobre inunde mi lengua de inmediato.

El sonido que sale de mí no es de dolor.

Se queda helada. Siente lo que significa ese sonido. Y le sujeto la cara con más fuerza entre las manos y la beso más fuerte, con todo lo que tengo, y sus puños contra mi pecho dejan de empujar y, en su lugar, sus dedos se aferran a mi camisa, y ambos respiramos como si hubiéramos estado corriendo. La cómoda está a su espalda y no tengo la más mínima intención de parar.

15

LENA

El regusto cobrizo de su sangre me inunda la boca, una sacudida metálica que no sirve de nada para detenerlo. Si acaso, lo enardece.

El beso de Razvan es un castigo, una forma de posesión; su lengua se abre paso a la fuerza entre mis labios para batirse en duelo con la mía, lamiendo la sangre de mis propios dientes. Empujo contra la sólida pared de su pecho, con las manos atrapadas entre los dos, pero no se inmuta. Es una montaña de lana negra hecha a medida y furia gélida. Mi vestido de novia, una ridícula creación de seda y encaje, parece una trampa.

Rompe el beso lo justo para gruñir contra mi boca, su aliento caliente y con olor a whisky caro. —¿Me haces sangrar, *malyshka*? Pues ahora la pruebas.

Sus manos, esas manos grandes y brutales que firmaron la sentencia de muerte de mi padre, se deslizan por mi espalda.

Una palma se abre en la base de mi columna, aplastando la delicada tela y tirando de mis caderas hasta pegarlas a las suyas. El bulto duro y grueso de su polla se clava en mi bajo vientre, incluso a través de sus pantalones y las capas de mi falda. Un calor traicionero y líquido se enciende en mis entrañas.

No. Otra vez no. Nunca más.

Aparto la cara, jadeando. —Quítate de encima.

—Es nuestra noche de bodas —murmura, mientras sus labios recorren mi mandíbula hasta la garganta. No pregunta. No lo pide. Lo afirma. Sus dientes rozan el pulso frenético que late allí y todo mi cuerpo se pone rígido—. Eres mi mujer. De mi propiedad. Y gritarás mi nombre antes de que salga el sol.

—Claro que gritaré —siseo, arqueándome para alejarme, pero su brazo es una barra de hierro—. Gritaré para llamar a la policía.

Una risa grave y oscura vibra contra mi piel. —Grita. Que todo Brooklyn oiga cómo se deshace la nueva esposa del Pakhan.

Su boca vuelve a encontrar la mía, y este beso es diferente. Sigue siendo dominante, controlador, pero hay un cambio calculado.

Su lengua se desliza ahora sobre la mía, con una promesa lenta y húmeda en lugar de una invasión violenta. Sube una mano para acunarme la mandíbula, su pulgar acaricia mi pómulo. El contraste es enloquecedor. La otra mano se desliza más abajo, ahuecando mi culo a través de la seda, amasando la carne con una presión firme y experta. Se me escapa un sonido suave e involuntario, un gemido ahogado contra sus labios.

Lo odio. Lo odio. Odio cómo hace que mi piel parezca demasiado tirante.

Detecta la grieta en mi armadura. Sus besos se vuelven más lentos, más profundos, devoradores. Sabe a sangre y a poder y a una especia oscura y adictiva. Mis forcejeos se vuelven menos enérgicos, mis empujones contra su pecho se convierten en una trémula presión de mis palmas. La habitación, su vasto y opulento dormitorio con sus maderas oscuras y su escalofriante elegancia, parece dar vueltas. El único ancla es el calor exigente de su boca y la dura promesa de su cuerpo sosteniéndome.

Sus dedos encuentran la larga cremallera de la espalda de mi vestido. El sonido es obscenamente fuerte en la silenciosa habitación, un siseo lento que me va desvelando. El aire frío besa mi espalda al descubierto, centímetro a centímetro. Debería luchar. Debería darle un rodillazo en la entrepierna y correr.

Pero el rostro de mi hijo aparece tras mis ojos, su seguridad, la razón de esta farsa de matrimonio, y mi cuerpo se vuelve dócil con una desesperación que parece una rendición.

El pesado vestido cae en un montón a mis pies, dejándome solo con un trozo de bragas de encaje blanco, el sujetador y los tacones. Razvan rompe el beso, sus ojos oscuros me beben. Su mirada es una caricia física, hirviendo mientras viaja desde mi rostro sonrojado, sobre mis pechos que aprietan contra el sujetador, bajando por mi vientre hasta la mancha húmeda que ya oscurece el encaje entre mis muslos. Su expresión es hambrienta, posesiva, absolutamente satisfecha.

—¿Lo ves? —dice, con voz grave y ronca—. Tu cuerpo recuerda a su amo. Te traiciona, Lena.

—Cállate —susurro, pero no hay fuerza en mis palabras. Mis pezones están duros, puntos doloridos contra el encaje de mi sujetador. Él lo ve. Por supuesto que lo ve.

No me quita el sujetador. En lugar de eso, engancha un dedo bajo el centro, entre mis pechos, y tira.

El frágil encaje se rompe sin oponer resistencia.

Mis pechos se derraman, llenos y pesados, mis pezones de un rosa intenso y encendido bajo la luz tenue. Se me escapa un grito ahogado. Ahueca un pecho, su contacto sorprendentemente caliente, su pulgar rodeando el tenso capullo. Una sacudida de placer puro y sin diluir recorre mi centro, y mis rodillas se doblan.

Me coge antes de caer y nos baja a ambos al borde de la enorme cama. Me empuja hacia atrás hasta que me tumbo sobre el oscuro

edredón, con las piernas colgando a un lado. Él se para entre ellas, un dios oscuro que mira a su sacrificio. Tiene los ojos clavados en mi coño, apenas oculto por el encaje transparente de mis bragas. La tira de tela está empapada, pegada a mis labios externos, perfilando la carne hinchada que hay debajo.

—Estás tan lista para mí —observa con voz pastosa—. Siempre tan jodidamente húmeda. Incluso cuando escupes odio, este dulce coño llora por mi polla.

—No lo llames así —susurro, pero abro más las piernas, con una inclinación desvergonzada e instintiva de las caderas. El aire fresco me sienta bien en la piel sobrecalentada.

La necesidad es un martilleante y humillante tamborileo dentro de mí.

Cae de rodillas sobre la alfombra persa. La imagen es tan profundamente impactante que dejo de respirar. Razvan, el Pakhan, de rodillas ante mí. Pero aquí no hay sumisión. Es una adoración del tipo más carnal. Engancha los pulgares en los lados de mis bragas y las baja por mis piernas, llevándose los tacones con ellas. Estoy completamente desnuda para él.

Y mira. Me mira el coño fijamente con una intensidad que me hace querer taparme y, a la vez, arquearme hacia su mirada.

Mis labios exteriores están hinchados, de un rosa afelpado y más oscuro, relucientes por mi excitación. Se entreabren ligeramente, ofreciendo un atisbo de la carne interior, más prieta y de un rosa más vivo, ya resbaladiza e hinchada. Estoy completamente depilada, un detalle que parece apreciar, pues sus ojos recorren la piel tersa y expuesta. Una única y espesa gota de humedad se acumula en mi entrada y se desliza hacia mi culo. Su mirada sigue su recorrido con una concentración depredadora.

—Ideal’no —susurra—. Perfecto.

Entonces se inclina y me *lame*. No una probada vacilante, sino una pasada larga y plana desde el ano, a través de mis pliegues empapados, hasta el clítoris.

Mi espalda se arquea y se despega de la cama, un grito silencioso se desgarra en mi garganta. La sensación es eléctrica, brutal en su precisión. Su lengua está caliente, áspera e implacable. No me provoca. Se da un festín. Me separa los labios con los pulgares, manteniéndome abierta, y mete la lengua en mi coño. La invasión es profunda, me folla con la lengua, enroscándola para presionar puntos que hacen estallar estrellas tras mis párpados.

—Razvan… —Es una súplica, una maldición. No sé cuál.

Responde cambiando de objetivo. Su boca se sella sobre mi clítoris y *succiona*. Fuerte. Su lengua chasquea sobre el capullo ultrasensible con un ritmo rápido y vertiginoso. Una de sus manos deja mi cadera y sube por mi cuerpo, pellizcándome un pezón, haciéndolo rodar entre sus dedos con el punto justo de dolor. El doble asalto hace añicos mi último atisbo de resistencia.

Un gemido crudo y gutural se me escapa del pecho. Mis manos vuelan a su pelo, no para apartarlo, sino para aferrarse a los mechones oscuros, sujetándolo contra mí. Mis caderas se levantan de la cama, follando su cara, buscando más presión, más fricción, más de esa boca devastadora. La espiral que llevaba años enroscada en mi interior, tensa de odio y miedo, se está deshaciendo a una velocidad aterradora bajo sus expertas caricias.

—Eso es —gruñe contra mi coño, su aliento caliente sobre mi carne húmeda—. Ríndete. Córrete en mi lengua, Lena. Déjame saborear tu orgasmo.

Sus palabras son el detonante final. El orgasmo me golpea como una ola de terciopelo negro, violento y total. Mi visión se vuelve blanca. Un grito quebrado e ininterrumpido se escapa de mis labios mientras convulsiono, mi coño apretándose en torno a la nada, empapando su boca y su barbilla. Se lo bebe todo, su lengua lamiéndome,

prolongando las sacudidas hasta que soy un desastre tembloroso y sollozante sobre el edredón.

Antes incluso de que el último temblor se haya desvanecido, se está moviendo. Oigo el sonido de su cremallera, el susurro de la ropa al ser apartada. No tengo huesos, estoy agotada, flotando en una neblina de vergonzosa saciedad. Se sube a la cama, cerniéndose sobre mí, ya sin su propia ropa. Obligo a mis ojos a enfocar.

Su polla es tan imponente como el resto de él. Gruesa, larga y brutalmente dura, sobresale de un nido de vello oscuro. El glande es de un profundo color púrpura encendido y reluce con una gota de líquido preseminal. Una vena prominente recorre la parte inferior. Es un arma, y está a punto de usarla.

Me separa más las piernas, enganchando mis rodillas sobre sus codos y levantando mis caderas. La posición me deja totalmente expuesta, mi coño bien usado a su entera disposición. Apoya el ancho glande en mi entrada, frotándolo contra el desastre resbaladizo que él creó.

—Mírame —ordena con voz tensa.

Mi mirada, nublada y derrotada, se alza hacia la suya. Su rostro es una máscara de hambre salvaje, sus labios todavía húmedos por mí. No hay ternura en ellos. Solo conquista.

—Este coño es mío —dice, cada palabra un martillazo—. Siempre lo fue. Y ahora lo recupero.

Empuja hacia delante.

El estiramiento es inmenso, sobrecogedor. Estoy húmeda, jodidamente húmeda por el orgasmo, pero él es enorme. Me llena con una presión inexorable y ardiente que me roba el aire de los pulmones. No para hasta que está completamente encajado, con sus caderas apretadas contra las mías, su polla enterrada hasta la empuñadura dentro de mí. Un sonido ahogado se me escapa, parte dolor, parte abrumadora plenitud.

—Bozhe moy —gime, dejando caer la cabeza hacia delante por un segundo—. Estás tan jodidamente apretada. Como un puño.

Entonces empieza a moverse. Marca un ritmo castigador y profundo desde el principio. Sale casi por completo hasta que solo queda la punta, y luego vuelve a entrar con una potente embestida de sus caderas que sacude todo mi cuerpo cama arriba. Cada estocada roza mis sensibilizadas paredes internas, encendiendo nuevos zarcillos de placer que inmediatamente empiezan a enroscarse de nuevo. El chasquido de su piel contra la mía, los sonidos húmedos y obscenos de nuestra unión, llenan la habitación.

Mi odio ha desaparecido, consumido por esta fisicalidad absorbente. Mi mente está vacía de todo salvo de la sensación de él: el olor de su sudor, el tacto de sus músculos trabajando bajo mis manos donde, de algún modo, han llegado a aferrarse a sus hombros, la visión de su polla entrando y saliendo de mi cuerpo como un pistón. Mis propias caderas se alzan para recibir sus embestidas, una sincronización indefensa e instintiva.

—¿Lo sientes? —gruñe, aumentando el ritmo—. ¿Sientes lo profundo que estoy en ti? Aquí es donde perteneces. En mi polla. Aceptando cada puto centímetro.

Sus palabras son obscenas, degradantes, y envían otro rayo directo a mi centro. Solo puedo gemir, moviendo la cabeza de un lado a otro sobre la almohada. La fricción vuelve a aumentar, una presión tan intensa que roza el dolor. Él cambia ligeramente el ángulo y, en la siguiente embestida, da con un punto tan profundo, tan perfecto, que veo las estrellas.

—¡Ahí! —grito, clavándole las uñas en la espalda—. ¡Oh, Dios, justo ahí!

Una sonrisa salvaje le parte la cara. —Lo sé —susurra, y apunta a ese punto con cada brutal y perfecta estocada—. Conozco tu cuerpo mejor que tú, *zhena moya*. Ahora córrete para mí otra vez. Córrete en la polla de tu marido.

La orden, el sentido de propiedad en esa palabra, *marido*, es la clave final. El segundo orgasmo detona, aún más potente que el primero. Me desgarra por dentro con una violencia que es como si me deshiciera. Mi coño se convulsiona alrededor de su longitud invasora, ordeñándolo, y un grito se me arranca de la garganta, un sonido crudo y desgarrado que contiene su nombre.

El control de Razvan se hace añicos. Con un rugido que es puro triunfo animal, me embiste una última vez y su cuerpo se pone rígido. Siento el pulso caliente y repentino de su venida en lo más profundo de mi ser, chorro tras chorro llenándome, marcándome como suya de la forma más primitiva posible. Se desploma sobre mí, su peso aplastante, su aliento llegando en ásperas bocanadas contra mi cuello.

Yacemos ahí, un enredo sudoroso de miembros exhaustos y una intimidad sobrecogedora. El silencio solo lo rompe nuestra respiración agitada. La realidad de lo que acaba de pasar, de lo que acabo de *hacer*, de lo que acabo de *sentir*, empieza a filtrarse a través de la neblina postcoital. Un sollozo profundo y estremecedor me sube por la garganta.

Debe de sentirlo. Se aparta de mí, pero inmediatamente me recoge contra su costado, su brazo una banda pesada e ineludible sobre mi estómago. Su otra mano me sube a la cara y su pulgar limpia una lágrima traicionera que ni siquiera sabía que había caído.

Oh, no.

Ese es el primer pensamiento. Antes de abrir los ojos, antes de estar del todo consciente, antes que nada. Solo las agujetas golpeándome de repente y mi cerebro proporcionando la razón de inmediato y de forma exhaustiva, y me quedo ahí tumbada en la oscuridad con los ojos cerrados y me odio y lo odio y odio que haya una diferencia entre los dos y ahora mismo no recuerdo cuál es.

Lo he disfrutado.

Eso es lo que tengo clavado en el pecho cuando por fin abro los ojos y me quedo mirando el techo. No solo lo he tolerado. No solo lo he soportado. He disfrutado cada segundo de mi noche de bodas con el hombre al que he jurado matar, y mi cuerpo se ha despertado esta mañana con la prueba de ello por todas partes y no hay dónde meter esa humillación, salvo para usarla como combustible.

Bien. Me incorporo. Bien. ¿Quiere una guerra? La tiene.

El lado de la cama de Razvan está vacío y frío, lo que significa que lleva horas levantado, lo que significa que he perdido la primera batalla del día antes de que empezara. Me levanto, me ducho, me visto y bajo con la mandíbula apretada, mi mejor cara de póquer y mi único plan de hacerle la vida a este hombre lo más difícil posible.

Está en la cocina.

No en su despacho. No en el comedor. En la cocina, de pie junto a la encimera con un café, leyendo algo en el móvil, y Theo está en la mesa comiendo lo que parece ser un proyecto arquitectónico hecho de soldaditos de pan tostado, narrando el proceso de construcción para nadie en particular.

—Estás en mi cocina —digo.

Razvan no levanta la vista. —Es mi cocina.

—Estoy intentando preparar el desayuno.

—María ya ha preparado el desayuno.

Miro la mesa. Efectivamente, hay un desayuno completo que no he hecho, en el que no he participado y que no he pedido. Retiro una silla, me siento, me sirvo café y no digo nada porque no hay nada que decir.

—Mamá, la tostada se te enfría —me informa Theo sin apartar la vista de su construcción.

—Gracias, cariño.

Añade otro soldadito a la estructura, profundamente satisfecho consigo mismo. —Le he dicho a Superman cómo te gustan los huevos —anuncia—. Le he dicho que no mezcle los trocitos verdes y él se lo ha dicho a María y María lo ha hecho bien. —Me mira con la expresión de quien ha resuelto un problema importante—. De nada, mamá.

Miro mi plato. Revueltos, no muy secos, con el cebollino aparte.

Miro a Razvan.

Sigue leyendo el móvil.

Como mis huevos y no digo nada. La furia se me asienta en algún lugar del pecho donde no puedo alcanzarla con claridad porque ni siquiera sé exactamente por qué estoy furiosa, y eso lo empeora todo.

La mañana avanza y busco mis límites donde puedo. Le digo al guardia del pasillo este que voy a dar un paseo fuera, él se aparta y doy doce pasos por los jardines antes de darme cuenta de que dos hombres han aparecido de la nada y caminan a unos nueve metros detrás de mí.

Me detengo. Ellos se detienen.

Doy media vuelta y voy directa al despacho de Razvan.

—Llama a tus perros —espeto desde la puerta.

Él levanta la vista.

—Tus hombres. Los que me siguen por los jardines como si hubiera riesgo de fuga.

Él enarca una ceja. —¿Por qué iba a retirarlos y a darte una oportunidad clara de que huyas otra vez?

Se me tensa la mandíbula. —No voy a huir. Acepté este acuerdo y yo...

—La última vez también lo aceptaste —dice él con amabilidad—. Justo hasta que cambiaste de opinión.

Lo miro fijamente. —¿Así que siempre va a ser así? ¿Hombres siguiéndome a todas partes? Por el resto de mi...

—Sí.

Una sola palabra. Sin dar más explicaciones. Vuelve a bajar la vista hacia su escritorio.

Me quedo en el umbral de su puerta con cuarenta respuestas agolpadas en la punta de la lengua, y ninguna de ellas cambiará absolutamente nada y ambos lo sabemos, así que me doy la vuelta, me voy y busco otro pasillo en el que enfurecerme.

Esto es lo que hace. Todo el día, es lo que hace. No discute. No me retiene. No levanta la voz ni cierra puertas con llave ni hace nada a lo que yo pueda oponerme directamente. Es, sencillamente, inamovible, está presente dondequiera que yo esté y, de algún modo, ya está dondequiera que yo vaya, y luchar contra él es como luchar contra el agua. Simplemente, esquiva lo que sea que le lance y sigue siendo agua.

Por la tarde, reorganizo los muebles del salón por puro despecho. Muevo las sillas, las mesas auxiliares, la lámpara. La señora de la limpieza me encuentra haciéndolo y me observa con una expresión de profunda incertidumbre. Le digo que estoy redecorando y ella asiente con la cabeza y se va, y siento unos treinta segundos de satisfacción antes de darme cuenta de que he reorganizado los muebles de otra persona en la casa de otra persona y sigo aquí.

Una hora más tarde, Razvan me encuentra en el salón reorganizado. Se queda en el umbral, mira los muebles, me mira a mí y no dice nada al respecto.

—Dentro de dos días, vendrás conmigo a una discoteca. Una reunión de negocios. Mañana haré que alguien te traiga varias opciones de ropa.

Dejo el libro que no estoy leyendo. —No voy a ir a ninguna discoteca.

—Sí que vas a ir.

—Y, desde luego, no me voy a poner ropa que hayas elegido tú. —Le sostengo la mirada—. No soy tu muñeca. Tengo mi propia ropa y mi propio gusto y soy capaz de vestirme sola sin tu...

—Tu ropa está en Budapest.

Abro la boca y vuelvo a cerrarla.

—Haré que alguien la recoja si quieres —dice, sin inmutarse en absoluto—. O puedes elegir entre lo que traigan mañana. De cualquier forma, vas a venir.

—No puedes decidir que voy a ir a algún sitio y esperar que yo...

—En este complejo lo decido todo yo. —Su voz no se alza. No lo necesita—. Tú estás en este complejo. Por lo tanto...

—¡Por lo tanto, nada! Soy tu esposa, no tu propiedad, y si crees por un segundo que voy a sonreír y a actuar para tus socios mientras me paseas como un...

—Vendrás —dice—, porque la alternativa es quedarte aquí con veinte hombres vigilándote y sin nada que hacer, y prefieres estar furiosa en público que aburrida en privado. —Ladea la cabeza—. Sé cuál elegirás.

Lo miro fijamente.

Se va.

Me siento en mi salón reorganizado y tengo pensamientos muy concretos sobre un sufrimiento muy concreto. La peor parte, la que no diré en voz alta a nadie, es que tiene razón, y ambos sabemos que la tiene, y que dentro de dos días voy a ir a una discoteca.

Con mi propia ropa.

La noche llega lentamente. Theo cena con nosotros, que es la única parte del día en la que no tengo que esforzarme, porque Theo se toma cada comida como un acto social y habla por los tres, y le hace preguntas a Razvan con la confianza implacable de un niño que ha decidido que alguien es seguro.

¿Cuál es el coche más grande que tienes? ¿Puedo ver el coche más grande? ¿Sabes pilotar un helicóptero? Si aprendieras a pilotar un helicóptero, ¿podríamos montar en él? ¿Crees que a los dinosaurios les habrían gustado los helicópteros?

Razvan responde a todas y cada una de las preguntas. No con calidez, no con el cariño natural que Mike le muestra a Theo, sino con seriedad, como si las preguntas merecieran una seria consideración. Theo recibe esto como la mayor forma de respeto posible y, en consecuencia, duplica el volumen de su interrogatorio.

Después de la cena, Theo se baja de su silla y se va por el pasillo. Yo empiezo a recoger los platos porque necesito hacer algo con las manos. Estoy mirando hacia la puerta y, al cabo de un momento, lo sigo.

Razvan camina por el pasillo principal hacia su despacho.

Theo va detrás de él.

No lo ha llamado. No lo ha invitado. No se lo ha pedido. Simplemente se ha puesto a caminar detrás de Razvan, del mismo modo que los niños pequeños se ponen a caminar detrás de las cosas que han decidido seguir, sus pequeñas piernas cubriendo el doble de distancia para igualar el ritmo, su rostro con una expresión de propósito total y serio.

Razvan aún no se ha dado cuenta.

Me quedo de pie al final del pasillo y observo a mi hijo seguir a su padre, y algo ocurre en mi pecho para lo que no tengo nombre ni quiero tenerlo. No es ternura, exactamente. No es dulzura. Es más

grande que ambas cosas y más complicado, y se instala detrás de mi esternón y se niega a ser clasificado en ningún lugar ordenado.

Razvan llega a la puerta de su despacho, se gira, ve a Theo dos pasos detrás de él y se queda completamente quieto.

Theo lo mira. —Yo también voy —anuncia.

Una larga pausa.

—Vale —dice Razvan.

Abre la puerta, Theo entra como si ese fuera su sitio, y la puerta se cierra.

Estoy sola en el pasillo con esa sensación para la que no tengo nombre apretándome las costillas y sin ningún sitio donde ponerla.

Me acuesto sola y me quedo mirando al techo durante un buen rato.

16

RAZVAN

Me va a plantar cara por esto.

Lo sé incluso antes de llamar. En realidad, no llamo. No lo haré.

El peso del portatrajes en mi mano es una orden silenciosa, una que espero que se pase por el forro. No me molesto en tocar el pomo de la puerta del dormitorio. Simplemente la abro de un empujón con el hombro. Últimamente, la suite que compartimos siempre huele a ella: a peonías y a una capa afilada y electrizante de desafío que parece cubrirle la piel cada vez que entro en su órbita.

Me detengo en seco en el centro de la habitación.

Lena está de pie ante el espejo de cuerpo entero, con los dedos temblorosos mientras se ajusta el tirante de un vestido pálido y brillante de color champán. Es elegante. Discreto. La elección de una mujer que cree que todavía tiene algo que decir sobre cómo la percibe el mundo.

—No recuerdo haberte dado a elegir el atuendo de esta noche —digo, con mi voz cayendo en esa carraspera grave y áspera que suele hacer que mis soldados busquen la salida más cercana.

Lena no se inmuta. Me devuelve la mirada en el reflejo, con la barbilla inclinada en ese ángulo suicida que tanto le gusta. —Voy a llevar esto, Razvan. Te lo dije ayer. No soy una muñeca a la que puedas vestir para tus deberes como Pakhan.

—Eres mi esposa —digo, y las palabras parecen un collar que aprieto alrededor de nuestros cuellos. Lanzo el portatrajes al borde de nuestra cama y bajo la cremallera de un tirón. La seda de un intenso rojo sangre se derrama como una presa recién cazada—. Y esta noche es una coronación. Te vestirás como la mujer que se sienta junto al Pakhan o no saldrás de esta habitación.

Me meto en su espacio; el calor que irradia hace que mi propia sangre se sienta espesa y perezosa. La observo a través del espejo. Tiene las pupilas dilatadas, engullendo el color avellana de sus iris hasta que son casi negros. Una fina capa de sudor le perla la clavícula y el pulso en su cuello martillea un ritmo frenético y de pánico contra su piel.

No solo está enfadada. Vibra con una conciencia física de mi presencia que no puede ocultar. Su pecho sube y baja con agitación, la seda champán se tensa contra sus pechos con cada respiración superficial y entrecortada. Ansía una pelea o una caricia; a estas alturas, no creo que sepa la diferencia.

—He dicho que no —sisea, girándose por fin para mirarme.

Me muevo antes de que pueda parpadear, mi mano sale disparada para sujetarle la nuca, mi pulgar hundiéndose en la sensible hendidura bajo su mandíbula. La obligo a echar la cabeza hacia atrás, dejando al descubierto la larga y pálida línea de su garganta.

—¿Necesitas que te recuerde lo que pasa cuando me dices que no, Lena? ¿Debería llevarte de nuevo al sótano y dejar que la humedad te recuerde quién es el dueño del aire que respiras?

Su respiración se entrecorta con un sonido suave y quebrado. Me inclino, mis labios le rozan la oreja mientras huelo su sal y su calor.

—Cámbiate. Ahora. O te arrancaré ese trapo yo mismo. No tendré cuidado con la tela y, desde luego, no lo tendré contigo. Si haces que llegue tarde, te devolveré a la oscuridad y dejaré a Theo desatendido toda la noche. ¿Es eso lo que quieres?

Se queda helada al oír mencionar a nuestro hijo. El desafío no desaparece, simplemente se agria y se convierte en algo más letal. Arrebata el vestido rojo de la cama, con los nudillos blancos al agarrar la seda.

—Bien —susurra, con la voz temblando de una rabia que es puramente sexual—. ¿Quieres tu trofeo? Aquí lo tienes.

—¿Y bien? —Me acomodo en el sillón y cruzo una pierna sobre la otra—. No tengo toda la noche.

—¿Qué demonios haces todavía aquí? —espeta, con una mirada que parece poder atravesarme el cráneo con láseres—. ¿Piensas quedarte a mirar cómo me lo pongo o es que te gusta ser un pervertido?

No me muevo de la silla. Ladeo ligeramente la cabeza, mirándola fijamente. Intenta provocarme. Qué mona.

—Me estoy asegurando de que mi inversión se trate con cuidado, *zayka* —digo con voz suave.

—Lárgate —sisea, con el rostro sonrojado de un rosa brillante y furioso—. Me pondré tu estúpido y carísimo trapo. Seguiré tu jueguecito. Solo…, lárgate.

Dejo escapar una risa sorda y seca. El sonido parece rebotar en las paredes, crispándole los nervios. Se está esforzando mucho en sacarme de mis casillas, en encontrar una grieta en mi armadura, pero su desafío es… refrescante.

—Eres casi adorable cuando crees que puedes elegir —comento.

Ese es su límite. El sonido que emite no es una palabra. Es algo entre un gruñido y un chillido; se da la vuelta, dándome la espalda,

y empieza a tirar con fuerza de la cremallera. La oigo murmurar por lo bajo, un torrente constante y furioso que claramente cree que no puedo oír.

Se equivoca.

—… arrogante, engreído, controlador, hijo de… —Una pausa mientras forcejea con la cremallera—. … se cree que puede entrar aquí como si tal cosa y quedarse ahí plantado como si fuera el dueño de… bueno, técnicamente lo es, que es lo más exasperante de todo… —Otra pausa—. … y ni siquiera le da vergüenza, ahí sentado como un…

Estoy sonriendo. Siento cómo aflora la sonrisa y no la detengo.

Me recuerda a algo. Hay una película que vi una vez, durante un raro momento de descanso; algo de animación sobre una ciudad de animales. Salía una coneja. Pequeña, peludita, pero totalmente convencida de que podía derribar a un rinoceronte si chillaba lo bastante fuerte.

Una conejita adorable, pienso, observando cómo arruga la nariz con genuino desprecio. *Pateando el suelo y creyendo que la tierra debería temblar por ella.*

Entonces se pone el vestido y la sonrisa se desvanece.

El vestido es un maldito pecado. Se hunde hasta su ombligo y desaparece en la parte baja de su espalda. No deja nada a la imaginación y todo al ego.

—¿Es suficiente? —pregunta cuando por fin termina de vestirse, con la voz tensa.

Me levanto y camino hacia ella. No me detengo hasta que el calor de su cuerpo es una presión física contra mi pecho. Alargo la mano y mis dedos rozan la piel desnuda y erizada de su hombro. Siento el temblor que la recorre: una sacudida de electricidad violenta y traicionera.

—Casi —murmuro, inclinándome hasta que mi nariz se cierne justo sobre su piel. Huele a fuego y a desesperación—. Estás temblando, *zayka*. Tu cuerpo grita que te toque, mientras tu boca me dice que me odias.

—Te odio —resopla, pero sus ojos están entornados y sus labios, entreabiertos.

—Pues ódiame en el coche —digo, deslizando mi mano hasta la parte baja de su espalda; la fricción de mi palma contra su piel desnuda hace que apriete la mandíbula—. Pero cuando crucemos esas puertas, interpretarás el papel de la esposa devota y letal. ¿Entendido?

Me mira fijamente, su mirada saltando de mi boca a mis ojos. Por un segundo, creo que va a abofetearme. En lugar de eso, se limita a tragar saliva, con la mano revoloteando hacia la cadena dorada de su cadera.

—Entendido, Pakhan.

The Neon Serpent es una tumba de bajos y colonia cara. Al entrar, la multitud no solo se aparta, sino que retrocede, abriendo un pasillo como si fuéramos un contagio. Mantengo la mano anclada en la parte baja de la espalda de Lena, con el pulgar enganchado en la seda, asegurándome de que todo el mundo vea exactamente de quién es la marca que lleva.

Al principio, es una estatua. Fría. Rígida. Apoyada en mi costado como si tuviera una cuchilla en la garganta. Intenta mantener esa bravuconería, pero puedo sentir el temblor en su columna.

Me inclino y mis labios rozan el pabellón de su oreja. —Sonríe, *zayka* —ordeno, las palabras convertidas en una vibración grave y peligrosa—. A menos que quieras que piensen que he perdido mi toque. Y ambos sabemos lo que le pasa a un hombre en mi posición cuando la gente cree que se ha ablandado.

Lena se queda quieta un instante. La siento tragar. El desafío sigue ahí, profundamente enterrado, pero de cara a la galería, se inclina hacia mí.

Su mano se desliza por mi pecho, sus dedos se enroscan en mi solapa, jugueteando con la tela. Me mira, con los ojos entornados y oscuros, cargados de un calor calculado y depredador.

—Lo que tú quieras, mi amor, y de verdad espero que… —ronronea, sus labios se curvan en una sonrisa deslumbrante y falsa que engañó a todos en la sala menos a mí.

Se inclina, sus pechos rozan mi brazo y presiona su boca contra mi mandíbula. No se limita a besarme: se entretiene, su lengua saliendo a probar la piel durante una fracción de segundo. Siento cómo el gruñido nace en lo más profundo de mis pulmones. Se está burlando de mí con su propio cuerpo, convirtiendo el papel de seductora en una forma de desangrarme delante de cien hombres.

—Volveremos a tratar esto más tarde, *zayka* —prometo, apretando su cintura con la mano hasta que, a buen seguro, la marca de mis dedos se le quede grabada.

Entonces me mira; sus ojos brillan con una repentina y aguda mirada de furia —un momento de auténtica vacilación, como si se diera cuenta de que ha ido demasiado lejos—, antes de volver a enmascararlo con esa sonrisa empalagosamente dulce.

Tengo que apartarme de su lado cinco minutos. Cinco minutos para resolver una disputa sobre un envío en la sala VIP. Dejo a mis sombras tras ella, pero Mikhail Borodin es un hombre que vive para los momentos en que las sombras fallan.

Cuando vuelvo a la sala principal, el ambiente se ha enrarecido.

Borodin está invadiendo el espacio personal de Lena, con la cara enrojecida por el vodka y una inoportuna sensación de inmortalidad. Está inclinado sobre ella, con la mano suspendida a pocos centímetros de la piel desnuda de su espalda.

—... una lástima que una mujer como tú se desperdicie con un hombre que probablemente ha olvidado cómo usar lo que tiene. —Borodin se mofa, con una voz lo bastante alta como para atraer un círculo de testigos silenciosos—. Volkov es una reliquia, querida. Necesitas a alguien con un poco más de… aguante.

Alarga la mano y sus dedos, gruesos y grasientos, enganchan la cadena dorada que lleva en el hombro, atrayéndola un par de centímetros hacia él.

No malgasto el aliento en un grito. Me muevo entre la multitud como un tiburón en el agua y el silencio me sigue como un sudario. Para cuando llego hasta ellos, los ojos de Borodin apenas empiezan a registrar el cambio en la luz.

Le agarro la muñeca. No me limito a sujetársela. Aprieto hasta que siento el radio empezar a combarse bajo la fuerza de mis dedos.

—Mikhail —digo. Mi voz es algo muerto, fría como un invierno en Moscú—. Parece que tienes la impresión de que tu vida tiene algún valor esta noche.

—¡Pakhan! Y-yo solo le estaba haciendo un cumplido…

—Estabas tocando mi propiedad. —Me meto en su espacio hasta que nuestros pechos casi se tocan; puedo oler la podredumbre de su aliento. No me importan sus palabras, me importa que su inmundicia esté al alcance de la piel de ella—. He matado a hombres por mucho menos que mirarla. Imagina lo que te haré a ti por ponerle las manos encima.

Echo mano a la hoja de sierra que llevo a la espalda y mi pulso se estabiliza mientras la conocida ansia de matar se apodera de mí. Quiero abrirlo en canal aquí mismo, dejar que su sangre mancille el suelo que pisa.

De repente, la mano de Lena se posa en mi pecho.

—Razvan —dice.

No la miro.

—Apártate, Lena.

—Cariño —dice, con la voz chorreando esa nueva y peligrosa miel—. Se interpone en la línea de fuego, situándose a la fuerza entre el muerto andante y yo. Me rodea el cuello con los brazos, su cuerpo pegado al mío, obligándome a centrarme en ella—. No es nadie. Un borracho. No dejes que te manche las manos esta noche.

Entonces, estampa su boca contra la mía, su lengua abriéndose paso a la fuerza entre mis dientes, su cuerpo arqueándose contra el mío con una desesperación que sabe a hierro y seda. La sed de sangre en mis venas no se desvanece, simplemente cambia de forma, estallando en un hambre cruda y territorial que me nubla la vista.

Gimo en su boca, mi mano suelta a Borodin para enredarse en su pelo, echándole la cabeza hacia atrás para poder devorarla más por completo.

Ella se aparta lo justo para mirarme a los ojos, su respiración entrecortada en jadeos bruscos, sus labios hinchados y enrojecidos por mi boca.

Miro por encima de su hombro. Borodin está temblando, con el rostro del color de la ceniza mientras se agarra la muñeca destrozada.

—Dale gracias a tu buena estrella, Mikhail —mascullo, con mis ojos fijos en los de Lena—. Mi mujer me distrae con mucha facilidad. Si al amanecer sigues en esta ciudad, te arrancaré la piel a tiras yo mismo.

Borodin huye hacia la oscuridad de la discoteca.

El trayecto en coche de vuelta a la finca es una guerra sofocante y silenciosa.

La mampara está subida, pero el espacio parece una olla a presión. Lena está sentada en el borde más alejado del asiento, con el pecho

agitado y la mirada fija en las farolas que pasan. La seductora ha desaparecido, reemplazada por una tensión vibrante y eléctrica que hace que el aire se sienta pesado.

La observo. Observo cómo la luz incide en las cadenas doradas contra su piel, la forma en que se muerde el labio como si intentara contener un grito. Mi propio cuerpo es un territorio cartografiado de nervios y calor, mi sangre martilleando un ritmo pesado en mis oídos.

Se ha usado a sí misma para detenerme. Apostó a que mi deseo por ella era más fuerte que mi necesidad de matar. Es una jugada que haría la esposa de un Pakhan, y la odio por lo bien que me ha manipulado.

El coche atraviesa las puertas de hierro y se detiene con una sacudida antes incluso de llegar a la escalinata de la entrada.

Salgo antes de que el conductor pueda moverse. Meto la mano de nuevo, la engancho alrededor de la muñeca de Lena y la saco a rastras al aire fresco de la noche. La grava se clava en sus tacones cuando la hago girar y la estampo de espaldas contra el lateral del todoterreno.

El metal cruje bajo su peso. Sus manos vuelan hacia mis hombros, sus ojos desorbitados y salvajes a la luz de la luna. Me inclino, inmovilizando su cuerpo contra el vehículo con el mío, mientras mi mano encuentra la curva de su garganta.

—Ahora —gruño, mi pulgar presionando el pulso frenético y desbocado de su cuello—, hablemos de esta noche, *zayka*.

17

LENA

El metal del todoterreno es una sacudida contra mis omóplatos desnudos, un frío cortante que no consigue apagar el fuego que me abrasa la piel. Razvan es un muro de calor que me aprieta contra el vehículo, su mano un peso denso y familiar en mi garganta. No aprieta, todavía no, pero la amenaza está ahí, vibrando a través de su palma hasta mi pulso.

—Ahora —gruñe, su aliento roza mis labios, con olor a licor oscuro y a posesividad—. Hablemos de esta noche, *zayka*.

Mi corazón es un pájaro atrapado que martillea contra mis costillas. Debería estar aterrorizada. Debería pensar en el sótano, en los días que me tuvo en la oscuridad hasta que olvidé qué aspecto tenía el sol. Pero mi cuerpo es un traidor. La seda roja del vestido es tan fina que parece nada y, allí donde sus muslos inmovilizan los míos contra la puerta, soy dolorosamente consciente de la fricción.

El vestido, las cadenas doradas, la forma en que me ha observado moverme durante las últimas tres horas… Todo ello se me ha metido en la sangre como una toxina. Estoy sin aliento, mis pulmones luchan por encontrar un aire que no sea él.

—Querías un espectáculo —grazno, y mis manos se enroscan en la costosa lana de su abrigo. No lo aparto. Lo acerco más a mí.

Sus ojos son dos abismos negros bajo la luz de la luna, despojados de todo salvo una intención depredadora. —¿Me has utilizado? ¿Has usado esa boca para detener una ejecución? ¿Te crees muy lista, Lena? ¿Crees que puedes manipularme con un beso?

—Ha funcionado, ¿a que sí?

Su agarre se tensa, solo una pizca, lo justo para hacerme jadear. —No confundas mi hambre con debilidad. Si vuelves a desafiarme así en público, el castigo no será algo que disfrutes.

Me arranca del coche, su mano se desliza de mi garganta a la parte baja de mi espalda y sus dedos se clavan en la piel expuesta. Me obliga a marchar hacia la casa, a su ritmo implacable. El complejo es una tumba de silencio. Los guardias son sombras en el perímetro, el personal se ha retirado hace tiempo a sus aposentos y Theo duerme profundamente. Solo estamos nosotros. La oscuridad, la gravilla bajo mis tacones y el peso asfixiante de lo que se avecina.

En el momento en que cruzamos las pesadas puertas de roble, me aparto de un tirón.

Necesito distancia. Necesito respirar sin que su aroma me llene la cabeza. Trastabillo hacia el centro del vestíbulo, mis tacones repiquetean con fuerza sobre el mármol. No miro hacia atrás. Siento que me observa, una presión física en mi columna. No me persigue. No se mueve. Se limita a quedarse junto a la puerta, su silueta, alta y aterradora, se recorta contra la luz de la luna que se derrama a través del cristal.

El silencio es peor que los gritos. Es un vacío que me succiona la determinación.

—Voy a subir —digo, con la voz quebrada. Empiezo a subir la escalera, mi mano aferrada a la barandilla como si fuera un salvavidas.

—El vestido, Lena.

Me detengo, con el pie en el primer escalón. Me giro lentamente. Se ha movido. Ahora está al pie de la escalera, su abrigo abandonado en una silla. Se está desabrochando los puños de la camisa, con movimientos lentos y metódicos.

—Quítatelo —ordena.

—No.

Sube las escaleras antes de que yo pueda gritar. No me agarra; simplemente me acorrala contra la barandilla, cerrándome el paso con el brazo. Da un tirón brusco y la seda cede, deslizándose por mi cuerpo en una fría ola roja hasta amontonarse en mis caderas. Siento el aire en mi piel, poniéndome la carne de gallina, pero el frío es reemplazado al instante por el calor que irradia de él.

Al principio no me toca. Se limita a mirar. Su mirada es un peso físico, que viaja de mi garganta a mis pechos, deteniéndose en la forma en que suben y bajan con mi respiración frenética.

—Jodidamente preciosa —murmura, y la palabra se siente como un hierro candente.

Antes de que pueda recuperar el aliento, su mano está en mi nuca, sus dedos se enredan en mi pelo para inclinarme la cabeza hacia atrás. No pregunta. Me conduce el resto del camino escaleras arriba, con su pecho como un muro sólido contra mi hombro, guiándome hacia la suite principal a oscuras. En el momento en que la puerta se cierra con un chasquido detrás de nosotros, me dirige hacia la extensión del colchón. Caigo de espaldas —la seda del vestido desechado ha quedado en algún lugar del pasillo— y mi cabeza golpea el cabecero con un ruido sordo.

Se arrodilla entre mis muslos. Dejo escapar un suspiro entrecortado. Sus grandes manos encuentran mi cintura, sus pulgares se clavan en el suave hueco de mis caderas, anclándome. Entonces, se inclina hacia delante.

Su primer beso es en la cara interna de mi muslo, justo por encima de la rodilla. Es seco y persistente. Luego llega el calor. Su lengua traza un camino lento y deliberado hacia arriba, y me muerdo el labio con tanta fuerza que noto el sabor del cobre. Quiero apartarlo; quiero gritarle por lo del sótano, por las amenazas, por la forma en que me posee. Pero a medida que su boca asciende, mis piernas se abren por sí solas.

—Razvan —jadeo, mientras mis dedos se enredan en su pelo oscuro.

—Chist, *zayka* —susurra contra mi piel—. Querías ser el centro de atención esta noche. Ahora lo tienes. Todo.

Me encuentra con una precisión repentina e impactante. Grito, mi espalda se arquea despegándose de la cama mientras su lengua tiembla contra mí. Es una tortura rítmica e implacable. Sabe exactamente cuánta presión aplicar, exactamente cuándo bajar el ritmo y cuándo llevarme al límite. Soy una criatura sumisa entre sus manos, mi cuerpo traiciona cada ápice de mi odio.

La tensión crece hasta convertirse en un dolor físico en mis huesos. Estoy al borde del abismo, mi respiración se escapa en sollozos entrecortados y rítmicos.

—Por favor —susurro, aunque ni siquiera estoy segura de lo que pido.

—Dime lo que quieres —gruñe, mirándome, con los ojos oscuros por un hambre aterradora.

—Yo… no puedo…

—Dímelo.

—Por favor… déjame…

No espera a que termine. Vuelve a la carga, acelerando el ritmo hasta que el mundo se reduce al punto de contacto entre nosotros. El orgasmo me golpea como un maremoto, violento y total. Tiemblo

bajo su agarre, mis dedos se clavan en sus hombros, mi visión se vuelve borrosa.

Mientras las olas comienzan a retirarse, intento retroceder, recuperar una pizca de mi dignidad. Estoy agotada, mis músculos se contraen por la réplica. Pero las manos de Razvan no aflojan su agarre. Al contrario, lo intensifican.

—Todavía no —dice, su voz es una oscura promesa.

Continúa, su boca y sus dedos trabajan en un asalto coordinado que hace que mis ojos se abran de par en par. —Razvan, no, yo… no puedo otra vez, por favor…

—Puedes —dice, su pulgar se mueve con una deliberación lenta y exasperante—. Pero esta vez vas a pedírmelo. Correctamente.

—No —gimo, incluso mientras el calor empieza a enroscarse de nuevo en mis entrañas, más rápido y más ardiente que antes.

—Sí. Pídemelo, Lena. Pídele a tu Pakhan que te haga correrte otra vez.

Niego con la cabeza, mi pelo azota mi cara. Lo odio. Odio lo bien que conoce mi cuerpo. La sensación aumenta, más aguda ahora, más sensible, rozando el dolor pero chorreando placer. Me retuerzo bajo él, mis caderas se mueven instintivamente.

—Pídemelo.

La tensión que se acumula es insoportable. Es un grito que se forma en mi garganta. Mi orgullo es lo último que me queda, y siento cómo se me escapa, derritiéndose en el calor de su mirada.

—Por favor —sollozo, con la voz rota—. Por favor, Razvan… Hazme… hazme correrme. Por favor.

—Buena chica.

No muestra piedad. Me impulsa hacia arriba con una intensidad despiadada. Esta vez, no puedo prepararme. No puedo aferrarme a

la ira. Pierdo la capacidad de pensar, de recordar por qué se supone que debo luchar contra él. Cuando llega el segundo clímax, es más profundo, más primario. Me dejo ir por completo, mi voz se eleva en un gemido agudo y fino que resuena en la habitación silenciosa. Estoy completa y absolutamente deshecha.

Antes de que pueda siquiera recuperar el aliento, él ya está sobre mí.

Se deshace de su ropa con una eficacia violenta y se coloca entre mis piernas. No pregunta. No espera. Entra en mí con una embestida profunda y autoritaria que me llena tan por completo que solo puedo jadear su nombre en la oscuridad.

No es tierno. Es una forma de reclamar lo que es suyo. Cada movimiento es un recordatorio del poder que ostenta, de la forma en que se ha entretejido en la propia tela de mi supervivencia. Respondo a cada embestida, mis piernas se aferran a su cintura, mis manos se agarran a su espalda como si intentara arrancar su alma y atraerla hacia mí.

En la oscuridad, con el sonido de nuestra respiración y el ritmo de la cama, los límites entre nosotros se desdibujan. Yo no soy la cautiva y él no es el captor; solo somos dos piezas dentadas de un mundo roto, rozándose la una contra la otra hasta que no queda nada más que el fuego.

Cuando por fin se derrama dentro de mí, con el cuerpo rígido y la cabeza hundida en el hueco de mi cuello, siento una extraña y vacía sensación de paz. La paz de los vencidos.

Se desploma sobre mí y su corazón martillea contra el mío. Permanecemos así mucho tiempo, mientras el sudor se enfría en nuestra piel y los restos del vestido rojo son una mancha oscura en el suelo.

Yazco en silencio, asimilando el peso de su cuerpo y la aterradora verdad de que incluso cuando más lo odio es cuando más viva me

siento siendo suya.

Razvan se mueve al otro lado de la cama y su respiración se ralentiza. El espacio entre nosotros es de solo unos centímetros de colchón, pero parece un cañón. Ninguno de los dos habla. No hay palabras para esto: para la forma en que nos destruimos y lo llamamos amor, para la forma en que él sostiene mi vida en sus manos y yo se lo permito.

Algo ha cambiado. La máscara interpretativa de la discoteca ha dejado un residuo. Ya no somos solo el Pakhan y su esposa cautiva; somos dos personas encerradas en un edificio en llamas que han dejado de buscar la salida.

Horas más tarde, sigo tumbada mirando al techo. La luz de la luna se ha desplazado, proyectando largas sombras esqueléticas por la habitación. Razvan está dormido, o finge estarlo; su silueta es una cordillera irregular bajo las sábanas.

La ira ha vuelto.

No es la rabia al rojo vivo de la discoteca. Es algo frío y cristalino. Es la constatación de mi propia y patética impotencia. Si alguien decidiera enviar un escuadrón de asesinos a través de esas puertas esta noche, ¿qué podría hacer yo? Si Razvan decidiera llevarse a Theo y dejarme tirada en una cuneta, ¿cómo se lo impediría?

No tengo armas. No tengo ninguna habilidad. Soy un fantasma con un vestido de seda que habita una casa que pertenece a un monstruo.

Me siento desnuda. No por la falta de ropa, sino porque estoy expuesta. Soy una carga. Soy el «premio» que hombres como Borodin creen que pueden simplemente alargar la mano y tocar.

No volveré a ser una chica corriendo por la nieve. No volveré a ser la mujer que llora en un sótano, esperando a que se abra una puerta.

Me incorporo y las sábanas se amontonan alrededor de mi cintura. Le miro la nuca a Razvan.

—Enséñame —digo.

El silencio se alarga. Sé que está despierto. Un hombre como él nunca duerme de verdad.

—¿Enseñarte qué, Lena? —Su voz suena grave, enronquecida por la noche.

—A luchar. A defenderme. A matar si es necesario.

Se gira lentamente, apoyándose en un codo. Sus ojos son indescifrables en la oscuridad. —Tienes guardias. Me tienes a mí. Tienes los muros de este complejo.

—No tengo nada —espeto, mi voz en un susurro, pero vibrando con intensidad—. A los guardias se les puede comprar. A ti te pueden matar. Estos muros se pueden derribar. He visto a Borodin esta noche, Razvan. He visto cómo me miraba. No seré una víctima en tu mundo. No otra vez.

—No —dice. Es un sonido plano y definitivo.

—¿Por qué? —insisto, inclinándome hacia delante mientras el pelo me cae sobre los hombros—. ¿Porque te gusto indefensa? ¿Porque es más fácil controlar a una mujer que no puede defenderse?

—Porque no eres una soldado —dice él, alzando la voz solo un poco —. Eres la madre de mi hijo. Eres la esposa del Pakhan. Tu trabajo es que te protejan, no revolcarte en el barro con asesinos.

—¡Mi trabajo es sobrevivir! —prácticamente siseo—. Si te pasa algo, ¿quién protegerá a Theo? ¿Crees que un enemigo perdonará a un niño de cinco años porque su madre está «protegida»? Merezco saber cómo mantenernos con vida.

Razvan se incorpora del todo y la luz de la luna resalta la dura línea de su mandíbula. Me mira durante un largo rato y, por un segundo,

veo un destello de algo parecido al respeto en sus ojos. Entonces, se desvanece, reemplazado por la máscara de hierro frío del Pakhan.

—La respuesta es no, Lena. No voy a convertirte en un arma. No tendré a mi mujer oliendo a sangre y a cordita. Tú quédate en la luz. Yo me encargaré de la oscuridad.

Se vuelve a tumbar, dándome la espalda de nuevo. La conversación ha terminado. Él es el Pakhan; su palabra es ley.

Miro fijamente su ancha espalda y un nudo frío y duro se forma en mi pecho. Cree que puede encerrarme en esta jaula de oro y decirme cuándo respirar. Cree que porque posee mi cuerpo, posee mi futuro.

Vuelvo a tumbarme y me quedo mirando el techo.

No me enseñará. Vale.

Pero voy a aprender. Y sé exactamente quién estará lo suficientemente aburrido, o será lo suficientemente rebelde, como para enseñarme.

Cierro los ojos y, por primera vez en meses, no siento que esté huyendo. Siento que estoy cazando.

18

LENA

El aire matutino del complejo es fino y cortante, un agudo contraste con el calor sofocante del dormitorio del que acabo de huir. Cada músculo de mi cuerpo me grita, un recordatorio sordo y punzante de la forma en que Razvan me reclamó en la oscuridad de nuestra suite. Todavía puedo sentir el fantasma de sus manos en mi piel, el peso espectral de él inmovilizándome, obligándome a suplicar una liberación que sentí como una traición.

Lo odio por ello. Odio que sea el hombre que asesinó a mi padre, el hombre que me secuestró y me arrojó a un húmedo calabozo durante días hasta que olvidé el color del cielo. Él es la mano que me ha infligido cada una de mis desgracias y, sin embargo, mi cuerpo es un traidor que vibra cada vez que él entra en una habitación.

Camino hacia el ala de entrenamiento y mis pasos resuenan en el suelo de piedra. El corazón me late con fuerza, pero mi mente es una cuchilla fría y afilada. Anoche me dijo que no cuando le pedí que me enseñara a luchar. Me quiere en la luz, una muñeca de porcelana guardada en un estante alto donde la sangre no pueda alcanzarla. Quiere mantenerme indefensa para que nunca tenga los medios para devolverle el golpe al monstruo que destruyó mi vida.

Pero se acabó el ser una víctima. Se acabó el ser una muñeca.

Abro las pesadas puertas dobles del gimnasio. El olor a sudor, cuero viejo y aceite de armas me golpea al instante. Lyosha está solo en el centro de la sala, destrozando un saco de boxeo. Es una montaña de hombre, con cuarenta años de violencia grabados en los planos abruptos de su rostro. Es la sombra del Pakhan, pero es el único que no me mira como si fuera algo roto. El saco gime bajo un gancho que me habría destrozado las costillas. Se detiene, la cadena tintinea y se gira. Se seca el sudor de la frente con una mano vendada y me mira fijamente.

—El Pakhan está en el despacho, Lena —dice, con su voz de piedras al moler—. Te has equivocado de camino.

—Estoy exactamente donde quería estar, Lyosha. Quiero que me enseñes a luchar.

Se queda quieto y entrecierra los ojos.

—¿Sabe Razvan que estás aquí?

—Me ha dicho que no. Cree que su protección es suficiente. Cree que debería limitarme a estarme quieta y guapa mientras hombres como Borodin me miran lascivamente en las discotecas y los enemigos esperan a las puertas. Estoy harta de ser la única de esta casa que no puede empuñar un arma.

Lyosha suelta un ladrido de risa, bajo y áspero. Se apoya en el saco y me recorre con la mirada.

—Con que te ha dicho que no, ¿eh? Probablemente porque sabe que la usarías contra él primero. Tienes esa mirada…, la que se le pone a Razvan justo antes de partirle el cuello a alguien.

—Entonces ayúdame a hacerlo realidad —digo, acercándome—. Quiero poder defenderme. Quiero poder proteger a Theo si algún día los muros de este lugar caen.

Lyosha me estudia durante un largo instante. Una sonrisa lenta y genuina se extiende por su rostro, una que hace que parezca menos un sicario y más un hombre que simplemente disfruta de una buena complicación.

—¿De verdad quieres hacer esto? No va a ser bonito, Lena. Tendrás moratones que no se ocultarán bajo la seda.

—He tenido moratones que no se ocultaban bajo nada —le recuerdo, pensando en el suelo del calabozo—. No me importa el dolor.

—De acuerdo —dice Lyosha, cogiendo un par de manoplas de entrenamiento—. Con una condición. Si de verdad se te da bien, tienes que prometer que le darás un gancho de izquierda a Razvan al menos una vez. Pagaría el sueldo de un año por verle tener que explicarle un ojo morado al consejo.

Siento que una sonrisa genuina tira de mis labios, la primera en mucho tiempo.

—Ese ha sido el plan desde que he entrado por la puerta.

—Buena chica. Coge esas vendas. Si vas a golpear algo, no querrás romperte las muñecas a la primera de cambio.

El entrenamiento es brutal. Lyosha no tiene paciencia para versiones «suaves» del combate. En cuestión de minutos, tengo los nudillos en carne viva y los pulmones me arden. No me lo pone fácil. Se mueve con una velocidad aterradora para un hombre de su tamaño, obligándome a reaccionar, a moverme, a dejar de pensar y a empezar a sentir el ritmo de la violencia.

—¡Otra vez! —ladra—. No me mires a las manos, mírame a los hombros. El puñetazo empieza en los pies, Lena. Gira. Explota. Piensa en el hombre que te metió en el calabozo. Piensa en el hombre que te lo quitó todo. Mátalo.

Un velo rojo me nubla la vista. Grito, un sonido crudo y desgarrado, y desato una ráfaga de golpes. Ya no soy una mujer con un vestido

de seda. Soy la hija de un hombre asesinado. Soy una prisionera que lucha por una salida. Estoy golpeando las manoplas, pero en mi mente estoy golpeando al hombre que sujeta mi correa.

De repente, el aire de la sala cambia. Es un cambio de presión tan violento que parece que el oxígeno ha sido succionado del gimnasio. Lyosha se congela. Deja caer las manoplas y su expresión pasa de la de un profesor encantado a la de un soldado cauteloso en un instante. Me doy la vuelta, con el pecho agitado y el sudor goteándome por la nariz.

Razvan está a unos tres metros de distancia. Todavía lleva los pantalones de su traje gris marengo y una camisa blanca con las mangas remangadas, que deja al descubierto la tinta oscura de la serpiente en su muñeca: la misma marca que atormentó los últimos momentos de mi padre. Permanece allí, como un pilar de energía letal y gélida. No habla, pero el peso de su presencia es un golpe físico, un silencio tan denso que hace que el sonido de los latidos de mi propio corazón parezca un rugido ensordecedor.

—Fuera, Lyosha —dice Razvan. Sus palabras son tranquilas, pero conllevan la rotundidad de la tapa de un ataúd al cerrarse.

Lyosha no duda. Reconoce la expresión en el rostro de su amigo. Me lanza una mirada, una advertencia silenciosa, y desaparece por la puerta lateral.

El silencio que se instala a continuación está cargado de todo lo que no hemos dicho desde anoche. Me niego a bajar la mirada. Me niego a ser la esposa sumisa que él espera. Levanto la barbilla, con las manos todavía cerradas en puños.

—Te dije que no —dice Razvan, con voz grave y áspera.

—Y yo te he dicho que no estaba preguntando.

Se mueve. No es una embestida, es el avance lento e inevitable de un desprendimiento de tierra. Se detiene a centímetros de mí, su presencia es un muro de poder abrumador. —¿Crees que puedes

aprender a sobrevivir en una hora con un matón? ¿Quieres aprender a luchar, Lena? ¿Quieres saber qué se siente cuando alguien de verdad tiene la intención de romperte?

Antes de que pueda responder, me arrastra hacia el centro de la colchoneta. No me suelta. Se coloca detrás de mí, con el pecho presionado contra mi espalda, y pasa un brazo por mi cintura para pegarme por completo a él. —Esta es la primera lección —gruñe en mi oído—. En mi mundo, nadie se para delante de ti y espera a que le golpees. Cogen. Inmovilizan. Sujetan.

Engancha su pierna detrás de la mía y me hace una zancadilla. Suelto un grito ahogado al caer en la colchoneta, pero no deja que me aparte. Me sigue en la caída, sujetándome las muñecas por encima de la cabeza con una sola mano. Su peso es aplastante, un recordatorio deliberado de la realidad física que hay entre nosotros.

—Sal de aquí —ordena.

Forcejeo, mi cuerpo se revuelve bajo el suyo, mis talones se clavan en la colchoneta. Pero él es una montaña. Es el hombre que me arrebató la libertad. Desplaza su peso, su rodilla presiona el espacio entre mis muslos, su otra mano sube para ahuecar mi mandíbula, forzándome a mirarlo.

—Estás usando una fuerza que no tienes —dice, con la mirada clavada en la mía—. Usa tu ventaja. Usa el hecho de que te deseo.

Esas palabras envían una descarga eléctrica directa a mi centro. De repente, el aire de la sala está demasiado caliente, el olor de su jabón caro y su masculinidad pura inunda mis sentidos. Esto no es un entrenamiento. Es una continuación de la guerra que empezamos en el coche. Muevo las caderas, tratando de encontrar una abertura, pero el movimiento solo nos acerca más. La fricción de mis mallas contra los pantalones de su traje es una agonía de consciencia. Puedo ver el pulso saltando en su cuello, la forma en que sus pupilas están dilatadas.

—No me estás enseñando —siseo, con la respiración entrecortada y agitada—. Solo me estás demostrando que puedes inmovilizarme.

—Te estoy demostrando que en una pelea no hay juego limpio —susurra con voz rasposa. Se inclina, sus labios a centímetros de los míos—. Solo existe quien sobrevive. Y si quieres sobrevivirme a mí, tienes que estar dispuesta a hacer cosas que te provoquen repulsión.

Me suelta las muñecas, pero permanece tumbado sobre mí. Su mano se desliza por mi costado, sus dedos se extienden sobre mis costillas, trazando la línea de mi cintura con una lentitud y deliberación agónicas. Finge que esto es una lección. Finge que su contacto es puramente instructivo, pero puedo sentir el calor de su palma a través de mi camiseta y sé que está recordando cómo le supliqué anoche.

Levanto las manos, encuentro sus hombros y clavo los dedos en el músculo. Debería empujar. Debería luchar. Pero mi cuerpo se está derritiendo en la colchoneta, la adrenalina de la sesión de entrenamiento se está cuajando en un deseo denso y líquido que me odio por sentir. Quiero que termine lo que ha empezado, incluso mientras quiero rodearle el cuello con mis dedos.

—Demuéstramelo —susurro, el desafío en mi voz reemplazado por una necesidad cruda y desesperada que me hace arquear la espalda hacia su contacto.

La mandíbula de Razvan se tensa. Por un segundo, creo que va a besarme allí mismo, en el suelo del gimnasio, a reclamarme delante de los fantasmas de sus antepasados. Su pulgar roza mi labio inferior, tirando de él hacia abajo, sus ojos fijos en mi boca con un hambre que refleja mi propio y traicionero anhelo. Entonces, la máscara vuelve a su sitio de golpe.

Se aparta de mí con un movimiento fluido, se pone de pie y se alisa la camisa como si no hubiera pasado nada. La repentina ausencia de su calor me deja temblando en la fría colchoneta.

—Mañana otra vez —dice, con voz fría y profesional, aunque su pecho todavía sube y baja con agitación—. A las cinco de la mañana. Si llegas un segundo tarde, haré que Lyosha cierre las puertas del gimnasio con llave.

No me ayuda a levantarme. Se da la vuelta y sale de la sala, con paso largo y decidido. Me quedo tumbada en la colchoneta, mirando las luces fluorescentes hasta que se vuelven borrosas. Me duelen los nudillos. Me duelen las costillas. Pero el vacío en mi pecho —el hecho de que me dejara deseándolo incluso después de todo lo que ha hecho— es el dolor más agudo de todos.

Cree que ha ganado. Cree que me ha traído de vuelta a su órbita al hacerse cargo del entrenamiento. Me incorporo, secándome una lágrima de frustración de la mejilla. Miro la puerta por la que acaba de salir. Él me enseñará a luchar como un Volkov. Me enseñará la manera «precisa» de acabar con una vida.

Pero todavía necesito un arma que él no vea venir. La tensión no ha desaparecido; solo se ha desplazado, saliendo de la habitación con nosotros dos, dejando el aire a nuestras espaldas denso y sin resolver.

19

RAZVAN

El apellido Volkov ha sobrevivido a tres generaciones de guerra, traición y sangre, y esta noche podría quedar reducido a la nada por un niño de cuatro años con un panecillo.

Theo lleva los últimos cuatro minutos desmontando el centro de mesa y nadie en esta mesa ha dicho ni una sola palabra porque nadie en esta mesa sabe qué hacer al respecto, y descubro, para mi irritación, que yo tampoco. Ha sacado tres tallos de las flores que haya elegido el organizador del evento, los ha alineado junto a su plato y ahora mismo le está echando el ojo al cuarto.

Las familias de mayor rango observan.

Estoy sentado a la cabecera de la mesa de caoba, en el asiento del Pakhan. A mi derecha, Lena es una visión de compostura forzada vestida de seda esmeralda, con los nudillos todavía sonrosados y en carne viva de golpear las manoplas de Lyosha. A su lado, Theo está enfrascado en sus quehaceres, y la gravedad de los hombres que nos rodean no significa nada para él en comparación con la integridad estructural de su «proyecto».

Veintitrés años de jerarquía de la Bratva sentados alrededor de esta mesa, hombres que han construido sus imperios sobre la capacidad

de leer las debilidades de un Pakhan antes de que él sepa que las tiene, y cada par de ojos en esta sala está haciendo el mismo cálculo silencioso. La esposa del nuevo Pakhan. El hijo del nuevo Pakhan. ¿Qué significan? ¿Qué le cuestan? ¿Dónde están los puntos de presión?

Alargo el brazo y alejo el centro de mesa unos quince centímetros del alcance de Theo sin mirarlo.

Él me mira. Reflexiona. En lugar de eso, redirige su atención a su panecillo y empieza a despedazarlo.

—Tiene tus ojos, Razvan —dice Viktor, con voz cálida, envuelta en el afecto natural de un tío favorito. Está sentado a mi izquierda, recostado con una copa de vino tinto de reserva. Se estira y alborota juguetonamente el pelo de Theo—. Y está claro que ha heredado el afán destructor de los Volkov.

Theo levanta la vista y le dedica a Viktor una sonrisa brillante y llena de dientes antes de volver a su fortaleza.

—Es un castillo, tío Viktor. Para los dragones.

—Naturalmente —ríe Viktor entre dientes, y su mirada se desvía hacia Lena. No hay malicia en sus ojos, solo una especie de sabiduría cansada.

Pero al otro lado de la mesa, el ambiente se está agriando. Grigori, el Vor de mayor rango de la rama Sokolova, no ha tocado su vino. Mira a Lena como si fuera una mancha en el mantel.

—Un castillo para dragones —retumba Grigori, con voz como de piedras al chocar—. Lástima que la sangre materna del chico venga de un hombre que quemó su propia casa. Estamos sentados a la mesa con la hija de un traidor. Sokolova no solo robó, sino que intentó destripar el linaje de los Volkov desde dentro. Por qué la chica está sentada en el asiento de una reina en lugar de en una celda es una pregunta que se hace el consejo, Razvan.

El aire de la habitación se desvanece. Siento el picor fantasma de la hoja en la parte baja de mi espalda. Mi mano se contrae hacia la de Lena; mi instinto protector es una bestia gruñona que apenas puedo sujetar. Empiezo a inclinarme hacia delante, con la mandíbula apretada mientras me preparo para recordarle a Grigori a qué padre está insultando en mi casa.

—Calma, calma, Grigori —interviene Viktor, con un tono ligero pero que tiene el peso de un mazo. Levanta una mano, acallando la mesa —. No seamos primitivos. Los pecados del padre son una carga pesada, sí, pero no castigamos a la hija por la locura de un hombre. Lena es una Volkov ahora. Lleva el apellido, lleva al heredero y cuenta con el favor del Pakhan. Eso debería ser suficiente para cualquiera de nosotros.

Viktor me mira y me ofrece un pequeño asentimiento de apoyo. Siento una oleada de auténtica gratitud. Ha limado el filo que yo estaba a punto de convertir en un baño de sangre. Relajo los hombros, apenas un centímetro, y le ofrezco una sonrisa tensa y de agradecimiento.

—Viktor tiene razón —digo, con voz firme—. El pasado son cenizas. Estamos aquí para hablar del futuro. Y el futuro requiere un viaje a San Petersburgo.

Siento que Lena se queda inmóvil a mi lado. Deja de fingir que come y centra su atención en mí.

—Los territorios del norte flaquean —continúo, mirando a los veteranos al otro lado de la mesa—. Los retrasos en los envíos ya no son «errores logísticos». Son pruebas. Iré allí a finales de semana para recordarle al círculo de los Petrov por qué la serpiente todavía muerde. —Hago una pausa y mi mirada se desliza hacia la mujer que tengo a mi lado—. Lena me acompañará. El Norte necesita ver la unidad de esta casa.

La mesa estalla en murmullos. La mano de Lena encuentra la servilleta de lino en su regazo y sus dedos retuercen la tela.

—¿Y el niño? —pregunta Grigori, con la mirada clavada en Theo, que ahora intenta darle un trozo de pan a un dragón imaginario.

—Theo se queda aquí —digo con firmeza—. Bajo la protección de Lyosha y una escolta el doble de reforzada. Este complejo será una fortaleza. Nadie entra, nadie sale.

La cena termina en una neblina de amabilidades forzadas y postureo político. Para cuando estamos en la parte de atrás del todoterreno, el silencio es una presión física que vibra entre nosotros mientras las puertas del complejo se cierran con un clic a nuestras espaldas.

Observo cómo las farolas iluminan intermitentemente el rostro de Lena. Tiene la vista perdida por la ventanilla, su silueta nítida y solitaria contra el cristal.

—Vuelves a hacer eso —dice. Su voz no es suave, es quebradiza.

—¿El qué?

—Lo de ser el «Pakhan». Decidir mi itinerario sin decirme ni una palabra. Decidir quién vigila a mi hijo mientras estoy a quinientos kilómetros de distancia.

—No es un itinerario, Lena. Es una necesidad. San Petersburgo es un nido de víboras. Si te dejo aquí, eres un objetivo. Si te llevo conmigo, eres una ventaja. Y Theo... Theo está más seguro con Lyosha. Lo sabes.

—Sé que Lyosha moriría por él —dice, girándose por fin para mirarme. Tiene los ojos muy abiertos, atormentados por el recuerdo de los hombres de la mesa—. Pero también sé que cada vez que me «proteges» como lo has hecho esta noche, no haces más que ponerme una diana más grande en la espalda. Prácticamente le estabas gruñendo a Grigori. Crees que estás siendo fuerte, pero les estás mostrando exactamente dónde golpearte.

—Estaba presidiendo mi mesa —espeto, con la irritación a flor de piel—. No voy a disculparme por dejar claro que eres intocable.

—¿Intocable? —suelta una risa corta y sin humor—. Razvan, soy la hija del hombre que mató a tu padre. Soy la «chica del traidor». La única razón por la que soy «intocable» es porque te interpones en el camino. ¿Qué pasará cuando tengas que dar la espalda para ocuparte de los Petrov?

Cruzo el asiento y le sujeto la barbilla con la mano, obligándola a sostenerme la mirada. El interior del coche es un juego de sombras ámbar y negras. —Entonces confío en que la mujer que esta mañana intentaba romperle las costillas a Lyosha sepa cómo usar un cuchillo.

Se muerde el labio, ese pequeño movimiento frenético que siempre me dispara el pulso. —¿Lyosha y sus hombres… se quedarán con él de verdad? ¿A cada segundo?

—Te lo juro por mi vida, Lena. Mis hombres protegerán a Theo con sus vidas. Reduciría el Norte a cenizas antes de dejar que una sola sombra se proyectara sobre ese niño. Tienes que creerlo.

Se apoya en mi mano y cierra los ojos por un segundo. El desafío sigue ahí, pero está sepultado bajo el peso abrumador del terror maternal. —Es tan pequeño —susurra—. No sabe por qué los hombres de la mesa nos miran así.

—No necesita saberlo —digo, suavizando la voz mientras deslizo mi mano por su pelo, atrayéndola hacia mí hasta que el aroma de sus peonías y su sudor me llena la cabeza—. Para eso están los dragones, *zayka*. Para mantener a los monstruos debajo de la cama.

La pego contra mí, con el corazón latiendo a un ritmo fuerte e irregular. Ella no me aparta. Se aferra a las solapas de mi traje, con la frente apoyada en mi clavícula.

El viaje a casa está cargado de una tensión a la que no le ponemos nombre. No es solo el sexo y no es solo el miedo. Es la constatación de que nos estamos adentrando en una tormenta y lo único a lo que

podemos aferrarnos es el uno al otro: el hombre que lo arrebató todo y la mujer que tiene todo que perder.

—Lo de San Petersburgo va a ser un baño de sangre, ¿verdad? —pregunta contra mi pecho.

—Probablemente —admito.

—Bien —dice ella, con la voz endurecida, mientras la superviviente resurge—. Estoy harta de jugar a la defensiva.

Cierro los ojos, inspirando su aroma. Soy el Pakhan. Soy la cosa más peligrosa del bosque. Pero mientras el coche se detiene y el silencio del complejo nos engulle, me doy cuenta de que el peligro no está ahí fuera, en la nieve. Está aquí mismo, en mis brazos, y he sido yo quien le ha enseñado a afilar la hoja.

20

LENA

El paisaje ruso es una mancha borrosa de abedules esqueléticos y aguanieve grisácea tras la ventanilla del Maybach. Llevamos horas en la carretera, con un silencio en el coche tan denso que resulta asfixiante. Razvan está absorto en el móvil, su pulgar tecleando órdenes que probablemente deciden la supervivencia de hombres que nunca conoceré. Su rostro es una máscara de granito siberiano.

Desvío la mirada hacia el espejo retrovisor. Me encuentro con los ojos de Mike durante una fracción de segundo antes de que él vuelva a fijar la vista en la carretera.

Mike no habla mucho. Es una de las sombras de Razvan, un elemento silencioso de mi cautiverio. Pero el corazón se me ablanda cada vez que le miro la nuca. Recuerdo la mazmorra, la piedra fría y húmeda, y cómo sentía que la oscuridad me devoraba viva. Mike fue quien me trajo pan. Fue quien me susurró que tenía que comer si quería mantenerme fuerte.

En este mundo de monstruos, me parece el hermano mayor que nunca tuve: un centinela silencioso que me vio en mi peor momento y no apartó la mirada.

Quiero darle las gracias. Quiero estirar el brazo y apretarle el hombro, decirle que no lo he olvidado. Pero Razvan está sentado a menos de diez centímetros, y la gratitud es una debilidad que no puedo permitirme mostrar. Así que me limito a mirar la carretera y a rezar para que Lyosha esté controlando la situación en la finca. Cada vez que pienso en Theo, se me hace un nudo en el estómago.

—Deja de morderte el labio, Lena —dice Razvan, sin levantar la vista de la pantalla—. Te vas a hacer sangre.

—Haré lo que me dé la gana con mis labios, Razvan.

Por fin me mira, sus ojos oscuros recorren el movimiento de mi boca con una concentración lenta y depredadora. —Estamos a veinte minutos. Modera tu actitud. Los Yusupov eran una cosa; el círculo de San Petersburgo es una calaña distinta de buitres. No solo quieren poder, quieren ver si somos dignos de él.

—Estoy entusiasmada —digo con sorna.

Cuando llegamos al hotel, es como el sueño febril de un zar. Pan de oro, techos abovedados y más mármol que una catedral. El personal hace una reverencia tan pronunciada que me sorprende que no se den con la cabeza en el suelo.

El vestíbulo está lleno de la élite de las familias del norte. Hombres con abrigos de lana que valen más que un apartamento en Moscú, mujeres cubiertas de pieles que parecen seguir respirando. Nos intercepta inmediatamente Arkady Volkov —un primo lejano con ojos de tiburón— y un pequeño séquito de sus lugartenientes.

—Razvan —dice Arkady, con un ronroneo suave y untuoso en la voz —. La ciudad no ha parado de bullir desde que tu comitiva cruzó los límites de la ciudad. Tenemos mucho que discutir antes de la gala benéfica de mañana por la noche. Los manifiestos de embarque de los puertos del Báltico son… complicados.

—Las complicaciones no son más que oportunidades para mejorar la supervisión, Arkady —responde Razvan, con su voz como una

cuchilla envuelta en terciopelo.

Arkady ladea la cabeza y me mira con una sonrisa condescendiente. —¿Y este es el premio? Es una belleza, Razvan. Pero la sangre de los Sokolov… está manchada ahora, ¿no? Después de los pequeños errores de contabilidad de su padre… Algunos dicen que la esposa de un Pakhan debería aportar un linaje más limpio. Un poco de legitimidad es de gran ayuda cuando la corona aún es nueva.

Siento que el aire se enrarece en la habitación. Espero que Razvan dé una réplica política, que teja alguna mentira ingeniosa sobre la lealtad de mi padre.

En lugar de eso, Razvan se mueve tan rápido que es como un borrón.

No saca ningún arma. Simplemente se mete en el espacio personal de Arkady, su mano se dispara y agarra al hombre por el cuello. Lo estampa contra el revestimiento de caoba con un golpe seco que hace tintinear las copas de cristal de una bandeja cercana.

—¡Razvan! —jadea alguien, pero nadie se mueve.

Razvan se inclina, con el rostro a centímetros del de Arkady. Su voz es un gruñido bajo y aterrador que no es una actuación para el público, es pura violencia sin adulterar. —Si vuelves a pronunciar el nombre de su padre con esa inmundicia en la boca, te arrancaré la piel de la cara y se la regalaré al Neva. Es la esposa del Pakhan. Su legitimidad la define mi palabra, y mi palabra es la ley. ¿Lo entiendes o tengo que empezar a grabarte la lección en el pecho?

Arkady gorgojea, con la cara amoratada. Asiente frenéticamente.

Razvan lo suelta y el hombre se desploma en el suelo, tosiendo. Razvan ni siquiera mira hacia atrás. Se ajusta la chaqueta del traje, se alisa la corbata y me mira. —Hemos terminado aquí. Vayamos a la habitación. Tenemos una gala que preparar para mañana, y no permitiré que unos necios nos hagan perder el tiempo.

Camino junto a él aturdida. Ya lo había visto ser protector antes, pero esto… esto ha sido diferente. No ha sido una estrategia. Ha sido un hombre reaccionando a un insulto contra algo que considera *suyo*. Lo odio. Sé que lo odio. Pero el corazón me martillea contra las costillas y no es por miedo.

Llegamos a la suite. Es enorme. Una extensión inmensa de terciopelo, seda y unas vistas de la ciudad que valen más que mi vida.

—Una sola suite —le había dicho Razvan al conserje y, a pesar de mis protestas en el ascensor sobre cuartos de la limpieza y plantas separadas, me encuentro ahora de pie en medio de una habitación presidida por una única y gigantesca cama de matrimonio.

—Bueno —digo, intentando inyectar un poco de ligereza en el ambiente asfixiante—. Si voy a ser una prisionera, al menos el papel pintado es bonito.

De inmediato, empiezo a arrastrar mi maleta, que han subido los sirvientes, hacia el lado izquierdo de la enorme cama. —Vale, reglas. Este es mi lado. Esta mitad de la cama es la República de Lena. Tú te quedas en el lado de la Federación Rusa. Prohibido cruzar la frontera. Nada de incursiones no autorizadas.

Razvan me observa, apoyado en el marco de la puerta. Se ha quitado el abrigo y la seda blanca de la camisa se le tensa sobre los hombros. Hay un brillo de diversión en sus ojos que no le había visto antes. —¿La República de Lena? ¿En serio?

—Sí. Y este tocador es mío —digo, dejando caer mi neceser con un golpe—. Y yo me ducho primero. Y si roncas, tengo autorización para usar la fuerza letal con una almohada.

Se acerca a la cama. Sus pasos son silenciosos sobre la gruesa alfombra. —Lena, hemos dormido en la misma habitación todas las noches desde la boda. ¿Por qué te comportas como si fuera la primera vez que compartimos cama?

Siento que el calor me sube por el cuello. Me doy la vuelta, aferrando un pijama de seda contra mi pecho como si fuera un escudo. —Porque la mansión es… es diferente. Despertar allí es un recordatorio. Es mi prisión. Cada mañana veo los muros y los guardias y recuerdo que solo estoy allí porque no me dejas marchar. ¿Pero aquí?

Señalo la ventana, las luces parpadeantes de San Petersburgo reflejadas en el cristal.

—Aquí, si me esfuerzo lo suficiente, puedo fingir. Puedo mirar las vistas y la habitación y pensar… que quizá esto no son más que unas vacaciones. Que quizá solo somos una pareja normal en un hotel bonito —mi voz se apaga, y la honestidad de mis palabras escuece —. Despertar a tu lado aquí hace que sea más difícil mantener la mentira.

La expresión de Razvan se suaviza durante una fracción de segundo. Se adentra en mi espacio, obligándome a retroceder hasta que las corvas me chocan con el borde del colchón. —Unas vacaciones — repite en voz baja.

Entonces, su sonrisa irónica regresa, esta vez más afilada. —Está bien. Pero quiero ese lado de la cama.

—¿Qué? ¡No! ¡Ya lo he reclamado!

—Me gusta la vista de la puerta desde ahí —dice, estirando la mano. Apoya la palma en el colchón, junto a mi cadera, y se inclina hasta que siento el calor que irradia su pecho—. Y me gusta cómo da la luz en las almohadas.

—¡Solo haces esto para fastidiarme! —resoplo, levantando las manos para apoyarlas contra su pecho y mantener algo de distancia entre nosotros. Siento su corazón, firme, lento y poderoso, latiendo contra mis palmas.

—¿Está funcionando? —susurra.

Alarga la mano libre y sus dedos me rozan la mandíbula antes de colocarme un mechón de pelo rebelde detrás de la oreja. Su contacto es ligero, agónicamente lento, y me provoca un escalofrío por la espalda que no tiene nada que ver con el aire acondicionado. Se inclina más y su aliento cálido me roza la mejilla. Debería apartarlo. Debería gritar. Pero mis dedos se enroscan sin querer en la tela de su camisa, atrayéndolo una pizca más.

Su mirada baja hasta mi boca. Se me corta la respiración y mis labios se entreabren por instinto. Lo deseo. Deseo la perdición de su beso. Deseo olvidar quién es y lo que hizo, aunque solo sea por un segundo.

Su pulgar me roza el labio inferior, tirando de él ligeramente hacia abajo. La mirada en sus ojos es depredadora, hambrienta y centrada por completo en mí. Inclina la cabeza, su nariz roza la mía y sus labios están a un mero latido de los míos. Casi puedo saborear el sándalo y el aire frío de la noche en él.

Siento la piel en llamas. Un zumbido bajo de deseo nace en mi vientre y se extiende por mis extremidades, convirtiendo mis huesos en agua. Me inclino hacia él, cerrando los ojos con un aleteo, esperando el impacto…

Entonces, el recuerdo de la serpiente destella tras mis párpados. La tinta negra en la muñeca del hombre que me lo arrebató todo.

Ahogo un grito y abro los ojos de golpe. Las «vacaciones» se hacen añicos como un cristal.

—Yo… tengo que ducharme —tartamudeo, con el corazón en una danza frenética y aterrada.

Me echo hacia atrás, casi tropezando con la esquina de la cama. Agarro mis cosas de aseo y corro hacia el baño, con la cara ardiendo por una mezcla de vergüenza y calor residual. —¡La primera ducha! ¡Las reglas de la República!

Al cerrar la puerta de golpe y apoyarme en ella, con el pecho agitado, la oigo. Una risa grave, genuina y profundamente divertida al otro lado de la madera.

Me dejo caer al suelo y me cubro la cara con las manos. Mi cuerpo todavía vibra, todavía tiembla por su contacto, y me odio por ello. Estoy en problemas. Estoy en serios problemas.

21

RAZVAN

La puerta del baño de la suite se cierra con un clic, pero en el silencio de la noche de San Petersburgo bien podría haber sido un disparo.

No me muevo de mi lado de la cama. Estoy recostado sobre el exceso de almohadas de seda, con las manos entrelazadas tras la nuca, mirando las molduras de pan de oro del techo. Pero no estoy viendo la decoración. Estoy escuchando.

El susurro de la tela. El cremallereo rítmico y nítido de su maleta. Luego, los sonidos más suaves: el roce de la seda contra la piel mientras se despoja de ese vestido rojo. Me la imagino a la perfección: la tela amontonándose a sus tobillos, dejándola de pie bajo la pálida luz de la luna. Después llega el repiqueteo de unos pies descalzos sobre el frío suelo de mármol.

La puerta de la ducha se abre con un chirrido. Un instante de silencio. Y después, el siseo del agua al chocar contra los azulejos.

Cierro los ojos y exhalo un aliento que parece cargado de cristales rotos. Mi cuerpo es un traidor. Estoy duro —dolorosamente duro, palpitante, duro como una piedra— y es un peso físico que hace que todos los músculos de mi torso se contraigan por la tensión. Debería

haberme quedado en la finca. Debería haberla puesto en un ala separada, en una ciudad separada, en una vida separada.

Pero lo que ha dicho antes me está carcomiendo. *La finca es mi prisión. Aquí puedo fingir.*

Tiene razón. En Moscú, soy su captor. Soy el hombre que se la llevó, el hombre que la retiene, el hombre al que ella mira con un odio tan puro que parece una marca al rojo vivo. Pero aquí, bajo el tenue resplandor de un hotel de cinco estrellas, los límites se desdibujan. No veo a una cautiva. No veo un matrimonio estratégico. Veo a una mujer que hace que me hierva la sangre con una necesidad que no tiene nada que ver con el poder y todo que ver con la posesión.

El agua deja de correr.

Escucho el traqueteo de las anillas cuando descorre la cortina. Otra vez los pasos. Entonces, la puerta se abre.

Lena se detiene justo al pasar el umbral y se queda helada al ver que sigo despierto, observándola. Va envuelta en una mullida toalla blanca de hotel que parece absurdamente grande para su menuda figura, sujeta precariamente sobre el pecho. Tiene la piel sonrosada por el calor, reluciente por las obstinadas gotas de agua que se niegan a abandonarla.

Siento unos celos irracionales de esas gotas. Quiero ser yo el que se deslice por la curva de su hombro, recorriendo el surco de su columna.

—Yo… Me he dado cuenta de que no he cogido la ropa para cambiarme —murmura con una voz débil y entrecortada. Mira hacia la maleta a los pies de la cama y luego vuelve a mirarme. Su pelo forma un halo oscuro y húmedo alrededor de su cara.

—Coge la ropa, Lena —digo, y mi voz suena como si hubiera estado tragando grava.

Asiente una vez y empieza a caminar deprisa hacia su maleta. Tiene prisa, huye de la tensión, de la forma en que la estoy mirando. Sus pies húmedos pisan una zona resbaladiza del parqué donde no llega la alfombra.

Su talón patina. Extiende los brazos para mantener el equilibrio.

Salto de la cama antes de que toque el suelo. Es instintivo, puro y sin filtros. La cojo en el aire y le sujeto la cintura con las manos para estabilizarla. Pero el impulso es demasiado fuerte. Cuando la pego contra mi pecho para evitar que se estrelle contra el suelo, la toalla se rinde.

Cae al suelo en un montón pesado y húmedo.

El aire se esfuma de la habitación.

Lena está desnuda en mis brazos. Sus pechos se aprietan contra mi camisa de vestir, y la humedad de su piel empapa la seda al instante. Es pequeña, frágil y absolutamente impresionante. Sus ojos están muy abiertos, escrutando los míos, y por primera vez esta noche no veo el destello del recuerdo en su mirada. Veo el mismo fuego que en este momento está incinerando mi autocontrol.

—Razvan —susurra. No es una protesta. Es una súplica.

—Estate quieta, *zayka* —gruño, y el apelativo cariñoso se me escapa sin querer. Mi conejita. Mi presa. Mi mujer.

El fingimiento —la «República de Lena», las reglas, las máscaras que llevamos en Moscú— se derrumba por completo. No pienso en las familias que están abajo. Solo pienso en que su piel es como el terciopelo y en que vibra contra mí.

No la suelto. Mis manos, grandes y cubiertas de cicatrices, se deslizan desde su cintura hasta la curva de sus caderas, atrayéndola con tanta fuerza contra mi creciente erección que ella ahoga un grito. Me inclino, con los labios suspendidos a apenas un centímetro de los suyos.

—Has estado huyendo todo el día —mascullo contra su boca—. Huye ahora, Lena. Si te vas a ir, hazlo antes de que pierda lo poco que me queda de cordura.

No huye. Echa la cabeza hacia atrás, ofreciéndome la elegante línea de su cuello, y sus dedos se clavan en las mangas de mi camisa. —No me hagas esperar —dice sin aliento.

No lo hago. Capturo su boca en un beso que es menos una invitación y más una conquista. Es hambriento y profundo. La levanto, y sus piernas se enroscan instintivamente en mi cintura, su piel húmeda pegándose a mis pantalones. La llevo los dos pasos que nos separan de la cama y la deposito sobre la seda.

Aún no me quito la ropa. Quiero que sienta el contraste: la tela áspera de mi traje contra su piel desnuda y sensible. Me acomodo entre sus piernas, inmovilizándola con mi peso, y empiezo una exploración lenta y tortuosa. Deslizo los labios desde su oreja hasta la clavícula, y mi lengua lame las gotas de agua perdidas de las que sentía celos hace un momento.

—Eres tan bonita que es un insulto —susurro, ahuecando su pecho con la mano y acariciando el pezón con el pulgar hasta convertirlo en un pico duro y oscuro.

Ella gime y sacude la cabeza contra la almohada. —Razvan… por favor…

—¿Por favor, qué, *zayka*? Dime qué quieres que te haga el asesino.

—Te quiero dentro de mí —solloza mientras busca mi cinturón con las manos, con movimientos frenéticos y torpes—. Quiero olvidar. Solo por esta noche, haz que me olvide de todo.

Me quito la ropa con una violencia que delata mi desesperación. Los botones de la camisa se arrancan. La hebilla del cinturón cae con estrépito al suelo. Es frenético, caótico: el tejido de mi autocontrol, cuidadosamente construido, se hace jirones en segundos. Cuando me planto desnudo ante ella, hasta el aire parece cargado.

Vuelvo junto a ella, piel desnuda contra piel desnuda, y la fricción es una descarga para el sistema. Su piel está caliente, húmeda, imposiblemente suave. La mía es áspera, llena de cicatrices. El contraste la hace jadear.

Le dedico tiempo, más tiempo que nunca.

Necesito saborear esto. Mis dedos recorren la línea de su clavícula, bajan por el centro de su pecho, sobre la superficie plana de su abdomen. Tiembla bajo mi caricia y su respiración se vuelve superficial y entrecortada.

—Relájate, *zayka* —murmuro, con voz grave, autoritaria. Intenta obedecer, pero sus músculos son cables tensos de anticipación. Me inclino y mis labios encuentran el hueco de su garganta. Beso el punto donde late el pulso, siento los martillazos de su corazón contra mi boca. Es un ritmo frenético, el mismo que retumba en mi propio pecho.

Necesito más.

Bajo más y mi boca encuentra el nacimiento de su pecho. Lameteo con una pasada lenta y amplia que la hace arquearse sobre la cama. Su pezón ya es un pico duro y oscuro que pide atención. Se la doy toda. Me lo llevo a la boca, succionando suavemente al principio, luego con más fuerza, haciendo rodar el tenso botón con la lengua. Ella grita y aprieta las sábanas junto a su cabeza.

—No pares —susurra con los ojos cerrados y el rostro contraído en una máscara de pura concentración.

No lo haré.

Mi mano se desliza por su cuerpo, sobre la curva de su cadera, a lo largo de la parte exterior de su muslo. Siento cómo se le pone la piel de gallina a mi paso. Mis dedos alcanzan el cálido interior de su muslo y ella, instintivamente, abre más las piernas para mí. Una invitación silenciosa y hermosa.

La miro entonces, sosteniendo su mirada. —Mírame —digo.

Abre los ojos. Tiene las pupilas dilatadas y toda su atención está en mi cara. Dejo que vea el hambre pura en mi expresión. Luego muevo la mano hacia su centro.

Mis dedos no se hunden de inmediato. Exploran. Recorren los pliegues exteriores, sintiendo su calor, su humedad, lo lubricada que está ya para mí. Mi pulgar presiona su clítoris con un movimiento firme y circular que hace que sus caderas se levanten de un tirón.

—Dios —suspira, echando la cabeza hacia atrás de nuevo.

Sonrío, una sonrisa depredadora y satisfecha. Luego bajo la cabeza.

Reemplazo mi pulgar con la lengua.

La lamo, una pasada lenta y deliberada de abajo arriba. Su sabor es embriagador: limpio, salado, singularmente suyo. Todo su cuerpo se tensa y una brusca inspiración se le queda atrapada en la garganta. Lo hago de nuevo, más despacio, arrastrando la parte plana de mi lengua sobre su nervio más sensible. Sus manos encuentran mi pelo, no para apartarme, sino para agarrarme, para sujetarme ahí.

Uso mi boca como un arma de placer. Le succiono suavemente el clítoris, sintiendo cómo se hincha bajo mi atención. La provoco con la punta de la lengua, moviéndola rápidamente, y luego disminuyo la velocidad a un ritmo exasperante y perezoso. Empieza a gemir, un sonido bajo y continuo que vibra a través de su cuerpo y llega al mío.

Cuando sus muslos empiezan a temblar alrededor de mi cabeza, introduzco los dedos.

Un dedo, resbaladizo por su propia humedad, se desliza en su calor. Está estrecha, pero receptiva. La sensación de sus músculos internos apretándose alrededor de mi dedo es casi demasiado. Lo muevo lentamente, dentro y fuera, acompasando el ritmo de mi lengua en su clítoris.

Sus gemidos se convierten en jadeos. —Más… por favor…

Añado un segundo dedo. Es exquisito cómo se estira. Curvo los dedos dentro de ella, buscando el punto que la hará gritar. Conozco su cuerpo. Lo recuerdo. Cuando lo encuentro, una protuberancia rugosa, presiono con una presión constante.

Su reacción es instantánea. Su espalda se arquea sobre la cama con tal violencia que tengo que apoyar la mano libre en su cadera para evitar que se aleje.

—*¡Ahí!* —grita, la palabra una súplica fracturada.

Mantengo los dedos ahí, presionando, frotando en un círculo lento e implacable.

Mi boca continúa su trabajo, succionando y lamiendo en tándem con la presión interna. Sus respiraciones se convierten en jadeos cortos y frenéticos. Empieza a balbucear, palabras sin sentido, mi nombre mezclado con maldiciones y súplicas. El olor de su excitación llena el aire, espeso y primario.

Sus manos en mi pelo se aprietan, tirando casi con dolor. Lo acepto. Quiero sus marcas en mí.

Su clímax se acumula como una tormenta. Lo siento en el endurecimiento de sus paredes internas alrededor de mis dedos, en la pulsación frenética de su clítoris contra mi lengua, en la forma en que todo su cuerpo se tensa, enrollándose como un resorte. No cedo. Aumento el ritmo de mis dedos, hundiéndolos más. Le chupo el clítoris con más fuerza, atrayéndolo hacia mi boca.

—Razvan, no puedo… voy a…

—Deja que ocurra —gruño contra su piel, con la voz ahogada por su carne—. *Dámelo.*

Se rompe.

El orgasmo la arrasa con una fuerza que sacude la cama. Grita, un sonido crudo y desgarrado que resuena en la habitación. Su cuerpo convulsiona, sus muslos se cierran alrededor de mi cabeza, sus músculos internos aprietan mis dedos en una serie de pulsaciones frenéticas y rítmicas. Mantengo mi boca sobre ella, mis dedos dentro de ella, cabalgando la ola de su placer hasta que amaina en temblores y suspiros suaves y agotados.

Me retiro lentamente, con los dedos resbaladizos y los labios húmedos. La miro.

Está destrozada. Gloriosa. Su piel está sonrojada de un rosa intenso, su pelo es un desastre salvaje sobre la almohada. Tiene los ojos cerrados, el pecho subiendo y bajando rápidamente.

Repto sobre su cuerpo; mi propia necesidad es un fuego ardiente y urgente en mis entrañas. Le beso la boca, dejando que saboree su propio gusto en mis labios. Me devuelve el beso, con movimientos lánguidos pero hambrientos.

—Estás tan lista para mí —susurro, con la voz pastosa por el deseo. Mi dureza se presiona contra su muslo, una exigencia directa e implacable.

Abre los ojos, con la mirada brumosa pero centrada en mí. —Lo estoy —dice, con un susurro ronco. Baja la mano y sus dedos se enroscan alrededor de mi miembro. Su tacto es eléctrico. Me guía hasta su entrada, su cuerpo todavía vibrando con las réplicas de su clímax.

Le observo la cara mientras me introduzco. —Esto no es la finca, Lena. Aquí no hay guardias. Ni un hijo en la habitación de al lado. Solo nosotros.

Me hundo en ella con una sola embestida lenta y agónicamente profunda.

La sensación es abrumadora. Está tan apretada, tan perfectamente moldeada para mí, que tengo que apretar los dientes para no

correrme al instante. Me quedo quieto, enterrado hasta la empuñadura, observando cómo su expresión se transforma del asombro a una satisfacción profunda y visceral.

—Estoy tan llena —jadea, mientras sus músculos internos se contraen a mi alrededor en una bienvenida rítmica que casi acaba conmigo.

—Nunca voy a tener suficiente de ti —gruño, y empiezo a moverme.

El ritmo comienza lento, cargado de significado. Cada embestida es una reivindicación. *Mía. Mía. Mía.* El armazón de la cama gime contra la pared, un golpeteo rítmico y constante que acompasa los latidos de mi corazón. Lena es una tormenta bajo mi cuerpo; sus talones se clavan en la parte posterior de mis muslos, sus uñas marcan mis hombros. Esta noche no es una víctima. Es una participante que responde a cada embestida con un impulso desesperado de sus propias caderas.

—Mírame —ordeno, con la voz deshecha en un carraspeo—. Quiero verte cuando te rompas.

Me mira, con la vista desenfocada pero fija en la mía. El calor en la habitación es sofocante, el aroma a sexo y perfume caro me llena los pulmones. Acelero el ritmo, embistiéndola con una fuerza implacable que la hace gritar mi nombre una y otra vez, hasta que es el único sonido del mundo.

—¡Razvan! ¡*Razvan*!

Pero aún no la dejo romperse. Vuelvo a reducir la velocidad, retirándome casi por completo, dejándola jadeante y vacía. Sus ojos se abren de par en par por la confusión, sus caderas persiguen la sensación que le he arrebatado. —No pares —ruega, con la voz quebrada.

—No he parado —digo en voz baja. Cambio mi peso, tirando de ella hacia arriba y girándola para que quede arrodillada en la cama, de

espaldas a mí. Le guío las caderas, con las manos firmes en su cintura—. Quiero verte entera.

Obedece, con la espalda bellamente arqueada. Admiro la vista: la curva de su columna, la redondez perfecta de su culo, los rizos húmedos de pelo pegados a su nuca. Recorro con la mano el camino que han seguido mis ojos, sintiendo el calor de su piel. Entonces presiono el pulgar contra el tenso botón de su otra entrada, aplicando una suave presión.

Suelta un grito ahogado mientras un nuevo tipo de tensión se apodera de su cuerpo. —Razvan…

—Quiero reclamar cada parte de ti —murmuro, mientras mi otra mano guía mi dura verga de vuelta a su núcleo empapado y expectante. Me introduzco de nuevo, llenándola por completo mientras mi pulgar continúa su presión persistente y circular contra su otra estrechez.

La doble sensación la hace gritar, un sonido que es mitad placer, mitad sorpresa abrumadora. Su cuerpo se revuelve contra mí, tratando de acomodar ambos puntos de contacto. La mantengo firme, mis embestidas en su interior cálido se vuelven más profundas, más posesivas, a medida que mi pulgar trabaja su otro centro nervioso con un ritmo creciente.

Sus músculos internos aletean alrededor de mi miembro, un ritmo frenético y palpitante que me dice que está cerca. Acelero el ritmo de mi pulgar, aplicando solo un poco más de presión, solo un poco más de fricción concentrada. Empieza a temblar, sus rodillas se doblan sobre las sábanas de seda. Sostengo su peso sin cesar mis movimientos.

—Voy… voy a… —se ahoga, incapaz de formar las palabras.

—Déjate llevar —ordeno, mientras mi propia respiración sale en jadeos ásperos—. Dámelo.

Su orgasmo se estrella sobre ella con una violencia que refleja mi propia necesidad. Grita, un sonido crudo y sin filtros, mientras su cuerpo me aprieta convulsivamente. La sensación de sus contracciones a mi alrededor, tan apretadas y calientes, desencadena mi propia liberación. Suelto mi control, embistiéndola con una serie final y brutal de estocadas mientras mi pulgar presiona firmemente, manteniéndola en ese pico de sensación.

Mi propio clímax es una ola de posesión al rojo vivo. Me vacío dentro de ella con un gemido que proviene de lo más profundo de mi alma, mi cuerpo se aferra al suyo mientras ambos nos estremecemos con las réplicas.

Nos desplomamos juntos sobre las sábanas húmedas, un amasijo de miembros y sudor. Su cuerpo está flácido contra el mío, su respiración aún errática. La abrazo, con los brazos rodeándola, la cara enterrada en su pelo húmedo.

Permanecemos así durante un largo rato, y el único sonido es la sincronización entrecortada de nuestros pulmones. El sudor se está enfriando en nuestra piel, y la luz de la luna de San Petersburgo proyecta largas sombras plateadas sobre las sábanas revueltas.

Muevo mi peso, esperando que me aparte. Esperando que el muro vuelva a levantarse.

En cambio, se queda. Apoya la cabeza en mi pecho, sus dedos trazando la línea de mi clavícula. Evita el tatuaje de mi muñeca —la marca del hombre que mató a su padre—, pero no se aparta del resto de mí.

La rodeo con mi brazo, subiendo el edredón sobre nuestros miembros enredados y húmedos.

—Duérmete, *zayka* —murmuro en su pelo.

No responde, pero no se aparta. Cierra los ojos y, por primera vez en mi vida, el silencio no se siente como una amenaza. Se siente como una tregua.

Pero mientras la observo respirar, sé que la tregua es temporal. Mañana comienza la gala. Mañana, los lobos estarán al acecho. Y mañana, tengo que recordar cómo ser el hombre que puede dejarla ir si eso significa mantenerla con vida.

Sin embargo, ¿ahora mismo? Ahora mismo, está exactamente donde debe estar.

22

LENA

La consciencia regresa en lentas y cálidas oleadas. Lo primero que siento es el peso de un brazo rodeándome la cintura: pesado, sólido y posesivo incluso en sueños. Lo segundo que siento es el calor de un pecho ancho contra mi espalda. Estoy encajada en la curva del cuerpo de Razvan como la pieza que falta de un puzle, y durante un maravilloso y confuso minuto, no intento moverme.

Me acurruco más entre las sábanas y un pequeño gemido involuntario de satisfacción somnolienta se me escapa de la garganta. Su olor —sándalo, lluvia fría y algo singularmente *suyo*— está por todas partes. Es lo más segura que me he sentido desde la noche en que la puerta del armario se cerró sobre mi vida.

Entonces, el recuerdo de la serpiente me golpea.

Es como un jarro de agua fría. Abro los ojos de golpe y la moldura de pan de oro del techo se enfoca con una nitidez acusadora. *¿Qué estás haciendo?*, grita mi subconsciente. *Este es el hombre que mató a tu padre. Esta es la mano que sujetó la pistola. Y tú lo estás abrazando como a un amante.*

Las náuseas, agudas y ácidas, me revuelven las tripas. La culpa es un peso físico que me oprime el pecho y me deja sin aire. Cada

centímetro de piel que lo toca parece marcado a fuego por la vergüenza. Soy una traidora. Soy una hija que ha olvidado la sangre del suelo a cambio del calor de una cama.

Me aparto bruscamente y ruedo hasta el borde del colchón. La repentina ausencia de su calor me hace estremecer, pero agradezco el frío. Es sincero.

Miro por encima del hombro y me quedo helada. Razvan está despierto. Se ha incorporado sobre un codo, con el pelo oscuro alborotado, y me observa con una expresión que nunca le he visto. Sus ojos no son fríos ni calculadores. Son suaves. Casi vulnerables. El depredador ha sido reemplazado por algo humano, y eso me aterra más de lo que jamás podría hacerlo su ira.

Extiende la mano y sus dedos rozan la hendidura que acabo de dejar en la almohada.

—Lena.

No puedo mirarlo. No puedo dejar que vea la guerra que hay en mi interior. Salgo a toda prisa de la cama, sintiendo mi desnudez como una vulnerabilidad que necesito ocultar de inmediato. Cojo el albornoz de la maleta y me ato el cinturón con tanta fuerza que me duele.

—Lo de anoche fue un error —digo con voz temblorosa. Tengo la vista fija en un cuadro de la pared del fondo, negándome a encontrarme con su mirada—. Fue el hotel. La ciudad. Yo… no era yo misma.

—Eras exactamente tú misma —dice, con su voz como un estruendo grave y firme.

—No. Te odio, Razvan. No lo he olvidado. No pienses ni por un segundo que porque yo… porque nosotros… —Trago saliva, con las palabras atascadas en la garganta—. No volverá a pasar. Me lo prometo a mí misma.

Entro en el cuarto de baño y cierro la puerta con pestillo, apoyando la frente en la madera fría. Veo mi reflejo en el espejo: ojos hinchados, labios mordidos, el rubor de una mujer que fue completamente poseída hace solo unas horas. Parezco una extraña, una víctima que se ha enamorado de su jaula.

Cuando el sol se pone sobre el Neva, la «tregua» ha muerto.

La tarde transcurrió entre tensos y gélidos silencios mientras nos preparábamos para la gala benéfica. Por primera vez, Razvan no me trajo un portatrajes. Se quedó junto a la ventana, apurando un café solo, y me dijo que eligiera mi propia «armadura».

Esperaba una pelea. Tenía preparado un vestido de seda color champán, algo recatado y elegante que no gritara *Propiedad de la Bratva*. Cuando no discutió, cuando simplemente asintió y dijo: «Mientras puedas caminar con él», sentí una extraña y hueca decepción. Quería la discusión. Quería la fricción para recordar por qué lo odiaba.

Ahora, estamos en el Palacio de Invierno, o al menos en un lugar que lo parece. La gala es un mar de esmoquines y trajes largos, una mascarada de filantropía sobre cimientos de dinero manchado de sangre.

Razvan es el sol alrededor del cual orbitan todos los demás. Se mueve por la sala con una letalidad que su esmoquin no hace más que acentuar. Permanezco a su lado, con la mano apoyada en su antebrazo, con cuidado de no tocar la muñeca donde la serpiente se esconde bajo el puño de la camisa.

—Sonríe, Lena —murmura mientras nos acercamos a un grupo de jefes de familias del norte—. Los tiburones pueden olerte la culpa desde el otro extremo de la sala.

—Entonces quizá deberías dejar de estar tan cerca —susurro en respuesta.

La noche es un desfile interminable de palabras comedidas y amenazas veladas. Cada conversación es una partida de ajedrez. Siento los ojos de las esposas de mayor rango clavados en mí: fríos, evaluadores, preguntándose si la chica Sokolova es lo bastante fuerte para sobrevivir en el lecho de los Volkov. Interpreto mi papel. Asiento, bebo a sorbos un champán que no quiero y finjo que la piel no me arde allí donde Razvan me toca.

Nos vamos sobre la medianoche. La adrenalina de la actuación se desvanece y me deja agotada y en carne viva.

Nos subimos a la parte de atrás del Maybach. Mike está al volante, con los ojos alerta en el retrovisor. La ciudad está en silencio, las farolas se reflejan en el oscuro río mientras regresamos al hotel.

—Lo has hecho bien esta noche —dice Razvan, y su voz rasga la oscuridad del coche—. Está sentado en su lado del asiento, dándome el espacio que le he exigido esta mañana—. Arkady se ha quedado impresionado. Y eso es difícil de conseguir.

—No me importa si Arkady está impresionado. Quiero irme a casa, Razvan. Quiero ver a Theo.

—Dos días más, y luego nos…—

El mundo estalla.

Un repentino y ensordecedor *crac-crac-crac* hace añicos el silencio. La ventanilla lateral del Maybach se agrieta en mil líneas plateadas, pero no se rompe: es cristal blindado.

—¡Al suelo! —ruge Mike.

Antes de que pueda procesar el sonido, alguien me placa.

Razvan no piensa. No comprueba el perímetro ni espera la señal de Mike. Se abalanza sobre el asiento y su enorme cuerpo se estrella contra el mío, empujándome hacia el espacio para los pies. Cubre mi cuerpo con el suyo; su peso es un escudo aplastante y protector.

Otra ráfaga de disparos alcanza el coche. Oigo el *ping* metálico de las balas al rebotar contra el blindaje. Hiperventilo, con la cara pegada a la alfombrilla y las manos sobre las orejas.

—¡Razvan! —grito.

—No te muevas —gruñe. No me mira. Está girado, con una mano buscando la funda de la pistola en la parte baja de su espalda y la otra firmemente apoyada en mi nuca, protegiéndome el cráneo.

El coche da un volantazo violento. Mike está pisando a fondo, los neumáticos chirrían contra el asfalto. Oigo el rugido de otro motor —el de los atacantes— y luego más disparos.

Razvan no se aparta de mí ni un centímetro. Es un muro de músculo y kevlar que absorbe la vibración de cada impacto. No hay cálculo en sus ojos, ni vacilación estratégica. Es simplemente un hombre que se interpone entre una bala y la mujer que le pertenece.

Los tiradores no se quedan a pelear. Cuando Mike ejecuta un giro en J y acelera por una calle lateral, el ruido del segundo motor se desvanece.

—¡Se retiran, jefe! —grita Mike—. No querían un asedio, solo un ataque relámpago… ¿Los seguimos?

—No —dice Razvan, con la voz vibrando a través de su pecho hasta el mío. Por fin desplaza su peso; su respiración es agitada, casi dolorida—. Llévanos de vuelta al hotel. Ahora. ¿Y Mike?

—¿Sí, jefe?

—Averigua de quién era ese coche antes de que salga el sol. Quiero un nombre, y después quiero una cabeza.

Razvan me levanta del suelo. Tiemblo con tanta fuerza que me castañetean los dientes. Mi vestido está destrozado, la seda rasgada a la altura del hombro, pero no me importa. Estoy viva.

El trayecto de vuelta es una sucesión borrosa de luces azules y naranjas de las farolas. Estoy acurrucada en la esquina del asiento, con los brazos rodeándome, tiritando sin control. El shock empieza a hacer efecto y siento las extremidades como si fueran de plomo.

Siento una mano en mi hombro.

Me estremezco, pero el contacto es suave. Razvan me acerca a él. Quiero resistirme. Quiero decirle que se quede en su lado del coche. Pero no puedo. Mi cuerpo me está fallando, y lo único que se siente sólido en un mundo que acaba de intentar matarme es él.

Me sienta en su regazo y sus grandes manos me frotan los brazos y la espalda con una presión rítmica y tranquilizadora.

—Shhh —susurra en mi pelo. Es el tono más suave con el que le he oído hablar nunca—. Estás bien. Te tengo, Lena. Te tengo.

—Han intentado matarnos —sollozo, hundiendo la cara en el hueco de su cuello. El olor a pólvora y a su colonia es una mezcla aterradora y embriagadora—. Estaban ahí mismo.

—Han fracasado —dice, su voz se endurece un segundo antes de volver a suavizarse—. Nunca te alcanzarán. Te lo prometo por la vida de mi hijo.

Sigue frotándome la espalda, su pulgar traza pequeños círculos sobre mi omóplato. Susurra palabras suaves y graves en ruso; no son órdenes, sino consuelo. Sé que debería apartarme. Sé que la culpa me espera en nuestra habitación del hotel. Sé que cada segundo que paso en sus brazos es una traición a mi padre.

Pero cuando el Maybach se detiene frente al hotel y Mike apaga el motor, no me muevo. No quiero abandonar el círculo de sus brazos. Quiero quedarme aquí mismo, en el corazón de la tormenta, con el hombre que recibiría una bala por mí sin ni siquiera preguntar por qué.

Estoy metida en esto mucho más de lo que jamás imaginé. Y mientras Razvan me saca del coche y me lleva en brazos al vestíbulo, con los ojos ardiendo con un fuego protector que desafía toda lógica, me doy cuenta de que la «República de Lena» no solo ha sido invadida.

Ha sido conquistada.

23

RAZVAN

El zumbido de los motores del Gulfstream se acompasa con la irritación que me late en las sienes, un gruñido bajo y vibrante. Estamos a treinta mil pies sobre la estepa rusa, suspendidos en un tubo presurizado de cuero y caoba, y el silencio entre nosotros es tan denso que podría asfixiar a un hombre.

Estoy sentado en el enorme sillón de capitán, con el portátil abierto sobre la mesa de caoba y una hoja de cálculo con los manifiestos de transporte del Báltico brillando en la penumbra de la cabina. No he procesado ni una sola línea de datos en cuarenta minutos. La herida del enfrentamiento en el coche está cosida y me duele, pero no dejo que el dolor se note. La mirada no deja de desviárseme, mi atención se engancha en la mujer sentada a un metro de mí.

Lena está mirando por la ventanilla. No se ha movido desde que nos estabilizamos tras el despegue. No ha cogido el agua, no ha tocado el plato de salmón ahumado que la azafata le ha puesto delante y, lo que es más importante, no me ha mirado. Ni una sola vez.

Es un nuevo tipo de guerra.

En Moscú, nuestra relación era una serie de aristas afiladas. Luchaba contra mí con la mirada, con la lengua, con la forma en que se

erizaba cada vez que yo entraba en una habitación. Sabía cómo manejar eso. Entendía la fricción. Entendía el lenguaje de una cautiva arañando los barrotes. ¿Pero esto? ¿Esta anulación total y clínica de mi presencia? Me está empujando hacia un precipicio que no sabía que existía.

Ese sexo… ha cambiado la estructura molecular del aire.

Todavía puedo sentirla. La sensación fantasma de sus talones clavándose en la parte posterior de mis muslos, la forma en que se arqueó contra mí como si quisiera desaparecer dentro de mi piel. En esa habitación de hotel, las máscaras no solo se deslizaron; se desintegraron. Ella no era «la hija del traidor» y yo no era «el monstruo». Éramos solo dos personas hambrientas devorándose en la oscuridad. Pensé —ingenuamente, quizá— que sería un puente. Pensé que una vez que la hubiera reclamado tan por completo, una vez que hubiera visto la ruina absoluta de su compostura, habría un nuevo lenguaje entre nosotros.

En lugar de eso, ha borrado el alfabeto.

—Lena —digo. Mi voz es un susurro grave que atraviesa el zumbido del jet.

No parpadea. Ni siquiera aparta la vista de las nubes. Es como si el sonido de mi voz fuera mero ruido ambiental, como el viento silbando contra el fuselaje.

—Lena —repito, esta vez más alto, el filo de mi autoridad afilándose hasta convertirse en una cuchilla—. Te estoy hablando.

Gira la cabeza. Es un movimiento lento, deliberado. Sus ojos se encuentran con los míos, pero no hay nada tras ellos. Ni odio. Ni fuego. Ni el calor persistente de la cama que compartimos hace horas. Es la mirada de una desconocida observando un mueble.

—¿Sí? —pregunta. Su voz es plana. Neutra.

—El informe de seguridad para nuestra llegada —digo, señalando vagamente los papeles sobre la mesa, buscando una razón —cualquier razón— para forzar una interacción real. Lyosha nos recibirá en la terminal privada. Vamos directos a la finca. Sin paradas.

—Bien —dice.

Una palabra. Eso es todo. Vuelve a girarse hacia la ventanilla, un movimiento tan displicente que se siente como una bofetada.

Cierro el portátil de golpe. El sonido resuena en la silenciosa cabina. Quiero levantarme. Quiero inclinarme sobre ella, atraparla entre el asiento y mi cuerpo, y exigirle saber adónde ha ido. Quiero recordarle la forma en que gritó mi nombre en San Petersburgo. Quiero obligarla a reconocer que soy el hombre que recibió una bala por ella, o que, al menos, estuvo dispuesto a hacerlo.

Pero me quedo sentado. Porque, por primera vez en mi vida, me da miedo la respuesta. O peor, me da miedo que no haya respuesta. Solo esta vasta y resonante nada.

He pasado la vida dominando los miedos de los hombres. Sé exactamente cuánta presión ejercer en la garganta de un hombre para que me cuente sus secretos. Sé qué cuentas congelar para arruinar a un rival. Pero no tengo ni idea de cómo hacer que una mujer me hable cuando ha decidido que ya no ocupo la misma realidad que ella.

Me descubro obsesionándome con su perfil. La curva de su oreja. Cómo un único mechón de pelo oscuro se ha escapado de la pinza y descansa sobre la pálida columna de su cuello. Recuerdo el sabor de esa piel. Recuerdo que sabía a sal y a peonías. Mi mano se crispa en el reposabrazos, un temblor localizado de pura e inalterada necesidad.

Lo tengo todo. Y, sin embargo, estoy aquí sentado, desesperado por una sola mirada que no esté vacía.

El descenso a Moscú es gris y lúgubre, a juego con mi humor. Aterrizamos en la terminal privada bajo el manto de una ligera llovizna. El asfalto está resbaladizo y refleja las luces ambarinas de los hangares.

Lyosha está esperando. Está de pie junto al todoterreno principal, con las manos cruzadas por delante y el rostro convertido en una máscara de neutralidad profesional. Pero veo cómo se le agudiza la mirada cuando ve a Lena bajar la escalerilla. Comprueba si tiene algún daño. Me inspecciona a mí en busca de la causa.

—Jefe —retumba su voz cuando toco tierra—. Bienvenido.

—El informe —espeto, con un tono más cortante de lo habitual.

—La finca está blindada. Sin incidentes. El niño, bueno, ha sido un trasto. Ahora mismo está convencido de que la sala de juegos es una fortaleza y él es el comandante de la guardia.

Un fantasma de sonrisa tira de mis labios, la primera pizca de calidez genuina que he sentido desde la gala. —Bien. Vámonos.

El trayecto de vuelta al complejo es otro ejercicio de silencio. Lena está sentada en un rincón del todoterreno, con las manos cruzadas en el regazo. No mira la ciudad a nuestro paso. No mira las puertas reforzadas cuando se abren con un siseo para dejarnos pasar. Es un fantasma que habita su propia vida.

En cuanto el coche se detiene en el patio, ella sale. No espera a que el guardia le abra la puerta; ya está a medio camino de la entrada principal antes de que yo me haya desabrochado el cinturón de seguridad. Está huyendo. No de los guardias, sino de mí.

La sigo adentro. El aire del vestíbulo es fresco, huele a cera de abeja y a piedra antigua. Me quito el abrigo, se lo entrego a una criada silenciosa y me dirijo a las escaleras.

Lo oigo antes de verlo.

—¿Son ellos? ¿Lo son?

El correteo agudo y frenético de unos pies pequeños sobre la madera del piso de arriba. Luego, una mancha de pijama azul aparece en lo alto del rellano.

—¡Superman!

A Theo no le importa la política de la Bratva. No le importan los manifiestos de carga ni el hecho de que su padre sea un asesino. Solo ve al hombre que le prometió que volvería.

Recorre los tres últimos escalones de un solo salto temerario. Me arrodillo, con el corazón en un puño, para cogerlo en el aire. Choca contra mi pecho como una bala de cañón, y sus bracitos se aferran a mi cuello con una fuerza que me sorprende cada vez.

—¡Has vuelto! ¡Has vuelto! —chilla, escondiendo la cara en el hueco de mi cuello.

—He vuelto, Theo —murmuro.

Lo aprieto con fuerza y cierro los ojos. Huele a sol y a ese champú de fresa que Lena le pone. Es lo único puro que hay en este mundo, lo único que no me mira y ve a un monstruo.

—¿Encontraste a los dragones malos? —pregunta, apartándose para mirarme, con los ojos muy abiertos e inquisitivos—. ¿Ganaste?

—Gané, pequeñajo —digo, con la voz pastosa—. No volverán por aquí.

—Le dije a Lyosha que ganarías —dice Theo, hinchando el pecho con orgullo—. Le dije que eres el Superman más fuerte del mundo entero.

Siento un dolor extraño y localizado en el pecho. Quiero oírla. Quiero oír la palabra *papá*. Quiero el título que no es un rango, el que no se puede arrebatar con un golpe de Estado o una bala. Pero le miro la cara —la inocencia que hay en ella— y sé que no me lo he ganado. Lo he mantenido a salvo, pero también he mantenido a su madre en una jaula.

—Anda —digo, alborotándole el pelo—. Creo que alguien te ha echado de menos más que yo.

Alzo la vista y veo a Lena.

Está de pie en el umbral de la sala de juegos, al final del pasillo. Nos está mirando. Tiene las manos fuertemente apretadas delante de ella, los nudillos blancos. Observa al hombre que mató a su padre mientras sostiene a su hijo y, por un segundo fugaz y aterrador, el silencio entre nosotros se resquebraja. Veo un destello de agonía en sus ojos, una colisión de su odio por mí y su amor por el niño que tengo en brazos.

Parpadea, y las barreras vuelven a levantarse.

—Theo —dice ella en voz baja—. Ven aquí, cariño. Vamos a asearte para la cena.

Theo me da un último apretón antes de bajarse de un salto de mi regazo.

—¡Nos vemos, Razvan! Luego jugaremos a los dragones, ¿vale?

—Vale —digo.

Me quedo un momento de rodillas después de que corra hacia ella. La observo cogerlo en brazos, con sus movimientos fluidos e instintivos. No me mira mientras se lo lleva al cuarto de juegos. Ignora mi existencia.

Me levanto y me sacudo el polvo de los pantalones. Debería ir al despacho. Tengo una guerra que dirigir. Tengo una lista de nombres de San Petersburgo que deben ser borrados sistemáticamente de la faz de la tierra. Llevo el peso del imperio Volkov sobre mis hombros.

Sin embargo, me encuentro dirigiéndome sin rumbo hacia el cuarto de juegos.

No entro. Me detengo en las sombras del pasillo, apoyado en el frío muro de piedra. La puerta está entornada y proyecta una franja de

luz cálida y amarilla sobre el suelo.

Observo.

Dentro, la habitación es un caos de dinosaurios de plástico, cubos de madera y libros ilustrados. Lena está sentada en el suelo; la seda esmeralda de su vestido se extiende a su alrededor como una hoja caída. Se ha quitado los zapatos. Ahora lleva el pelo suelto y le cae en cascada sobre los hombros.

Es… diferente.

Con Theo, Lena no es una fortaleza; es un jardín. Es delicada de una forma que nunca se permite ser cuando sabe que mis ojos la observan. Se mueve sin prisas. Escucha la historia inconexa de Theo sobre un tiranosaurio y un camión de bomberos como si fuera el informe de inteligencia más importante del mundo.

Se ríe.

Es un sonido grave y melódico que vibra en el aire y se me asienta en la médula. Es el sonido de una mujer que no tiene miedo. Es el sonido de la mujer que quiero; esa que he convertido en imposible por ser el hombre que soy.

—Y entonces —dice Theo, agitando un raptor de plástico en el aire —, ¡el dragón voló hasta la luna!

—¿Hasta la luna? —pregunta Lena, con la voz llena de asombro—. Eso está muy lejos, Theo. ¿Llevaba algo de picar para el viaje?

—Llevaba una galleta —dice Theo solemnemente—. Una de chocolate.

Lena sonríe, y es como un cuchillo en mis entrañas. Está preciosa. No con la belleza fría y esculpida de la esposa de un Pakhan en una gala, sino con una hermosura cruda y radiante centrada por completo en el niño que tiene delante.

Me quedo allí una hora.

La veo ayudarle a construir una torre. La veo leerle un cuento sobre un osito perdido en el bosque. La veo besarle la coronilla cuando le entra sueño, sus labios deteniéndose ahí un instante más de lo necesario.

Sabe que estoy aquí. Lo noto en la forma en que mantiene los hombros ligeramente tensos, en la forma en que nunca le da la espalda por completo a la puerta. Pero se niega a darme la satisfacción de reconocer mi presencia. Me está enseñando lo que me estoy perdiendo. Me está enseñando la vida que existe justo fuera de mi alcance, una vida que puedo proteger, pero a la que nunca podré unirme de verdad.

Soy el guardián del jardín, pero soy a quien se le prohíbe la entrada.

Pienso en San Petersburgo. Pienso en el tacto de su piel contra la mía, en cómo se le entrecortaba la respiración cuando la tocaba. Ahora me doy cuenta de que en esa cama no solo estaba olvidando: estaba escapando. Me estaba utilizando para consumir la realidad de su vida.

Y ahora que el fuego se ha extinguido, solo quedan las cenizas.

Me aparto de la puerta. Siento el pecho oprimido, como si el chaleco de kevlar que llevaba en el coche siguiera ceñido a mis costillas, asfixiándome.

Recorro el pasillo hasta mi despacho. La habitación está oscura, huele a tabaco y a papel viejo. Me siento detrás del enorme escritorio de caoba, el asiento del poder. Miro la pantalla del ordenador, los datos, los mapas de los territorios que me pertenecen.

Lo tengo todo. Tengo el dinero, los hombres, el miedo de mis enemigos.

Pero mientras estoy sentado en la oscuridad, con el eco de la risa de Lena en mi mente, me doy cuenta de que soy el hombre más pobre de Moscú.

Cojo el teléfono. Tengo que cobrarme una cabeza. Tengo que enviar un mensaje al Norte. Tengo que volver a ser el monstruo. Porque si no puedo tener el amor de la mujer de la habitación de al lado, me aseguraré de que permanezca a salvo en la jaula que he construido para ella.

—Lyosha —digo cuando lo coge—. Los Petrov. Empieza por el hijo mayor. Lo quiero hecho antes del amanecer.

Cuelgo. El silencio del despacho es absoluto.

Soy el Pakhan. Soy el más fuerte.

Y nunca me he sentido tan fantasma.

24

LENA

El reloj digital de la mesilla de noche es un pulso de neón burlón en la oscuridad. *3:14 de la madrugada.*

Estoy tumbada en el mismo borde del colchón, la «República de Lena» reducida a una estrecha franja de seda y sombra. Mi cuerpo es un muelle enroscado, cada músculo vibra con una inquietud que parece rascarme los huesos. A mi lado, la vasta extensión de la cama *king-size* está vacía, pero el fantasma de la presencia de Razvan está por todas partes.

Durante tres días, he sido un fantasma en esta casa. He perfeccionado el arte de la mirada vacía. Lo he ignorado con la mirada durante la cena, he hecho caso omiso a sus preguntas sobre mi día y me he movido por los pasillos como si no fuera más que un pilar estructural de la finca.

Esperaba una explosión. Esperaba que estallara, que me sujetara la barbilla y me obligara a mirarlo, que me recordara con un rugido o una amenaza que él es el Pakhán y yo soy su propiedad. Quería al monstruo. *Necesitaba* al monstruo. Si él es un monstruo, entonces mi odio es un escudo legítimo. Si es un monstruo, entonces la forma

en que mi corazón se acelera cuando oigo sus botas en la escalera es solo un instinto de supervivencia.

Pero no ha reaccionado. Ha sido… paciente. Ha guardado silencio. No ha forzado ni una sola palabra ni un solo roce desde que volvimos de San Petersburgo. Y esa paciencia es la tortura más cruel de todas, porque me hace recordar al hombre que se interpuso entre una lluvia de balas y yo. Me hace recordar al hombre que sostiene a Theo como si el niño estuviera hecho de cristal.

—Ha matado a tu padre —susurro en la oscuridad, un mantra para serenar mi alma—. Te mantuvo en una mazmorra. Te obligó a ponerte un anillo en el dedo cuando la sangre de tu padre apenas se había secado en el suelo.

Pero entonces mi mente traicionera me devuelve al hotel. A la forma en que me miró cuando estaba desnuda y temblando en sus brazos. A la forma en que gruñó *«zayka»* contra mi piel como si yo fuera lo único que lo mantenía anclado a la tierra.

¿Por qué mi cuerpo no se da por aludido? ¿Por qué el olor a su colonia de sándalo que perdura en las almohadas hace que se me revuelva el estómago con un calor nauseabundo y meloso?

La pesada puerta de roble de la suite principal se abre con un crujido.

Al instante, aprieto los ojos, ralentizando mi respiración hasta la cadencia rítmica y superficial del sueño. Me pongo de lado, de espaldas a la puerta, y me subo el edredón hasta las orejas. Mi corazón es un pájaro frenético que se golpea contra la jaula de mis costillas.

Oigo sus pasos. No son las zancadas habituales y mesuradas de un depredador. Son pesadas. Ligeramente desiguales. Hay algo en el sonido, como un arrastre, que hace que se me erice el vello de los brazos. Se detiene a los pies de la cama.

Un gemido largo y bajo rasga el silencio; un sonido de dolor genuino y descarnado que nunca me dejaría oír si creyera que estoy despierta.

Me quedo helada. No te muevas. Deja que se duerma. No derribes el muro.

Siento cómo se hunde el colchón. Está de pie justo a mi lado de la cama. Una sombra se proyecta sobre mí, bloqueando la tenue luz de la luna que entra por la ventana. Entonces, una mano —grande, callosa y ligeramente temblorosa— se acerca. Sus dedos me rozan la coronilla, un roce tan ligero que es casi una plegaria. Me acaricia el pelo, apartándome los mechones de la frente con una ternura que se siente como una traición a todo lo que sé de él.

Vuelve a gemir, una inspiración aguda y entrecortada, y retira la mano. Intenta levantarse, pero oigo cómo su rodilla cede ligeramente contra el armazón de la cama.

Y entonces, lo huelo.

No es sándalo. Es el penetrante y metálico aroma a hierro. Es el olor de la mazmorra. Es el olor del suelo del despacho de mi padre.

Sangre.

Antes de que pueda contenerme, antes de que la «República» pueda ordenarme que me detenga, me incorporo. Me giro, con los ojos muy abiertos y frenéticos en la oscuridad.

—¿Razvan?

Se queda helado, medio encorvado, agarrando el poste de la cama con tanta fuerza que la madera cruje. Me mira, con el rostro pálido y cubierto de sudor a la luz de la luna. Lleva la camisa de vestir desabrochada hasta la mitad y le cuelga de un hombro.

—Vuelve a dormir, Lena —grazna. Su voz está destrozada, es una versión vacía de su barítono habitual.

—Estás sangrando —digo, con la voz quebrada por un pánico que no puedo reprimir. Cruzo la cama a toda prisa, sin hacer caso de que el camisón de seda se me sube por los muslos—. ¿Por qué tienes sangre? ¿Qué ha pasado?

—No ha pasado nada. Estoy bien.

—¡No me mientas! —le espeto, alargando la mano para cogerle del brazo.

Hace una mueca de dolor, un siseo se le escapa entre los dientes, y es entonces cuando la veo. La seda blanca de su camisa está empapada en el costado izquierdo, una mancha oscura y creciente de color carmesí que parece negra en la penumbra.

Es la herida del tiroteo. El «rasguño» que me dijo que no era nada. La herida a la que le ha estado quitando importancia durante días mientras me llevaba en avión por todo el país y lidiaba con una guerra de la Bratva. Ha estado caminando por ahí con un agujero en el costado, fingiendo ser invencible, y ahora, por fin, la herida ha reclamado su tributo.

—Siéntate —ordeno.

Me mira y un destello de su antiguo y arrogante yo baila en sus ojos a pesar de la agonía. —¿Desde cuándo me das órdenes, *zayka*?

—¡Desde que te estás desangrando sobre mi carísima alfombra! Sién. Ta. Te. Ahora.

Para mi total asombro, obedece. Se desploma en el borde del colchón con un golpe sordo y deja caer la cabeza. El cambio en nuestra dinámica es tan repentino que marea. Durante meses, él ha sido la montaña, la fuerza inamovible. Ahora es un hombre. Solo un hombre. Y le duele.

Corro hacia el cuarto de baño y vuelvo segundos después con un botiquín de primeros auxilios y un cuenco de agua tibia. Me tiemblan tanto las manos que el esparadrapo repiquetea en la caja.

—Quítate la camisa —digo, arrodillándome entre sus piernas en el suelo.

Forcejea con los botones, con los dedos torpes y rebeldes. Gruño de frustración y le aparto las manos, mientras mis propios dedos vuelan sobre la seda. Retiro la tela y tengo que morderme el labio para no gritar.

La herida es espantosa. No era un rasguño. La bala le había arrancado un trozo de carne del costado, y los puntos —probablemente puestos a toda prisa por un médico de campaña— se habían abierto por completo. La zona está amoratada, hinchada, y mana sangre fresca.

—Idiota —susurro, mientras la ira y el miedo se mezclan en un cóctel volátil en mi pecho—. Soberano y arrogante idiota. ¿Has estado andando por ahí así? ¿Durante tres días?

—Tenía cosas… de las que ocuparme —gruñe. Se apoya en los codos y me observa con los ojos entornados—. Los Petrov tenían que entender el coste del incidente de San Petersburgo.

—¡Me importan un bledo los Petrov! Podrías haber cogido una infección. ¡Podrías haberte desmayado mientras sostenías a Theo!

La mención de nuestro hijo hace que su expresión se suavice por un instante. No le doy tiempo a responder. Humedezco un paño en el agua y empiezo a limpiar la herida.

La tensión en la habitación es asfixiante. Estoy a centímetros de él, con la cara a la altura de su abdomen. Siento el calor que irradia su piel, el rítmico ascenso y descenso de su pecho. Cada vez que toco la sangre, sus músculos abdominales se contraen y se marcan bajo mi mano, un testimonio silencioso del dolor que se niega a expresar.

—Lo siento —mascullo cuando se estremece al aplicarle el antiséptico.

—No lo sientas —dice. Extiende la mano, la deja suspendida sobre mi hombro antes de posarla finalmente allí. Su pulgar recorre la línea de mi clavícula, un movimiento lento y pesado que me provoca un tipo diferente de escalofrío—. Me gusta que me toquen tus manos, Lena. Incluso cuando intentan hacerme daño.

—Cállate, Razvan.

Trabajo en silencio durante los siguientes veinte minutos. Vuelvo a coser el desgarro con una aguja e hilo del botiquín; mis manos se calman a medida que la adrenalina de la tarea se apodera de mí. Estoy concentrada, aséptica, pero la vulnerabilidad del momento es un peso en mi pecho. Me está dejando hacer esto. Está aquí sentado, sangrando y roto, confiándome una aguja cerca de sus órganos vitales.

A mí. La mujer que ayer le dijo que lo odiaba.

Cuando por fin pego el nuevo vendaje con esparadrapo, estoy agotada. Me siento sobre los talones, limpiándome una mancha de su sangre del pulgar.

—Ya está —digo con voz temblorosa—. Está limpio. Pero tienes que quedarte quieto. Nada de Petrovs. Nada de dragones con Theo. Te quedas en esta cama.

—Quédate conmigo —dice.

No era una orden. Era una súplica.

Lo miro. Sus ojos son oscuros, escrutando los míos, despojados de toda la armadura del Pakhan. Parece cansado. Parece un hombre que ha estado llevando el mundo sobre sus hombros y solo quiere dejarlo por cinco minutos.

—Tengo que lavarme las manos —digo, levantándome rápidamente.

Me retiro al cuarto de baño y me froto la sangre de la piel con movimientos frenéticos. Me miro en el espejo. Tengo el pelo

revuelto, los ojos muy abiertos y el corazón a gritos. *Vete. Vete a la habitación de invitados. No vuelvas a entrar ahí.*

Pero cuando vuelvo a entrar en el dormitorio, él ya se ha metido bajo las sábanas. Está tumbado boca arriba, con los ojos cerrados y la respiración agitada. Creo que está dormido, así que me dirijo hacia la puerta con la intención de huir.

—Lena.

Su voz es un sonido bajo y dolido, casi un fantasma. Extiende la mano a ciegas por la cama, buscando la mía.

—Por favor. Solo una hora.

La «República de Lena» se desmorona hasta hacerse polvo. Me acerco a la cama y me meto de nuevo, manteniendo toda la distancia que puedo. Pero en cuanto me acomodo, se mueve. Con un gemido de dolor, se gira sobre un costado y tira de mí hacia él.

No intenta iniciar nada. Solo acurruca la cabeza en el hueco de mi cuello, rodeándome la cintura con el brazo y pegándome a su calor. Gime contra mi piel; un sonido de puro y desesperado alivio, como si mi presencia fuera lo único que detiene el dolor.

—Necesitaba esto —murmura, con su aliento caliente contra mi oreja—. Te necesitaba a ti.

Debería apartarlo. Debería recordarle la sangre en el suelo de la casa de mi padre. Pero en el silencio de la noche, con su corazón latiendo contra mi espalda y su brazo manteniéndome a salvo, el odio se siente como un abrigo pesado que estoy cansada de llevar.

Cierro los ojos y, por primera vez en meses, no lucho contra la atracción.

El cambio se produce en algún momento bajo la luz gris azulada del amanecer.

No sé quién empezó. Quizá fue la forma en que me giré entre sus brazos para comprobarle el vendaje. Quizá fue la forma en que su mano se deslizó por mi muslo, con un tacto interrogante en lugar de exigente.

Pero, de repente, el aire de la habitación ya no solo está cargado de dolor. Está denso por un hambre desesperada y frenética.

Me besa, y no es la conquista del hotel. Es una exploración lenta, hambrienta. Sabe a hierro y a menta, y me descubro atrayéndolo hacia mí, con mis dedos enredándose en su pelo y mi cuerpo arqueándose hacia el suyo a pesar de la herida que nos separa.

—Razvan, tu costado… —jadeo contra su boca.

—Que le jodan a mi costado —gruñe.

Se mueve con una gracia cuidadosa y deliberada, colocándose sobre mí para no apoyar peso en su herida. Me quita el camisón con manos temblorosas y sus ojos me devoran en la pálida luz.

—Eres lo único que tiene sentido —susurra, mientras sus labios descienden por el centro de mi pecho—. Lo único que no es mentira.

Cuando entra en mí, no es un acto de posesión. Es una vuelta a casa. Es lento, rítmico y agónicamente profundo. Le rodeo la cintura con las piernas, clavándole los talones en los glúteos, atrayéndolo tan profundo como puede llegar. Cada embestida es una vibración de sensación que viaja desde mi centro hasta los dedos de los pies, convirtiendo mis huesos en líquido.

Observo su rostro. Tiene los dientes apretados, los ojos clavados en los míos, un brillo de sudor en la frente. Puedo ver el ramalazo de dolor cuando se mueve demasiado hacia la izquierda, pero no para. Está concentrado en mí: en la forma en que se me entrecorta la respiración, en la forma en que mis ojos se ponen en blanco, en la forma en que me estoy desmoronando bajo él.

—Mírame, Lena —dice con voz ronca, sujetándome las manos contra las almohadas—. Dime que eres mía.

—Estoy aquí —sollozo, mientras mi clímax empieza a crecer como una aterradora marea de calor—. Razvan… estoy aquí.

Para él es suficiente. Acelera el ritmo, su respiración se convierte en un gruñido rítmico y animal. La fricción es perfecta, el calor es absoluto, y cuando por fin me rompo, gritando su nombre en la silenciosa habitación, él me sigue. Hunde la cara en mi cuello, su cuerpo se estremece con una liberación que parece que lo está desgarrando, sus músculos internos se contraen a mi alrededor en un abrazo final y desesperado.

Permanecemos tumbados mientras el sol empieza a desangrarse sobre el horizonte, pintando la habitación en tonos violetas y dorados.

Espero a que llegue la culpa. Espero a que vuelvan las náuseas, a que el recuerdo de mi padre me grite en los oídos. Pero mientras miro a Razvan —ahora dormido de verdad, con el rostro en paz por primera vez desde que lo conocí—, todo lo que siento es una claridad profunda y aterradora.

No puedo fingir que esto no significa nada.

Me levanto, con el cuerpo dolorido de una forma que se siente como un recordatorio de cada momento que acabamos de compartir. Me acerco a la ventana y contemplo el amanecer sobre el horizonte de Moscú.

Voy a ir a ver a Theo ahora. Voy a ser madre. Voy a vivir la vida que me han dado.

Vuelvo a mirar al hombre en la cama. El monstruo. El protector. El marido.

No lo odio. Dios me ayude, no lo odio en absoluto.

Y al salir de la habitación, dejo de intentar fingir que sí. La República ha caído. Y, por primera vez, creo que podría ser libre de verdad.

25

RAZVAN

El frío del otro lado de la cama me golpea antes incluso de abrir los ojos.

Extiendo la mano, y la palma se me desliza por las sábanas de seda en busca del calor de su piel, pero solo encuentro un persistente aroma a peonías y la hendidura que su cabeza ha dejado en la almohada, que se desvanece poco a poco. La habitación todavía está bañada en la azulada y fantasmal luz de las cuatro de la madrugada. El corazón me da un vuelco. Desde lo de San Petersburgo, mi alarma interna está programada para activarse con el sonido de cristales rotos y disparos, pero la casa está en silencio. Demasiado silencio.

Salto de la cama en un segundo, sin molestarme en ponerme una bata ni zapatos. Ya estoy a medio pasillo, en dirección al cuarto del niño, antes de que mi cerebro se ponga al día con mis pies. Cada sombra parece un intruso; cada crujido de las tablas del suelo suena como una amenaza. Empujo la puerta de la habitación de Theo con tanta fuerza que golpea el tope con un ruido sordo.

—¿Lena? —mi voz es un susurro grave y quebrado.

Está sentada al borde de la cama, de espaldas a mí. La lamparita de la mesilla de noche está atenuada y proyecta un pálido resplandor

amarillo sobre la escena. No se sobresalta. Ni siquiera se gira. Está inclinada sobre Theo, y su mano se mueve en un círculo lento y rítmico sobre su pecho.

—Está ardiendo, Razvan —susurra.

Me acerco a la cama y de repente siento como si tuviera los pulmones llenos de arena mojada. Lo miro. La cara de Theo ya no está pálida. Es de un carmesí intenso y aterrador. Sus rizos están pegados a la frente por el sudor y su respiración consiste en jadeos cortos y húmedos que retumban en su diminuto pecho.

—¿Qué quieres decir con que está ardiendo? —pregunto. Me inclino y le cubro toda la frente con mi enorme mano.

El calor es un impacto físico. Es como tocar el capó de un coche a mediodía en julio. El contacto me quema la piel. Retiro la mano como si me hubieran marcado a fuego y el corazón me martillea las costillas con tanta fuerza que duele.

—¿Cuánta fiebre tiene? ¿Le has tomado la temperatura? ¿Dónde está el aparato? —empiezo a buscar por la habitación con movimientos bruscos y descoordinados. Soy el Pakhan. Organizo palizas en tres continentes. Gestiono millones de dólares en activos imposibles de rastrear. Pero ahora mismo, no recuerdo dónde cojones guardamos el termómetro.

—Se la he tomado, Razvan. Tiene 39,7 —dice Lena. Su voz es firme, pero noto la tensión en ella—. Ya le he dado la medicina, pero todavía no ha empezado a hacer efecto.

—¿Casi cuarenta? —grito el número, y el sonido retumba en las paredes—. Eso es demasiado alto. Se le va… a freír el cerebro, Lena. Tenemos que hacer algo. ¿Por qué estás ahí sentada sin más? Necesitamos un médico. No, voy a llamar al jefe de pediatría del hospital estatal. Haré que traigan a un especialista en avión.

—Razvan, respira —dice, mirándome por fin. Tiene los ojos cansados y enrojecidos—. Es fiebre. Los niños tienen fiebre.

—No así —replico con brusquedad, y cojo el teléfono de la pared. Me tiemblan los dedos. Ni siquiera acierto a pulsar los botones correctos de la línea interna de la puerta de seguridad—. Está temblando. Mírale las manos, Lena. ¿Por qué le tiemblan las manos? ¿Está sufriendo una convulsión? ¿Se está muriendo?

—Son escalofríos porque su cuerpo está luchando contra la infección —me explica, y se levanta para coger un cuenco de agua y un paño del tocador—. Es normal. Por favor, deja de moverte de un lado para otro. Lo estás poniendo nervioso.

No paro. No puedo. Camino de la ventana a la puerta, de un lado a otro, con las manos en el pelo. Cada vez que Theo suelta un pequeño gemido, me estremezco. Siento que las paredes se me echan encima. He visto a hombres desangrarse delante de mí. He visto miembros amputados y vidas acabadas en un abrir y cerrar de ojos, y nunca he perdido la calma. Pero ¿esto? ¿Este niño diminuto, luchando por respirar en una cama que parece demasiado grande para él? Se me está cayendo el alma a pedazos.

—¿Dónde está el médico? —rujo al teléfono cuando el médico de la casa finalmente contesta—. Suba ahora mismo. Si no está en esta puerta en sesenta segundos, haré que Lyosha lo arrastre hasta aquí del cuello. ¡Mi hijo está ardiendo! ¿Me oye? ¡Mi hijo!

Cuelgo el teléfono de un golpe y vuelvo corriendo a la cama. Le arrebato a Lena el paño de la mano, casi volcando el cuenco.

—Lo haré yo. Déjame a mí —murmuro. Presiono el paño frío contra la cara de Theo, pero mis manos son demasiado pesadas, demasiado torpes. Intento ser delicado, pero estoy vibrando con una energía frenética y salvaje.

—Razvan, estás apretando demasiado —dice Lena en voz baja, alargando la mano para sujetarme la muñeca.

—No puedo perderlo —susurro. Las palabras se me desgarran en la garganta, crudas y sangrantes. La miro y, por primera vez, no me

importa que vea la ruina de mi interior—. Lena, míralo. Es tan pequeño… Si su corazón se para… No puedo. No lo sobreviviré.

—No se va a morir —dice ella, pero ya no la escucho. Estoy cayendo en picado. Me hundo en un pozo oscuro donde todo lo malo que he hecho vuelve para cobrar la deuda.

—Es esto, ¿verdad? —Empiezo a caminar de un lado a otro otra vez, con la voz cada vez más alta—. Este es el precio. Por todo lo que te hice. Por los hombres que enterré. Dios me lo está quitando para vengarse de mí. Me quita lo único bueno que he tenido porque no merezco ser padre.

—Razvan, para —suplica Lena, poniéndose de pie para bloquearme el paso—. Esto no funciona así. Es solo un virus.

—¡Ni siquiera estuve allí! —grito, el dolor por fin abriéndose paso a través de la ira. Me detengo y apoyo la frente contra el frío cristal de la ventana, con los hombros sacudidos por los sollozos—. No estuve cuando nació. No vi sus primeros pasos. Me pasé tres años siendo un fantasma mientras él crecía, y ahora que por fin lo tengo, se me está escapando. Ni siquiera le he oído llamarme «papá» todavía. Ni una sola vez. Me llama Superman. Cree que puedo hacer cualquier cosa, ¡pero no puedo parar ni una puta fiebre!

Me doy la vuelta y siento el rastro ardiente y punzante de las lágrimas en la cara. Soy un hombre hecho y derecho. Soy el Pakhan de la Bratva de Moscú. Y estoy sollozando en un cuarto infantil porque me aterroriza la temperatura de un niño pequeño.

—Lo quiero tanto que siento como si me estuvieran abriendo el pecho con un cuchillo sin filo —digo con voz ahogada, tambaleándome hacia ella—. No sabía que sería así. Pensé que podía simplemente poseerlo, como poseo todo lo demás. Pero es él quien me posee a mí. Cada aliento que toma es mío. Si deja de respirar, estoy muerto. Ya estoy muerto, Lena.

Me dejo caer al suelo, con la espalda contra el marco de la cama y la cabeza entre las manos. Soy un manojo de nervios a flor de piel y poder inútil. Nunca me he sentido más pequeño. Nunca me he sentido más humano.

Lena se agacha a mi lado. No se ríe. No me dice que sea un hombre. Simplemente me rodea el cuello con los brazos y atrae mi cabeza hacia su hombro. Siento sus propias lágrimas mojándome la piel, su cuerpo temblando contra el mío.

—No pasa nada —solloza, abrazándome con fuerza—. Está bien tener miedo. Yo también tengo miedo. Pero es fuerte, Razvan. Es un luchador, igual que tú. Es solo fiebre. Te lo prometo, es solo fiebre.

—No lo sabes —gimo contra su cuello, aferrándome a ella como si fuera lo único sólido en un mundo que se ha vuelto líquido.

—Sí que lo sé. Lo he pasado una docena de veces sin ti —susurra, con la voz convertida en una mezcla de consuelo y un pequeño y afilado recordatorio de lo que me perdí—. Le dan fiebres altas cuando le salen los dientes o cuando se resfría. Se va a poner bien. Solo respira conmigo. Por favor, Razvan. Por mí. Por él.

Lo intento. Tomo una bocanada de aire entrecortada y huelo su perfume; la familiaridad de su aroma actúa como un ancla. Permanecemos sentados en el suelo durante un buen rato, con el único sonido del suave zumbido del humidificador y la respiración fatigosa de Theo sobre nosotros. El médico entra, con cara de pánico, pero Lena se encarga de él. Lo dirige con una autoridad tranquila mientras yo me quedo sentado, con la mano agarrando el piececito caliente de Theo a través de la manta.

El médico confirma lo que ella ha dicho. Una otitis. Común. No es mortal. Le administra un antifebril más fuerte y comprueba las constantes vitales, asintiendo hacia mí con una mano temblorosa antes de marcharse por la puerta.

No me muevo. Me quedo ahí mismo, en el suelo, hasta que el médico se va y la habitación vuelve a estar en silencio.

—Le está bajando la fiebre —susurra Lena una hora más tarde.

Me levanto, con las piernas pesadas como el plomo. Me inclino sobre la cama. Vuelvo a tocarle la frente. El calor abrasador se ha desvanecido hasta convertirse en un cálido resplandor. Su respiración se ha suavizado; el estertor ha sido reemplazado por un ronquido suave y rítmico. Se remueve en sueños, su pequeña mano se estira y me agarra el pulgar.

El alivio es tan violento que siento que voy a vomitar. Me inclino y le doy un beso en sus rizos húmedos, cerrando los ojos.

—Está bien —respiro—. De verdad que está bien.

—Está bien, Razvan —dice Lena. Parece agotada, con el rostro pálido bajo la luz de la madrugada.

—Ven aquí —digo, buscándola con la mano.

No la llevo de vuelta a nuestra habitación. No puedo dejarlo. Todavía no. Me meto en la pequeña cama individual, moviendo a Theo hacia el centro. Lena se mete por el otro lado. Apenas cabemos —mi gran cuerpo casi no cabe en el colchón—, pero no me importa. Paso un brazo alrededor de Theo y el otro alrededor de Lena, atrayéndolos a ambos al círculo de mi cuerpo.

—Siento haberme vuelto loco —murmuro en la oscuridad.

—No lo sientas —dice, con la cabeza apoyada en mi pecho—. Es la primera vez que te veo de verdad, Razvan. No a quien todo el mundo dice que eres. Solo a ti. Solo al padre.

—Es mucho más difícil de lo que pensaba. Incluso más que ser Pakhan —admito.

—Sí —suspira—. Lo es.

Theo se remueve entre nosotros, su pequeño cuerpo por fin relajado. Balbucea algo en sueños, una palabra sin sentido que suena un poco a «mamá», y luego se vuelve a acomodar. Lo observo durante horas, mirando cómo sube y baja su pecho, asegurándome de que a cada respiración le siga otra.

Pienso en los años que perdí. Pienso en el hombre que era antes de conocer el peso de la mano de este niño en la mía. Yo era un cascarón vacío, lleno únicamente de ambición y sangre. Creía que era poderoso porque la gente me temía. Pero no era nada.

El poder no es la capacidad de matar. Es la capacidad de que algo te importe tanto que su dolor se convierta en el tuyo. Es el terror de perder un trozo de tu corazón que vive fuera de tu cuerpo.

—No volveré a dejarlo solo nunca más —susurro, aunque ambos están dormidos—. No volveré a dejaros a ninguno de los dos.

Cuando el sol empieza a asomar por las cortinas, pintando el cuarto infantil de suaves tonos rosas y dorados, por fin siento que mis propios ojos empiezan a pesarme. La angustia se ha extinguido, dejando tras de sí una resolución tranquila y firme.

Ahora sé quién soy. Soy el hombre que reducirá el mundo a cenizas para mantener esta habitación a salvo. Soy el hombre que matará a cualquiera que intente arrebatarnos esta paz. Pero también soy el hombre que llora cuando su hijo tiene fiebre.

Nos arropo a los tres con la manta. Por primera vez en mi vida, no sueño con sangre ni traiciones. No sueño con la serpiente de mi muñeca ni con los enemigos a las puertas.

Solo sueño con la respiración tranquila de las dos personas que por fin me han enseñado a vivir.

Cuando me despierto unas horas más tarde, la habitación está inundada de luz. Theo está sentado, frotándose los ojos, con un aspecto perfectamente sano. Me ve y una enorme sonrisa se extiende por su cara.

—¡Superman! ¡Estás durmiendo en mi cama!

—Sí, lo estoy —digo, con la voz ronca pero cálida.

Lena se remueve a mi lado, parpadeando ante la luz. Mira a Theo, luego a mí, y una pequeña y genuina sonrisa asoma a sus labios. No es una máscara. No es una tregua. Es real.

—¿Cómo te encuentras, monito? —pregunta, alargando la mano para revolverle el pelo.

—Hambriento —anuncia Theo—. ¡Quiero tortitas! ¡De las grandes!

—Creo que Superman puede encargarse de eso —dice Lena, y sus ojos se encuentran con los míos por encima de la cabeza de Theo. Hay una ternura en ellos, un alivio compartido que debería hacerme sentir ligero.

En cambio, siento como si una soga se me apretara alrededor del cuello.

—Voy a poner en marcha la cocina —digo, con una voz que suena hueca incluso para mis propios oídos.

Me pongo de pie, estirando mis músculos doloridos. Siento una punzada en el costado —la herida que sufrí por ellos— y, por primera vez, el dolor no lo siento como una medalla de honor. Lo siento como una advertencia.

La observo revolverle el pelo, los dos enmarcados por la pálida luz de la mañana, y una claridad fría y nauseabunda me inunda. He pasado la vida eliminando mis vulnerabilidades. He quemado puentes, ejecutado a traidores y dormido con una pistola bajo la almohada para asegurarme de no tener aristas a las que un enemigo pudiera aferrarse.

¿Y ahora? Soy todo aristas.

Cada respiración que Theo toma es un segundo pulso que tengo que proteger. Cada sonrisa que Lena me dedica es un mapa para que

Viktor, o los italianos, o cualquier soldado callejero con ambición sepa exactamente dónde clavar el cuchillo. Ya no soy solo el Pahkan. Soy un hombre con dos corazones que laten fuera de su propio pecho y, en Moscú, eso me convierte en un hombre muerto.

—¿Razvan? —pregunta Lena, percibiendo el cambio. No sé cómo lo ha hecho, pero lo ha hecho. La calidez de sus ojos parpadea con una repentina y aguda incertidumbre.

No respondo. No puedo. La angustia de la fiebre se ha transformado en algo mucho más peligroso: una posesividad depredadora y asfixiante.

Si ellos son mi debilidad, tengo que enterrar esa debilidad tan hondo que nadie pueda encontrarla. Tengo que hacerla mía, no solo por contrato, no solo por un trauma compartido, sino por absorción total y absoluta. Necesita estar tan cerca de mí que un asesino no pueda distinguir dónde acabo yo y dónde empieza ella. Si estoy perdiendo la cabeza por esto —por ellos—, entonces me aseguraré de que el resto del mundo esté demasiado aterrorizado como para siquiera mirar en su dirección.

Camino hacia la puerta, pero no miro atrás. Mi mente ya ha dejado atrás las tortitas y las nanas. Pienso en el perímetro de seguridad. Pienso en los hombres que tengo que matar antes de que el sol salga del todo, solo para recordarle a la ciudad quién soy.

Creía que estaba ganando porque la fiebre había remitido.

Pero mientras bajo las escaleras hacia las sombras de mi imperio, me doy cuenta de que la verdadera guerra no ha hecho más que empezar. Ya no lucho solo contra mis enemigos. Lucho contra el hecho de que reduciría el mundo entero a cenizas solo para mantener caliente esa pequeña habitación.

Y nunca me ha aterrorizado más lo que soy capaz de hacer para protegerlos.

26

LENA

La luz de la mañana en la finca siempre parece más fría que en la ciudad. Aquí fuera no hay rascacielos que corten el viento ni el zumbido del tráfico que enmascare el silencio. Estoy de pie junto a los ventanales de mi habitación, observando cómo la niebla se extiende sobre los cuidados jardines como un sudario. Pero en realidad no veo el césped.

Lo veo a él.

Veo a Razvan desplomado en el suelo del cuarto del niño, con la cabeza entre las manos y los anchos hombros sacudidos por el tipo de sollozos que destrozan a un hombre.

No puedo quitármelo de la cabeza. He pasado meses construyendo una jaula para mi corazón, reforzando los barrotes con cada recuerdo de la mazmorra, cada palabra fría que pronunció y la inquietante imagen del cuerpo de mi padre. Me dije a mí misma que era un monstruo. Un asesino de sangre fría que no sentía nada más que el hambre de poder y el peso de su propio legado.

Pero entonces lloró. Lloró por Theo. Admitió que estaba aterrorizado. Bajo la luz azul del cuarto del niño, no era el Pakhan; era un hombre que se ahogaba en un amor tan inmenso que lo asfixiaba.

¿Por qué soy así? Apoyo la frente en el cristal y siento el frío filtrarse en mi piel. ¿Por qué me duele el corazón cuando pienso en su cara? ¿Por qué quise acercarlo a mí y decirle que todo iría bien?

Él mató a mi padre. Por su culpa soy prisionera en esta casa. Es el hombre que me obligó a ponerme un anillo, usando la vida de mi hijo como moneda de cambio para asegurarse de que nunca me marcharía. Nada estará nunca bien entre nosotros. Esto no es un matrimonio de conveniencia ni un acuerdo educado: es una conquista. Puso la espada en el cuello de todo lo que amaba y exigió que dijera «sí, quiero». Debería odiarlo hoy más que ayer. Pero, en lugar de eso, el odio está siendo desplazado por otra cosa, algo cálido y aterrador que me acelera el pulso cada vez que oigo sus pasos en el pasillo.

Me está devorando viva. Este vaivén, este tira y afloja entre mi lealtad a los muertos y mi deseo por los vivos. Cada vez que creo que he encontrado mi equilibrio, él hace algo humano y el suelo vuelve a desaparecer bajo mis pies.

Unos suaves golpes en la puerta interrumpen mi espiral.

—Pasa —digo, enderezando la postura y secándome una lágrima furtiva que no me había dado cuenta de que había caído.

Es Maria. Me mira con una extraña y consciente lástima que normalmente me molesta, pero hoy estoy demasiado cansada para que me importe.

—El Pakhan solicita su presencia para la cena de esta noche, Lena —dice—. En el comedor privado. A las ocho.

Frunzo el ceño y siento un pequeño vuelco nervioso en el estómago.

—¿Con el consejo? ¿O con los lugartenientes?

Maria niega con la cabeza.

—No. Solo ustedes dos. Ha sido muy específico en eso.

Mientras se va, me doy cuenta de que ya me estoy moviendo hacia el armario. Mi mente ya está repasando mis vestidos. ¿El de seda negro? No, demasiado de luto. ¿El rojo? Demasiado agresivo. ¿Quizá el esmeralda?

Me detengo a medio paso, con la mano suspendida sobre una percha. *¿Qué estás haciendo?*, me regaño a mí misma. *No debería importarte qué aspecto tienes para él. No deberías querer estar guapa para el asesino de tu padre.*

Pero quiero. Quiero ver cómo se le oscurecen los ojos cuando entre en la habitación. Quiero ver ese destello de hambre que me dice que tengo poder sobre él, aunque solo sea por un segundo. Es una enfermedad. Me estoy volviendo adicta al mismo hombre que destruyó mi vida.

Paso la tarde aturdida hasta que el reloj da las ocho. El comedor privado es pequeño, íntimo y está iluminado casi por completo por velas. El aroma a vino caro y carne asada impregna el aire, pero yo solo huelo el sándalo que siempre parece seguirlo.

Razvan ya está allí, de pie junto al aparador. Se ha quitado la chaqueta del traje y lleva las mangas de la camisa blanca remangadas hasta los codos, dejando al descubierto la tinta oscura de sus antebrazos. Parece cansado, pero el pánico en carne viva de la otra noche ha sido reemplazado por una intensidad tranquila y concentrada.

Levanta la vista cuando entro y el mundo se detiene por un latido. Sus ojos recorren mi vestido esmeralda, deteniéndose en la curva de mi cuello antes de encontrarse con mi mirada.

—Has venido —dice. Su voz es un murmullo grave que vibra en mi pecho.

—No sabía que tuviera elección —respondo, intentando mantener la voz firme—. Me dirijo a la mesa, mis tacones repiqueteando con

fuerza sobre la madera—. ¿Qué está pasando? ¿Por qué estoy aquí, Razvan? ¿Se me está castigando por algo?

—Siéntate, Lena. Por favor.

Me aparta la silla y su mano me roza el hombro mientras me siento. El contacto es como una descarga eléctrica que me hace ponerme rígida. Él se sienta frente a mí y sirve un vino tinto intenso en dos copas.

—¿Cómo está? —pregunta Razvan, sus ojos buscando los míos—. ¿Theo? ¿Ha recuperado el color?

Asiento con la cabeza mientras observo cómo la luz de las velas baila en el vino.

—Está mucho mejor. No le ha vuelto la fiebre y ha estado comiendo bien. Ha vuelto a darles problemas a los guardias.

Razvan exhala y una oleada visible de alivio cruza sus facciones. —Bien. Eso es bueno.

Comemos en silencio durante unos minutos. La comida es perfecta, pero apenas puedo saborearla. Siento su mirada sobre mí. No como un depredador que observa a su presa, sino como un hombre que intenta resolver un puzle.

—No te he traído aquí solo para preguntar por el niño, Lena —dice de repente, dejando el tenedor en la mesa.

Siento que se me acelera el pulso. —¿Entonces, por qué? Si no es por negocios, ¿de qué se trata?

Razvan se inclina hacia delante, sus ojos oscuros se clavan en los míos con una honestidad que me desconcierta. —San Petersburgo, el hotel, la noche en que Theo enfermó. Todo ha cambiado. Al menos para mí.

Niego rápidamente con la cabeza y bajo la mirada a mi plato. —Nada ha cambiado. Tenemos un acuerdo. Me obligaste a esto,

Razvan. Usaste a mi hijo para atraparme aquí. Eso es todo.

Él niega con la cabeza y su voz baja una octava. —No. No es así. Estoy harto de la fuerza, Lena. Estoy harto del matrimonio forzado y de los muros que levantas cada vez que entro en la habitación. Ya no quiero este acuerdo.

Siento como si hubieran succionado todo el aire de la habitación. —¿Qué estás diciendo?

Razvan alarga la mano por encima de la mesa, aunque todavía no me toca. —Te quiero a ti —dice sin rodeos. No hay arrogancia en su voz, ni exigencia. Solo una verdad simple y devastadora—. No quiero a la mujer del Pakhan. Te quiero a *ti*. Concretamente. Quiero que esto sea real, Lena. No un trato. No una deuda. Quiero que quieras quedarte.

Siento que los ojos me arden. Me echo hacia atrás, la seda esmeralda de mi vestido cruje al crear distancia. No voy a explicárselo. No le diré que no puedo mirarlo sin ver el fantasma de mi padre de pie en un rincón. No le diré que cada vez que siento una chispa de amor, es como si estuviera traicionando a mi propia alma.

—No puedo hacer esto —susurro, mi voz se quiebra—. No me presiones esta noche, Razvan. Por favor. Déjalo estar.

Me observa durante un largo rato, su expresión es una mezcla de frustración y un extraño y profundo anhelo. Parece que quiere alargar los brazos y atraerme, pero se queda donde está.

—Está bien —dice en voz baja—. No te presionaré. No esta noche. Pero no me rindo.

No me quedo a tomar el postre. Me doy la vuelta y huyo de la habitación, con el corazón martilleándome las costillas como un pájaro atrapado.

Llego a mi dormitorio y cierro la puerta con llave, apoyando la espalda en la madera. Respiro con dificultad, en jadeos cortos e irregulares.

Me quiere. Quiere que sea real.

Esas palabras deberían ser una victoria. Debería estar feliz de que el poderoso Pakhan esté a mis pies. Pero, en cambio, se siente como una sentencia de muerte.

Voy a la cama y me desplomo sobre ella, hundiendo la cara en las almohadas. Su aroma sigue ahí, tenue pero presente, y me dan ganas de gritar. Me pongo boca arriba, mirando el techo oscuro, con el silencio de la habitación oprimiéndome.

Sé por qué me he echado atrás. Sé por qué no puedo darle lo que quiere.

Es algo que yace en mi pecho como una piedra pesada y afilada que he estado cargando desde la noche en que me sacaron a rastras de mi casa. Es el peso de mil recuerdos, todos terminando en la misma imagen sangrienta.

¿Cómo puedo enamorarme de él?

¿Cómo puedo mirar las manos que sostuvieron el arma que mató a mi padre y desear que esas mismas manos me abracen? ¿Cómo puedo escuchar la voz que ordenó mi cautiverio y desear que esa voz susurre mi nombre en la oscuridad?

—Lo siento, papá —susurro a la habitación vacía.

Entonces empiezan las lágrimas. No son las lágrimas silenciosas y recatadas que he derramado en público. Son sollozos crudos y feos que me desgarran la garganta y me dejan sin aliento. Me acurruco hecha un ovillo, agarrando las sábanas de seda, con el cuerpo temblando por la fuerza de mi dolor y mi culpa.

Cada vez que siento una chispa de afecto por Razvan, siento como si estuviera escupiendo en la tumba de mi padre. Cada vez que

disfruto de su tacto, me siento como una traidora a mi propia sangre. Me estoy enamorando de un asesino, y la vergüenza es un dolor físico, un ardor en el corazón que no se apaga.

No es solo un asesino, susurra una vocecita en mi cabeza. *Es el hombre que salvó a tu hijo. Es el hombre que se quedó despierto toda la noche abrazándote cuando tenías miedo. Es el hombre que te quiere por quien eres, no por lo que aportas.*

—¡No importa! —sollozo en voz alta, mi voz ahogada por las mantas —. ¡Eso no cambia lo que hizo!

Lloro hasta que se me hinchan los ojos y tengo la garganta en carne viva. Lloro por la vida que perdí y por la vida en la que estoy atrapada. Lloro porque soy una Sokolova y mi padre me enseñó que la lealtad lo es todo, pero mi corazón es un traidor al que no le importan los linajes.

Pienso en la mirada de Razvan durante la cena. La vulnerabilidad. El modo en que bajó la guardia y me pidió que lo viera de verdad. Se está esforzando tanto por ser el hombre que necesito, pero ahora soy yo la que sostiene el cuchillo. Soy yo la que nos mantiene separados porque no consigo olvidar el pasado.

Permanezco despierta durante horas, mientras la luna traza un lento camino por el suelo. Siento el pecho hueco, como si el llanto me hubiera vaciado de todo salvo de la fría y dura verdad.

Estoy enamorada de él.

Esa revelación es una nueva oleada de agonía. No quiero estarlo. He luchado contra ello con todas mis fuerzas. Usé mi ira como una armadura y mi silencio como un muro, pero encontró las grietas de todos modos. No usó la fuerza ni amenazas; solo se usó a sí mismo. Me mostró su corazón y fui demasiado débil como para apartar la mirada.

—Te odio —susurro, aunque no hay convicción en mis palabras—. Te odio por hacer que te quiera.

Por fin caigo en un sueño agitado y exhausto, justo cuando el primer atisbo de gris aparece en el cielo. Mis sueños son una mezcla borrosa de sangre y rosas, de mazmorras frías y camas cálidas. Y en todos los sueños, Razvan está ahí, intentando alcanzarme a través de la niebla.

Cuando me despierto, la piedra sigue ahí, pesándome en el pecho. Pero las lágrimas se han secado, dejando mi piel tirante y mi alma en carne viva.

Me incorporo y miro hacia la puerta. Sé que está ahí fuera. Sé que espera a que tome una decisión. Y, mientras me levanto para empezar otro día en esta preciosa jaula de oro, me doy cuenta de que la guerra ya no es entre Razvan y yo.

Es entre el fantasma de mi padre y yo.

Y no estoy segura de quién va a ganar.

Camino hacia el tocador y me miro en el espejo. Parezco una mujer que ha pasado por una guerra. Tengo los ojos rojos, la cara pálida, pero hay una nueva determinación en mi mirada. No puedo seguir viviendo así, suspendida entre el pasado y el presente.

Tengo que decidir si voy a seguir siendo una Sokolova para siempre o si por fin soy lo bastante valiente para convertirme en una Volkov.

Respiro hondo, alisándome el pelo y ajustándome la bata. Tengo que ir a ver a Theo. Tengo que ser madre. Y tengo que averiguar cómo mirar al hombre que quiero sin ver al hombre al que debería odiar.

La rutina matutina con Theo es una bendición. Es el único momento en que mi mente se queda en silencio. Jugamos con sus bloques, dibujamos dragones que parecen garabatos y dejo que su risa bañe los bordes afilados de mi corazón.

Pero mientras lo observo, veo mucho de Razvan en él. La forma en que inclina la cabeza cuando piensa, el gesto terco de su barbilla, la

intensidad de sus ojos oscuros. Es un puente viviente entre el hombre al que amé y el hombre al que estoy aprendiendo a amar.

—¡Mamá, mira! —grita Theo, sosteniendo un bloque azul—. ¡Es un castillo para Superman!

—Es precioso, Theo —digo con la voz un poco tensa.

—¿Va a venir Superman a jugar?

Miro hacia la puerta, esperando a medias verlo de pie en las sombras. —No lo sé, cariño. Hoy está muy ocupado.

—Siempre está ocupado —dice Theo, haciendo un puchero mientras le tiembla el labio—. Pero me salvó de la fiebre. Es mi héroe.

Me siento en el suelo a su lado y lo abrazo, un abrazo que apenas tolera en su emoción. —¿Es muy fuerte, verdad?

Theo asiente enérgicamente, y luego se queda callado, mirándome con esa expresión seria que siempre me recuerda demasiado al hombre que está abajo. —Mamá, a ti también te quiero. Tú me diste el agua fría y los abrazos.

Juega con un coche de juguete y luego levanta la vista. —¿Superman y Mamá están casados, verdad? ¿Como en los libros? ¿Eso significa que Superman es mi papá?

La pregunta me golpea como una bofetada. Miro a mi hijo, este niño precioso e inocente que se merece un padre que lo quiera. —¿Te gustaría eso, Theo? ¿Te gustaría que Razvan fuera tu papá?

Theo se lo piensa. Se queda muy quieto, con sus pequeñas cejas fruncidas mientras lo considera con más seriedad de la que debería tener un niño de cuatro años.

Luego, asiente lentamente. —Sí. Me gustaría. —Trago saliva para deshacer el nudo que tengo en la garganta—. ¿Por qué, cariño?

Theo sonríe, una sonrisa pequeña y cómplice. —Porque Superman mira a Mamá como el Príncipe Encantador mira a Cenicienta en la

película. Como si fueras lo mejor del mundo entero. Y protege a todo el mundo. Nos protege a nosotros. Estoy contento de que sea mi papá.

Lo atraigo a mis brazos, hundiendo la cara en su cuello para que no vea las lágrimas que por fin se desbordan. Me esfuerzo mucho por no llorar, por evitar que el sollozo se me escape de la garganta, pero me duele el pecho. Mi hijo ve el amor que tanto me esfuerzo por ignorar. Él ve a un héroe donde yo veo a un villano.

Abrazo a Theo hasta que se retuerce para apartarse, con la mente de nuevo en sus dragones. Me levanto, me seco los ojos y miro hacia la puerta. Sé que Razvan está ahí fuera. Sé que espera a que tome una decisión. Y, mientras veo jugar a mi hijo, me doy cuenta de que la guerra ya no es solo por el pasado. Es por el futuro.

Y no tengo ni idea de cómo va a terminar.

27

RAZVAN

La oscuridad en mi despacho es absoluta, salvo por el brillo ambarino del whisky en mi vaso y las brasas moribundas de la chimenea. Llevo dos días sin volver al dormitorio principal. No puedo. Cada vez que miro esa cama, veo la silueta de la mujer que huyó de mí en la cena. Veo la forma en que me miró: como si fuera un fantasma, un monstruo o algo todavía peor.

No debería tenerle miedo a nada, y menos aún al rechazo de una mujer, pero aquí estoy, escondido en mi propia casa porque me aterra que, si me acuesto a su lado, aparte mi contacto.

La puerta se abre con un chirrido, y ni siquiera tengo que levantar la vista para saber de quién se trata. Mike entra y sus pisadas resuenan pesadamente sobre la madera. Ha sido mi mano derecha desde que éramos niños, el único hombre que ve a la persona que hay detrás del título. Al principio no dice nada; se limita a acercarse al aparador, servirse una copa y sentarse en el sillón de cuero que hay frente a mí.

—Tienes una pinta horrible, Razvan —dice Mike con voz ronca.

—Estoy ocupado —gruño, con la mirada fija en el fuego.

—Estás de morros —replica él—. Hay una diferencia. Llevas tres horas mirando el mismo montón de papeles sin pasar una sola página. Es por Lena, ¿verdad?

Golpeo el vaso sobre la mesa y el líquido rebosa. —Me odia, Mike. Cada vez que me mira, ve a un asesino. La obligué a meterse en esto. La arrastré a mi mundo y esperaba que, sin más... ¿qué? ¿Que se enamorara de mí? Le he hecho demasiadas cosas malas. El calabozo, las amenazas, el matrimonio. Es demasiado tarde para enmendar esos errores.

Mike se inclina hacia delante y la luz del fuego resalta las cicatrices de sus nudillos. —¿Lo es? Salvaste a su hijo. Te quedaste despierto toda la noche cuando el niño estaba enfermo. Les estás dando un sustento, los estás protegiendo. No eres el mismo hombre que entró en esa casa hace meses.

—No importa quién soy ahora —digo con la voz quebrada—. Ella recuerda quién era entonces. Recuerda a su padre.

—Entonces cambia la historia —dice Mike con firmeza—. Si la quieres, si la quieres de verdad, tienes que ser valiente. Tienes que abrirle tu corazón y pedirle la verdad. Eres el Pakhan. Coges lo que quieres del mundo, pero no puedes tomar el amor de una mujer por la fuerza. Tienes que ganártelo. Ve a buscarla, Razvan. Pregúntale. Aunque la respuesta te mate, al menos sabrás a qué atenerte.

—Me da miedo que no me quiera, Mike —admito. Las palabras son como fragmentos de cristal en mi garganta.

—Pues averígualo —dice—. Deja de esconderte en la oscuridad.

Me deja a solas con mis pensamientos, y me paso el resto de la noche paseando por la habitación. Mike tiene razón. No puedo seguir viviendo en este limbo. No puedo seguir observándola desde las sombras, preguntándome si la distancia que nos separa es un kilómetro o un año luz.

A la mañana siguiente, siento que la casa me asfixia. Encuentro a Lena en el solárium, sentada entre los helechos y las paredes de cristal. Le está leyendo un libro a Theo, con su voz suave y melódica, pero, en cuanto oye mis botas sobre el suelo de piedra, se tensa. No levanta la vista. Ni siquiera reconoce mi presencia. Me está evitando, como ha estado haciendo desde la cena.

—Theo —digo y, en la tranquila habitación, mi voz suena más alta de lo que pretendía—. Ve a buscar a Lyosha. Creo que ya tiene lista esa espada de madera para ti.

A Theo se le iluminan los ojos. —¿De verdad? —Mira a Lena, que asiente despacio, con los labios apretados en una fina línea. El niño se baja de la silla de un salto y sale corriendo de la habitación, dejándonos a los dos en un silencio tan denso que apenas puedo respirar.

—Lena —digo, acercándome.

Se levanta, aferrando el libro contra el pecho como si fuera un escudo. —Debería ir a ver cómo va su comida. María estaba preguntando—.

—Para —digo, interponiéndome en su camino. La acorralo contra un alto pedestal de mármol y mi sombra se proyecta sobre ella—. Deja de huir. Deja de mirarme como si no existiera. Quiero la verdad, Lena. La quiero ahora.

Me mira y en sus ojos relampaguea un repentino y violento ardor. —¿La verdad? ¿Quieres la verdad, Razvan?

—Sí —exijo, cerrando los puños a los costados—. Dime por qué te apartas. Dime por qué actúas como si mi contacto fuera veneno. Quiero saber por qué no podemos ser lo que éramos en San Petersburgo.

Lena estalla. El libro cae al suelo con un golpe seco y se mete en mi espacio personal, con la cara a centímetros de la mía. —¿Quieres saber por qué? ¡Porque jamás podría permitirme amar al hombre

que mató a mi padre! ¿Cómo te atreves? ¿Cómo te atreves a pensar que iba a olvidarlo sin más? Cada vez que me tocas, siento su sangre en mi piel. ¡Cada vez que dormimos juntos, me consume por dentro! ¡Me quedo despierta preguntándome cómo puedo ser tan débil como para meter en mi cama al hombre que destruyó a mi familia!

Me quedo completamente inmóvil, el aire se me escapa de los pulmones como si me hubiera clavado una daga entre las costillas. El pasillo, el pedestal de mármol, las parpadeantes sombras del atardecer… todo se desvanece en una mancha gris y borrosa.

Solo existe Lena.

Su pecho sube y baja con agitación, su rostro encendido por una rabia tan bella como devastadora. Parece una instantánea de un rayo: pura energía destructiva. Y, por primera vez en mi vida, soy yo el que está en el centro de la tormenta, indefenso.

—¡Te vi! —chilla, con la voz quebrada por la fuerza de su dolor—. ¡Te vi matar a mi padre inocente! ¡Vi los trajes negros, las pistolas! ¡Le vi caer! ¿Crees que porque salvaste a Theo y a veces eres amable conmigo voy a enamorarme sin más? ¡Moriría antes que amarte, Razvan! ¡Preferiría volver a ese calabozo que entregarle mi corazón a un asesino!

—¿Me viste? —susurro. Mi voz no parece la mía. Es débil. Quebradiza. La voz de un hombre que ve cómo su mundo se derrumba en tiempo real.

—¡Te vi! —chilla de nuevo, y el sonido retumba en los altos techos como un golpe físico—. ¡Vi los trajes negros! ¡Vi las pistolas! ¡Le vi caer!

En su mente, yo soy la bala. Yo soy la pistola. Soy el monstruo que acabó con la vida de su padre.

Alargo la mano, que me tiembla; una debilidad por la que hace una hora habría ejecutado a un soldado. Quiero tocarla, tranquilizarla,

decirle la verdad. Pero, cuando mis dedos se acercan a su brazo, se estremece con tanta violencia que es como si hubiera intentado quemarla.

Retiro la mano y la cierro en un puño a mi costado. El rechazo es un dolor físico en la médula de mis huesos.

—Lena —digo, y su nombre parece cristal en mi garganta—. Yo no… Yo no fui.

—¡No me mientas! —espeta, soltando una risa áspera y cortante—. No te atrevas a mentirme ahora. Tú estabas allí. Tú los dirigías. Tú me cogiste. La sangre de ese suelo te pertenece tanto como esta casa.

Intenta pasar de largo, golpeándome el pecho con el hombro, pero la agarro del brazo. Soy contundente, mi agarre es lo bastante firme como para mantenerla clavada en el sitio. El corazón me martillea en las costillas, pero no es de rabia. Es por darme cuenta de que ha estado viviendo una mentira; una mentira que le permití creer porque estaba demasiado cegado por la narrativa de mi propia familia.

—Mírame —gruño, mi voz vibra con una intensidad peligrosa.

—¡Suéltame! —chilla, arañándome la mano.

—¡Mírame, Lena! ¡Mira la marca! —Me subo la manga de la camisa, dejando al descubierto el antebrazo. Señalo la serpiente negra tatuada en mi piel: la marca de sangre de los Volkov. Es intrincada, oscura e inconfundible—. Esta es la marca del linaje directo de los Volkov. Todos los hombres de mi familia la llevan. Viktor la lleva. Yo la llevo.

Se queda helada, con los ojos clavados en el tatuaje. Su respiración es superficial, su pecho sube y baja en ráfagas cortas y despavoridas.

—Los hombres que fueron a casa de tu padre aquella noche llevaban los trajes. Llevaban la marca. Pero no fue mi encargo, Lena. Fue de Viktor. —Suelto un aliento que he estado conteniendo durante meses —. Ni siquiera sabía que tu padre había muerto hasta que mi tío regresó y me dio la noticia. Me dijo que había matado al «traidor» en la misma frase en la que me dijo que mi padre ya no estaba. Viktor mató a tu padre, Lena. No yo.

El silencio que sigue es ensordecedor. Veo cómo la conmoción se extiende por su rostro, la ira se desvanece tan rápido que deja sus facciones hundidas y en carne viva.

No se mueve. Se limita a mirar fijamente el tatuaje, su cerebro visiblemente trata de rechazar las palabras. Empieza a hiperventilar, sus jadeos son tan rápidos que suenan como los de un animal herido. Abre mucho los ojos y los mueve por el pasillo como si buscara la forma de reescribir los últimos tres años.

—No —susurra, la palabra se le atasca en la garganta—. No, estás mintiendo. Tienes que estar mintiendo. Yo vi… Vi la serpiente. Vi al hombre alto en las sombras. Eras tú. *Tenías* que ser tú.

—Yo estaba en los muelles, Lena. Estaba a media ciudad de distancia cuando echaron la puerta abajo —digo, con voz grave y firme, intentando anclarla mientras se desmorona.

—No, no, no… —Su voz se eleva en un monólogo fracturado, sus palabras se derraman entre respiraciones entrecortadas y desesperadas—. Si no fuiste tú, ¿entonces te he odiado para nada? Pasé cada noche… me volví fría. Te aparté porque pensé… pensé que lo estaba honrando. Papá, lo siento. Lo siento. ¿Viktor? ¿Viktor lo mató?

Empieza a temblar, un temblor violento que le recorre todo el cuerpo y le sacude los huesos. Es el sonido de unos cimientos que se resquebrajan. Parece que se está muriendo, su rostro se vuelve de un blanco fantasmal y traslúcido. El alivio de saber que no soy su

asesino está ahí, pero queda aplastado bajo el peso de la traición que siente hacia su propio recuerdo.

—Te quería —jadea ella, las palabras brotando como un grito de agonía ahogado—. Empecé a quererte y sentí que lo estaba matando yo misma… ¿y todo era mentira? Ya no está, y el hombre al que he estado castigando es… es…

Le flaquean las rodillas. No solo se cae, se desploma. La cojo antes de que su cabeza pueda golpear la piedra, bajándonos a los dos al suelo. Todavía no se apoya en mí. Permanece rígida en mis brazos, llevándose las manos a la cara mientras un lamento profundo, visceral, de pura e intensa agonía, se le desgarra por dentro.

La atraigo contra mi pecho, rodeándola con mis brazos como una jaula, como un escudo. No digo ni una palabra. Solo la abrazo mientras la mentira que ha estado soportando —y la carga de odiar al hombre que en secreto anhelaba— se derrumba en el suelo, convertida en un montón de hermosos y rotos escombros.

—Creía que habías sido tú —jadea entre lágrimas, aferrándose a mi camisa con los dedos—. Era un hombre inocente, Razvan. No era un traidor.

—Voy a averiguar la verdad —murmuro, mi mano busca su nuca y la acerca más. Ya no me importa la dignidad del Pakhan. No me importa ser el monstruo. Solo la abrazo mientras se hace pedazos—. Lo siento mucho, Lena. Mi tío… me dijo que tu padre mató al mío. Dijo que era justicia. Pero yo conocía a tu padre, y no era esa clase de hombre. He tenido mis dudas, y te lo prometo aquí y ahora: llegaré al fondo de esto. Averiguaré exactamente qué pasó esa noche.

—Te he odiado —llora, con la voz ahogada contra mi corazón—. Me he pasado cada día diciéndome a mí misma que eras el diablo. Pensé que era una traidora por desearte. Creí que estaba escupiendo sobre su tumba.

—Debería haberlo investigado en el momento en que ocurrió —digo, con mis propios ojos ardiéndome—. Dejé que la palabra de mi tío fuera ley porque estaba de luto. Te dejé sufrir porque pensaba que quien merecía justicia era yo. Me equivoqué.

—Dejaste que creyera que habías sido tú —dice, apartándose ligeramente para mirarme, su cara una máscara de dolor y confusión.

—Porque fui un necio —admito—. Pensé que, aunque yo no apretara el gatillo, la sangre era cosa mía. Es de mi sangre. Mi tío. Y yo le dejé entrar en tu casa.

—¿Pero no ordenaste que lo mataran?

—No, actuó por su cuenta. Ni siquiera lo supe hasta que me informó de ello.

No dice nada durante un buen rato. Se queda ahí sentada en mis brazos, llorando hasta vaciarse. El solárium está en silencio, el sol cayendo a plomo a través del cristal, pero el mundo exterior no existe. Solo existimos nosotros. Solo existe esta terrible y hermosa verdad que finalmente lo ha cambiado todo.

La muevo para que se siente en mi regazo, con sus piernas sobre las mías. No se aparta. Apoya la cabeza en mi hombro y su respiración se va calmando poco a poco. Extiende la mano y traza la serpiente de mi brazo: la marca que antes temía, la marca que nos mantenía separados.

—Voy a arreglar esto —digo, ahuecando su mejilla con mi mano—. Voy a pasarme el resto de mi vida arreglándolo. Viktor responderá por esto. Si mintió sobre tu padre, deseará no haber nacido.

Ella cierra los ojos y una única lágrima se desliza por su mejilla. —Solo quiero saber por qué.

—Te conseguiré las respuestas —le prometo.

Nos quedamos sentados en el suelo lo que parece una eternidad. Los muros que construí, la jaula en la que ella vivía… la dinámica ha cambiado. La cojo en brazos, acunándola contra mi pecho mientras me pongo en pie. Me rodea el cuello con sus brazos, aferrándose a mí como si yo fuera su única ancla en una tormenta. Salgo del solárium y me dirijo a nuestro dormitorio. Esta vez, la puerta no me da miedo.

La tiendo sobre las sábanas y me meto a su lado, tapándonos a los dos con el edredón. Se acurruca a mi lado, con la mano apoyada sobre mi corazón.

—Quédate —susurra.

—No voy a irme a ninguna parte —le prometo.

La observo mientras por fin se sume en un sueño agitado. El peso en mi pecho no ha desaparecido del todo; se ha transformado en un propósito frío y ardiente. Viktor sigue ahí fuera. Mi tío, el hombre que me crio en esta vida, podría ser el mayor traidor de todos.

Cierro los ojos, el sonido de su respiración acompasada es lo único que me mantiene anclado a la realidad. Mañana, el mundo volverá. Mañana, empezaré la caza de la verdadera historia de esa noche. Pero esta noche, solo existe el calor de su cuerpo contra el mío y la certeza de que la mujer a la que he estado persiguiendo por fin sabe que yo no apreté aquel gatillo.

La abrazo con fuerza, el silencio de la habitación cargado con las tareas que me esperan. Somos dos personas de pie entre los escombros de una mentira, y seré yo quien despeje los cascotes.

Me quedo dormido, mi brazo se aprieta a su alrededor. La serpiente de mi brazo ya no se siente como una marca de orgullo. Se siente como un objetivo.

Un objetivo para la venganza que le debo.

28

LENA

El mundo ya no parece el mismo.

Estoy sentada en el borde de la cama, mirando las motas de polvo que danzan en un rayo de luz de la tarde, y me siento vacía por dentro. Todo aquello sobre lo que construí mi vida durante cinco años —el odio, el resentimiento, la justa ira que me mantenía en pie frente al poder de Razvan— se basaba en una mentira. Una mentira alimentada por las sombras de una noche que creía haber entendido.

Viktor.

El nombre me sabe a veneno en la boca. Mi tío político. El hombre que se sentaba a nuestra mesa, el que supuestamente se preocupaba por el legado de los Volkov, fue quien apretó el gatillo y mató a mi padre. No solo lo mató a él, sino que me robó la capacidad de confiar en mis propios ojos. Hizo que odiara al hombre que, en realidad, intentaba salvarme.

Meto la mano en el bolsillo oculto del batín y noto los bordes duros de la memoria USB. El legado de Pyotr. La póliza de seguros de mi padre. Me he aferrado a esto como un arma, esperando el momento de usarla contra Razvan, pero ahora me doy cuenta de que nunca

fue para él. Su objetivo era exponer la podredumbre en el corazón de la Bratva; la podredumbre que empezó con Viktor.

Me levanto, con las piernas temblorosas pero la mente más despejada que nunca. Tengo que dárselo. Tengo que mostrarle aquello por cuya protección murió mi padre. Al abrir la pesada puerta del dormitorio, casi choco contra un muro de traje negro y músculo. Mike está ahí, con la mano levantada como si fuera a llamar. Parece sorprendido de verme moverme con tanta determinación.

—Lena —dice con voz grave y firme—. Razvan está en el despacho. Intenta averiguar qué pasó de verdad hace cinco años.

—Lo sé —contesto, aferrando la memoria USB—. Mike, espera. —Se detiene, frunciendo el ceño. Respiro hondo y libero la tensión de mis hombros—. Nunca lo dije, pero gracias. Por esa noche en la mazmorra. Cuando me trajiste la comida. Cuando no me miraste como si fuera una simple propiedad. Fuiste la primera persona que me hizo sentir humana de nuevo.

La expresión de Mike se suaviza, una calidez genuina y poco común que se abre paso a través de su máscara de soldado. —Nunca fuiste una propiedad para mí, Lena. Odiaba verte en esa celda. Me alegro de que Razvan reaccionara antes de que fuera demasiado tarde. —Alarga la mano y me da una palmadita torpe en el hombro antes de que su mano se asiente allí con un peso protector—. Eres como una hermana para mí. Lo digo en serio. Si alguien intenta hacerte daño, tendrá que pasar por encima de mí. Ahora eres de la familia. Familia de verdad.

Siento que se me forma un nudo en la garganta y, antes de poder evitarlo, lo rodeo con los brazos por la cintura. Se tensa y luego me devuelve el abrazo, un abrazo firme y fraternal que me hace sentir a salvo de una forma que los muros de esta finca nunca han conseguido.

—Gracias, Mike —susurro contra su pecho.

Se aparta y me dedica un asentimiento breve y alentador. —Venga. Te está esperando.

Asiento y me dirijo al despacho. Recorro el largo y silencioso pasillo con el corazón martilleándome en las costillas. Esta vez no llamo. Abro las puertas de par en par y me encuentro a Razvan sentado detrás de su escritorio, rodeado de monitores y vasos de whisky medio vacíos. Dmitri también está allí, con los dedos volando sobre un teclado y el rostro iluminado por la luz azul de una docena de ventanas que se desplazan. Razvan levanta la vista; tiene los ojos inyectados en sangre y una mirada atormentada.

—Lena —dice, medio levantándose de la silla—. Deberías estar descansando.

—Ya he descansado bastante —digo. Voy directa al escritorio y dejo la memoria plateada sobre el secante—. Mi padre murió por esto. Pyotr se pasó diez años documentando la verdad porque sabía que este día llegaría. Decodifícalo. Entero.

Dmitri no espera una orden. Coge el pendrive y lo conecta a un terminal seguro. Durante la hora siguiente, en la sala solo se oye el zumbido de los ventiladores y el ocasional clic de un ratón. Entonces, los archivos empiezan a abrirse. Está todo ahí. Una década de los análisis de sangre de Viktor. Los asesinatos que ordenó a espaldas del anterior Pakhan. Los libros de contabilidad que demuestran que estaba desviando fondos a cuentas en paraísos fiscales. Pero la pieza clave es un archivo de vídeo, con fecha de la noche en que murió el padre de Razvan. Observamos en un silencio espantado cómo la grabación muestra a Viktor entrando en el despacho de Volkov padre. No hubo forcejeo. No hubo ningún «traidor» que viniera de fuera. Viktor le disparó a su propio hermano en la nuca mientras leía un libro y luego se pasó la hora siguiente colocando pruebas para incriminar a mi padre.

—Lo mató —susurra Razvan, con una voz que suena como si la arrastraran sobre cristales rotos—. Agarra el borde del escritorio con tanta fuerza que la madera empieza a crujir. —Mató a mi padre y

luego me obligó a dar caza al que era su amigo más leal. Me obligó a destrozarte la vida para cubrir su rastro.

—Razvan —digo, y alargo la mano para tocarle el brazo, pero él ya está cogiendo el teléfono de prepago que hay sobre el escritorio. Su cara es una máscara de furia gélida y letal. Marca un número de memoria, con los nudillos blancos.

—Viktor —dice Razvan cuando responden a la llamada. Su voz es terriblemente calmada—. Estoy viendo el pendrive. Estoy viendo el vídeo en el que sales en el despacho de mi padre. Estoy viendo las cuentas en paraísos fiscales. —Hay una pausa, y oigo un graznido débil y presa del pánico al otro lado de la línea. La mirada de Razvan se vuelve de hielo—. No me mientas. Ya no. Mataste a un hombre inocente. Arruinaste a su hija. Asesinaste a tu propia sangre por un trono en el que nunca debiste sentarte. Se acerca la hora de la retribución, tío. No hay un agujero lo bastante profundo para que te escondas. Espera mi juicio. No te muevas. No respires. Si desapareces, quemaré todas las ciudades de Rusia hasta encontrar tu cadáver.

Cuelga el teléfono de un golpe y barre los vasos del escritorio con un movimiento brusco y violento. Se hacen añicos contra el suelo, pero yo no me inmuto. Lo observo temblar, aplastado por el peso de la traición. Dmitri sale sigilosamente de la habitación, cierra las puertas tras de sí y nos deja entre los escombros de la verdad. Razvan se hunde de nuevo en su silla y se lleva la cabeza a las manos.

—Lo siento mucho —logra decir, con la voz ahogada—. Mi familia… Somos una maldición. Te lo quitamos todo.

No digo ni una palabra. Doy la vuelta al escritorio, esquivando los cristales rotos, y me coloco entre sus rodillas. Me inclino y le levanto la barbilla, obligándolo a mirarme. Sus ojos están llenos de vergüenza y agonía. Este hombre, el monstruo, está completamente deshecho. Y por primera vez en mi vida, siento un poder que no tiene nada que ver con la influencia o los secretos. Es el poder de elegir. Me inclino, con el corazón por las nubes y hundiéndose a la

vez, y presiono mis labios contra los suyos. Es un beso silencioso. Deliberado. Nadie me obliga. No estoy intercambiando mi cuerpo por la seguridad de Theo. Lo estoy eligiendo a él.

Razvan deja escapar un sonido quebrado, y sus manos vuelan a mi cintura, atrayéndome hacia él como si yo fuera lo único que le impide caer al vacío. El beso se intensifica, pasando de ser un consuelo a una necesidad desesperada y ardiente. Sabe a whisky y a pena, y yo le correspondo con todo lo que tengo. Me sube al escritorio, apartando los papeles que quedan con un movimiento de su brazo.

—Lena —jadea contra mi cuello, mientras sus manos forcejean con la seda de mi bata—. ¿Estás segura? No quiero quitarte nada más.

Mis propias manos son más firmes. Encuentro los botones de su camisa. —No me estás quitando nada —susurro, con la voz grave y segura. El primer botón se desabrocha. Siento el calor de su piel debajo—. Te lo estoy dando.

El segundo botón. El tercero. Su pecho es sólido, musculoso; el latido bajo mi palma, frenético. —Llévame a la cama, Razvan. Ahora.

No duda. Se pone en pie, levantándome con él. Mis piernas se enroscan instintivamente en sus caderas mientras me lleva fuera del despacho, por el silencioso pasillo, hasta nuestro dormitorio. La habitación está oscura, iluminada solo por la luna a través de los altos ventanales. No me deposita en la cama con delicadeza. Me tumba sobre las sábanas frías, con movimientos urgentes pero increíblemente cuidadosos.

Aquí todo es diferente. No está el fantasma de mi padre observando. Solo está la verdad entre nosotros, y el espacio crudo y doloroso que ha abierto.

Se quita la camisa y la deja caer al suelo. La luz de la luna pinta su cuerpo en tonos plateados y sombríos. El tatuaje de la serpiente en su brazo —antaño, una marca de asesinato, una marca de la Bratva

— ahora parece otra cosa. Un protector. Un guardián. Se mueve sobre mí, colocando su peso a mi lado en la cama, y levanta una mano para apartarme el pelo de la cara.

Le tiemblan los dedos. —Te quiero —susurra, con la voz tan desgarrada que me araña el corazón—. Te he querido desde el momento en que te vi, incluso cuando intentaba odiarte. Siento mucho lo que mi sangre le hizo a la tuya. Pasaré cada segundo de mi vida compensándote.

No puedo responder con palabras. Tengo un nudo en la garganta. Así que respondo con el cuerpo. Tiro de él hacia mí, mi boca buscando la suya de nuevo. Este beso es más lento, más profundo. Una exploración. Sus manos van hacia el lazo de mi bata, por fin lo encuentran y lo desatan. La seda se abre y el aire fresco me roza la piel. No tiene prisa. Me mira, sus ojos recorriendo las líneas de mi cuerpo que se revelan en la penumbra.

Me toca con reverencia. Su palma se desliza por mi cadera, sube por mi costado y su pulgar roza la parte inferior de mi pecho. Un escalofrío me recorre, agudo y dulce. Baja la cabeza, sus labios abandonan los míos para descender por mi mandíbula hasta el cuello. Su boca está caliente, abierta contra mi piel. No muerde, no reclama con violencia. Prueba. Saborea.

Mis manos están en su espalda, palpando sus poderosos músculos, las cicatrices ocultas. Me muevo debajo de él y se mueve conmigo, su cuerpo alineándose sobre el mío. La dura línea de su erección presiona contra mi muslo a través de los pantalones. La sensación es eléctrica, una promesa de lo que está por venir.

Me besa la clavícula, luego más abajo, su boca encontrando la curva de mi pecho. Su lengua me toca la piel, un punto de contacto húmedo y caliente que hace que se me corte la respiración. Arqueo ligeramente la espalda, una invitación silenciosa. Y él la acepta. Me ahueca el pecho con la mano y rodea mi pezón con el pulgar hasta que se endurece en un pico sensible. Entonces, sus labios se cierran sobre él.

La sensación es intensa. No es solo física. Es una conexión. Una línea directa desde su boca hasta mi centro que arranca un gemido bajo y suave de mis labios. Mis dedos se clavan en sus hombros.

Baja más. Sus besos recorren mi vientre, cada uno de ellos una marca suave y cálida. Con las manos, me ayuda a abrir la bata del todo hasta que quedo desnuda ante él, bajo la luz de la luna. Me mira desde entre mis muslos, con los ojos oscuros y llenos de un hambre atemperada por algo más: por el asombro.

—Eres perfecta —dice, con la voz pastosa—. Todo este tiempo… he tenido la perfección en mi casa y he estado demasiado ciego para verlo.

Baja la cabeza. Su boca encuentra la cara interna de mi muslo. Me besa ahí, suavemente, y luego con más presión. Su aliento es caliente. Se acerca más y mi cuerpo se tensa de anticipación, de una necesidad que empieza a palpitar. Se detiene. Sus labios están a un susurro de donde más los deseo.

Vuelve a mirarme, su mirada sosteniendo la mía. —Esto es tuyo —dice—. Este momento. Esta sensación. Yo solo estoy aquí para venerarla.

Entonces, acorta la distancia.

Su boca está sobre mí, no con una avidez frenética, sino con una atención lenta y devota. Su lengua acaricia, explora. El placer crece como una ola, empezando en lo más profundo y subiendo lentamente. No es un tsunami. Es una marea, inevitable y poderosa. Mis caderas se mueven contra su boca, un ritmo lento que encuentra su propia cadencia. Una de sus manos descansa sobre mi vientre, manteniéndome quieta, mientras la otra me ahueca la rodilla, instándome a abrirme para él.

Los sonidos que hago no me resultan familiares. Jadeos suaves. Susurros de su nombre. Su nombre se convierte en una oración en mis labios. «Razvan…». El placer llega a su punto álgido, no en un

pico agudo, sino en una oleada larga y ondulante de sensaciones que me deja las piernas temblando y la piel sonrojada.

Se levanta de entre mis muslos, con la respiración también entrecortada. Me besa el vientre de nuevo, luego el pecho y, finalmente, la boca. Ahora sabe a mí. A nosotros.

Sus pantalones todavía están entre nosotros. Se pone de pie, solo un momento, para quitárselos. Lo observo mientras la luz de la luna perfila su imponente figura. Vuelve a la cama, a mí, y su cuerpo se acomoda de nuevo sobre el mío. Su calor, todo su peso desnudo, es un consuelo.

No entra en mí. Se mantiene suspendido sobre mí, con su cuerpo alineado, su frente tocando la mía. —Quiero quedarme aquí —susurra—. Así. Contigo. Todo el tiempo que pueda.

Lo rodeo con mis brazos, tirando de él hacia abajo hasta que su pecho presiona contra el mío. Nos quedamos así, piel con piel, latido contra latido, en la silenciosa habitación. El mundo exterior —Viktor, la Bratva, la guerra— parece muy lejano. Aquí solo existe esto. La decisión que he tomado. El hombre que he elegido.

Sus labios encuentran mi oreja. —Voy a matarlo, Lena —dice en voz baja, y sé que se refiere a Viktor—. No por la Bratva. No por el trono. Por ti. Por lo que te quitó.

Giro la cabeza, mis labios rozando su mejilla. —Haz lo que tengas que hacer —digo, con voz firme ahora—. Pero vuelve con nosotros.

—Siempre —promete.

Me abraza y yo lo abrazo a él hasta que la luna asciende en el cielo. Su presencia es un escudo, una fortaleza. Me doy cuenta, mientras me dejo llevar hacia el sueño en el círculo de sus brazos, de que Viktor destruyó mi pasado, pero Razvan son los cimientos de mi futuro.

29

RAZVAN

La primera explosión no solo sacude la casa; hace pedazos la mañana, la desgarra en jirones sangrientos. Estoy en la cocina, sirviéndome una taza de café que nunca me beberé, cuando las alarmas del perímetro empiezan a chillar.

Es una brecha. ¡Una puta brecha! ¡En mi finca!

Miro los monitores de seguridad del pasillo mientras se encienden, mostrando unos todoterrenos negros que destrozan las puertas principales. Unos hombres equipados se desparraman fuera de ellos, moviéndose con una precisión que me indica que no son meros matones callejeros.

—¡Dmitri! ¡Lyosha! —rujo, y mi voz resuena por encima del repentino tableteo de los subfusiles que llega desde los jardines—. ¡Cierre total! ¡Id a las posiciones secundarias!

No espero una respuesta. Mi corazón es un martillo frenético contra mis costillas. Subo las escaleras corriendo, mis botas resbalan en la madera pulida. Si una sola bala toca a Lena o a Theo, reduciré este país entero a cenizas. Irrumpo en la habitación del niño, con la respiración entrecortada y jadeante. Lena ya está levantada, sujetándose una bata, con los ojos desorbitados por el terror.

—Razvan, ¿qué está pasando? —jadea.

—Métete en la habitación del pánico —digo, cogiéndola por los hombros y guiándola hacia la puerta oculta tras la estantería—. No se la abras a nadie que no seamos Mike o yo. A nadie.

Me dirijo a la cama y cojo a Theo en brazos. Pesa por el sueño, su pequeña cabeza cae sobre mi hombro. Parpadea, confundido por las sirenas. Le doy un beso fuerte y desesperado en la frente, oliendo el champú de bebé y la inocencia que estoy a punto de defender con cada gota de mi sangre.

—Ponte a salvo, hijo —consigo decir con la voz rota—. Te quiero. Más que a nada.

Se lo entrego a Lena. Lo coge, con los nudillos blancos mientras lo aprieta contra su pecho. Empiezo a retroceder, buscando la pesada palanca de acero de la puerta de la habitación del pánico. Mientras la puerta comienza a cerrarse con un siseo, lo oigo: un sonido diminuto y ahogado que me para el corazón en seco.

—¿Papá? Papá, no te vayas.

Esa palabra me golpea más fuerte de lo que podría hacerlo ninguna bala. Nunca me ha llamado así. Siempre me ha llamado Superman. Oírlo ahora, cuando podría estar caminando hacia mi propia tumba, me hace añicos. Me trago el nudo que tengo en la garganta, cierro la puerta con llave y me vuelvo hacia el pasillo. Desenfundo mi Sig Sauer personalizada, con las manos por fin firmes.

Veo al primer intruso llegar al rellano: un hombre con pasamontañas. No pienso. Disparo. La bala le alcanza en la garganta, pintando de carmesí el papel de pared blanco. Otro emerge de las sombras y yo me abalanzo, golpeándolo en el pecho con el hombro. Caemos al suelo, rodando. Es fuerte, intenta clavarme un cuchillo en las costillas, pero le doy un cabezazo en la nariz y oigo el crujido del cartílago. Le meto el cañón bajo la barbilla y aprieto el gatillo.

El retroceso me sacude el brazo, pero ya estoy en pie. Una bala me roza el hombro, rasgando la seda de mi camisa y mordiéndome el músculo. Siseo, lanzándome detrás de un pedestal de mármol mientras un cristal se hace añicos sobre mí. Devuelvo el fuego, abatiendo a otros dos hombres que intentan precipitarse escaleras arriba.

El pasillo es una zona de guerra. El humo empieza a salir por los conductos de ventilación y el sonido de cristales rotos en la planta baja me dice que han irrumpido en el piso principal. Mis hombres son los mejores de Rusia, pero no estaban preparados para este nivel de locura. Viktor ha traído mercenarios, hombres sin nada que perder y sin lealtad alguna al código.

—¡Razvan! —grita Mike, apareciendo entre el humo cerca del rellano. Está cubierto de hollín, su chaleco táctico hecho jirones—. ¡Han entrado por la cocina y el salón de baile. Son demasiados!

Miro a Mike, mi hermano en todo menos en la sangre. Veo el sudor en su frente y el rictus severo de su mandíbula. Y entonces, a través del humo, veo a Viktor. Mi tío está de pie al pie de la gran escalera, con un fusil en la mano y los ojos salvajes e inyectados en sangre. Levanta la vista hacia el rellano, su rostro se contorsiona en una máscara de odio puro e inalterado.

Entra en el vestíbulo como si fuera el dueño del aire. Contempla la carnicería a su alrededor, luego levanta la vista hacia el rellano donde estoy yo, con la sangre goteando de mi hombro.

—¿Por qué, tío? —rujo por encima del sonido de una nueva explosión en la planta de abajo—. ¿Por qué reducirlo todo a cenizas?

Viktor se ríe, un sonido entrecortado y vacuo. —¿Reducirlo? ¡Lo estoy limpiando, Razvan! ¡Yo debería haber sido *pakhan* hace cuarenta años! ¡Vi a mi hermano ocupar el puesto que yo me gané, y luego te vi a ti entregar nuestro legado a esa puta de los Sokolov! ¿Te crees que puedes juzgarme? ¡Yo soy el linaje Volkov! ¡Prefiero gobernar un cementerio que servir en tu palacio!

—¡Tú mataste a mi padre! —grito, saliendo de detrás del pedestal, con la pistola apuntando a su corazón.

—¡Era un hombre débil! ¡Igual que el padre de ella! —grita Viktor de vuelta, haciendo un gesto descontrolado a sus hombres.

—¡Eres un hombre muerto, Viktor! —mi voz retumba por encima del tiroteo—. ¡Eres un traidor a tu propia sangre! ¿Has estado actuando como si fueras de la familia, sentándote a mi mesa mientras me apuñalabas por la espalda todo el tiempo? ¡Mataste a mi padre por un sillón en el que nunca te sentarás!

Viktor se detiene al pie de la escalera, una risa entrecortada y hueca se escapa de su garganta. Me mira con un brillo enfermizo de triunfo en sus ojos.

—¿Quieres un traidor, Razvan? ¿Quieres hablar de puñaladas por la espalda? —Viktor gesticula frenéticamente con su fusil hacia el hombre que está a pocos metros de mí—. ¡El verdadero traidor es el hombre que está a tu diestra! ¡Mike!

El mundo enmudece. Miro a Mike a través del pasillo lleno de humo. Se queda helado. No lo niega. Ni siquiera parece sorprendido. Solo me mira con una tristeza profunda y desgarradora.

—¿Mike? —susurro.

—Oh, no te preocupes, no tiene elección. Me aseguro de ello. Deseaba tanto ser un hermano de verdad, pero ¿cómo? —dice Viktor con desprecio, subiendo los primeros peldaños—. ¿Cuando tenía deudas de juego que no podía pagar y una madre que fue tan fácil de encontrar? Ha sido mi marioneta durante años, Razvan. ¡Fue él quien me ayudó a incriminar a los Sokolova!

La voz de Mike es hueca, rota por una década de culpa. —Tenía que hacerlo, Razvan. Al principio, fue el dinero… Luego amenazaron a mi madre. Me he arrepentido desde el segundo en que lo hice. Cada noche que pasé en esa mazmorra con ella, asegurándome de que

comiera, de que la trataras bien, intentaba arreglar la podredumbre que ayudé a crear. Lo siento. Lo siento mucho, hermano.

La traición es un peso físico, pero no hay tiempo para eso. En medio del caos, una granada lanzada desde el balcón arranca las bisagras de la puerta de la habitación del niño. El marco se deforma. Theo, aterrorizado por la explosión y los gritos, consigue escabullirse del pestillo que Lena sujetaba. Se lanza al pasillo, llamándome a gritos.

—¡Superman! ¡Papá!

No, ¿qué hace aquí?

Theo está en medio del pasillo. Viktor, abajo, ve el pequeño objetivo y gruñe. Ha perdido la cabeza. Apunta con su fusil al niño. —Si no puedo tener el trono, ¡tú no tienes nada!

—¡No! —grito, pero estoy demasiado lejos.

Mike no duda. Se lanza a través del espacio abierto, su cuerpo es un escudo humano. El estruendo del fusil resuena por toda la casa. La bala destinada a mi hijo golpea a Mike de lleno en el pecho. Cae con fuerza, su espalda choca contra la pared exterior de la habitación del niño. Theo cae con él, resguardado bajo el pesado brazo de Mike, protegido de la lluvia de plomo.

Llego hasta ellos en tres zancadas y empujo a Theo hacia Lena. —¡Mételo dentro! ¡Lyosha, cógelo! ¡Vamos!

Lyosha agarra al niño, que llora, y desaparece por las escaleras de servicio traseras. Pero Lena no se va. Se queda, pegada a la pared, con los ojos clavados en los míos. Veo el miedo en ella, pero también veo su determinación. Me doy cuenta en ese momento de que la necesito aquí, pero también la necesito a salvo.

—Ve con el niño, por favor.

Me vuelvo hacia Mike. La herida es espantosa: sangre oscura y espumosa borbotea en su pecho. —Haz que sea… rápido —jadea Mike, agarrándose a mi manga—. Te quería… como a un hermano.

Protégelo, Razvan. Intenté hacer lo correcto… con ella… con el niño…

El dolor en mi pecho es peor que el rozón de mi hombro. Este es mi hermano. Me traicionó, pero ha pasado cada día desde entonces intentando salvar a mi familia de las sombras. Le miro a los ojos y veo al hombre con el que crecí. Con mano temblorosa, hago lo único piadoso que puedo. Hago que sea rápido.

Cuando el cuerpo de Mike se queda flácido, un rugido me desgarra la garganta; un sonido de pura agonía sin adulterar. Me pongo en pie y ya no soy un hombre. Soy una tormenta.

Viktor está subiendo las escaleras. No le disparo. Quiero sentir cómo se le rompen los huesos. Me encuentro con él a mitad de camino y mi puño choca contra su mandíbula con la fuerza suficiente para girarle la cabeza. Nos placamos el uno al otro y rodamos por las escaleras en un amasijo de miembros. Caemos al suelo del vestíbulo y le llueven los golpes en la cara hasta que está irreconocible. Le rodeo el cuello con las manos, listo para acabar con él.

Miro a Viktor, que boquea debajo de mí, pero no lo mato. Me echo hacia atrás, respirando con dificultad, y le hago una señal a Dmitri. —Asegúralo. Al sótano. Ahora.

Me levanto, con los músculos gritando de dolor. Mi costado sangra por un rozón del que ni siquiera me había dado cuenta y mis nudillos están en carne viva. Miro a Mike. No puedo dejarlo aquí así. Me inclino y recojo su cuerpo en mis brazos. Es pesado, un peso sólido de pérdida que parece que va a quebrarme la columna.

Comienzo la larga caminata de vuelta a través del complejo. Lo llevo entre las estatuas destrozadas y las paredes acribilladas a balazos. Lo llevo entre los cuerpos de hombres que he conocido durante años, amontonados sobre casquillos y sangre. El hedor a cordita y entrañas es denso en el aire, un recordatorio visceral del coste de mi trono.

Cuando llego al vestíbulo principal, veo a Lena delante de mí.

Está de pie junto a los restos calcinados del piano de cola, con Theo agarrado en sus brazos. Tiene el rostro pálido, los ojos muy abiertos mientras me observa bajar las escaleras con el cuerpo de Mike. Ve la sangre en mi cara, la masacre en mi ropa y el vacío hueco de mis ojos.

Baja las escaleras lentamente y se detiene frente a mí.

—Este es el coste —dice en un susurro—. Veo lo que cargas cada día. Los cuerpos… el peso de todo.

—Te necesito —admito con la voz quebrada—. No puedo hacer esto solo, Lena.

Llego al final de la escalera y deposito a Mike en el suelo de mármol, cruzándole las manos sobre el pecho. No la miro. No puedo. Me quedo ahí, mirando la sangre de mis palmas, sintiendo el peso de cada decisión que he tomado.

Lena no me ofrece un consuelo vacío. No me dice que todo va a salir bien ni me regala palabras bonitas sobre el sacrificio. Me conoce demasiado bien para eso. Se acerca, todavía con Theo en brazos, y se queda a mi lado. No me toca —estoy demasiado cubierto de muerte para eso—, pero se queda. Me ancla a la tierra cuando siento que estoy a punto de perderme en la niebla roja.

—Lo ha salvado —susurra, mirando a Mike.

—Sí —digo.

Miro a Viktor, a quien dos de mis hombres arrastran a nuestro lado, con la cara destrozada a golpes y los ojos todavía llenos de una rabia parpadeante e impotente. Ya no siento ira hacia él. No siento nada. Solo siento la fría y dura certeza de lo que viene después.

—Lleva a Theo a la casa de invitados —le digo, mirándola por fin—. Allí está limpio. Lyosha irá contigo.

—Razvan…

—Ve, Lena. Por favor.

Ella asiente, con los ojos llenos de una triste y profunda comprensión. Se da la vuelta y se aleja; sus pasos resuenan en las silenciosas ruinas de nuestro hogar. La veo marcharse y por un segundo siento una punzada de miedo de que nunca vuelva a mirarme de la misma manera. De que la carnicería de esta mañana me haya manchado tan profundamente que ya no pueda ver al hombre que hay debajo.

Pero entonces se detiene en la puerta y mira hacia atrás. No dice ni una palabra, pero la mirada en sus ojos es suficiente. Se queda. A través de la sangre, de las mentiras, de la muerte… se queda.

Me vuelvo hacia mis hombres. Mi imperio está herido, mi hogar es un desastre y mi mejor amigo es un cadáver en el suelo. Pero sigo siendo el Pakhan. Y el juicio de Viktor Volkov no ha hecho más que empezar.

Camino hacia el sótano; el sonido de mis botas sobre el mármol es el único latido que queda en la casa. La guerra ha terminado, pero el ajuste de cuentas acaba de empezar. Y esta vez, no pararé hasta que el último fantasma descanse en paz.

30

LENA

La casa de invitados está demasiado silenciosa. Huele a lavanda y a cera para suelos, un contraste penetrante y estéril con el regusto metálico a sangre y cordita que ahora mismo impregna mi piel. Me siento en el borde del sillón de terciopelo, con las manos temblándome tan violentamente que tengo que esconderlas bajo los muslos para que se calmen. Frente a mí, Theo está sentado en la alfombra, con la carita surcada por las lágrimas y el hollín, aferrado a un camión de juguete como si fuera lo único que lo anclara a la tierra.

La imagen de él corriendo hacia aquel pasillo —hacia los disparos, hacia el hombre que lo quería muerto— se proyecta tras mis párpados cada vez que parpadeo. Siento el corazón como si lo hubieran pasado por un rallador de queso.

—Theo —digo, con voz rota y apenas audible—. Ven aquí.

Levanta la vista, con el labio inferior temblándole. Gatea hasta mí y apoya la cabeza en mi rodilla. Me inclino y lo agarro por los hombros, quizá con demasiada fuerza, porque hace una mueca de dolor.

—Theodore, mírame —ordeno. Él levanta la cabeza, y sus ojos oscuros —tan parecidos a los de su padre— se llenan de nuevas lágrimas. No debes volver a hacer eso nunca, jamás. ¿Me has entendido? Cuando haya ruido, cuando haya peligro, te quedas donde yo te deje. Podrían haberte matado. Y por poco lo hacen.

—Tenía que hacerlo, mamá —susurra, mientras una lágrima le resbala por la nariz—. Tenía que proteger a papá. Superman luchaba contra los monstruos malos. Soy un chico mayor. Tengo que ayudar.

La palabra *papá* desata una nueva oleada de dolor en mí. Por fin la ha dicho, y ha sido en mitad de una masacre. Lo cojo en mi regazo y lo abrazo tan fuerte que gruñe, pero no puedo evitarlo. Necesito sentir cómo su pecho sube y baja para saber que sigue vivo. Pienso en Mike, frío sobre aquel suelo de mármol porque se interpuso para proteger a este niño. En Mike, que me dio de comer en una mazmorra. En Mike, que fue un traidor, pero murió como un héroe. El coste de seguir con vida se está convirtiendo en una deuda que no sé si alguna vez podremos pagar.

La pesada puerta de roble se abre con un crujido. Me tenso, con los músculos listos para echar a correr, hasta que veo la silueta.

Es Razvan.

Parece que ha atravesado el ojo de un huracán y ha salido de milagro. Su camisa blanca está destrozada, teñida de un carmesí profundo y herrumbroso. Tiene el rostro pálido bajo las manchas de hollín y la mirada perdida, fija en la nada. Cuando entra en la luz, le veo las manos. Están cubiertas de sangre: espesa, oscura y ya secándose.

Se detiene en seco cuando ve que Theo lo mira. Por un segundo, el Pakhan desaparece y veo a un hombre completamente avergonzado. Rápidamente, esconde las manos a la espalda, ocultando las pruebas de la matanza de la mirada inocente de su hijo.

—¿Está bien? —pregunta Razvan. Su voz es un susurro fantasmal, ronco y quebrado.

—Está bien —digo, con la voz más suave—. Solo está asustado.

Razvan desaparece en la pequeña cocina un momento. Oigo el grifo correr, el sonido frenético de la piel frotándose contra la piel. Se queda allí un buen rato. Cuando por fin sale, tiene las manos en carne viva por el agua caliente y el jabón, pero la sangre ha desaparecido. Camina hacia nosotros y se deja caer de rodillas en la alfombra, mirando a Theo con una avidez que me rompe el corazón.

—Papá —canturrea Theo, extendiendo los brazos.

Razvan lo atrae hacia sí en un abrazo aplastante, hundiendo el rostro en el hueco del cuello de Theo. Veo sus anchos hombros sacudirse una, dos veces, antes de recuperar el control. Se aparta lo justo para mirar a Theo a los ojos, con las manos aferradas a los pequeños brazos del niño.

—Theodore, escúchame —dice Razvan con voz severa, pero cargada de emoción—. No debes correr nunca hacia la pelea. Nunca. ¿Me oyes? Te quedas con tu madre. Te pones a salvo. Ese es tu único trabajo.

—Pero yo también quiero proteger a mi familia —replica Theo, hinchando su pequeño pecho—. Quiero ser un hombre de verdad. Como tú. Quiero ser fuerte.

La expresión de Razvan vacila. Me mira, suplicándome ayuda en silencio, y luego vuelve a mirar a su hijo. —Ser un hombre no consiste en correr hacia las balas, Theo. Consiste en ser lo bastante listo como para seguir con vida por la gente que te quiere.

Theo baja la mirada hacia el antebrazo de Razvan y traza la tinta oscura del tatuaje de la serpiente con un dedito. —Quiero un tatuaje como el de papá. Para que los monstruos sepan que soy un Volkov. Así podré proteger a mamá.

Es un momento tierno y vulnerable que se siente demasiado denso para una casa de invitados. A Razvan se le humedecen los ojos. Alarga la mano y acaricia el pelo de Theo.

—Un día tendrás el tatuaje, hijo —promete Razvan con apenas un susurro—. Te lo haré yo mismo. Pero solo si me prometes ahora mismo… que no volverás a exponerte al peligro. No hasta que seas lo bastante mayor y fuerte para proteger de verdad. Hasta entonces, deja que yo sea el escudo. ¿Me lo prometes?

Theo lo mira con solemnidad y asiente, con los párpados pesados por el agotamiento repentino que sigue a una descarga de adrenalina.

—Te lo prometo, papá.

—Buen chico —dice Razvan. Coge a Theo en brazos y lo lleva a la cama pequeña que hay en la esquina de la habitación. Lo arropa, demorándose sobre las mantas hasta que su respiración se vuelve profunda y rítmica. Theo se queda frito en segundos, y el trauma del día por fin da paso al sueño.

Razvan se queda allí de pie un buen rato, sin dejar de mirarlo mientras duerme. El silencio de la habitación está cargado con los fantasmas de los hombres que han muerto hoy. Mike. Los guardias que plantaron cara. Mi padre. Su padre. Todos ellos víctimas de una mentira que ha durado cinco años.

Finalmente, Razvan se vuelve hacia mí. Parece agotado, las rodillas le flaquean al moverse. No va hacia la cama. En su lugar, se deja caer al suelo entre mis piernas mientras estoy sentada en el sillón. Se inclina hacia delante, me rodea la cintura con los brazos y esconde la cara en mi vientre.

Alargo la mano y hundo los dedos en su pelo oscuro y revuelto. Lo abrazo por cada noche que pasé odiándolo en esa mazmorra. Lo abrazo por cada mentira que contó Viktor.

—Me equivoqué —grazna contra mi bata, con una voz que suena como si la arrastraran por la grava—. Durante cinco años, Lena... me lo creí. Te di caza. Te hice daño. Te metí en esa celda porque creía que estaba haciendo justicia por mi padre. Y todo este tiempo, la podredumbre estaba en mi propia casa. En mi propia sangre.

—Razvan, mírame —digo, levantándole la cabeza. Tiene el rostro pálido, los ojos inyectados en sangre y enmarcados por un calor seco y abrasador, pero su mirada es tan afilada como una navaja—. Te mintieron. Nos mintieron a los dos. No lo sabías.

—¡Debería haberlo sabido! —El rugido es grave, contenido, y vibra en su pecho como una bestia atrapada—. Conocía a tu padre. Sabía que no era un asesino. Pero dejé que Viktor me susurrara al oído porque era más fácil odiar a una Sokolova que ver al traidor en mi propio linaje. Tú sufriste... tu padre murió... y todo por una mentira. Te he arruinado la vida, Lena. Nunca podré deshacerlo.

—Hoy has salvado a mi hijo —le digo, y mis propias lágrimas empiezan a caer—. Y Mike… dio su vida por nosotros. No podemos cambiar los últimos cinco años, Razvan. Solo podemos sobrevivir a lo que queda. No es culpa tuya que fueras un peón en el juego de Viktor.

—Siento que me ahogo en la sangre de todo esto —susurra, apoyando su frente en la mía. Su agarre en mi cintura se hace más fuerte, posesivo y feroz, la fuerza de un hombre que no volverá a soltarme—. Las muertes… Mike… Tuve que mirarlo a los ojos y…

No puede terminar la frase. No hace falta. Vi la expresión de su rostro cuando transportaba el cuerpo de Mike: la concentración fría y ausente de un hombre que tuvo que realizar un último acto de piedad por un hermano.

—Lo sé —digo, atrayéndolo hacia mí—. Lo sé.

Nos quedamos sentados en el suelo durante una eternidad, de luto en la oscuridad. No hay sollozos, solo la respiración pesada y rítmica

de dos supervivientes. Lloramos al hombre inocente que fue mi padre. Lloramos al padre que Razvan perdió. Lloramos a Mike.

Al final, la adrenalina desaparece por completo, dejándonos a ambos vacíos y entumecidos. Razvan se levanta y me ayuda a ponerme en pie. Me conduce a la cama grande, al otro lado de la habitación. No nos desvestimos. No tenemos energía. Simplemente nos desplomamos sobre las sábanas.

Razvan se acerca primero a la cama pequeña, coge con delicadeza al dormido Theo y lo trae a la cama grande con nosotros. Coloca al niño en el medio. Theo se mueve un segundo, murmurando algo sobre Superman, antes de volver a sumirse en un sueño profundo.

Razvan se tumba a un lado de Theo, y yo, al otro. Extiende el brazo por encima de nuestro hijo y me coge la mano, apretándola con tanta fuerza que casi duele.

—Voy a arreglarlo —susurra en la oscuridad—. Te lo prometo, Lena. Arreglaré lo que está roto.

—Con que te quedes… —digo, cerrando los ojos—. Con que estés aquí.

—Siempre —musita.

Mientras el sueño por fin empieza a vencerme, siento el calor de mi hijo y la fuerza del hombre al que estoy aprendiendo a amar. El mundo exterior sigue lleno de fuego y sangre. Viktor está en un sótano, esperando un juicio que será lento y doloroso. La finca es un cementerio. Pero aquí, en esta habitación silenciosa, la mentira ha muerto.

La verdad es pesada y duele, pero, mientras el pulgar de Razvan me acaricia el dorso de la mano, me doy cuenta de que por fin somos libres. Somos una familia forjada en el peor de los fuegos, pero seguimos en pie.

Me quedo dormida con el sonido de dos latidos: el pequeño y constante de mi hijo, y el pesado y abrumado de Razvan. Por primera vez en cinco años, los fantasmas están en silencio. Dormimos, acurrucados juntos entre los escombros, esperando una mañana que por fin nos pertenecerá.

31

RAZVAN

—Empecemos.

La sala del Gran Consejo está cargada del olor a madera vieja, a tabaco caro y de la tensión asfixiante de unos hombres que saben que están al filo de la navaja. Todos los asientos están ocupados. Los cabezas de las siete familias se sientan en semicírculo, con rostros tallados en piedra y los ojos fijos en cada uno de mis movimientos mientras camino hacia la cabecera de la mesa. Siento el peso de la muerte de Mike en los huesos. Siento el rasguño del hombro ardiéndome como un hierro candente. Pero, sobre todo, siento el vacío frío y duro donde antes estaba mi corazón.

A mi izquierda, Viktor está encadenado a una pesada silla de hierro. Está hecho un desastre. Su cara es un mosaico de moratones y sangre seca; su respiración, dificultosa a través de una nariz rota. Aún intenta parecer un Pakhan, con la barbilla levantada, pero la desesperación de sus ojos lo delata. Sabe que este es el final. Sabe que el consejo no perdona a un hombre que mata a su propio hermano y culpa a un amigo leal.

—Razvan —dice el anciano del Consejo Volkov, un hombre llamado Mikhail que sirvió a mi abuelo. Su voz es un carraspeo seco.—Ha

convocado usted una sesión de emergencia. Afirma que ha habido traición en la línea de sangre directa. Es una acusación muy grave. La pena por una acusación falsa es la muerte.

—Soy consciente de las leyes, Mikhail —digo con voz firme, aunque la sangre me hierve pidiendo venganza—. Yo no hago afirmaciones. Aporto hechos.

Las pesadas puertas del fondo de la sala se abren de golpe. El sonido resuena en el alto techo abovedado, y todas las cabezas se giran. Se me corta la respiración. Lena entra. Ya no lleva las túnicas de seda de una cautiva. Viste un elegante traje sastre negro, con el pelo recogido y el rostro convertido en una máscara de determinación regia y gélida. Tiene todo el aspecto de la esposa de un Pakhan, una mujer que ha sobrevivido al fuego y ha salido de él templada como el acero.

Recorre la sala, y sus tacones resuenan con una rítmica finalidad. No mira a los guardias. No mira al consejo. Me mira solo a mí. Cuando llega a la mesa, saca la memoria USB plateada, el legado del dolor de su padre, y la coloca justo en el centro de la superficie de caoba.

—Esta es la verdad —dice Lena, con voz clara e inquebrantable—. Son diez años de la vida de Pyotr Sokolova. Contiene los registros, las transferencias bancarias y las pruebas en vídeo de la noche en que fue asesinado el anterior Pakhan. Demuestra que el hombre sentado en esas cadenas no es un Volkov. Es un parásito que mató a su propio hermano e inculpó a mi padre para ocultar su codicia.

Un murmullo recorre la sala como una ola. Dmitri se adelanta y conecta la memoria al sistema central. Las enormes pantallas de la pared cobran vida. Vemos de nuevo la grabación de Viktor entrando en el despacho de mi padre, la ejecución a sangre fría, la forma en que reorganizó cruelmente la habitación para señalar a un hombre que ni siquiera estaba en el edificio. Vemos la década de cuentas en el extranjero, el dinero robado a las familias, los asesinatos ordenados de hombres que se acercaron demasiado a la verdad.

El ambiente en la sala cambia. El silencio que sigue es ensordecedor. Observo cómo los rostros de los miembros del consejo pasan del escepticismo a una profunda y visceral repugnancia. Entonces Viktor empieza a negarlo todo, con voz débil, estridente e inverosímil.

—¡Es una falsificación! —grita Viktor, con la voz quebrada—. ¡La chica Sokolova es una mentirosa! ¡Ha manipulado los datos! ¡Razvan, estás dejando que una mujer destruya nuestra familia!

—Cállate, Viktor —escupe Mikhail, que mira las pantallas con una expresión de puro odio—. Los datos están corroborados por los códigos bancarios. El vídeo ha sido autentificado por nuestros técnicos. Eres un parricida. Eres un ladrón. Eres un traidor a la Bratva.

Me acerco a Viktor y mi sombra cae sobre su patética y rota figura. —Mataste a mi padre —digo, con las palabras saliendo como un gruñido bajo y letal—. Me hiciste perseguir a una mujer inocente. Me hiciste vivir una mentira durante cinco años mientras te sentabas a mi mesa y fingías ser mi mentor. No eres nada.

Me inclino y le quito las cadenas. El consejo observa en silencio. Saben lo que es esto. Ya no es un juicio. Es una ejecución autorizada.

—Levántate —ordeno—. Levántate y muere como un hombre, aunque nunca hayas vivido como tal.

Viktor se pone en pie a trompicones, con la respiración entrecortada. Mira a su alrededor en busca de un aliado, pero solo encuentra las frías miradas de unos hombres que ya han escrito su esquela. Vuelve a mirarme y, por una fracción de segundo, veo que el zorro que lleva dentro regresa. Sabe que no puede ganar una lucha justa. Sabe que soy más rápido, más fuerte y que me impulsa una década de rabia reprimida.

Gruñe, y una risa húmeda le burbujea en la garganta. —Tengo algo que decir —grazna, con la voz vibrando con una repentina y cortante

energía—. Debería haberte matado cuando eras un niño, Razvan. Debería haber terminado el trabajo que empecé con tu padre.

Entonces se abalanza.

Es un movimiento desesperado, borroso. Viktor no echa mano de una pistola ni de una funda. Lanza todo su peso hacia mí, con las manos vacías, el rostro convertido en una máscara de puro odio primitivo. Le salgo al encuentro a medio camino. Chocamos con un sonido de huesos que crujen y tela gruesa, un amasijo de furia rugiente y rencores ancestrales.

He pasado la vida entrenando para esto. Paro su primer golpe salvaje, el impacto me sacude el brazo, y contraataco con un gancho que salpica su sangre por la caoba pulida de la mesa del consejo. Caemos al suelo, rodando con fuerza. Soy más rápido, más joven, y me alimenta una década de rabia reprimida. Me pongo encima de él, mis rodillas sujetándole los hombros contra el suelo, mis manos buscando su garganta para acabar con la mentira de una vez por todas.

Lo tengo inmovilizado, mi atención centrada por completo en el pulso que late bajo su piel, en la visión de sus ojos desorbitados mientras aprieto. No veo moverse su mano. No veo la pequeña hoja de cerámica, una astilla fina y letal, deslizarse desde la funda oculta en su manga hasta la palma de su mano. No veo el golpe mortal que ha preparado para clavarme en el corazón mientras estoy expuesto.

Pero Lena sí lo ve.

En un momento de puro amor instintivo, se lanza al hueco y me golpea el hombro con una fuerza que no sabía que poseía. Mientras su peso me obliga a retroceder, el brazo de Viktor se lanza hacia delante en un arco ascendente y feroz destinado a mi pecho.

La hoja no me alcanza. Se hunde profundamente en su costado, enterrada hasta la empuñadura en el tejido blando justo debajo de sus costillas.

El mundo se detiene. El sonido de la sala se desvanece, reemplazado por un pitido agudo en mis oídos que ahoga las exclamaciones ahogadas del consejo.

Observo cómo la conmoción se extiende por el rostro de Lena, cómo su aliento la abandona en una repentina y silenciosa bocanada de vaho. Veo cómo le flaquean las rodillas, la elegante tela negra de su traje volviéndose al instante de un carmesí oscuro y húmedo mientras la sangre empieza a manar.

—¡Lena!

El sonido que se me desgarra en la garganta no es humano. Mi mundo se viene abajo. Todo por lo que he luchado, cada promesa que le hice en la casa de invitados, cada esperanza que tenía de un futuro… todo termina en el segundo en que su cuerpo empieza a inclinarse hacia el suelo.

Viktor se ríe. Es un sonido húmedo, histérico. —¡Si me voy al infierno, Razvan, me llevaré tu corazón conmigo!

Llego hasta él antes de que ella toque el suelo. Quiero sentir cómo muere. Le agarro la garganta con ambas manos, mis dedos hundiéndose en su carne. Lo estrello contra la mesa del consejo, la caoba crujiendo bajo la fuerza.

Aprieto con fuerza, el sonido de mi corazón latiendo rápido y fuerte retumbando en mis oídos y lo único que veo es rojo. Siento su tráquea colapsar bajo mis pulgares. A Viktor se le desorbitan los ojos, sus manos arañan mis muñecas, pero soy de piedra.

Retiro la mano derecha y le estampo el puño en la cara, una y otra vez. Oigo el crujido húmedo de su pómulo al hacerse añicos. Oigo cómo se le parte la mandíbula. No paro. Lo golpeo hasta que su cara deja de ser una cara, solo una masa roja y pulposa de hueso y materia cerebral.

Con un último rugido primario, le retuerzo la cabeza. El chasquido de su cuello es el sonido más fuerte que he oído en mi vida. Su cuerpo

se desploma, sus ojos mirando a la nada, su vida extinguida en un desastre sangriento y brutal en el suelo del consejo. Lo dejo caer como un trozo de basura. No es nada. Se ha ido.

Pero no importa. La venganza sabe a cenizas porque el mundo sigue estando mal.

Me doy la vuelta, mis botas resbalan en la sangre del suelo. Lena está en el suelo. Está acurrucada de lado, con las manos apretadas contra la herida, la sangre filtrándose a través de sus dedos y formando un charco sobre la madera antigua de la sala. Dmitri ya está allí, pidiendo a gritos a los médicos, pero su voz suena a kilómetros de distancia.

Me derrumbo a su lado, mis rodillas golpeando el suelo con un estruendo que me hace crujir los huesos. Un dolor agudo me atraviesa el cuerpo, pero apenas lo noto.

Me tiemblan tanto las manos que apenas puedo tocarla. Extiendo la mano, mis dedos resbaladizos por la sangre de Viktor, y le ahueco el rostro. Está muy pálida. Tiene los ojos abiertos, pero desenfocados, perdidos en el alto techo.

—Lena —susurro, la palabra un sollozo roto—. Lena, mírame. Quédate conmigo. Por favor. No me dejes.

Intenta hablar, sus labios se mueven en silencio, un pequeño rastro de sangre escapa de la comisura de su boca. La atraigo a mi regazo, abrazándola contra mi pecho, tratando de retener la vida dentro de ella con mis propias manos. Relevo a Dmitri, presionando mi palma sobre la herida, sintiendo el pulso caliente y frenético de su sangre contra mi piel. No para. Hay muchísima.

—¡Ayudadla! —grito, mirando al consejo, a los guardias, al mundo que me está fallando—. ¡Que alguien la ayude!

Mi alma se está extinguiendo. Siento cómo la oscuridad se cierne sobre mí, la aplastante comprensión de que por fin la encontré solo para perderla por culpa del mismo linaje que destruyó a su padre. Si

ella muere, no soy nada. Si ella muere, el Pakhan está muerto. No habrá reconstrucción. No habrá futuro. Solo habrá fuego.

La acerco más, enterrando mi cara en la curva de su cuello, oliendo su perfume mezclado con el hedor de la muerte. Siento cómo su corazón se ralentiza. Siento cómo el calor abandona su cuerpo. La agonía en mi pecho es tan aguda que parece que soy yo el apuñalado. Cambiaría cada territorio, cada rublo, cada gota de mi propia sangre por volver atrás.

—¡Lena! —aúllo su nombre, un sonido crudo y devastador que rompe el silencio de la sala.

El mundo se vuelve negro por los bordes. No veo a los médicos entrar corriendo. No veo a los miembros del consejo retroceder horrorizados. Solo la veo a ella. Solo veo a la mujer que me eligió, la mujer que recibió una cuchillada por un monstruo, la mujer que era mi única oportunidad de ser un hombre.

—*¡Lena!* —rujo su nombre de nuevo, una súplica desesperada y rota a un dios en el que no creo, mi voz resonando por los pasillos de mi imperio hueco mientras sostengo su cuerpo moribundo entre los escombros de nuestras vidas.

32

LENA

Lo primero que siento no es el dolor. Es el frío.

Es un frío hueco y punzante que empieza en la punta de mis dedos y se precipita hacia dentro, convirtiéndome la sangre en aguanieve. El grandioso techo de la sala del consejo da vueltas, un mosaico borroso de pan de oro y madera antigua que parece que va a caer sobre mí. Intento respirar, pero siento los pulmones como si me los hubieran llenado de arena mojada.

—¡Lena! ¡*Lena*!

La voz es un rugido. Vibra a través de las tablas del suelo y se me clava en la espina dorsal, más una fuerza de la naturaleza que un sonido humano. Siento unas manos sobre mí, enormes y temblorosas, que me alzan en vilo. Razvan. No le veo bien la cara, solo la mancha oscura de su pelo y el brillo frenético y aterrador de sus ojos.

—Te tengo. Te tengo, Zayka. Quédate conmigo. ¡*Mírame*!

Lo intento. De verdad que lo intento. Quiero decirle que estoy bien, pero cuando abro la boca, solo sale un silbido suave y húmedo. Me miro y veo sus manos apretadas contra mi costado. El blanco de sus

puños ha desaparecido, sustituido por un carmesí intenso y palpitante que parece negro bajo la luz de la lámpara de araña. Es mi sangre. Está por todas partes. Está empapando su camisa, cubriendo sus anillos, goteando en el suelo.

La sala empieza a fragmentarse.

Destello. Me estoy moviendo. El mundo es una serie de luces estroboscópicas y gritos. Veo a los miembros del consejo retroceder como fantasmas. Veo la cara de Dmitri, pálida y tensa, mientras ladra órdenes por una radio.

Destello. El pasillo. Las losetas del techo son una mancha blanca y borrosa. Siento la sacudida rítmica de una camilla, pero no estoy en ella. Sigo en sus brazos. No me suelta. Los sanitarios revolotean a nuestro alrededor, con las manos extendidas hacia mí, pero Razvan es un muro de músculo y furia. Les gruñe, un animal herido que protege a su pareja.

—¡Déjela, Pakhan! ¡Tenemos que movernos!

—¡No pienso dejarla! —brama él.

El aire huele a hierro y antiséptico. Siento un pinchazo agudo en el brazo, y entonces el frío empieza a convertirse en una oscuridad pesada y aterciopelada. Lo último que veo antes de que el mundo se desvanezca es el rostro de Razvan. Parece deshecho. No el Pakhan. No el monstruo. Solo un hombre al que se le está escapando el alma por entre los dedos.

—No te vayas —susurra, apoyando su frente contra la mía por una fracción de segundo—. No te atrevas a dejarme, Lena.

La luz se apaga.

La oscuridad es larga. Es un lugar silencioso y vacío donde el dolor no puede encontrarme. Pero, al final, el mundo empieza a tirar de mí para que vuelva.

Empieza con un sonido. Un rítmico y molesto *bip-bip-bip*. Es constante. Incesante. Intento mover la mano, pero siento que es de plomo. El costado me late con un dolor sordo y pesado que me recuerda que sigo atada a un cuerpo. Me obligo a abrir los párpados y la tenue luz azulada de una habitación de hospital se derrama dentro.

No estoy sola.

Razvan está aquí. No está sentado en una silla. Está en el borde de la cama, inclinado hacia delante hasta el punto de que su pecho casi me toca el brazo. Tiene un aspecto terrible. No se ha cambiado de ropa. La chaqueta negra del traje ha desaparecido, y su camisa blanca es un mapa de manchas de sangre seca de color marrón. Tiene el pelo revuelto, levantado en picos irregulares por donde es evidente que se ha pasado las manos.

Me está cogiendo de la mano.

No es el agarre posesivo y aplastante al que me he acostumbrado. Es ligero. Sus dedos están entrelazados con los míos, su pulgar traza círculos pequeños y lentos sobre mis nudillos. Mira nuestras manos unidas con una intensidad que me hace un nudo en la garganta. No está actuando. Aquí no hay público, ni consejo al que impresionar. Es solo un hombre aferrándose a lo único que importa.

—Razvan —grazno. Mi voz suena como si hubiera estado tragando cristales.

Se estremece, levantando la cabeza tan rápido que oigo cómo le cruje el cuello. La mirada en sus ojos… nunca la había visto antes. Es cruda. Está completamente expuesta y sangrante. Durante un segundo, se me queda mirando, con el pecho agitado como si hubiera olvidado cómo respirar.

—Lena —susurra—. Al principio no se mueve, como si temiera que soy una alucinación. Luego, se inclina y presiona la frente contra el

dorso de mi mano. Siento una gota caliente y húmeda caer sobre mi piel.

El gran Pakhan está llorando. Extiende la mano libre, con los dedos temblorosos, y me aparta un mechón de pelo de la frente. Su contacto es tan suave, tan vacilante.

—Vi el cuchillo —digo, y las palabras me salen con una lentitud dolorosa—. No podía dejar que él… No podía dejar que te llevara.

Levanta la vista, con los ojos inyectados en sangre y atormentados. —Me has salvado —dice, y la constatación suena a confesión—. Después de todo lo que te he hecho. Después de la mazmorra…, de las amenazas…, te interpusiste ante una cuchilla por mí. ¿Por qué?

Lo miro, lo miro de verdad. Veo las cicatrices de sus nudillos y el amor devastador que ha estado intentando ocultar. Pienso en Theo llamándolo *papá*.

—Porque eres mi familia, Razvan —susurro—. Y no dejamos que la familia luche sola.

Cierra los ojos y un sonido quebrado se le escapa de la garganta. Antes de que pueda responder, la pesada puerta de la habitación se abre con un crujido. Dmitri y Lyosha entran. Ambos parecen agotados, sus trajes están arrugados y sus rostros, sombríos.

Dmitri se aclara la garganta, sujetando una tableta. —Razvan. El consejo se está volviendo loco. Las otras familias llevan seis horas esperando en la finca. Necesitan órdenes. Necesitan saber que el Pakhan sigue al mando.

Razvan ni siquiera los mira. No me suelta la mano. —Que esperen —gruñe con voz baja y peligrosa.

—Llevan esperando desde ayer, jefe —añade Lyosha con una pequeña y cansada sonrisa torciéndole la comisura de los labios mientras me mira—. No se ha movido ni un centímetro, Lena. Intentamos traerle comida, pero amenazó con romperle el brazo a

Dmitri si volvía a tocar el pomo de la puerta. Ni siquiera ha dejado entrar a las enfermeras para que le revisen su propio hombro.

—Cállate —espeta Razvan, aunque sin verdadera vehemencia. Sujeta mi mano con una pizca más de fuerza.

—Nos dijo que por él el mundo podía arder mientras tú abrieras los ojos —dice Dmitri, ignorando la mirada fulminante de Razvan. Me mira con un asentimiento de auténtico respeto—. Me alegro de verte despierta, Lena. Quizá ahora por fin deje que el médico le mire ese rasguño del brazo.

—Fuera —retumba Razvan, dirigiendo finalmente la mirada hacia ellos—. Los dos. Ahora.

Lyosha se ríe entre dientes, meneando la cabeza. —Es un romántico cuando está aterrorizado. ¿Quién lo iba a decir?

Los dos se escabullen de la habitación, dejándonos de nuevo en la silenciosa luz azul. Razvan vuelve a acomodarse en la silla, pero no me suelta la mano. La levanta y la apoya sobre su pecho, justo encima de su corazón. Puedo sentir su ritmo: fuerte, constante y completamente mío.

—¿Es verdad? —pregunto en voz baja—. ¿No te has movido de aquí?

Baja la mirada y un leve rubor le tiñe los pómulos. —No podía. Cada vez que pensaba en levantarme, sentía que el suelo se iba a abrir. Necesitaba oír los latidos de tu corazón, Lena. Necesitaba saber que no había perdido lo único bueno que he encontrado en mi vida.

Entonces lo veo. El cambio en él. Ya no interpreta el papel del rey taciturno. Es solo mi marido.

—¿Theo? —pregunto al cabo de un momento.

—Está a salvo —dice Razvan rápidamente—. Está en la finca secundaria con los mejores hombres de Lyosha. Cree que solo estás durmiendo. Quiere enseñarte un dibujo que ha hecho de «la Reina».

Sonrío, aunque me duele el costado. —¿La Reina?

—Palabras suyas —dice Razvan. Coge un vaso de agua y me acerca la pajita a los labios con mano firme. Me observa beber, sin apartar los ojos de los míos. Cada movimiento es deliberado, centrado por completo en mí.

—Voy a llevarte a casa —dice con voz baja y solemne—. No a una jaula. Vamos a enterrar a los fantasmas, Lena. Mike, tu padre, tendrá su descanso. Y Viktor… él no volverá a hacer daño a nadie.

—Vi lo que le hiciste —digo.

—Se merecía algo peor —gruñe Razvan, y sus ojos se oscurecen durante una fracción de segundo antes de que regrese la ternura—. Pero ya no está. A partir de ahora, solo somos nosotros. Voy a pasar el resto de mi vida mereciéndome esa mirada que me dedicaste antes de caer.

—Ya lo estás haciendo —susurro.

Siento que el agotamiento vuelve a invadirme. Pero el miedo ha desaparecido. Razvan está aquí. Ahora él es el escudo.

Se da cuenta de que se me cierran los ojos y se inclina para besarme los nudillos una vez más. —Duerme, *zayka*. Estoy aquí mismo. No voy a ninguna parte.

—¿Lo prometes?

—Por mi alma —dice.

Cierro los ojos, arrullada por el latido constante de su corazón bajo mi palma. La deuda está pagada. La mentira ha muerto. Y mientras me sumo de nuevo en un sueño apacible, sé que, por primera vez en cinco años, por fin estamos despiertos.

33

RAZVAN

El ambiente en la finca ha cambiado. Antes era como si contuviera la respiración: estático, pesado y denso por el aroma de la madera vieja y la podredumbre persistente de los secretos de Viktor. Ahora, una semana después de que Lena recibiera el alta, parece que el complejo por fin está exhalando. Los agujeros de bala del vestíbulo se han tapado, la sangre se ha limpiado del mármol y el silencio que queda no es la quietud espeluznante de un cementerio. Es la calma de un nuevo comienzo.

Detengo el todoterreno frente a la escalinata principal, agarrando el volante con algo más de fuerza de la necesaria. Lena está sentada en el asiento del copiloto, con la cara todavía un poco pálida, pero con los ojos brillantes. Lleva un suave jersey de color crema que oculta los aparatosos vendajes que le rodean la cintura. Cada vez que hace una mueca de dolor al pasar por un bache, el corazón se me para, pero ella se limita a buscar mi mirada y a dedicarme esa pequeña sonrisa cómplice que me dice que respire.

—Estamos en casa —susurro.

—En casa —repite ella, y la palabra suena como una oración.

Apago el motor, salgo del coche y lo rodeo para ayudarla. Me da igual que los guardias estén mirando.

La cojo en brazos con la delicadeza de si estuviera hecha de cristal soplado, ignorando sus suaves protestas de que puede caminar. La subo por la escalinata, atravieso las enormes puertas de roble y entro en el vestíbulo.

He pasado los últimos tres días orquestándolo todo. Mientras ella dormía en esa cama de hospital esterilizada, yo estaba al teléfono, volviendo locos a Dmitri y al personal de la casa. Todo tenía que ser perfecto.

El vestíbulo está lleno de cientos de globos blancos que flotan contra el alto techo abovedado como nubes mullidas. Hay lirios por todas partes —sus favoritos—, perfumando el aire con tanta intensidad que ahoga el recuerdo de la cordita. En el centro de la sala está Theo.

Lleva un diminuto traje negro a juego con el mío, el pelo peinado hacia atrás y una sonrisa tan amplia que parece que la cara se le vaya a partir en dos. Sostiene una pequeña caja de terciopelo en las manos, aferrándola como si fuera lo más preciado del mundo.

—¡Mamá! ¡Superman! —chilla, vibrando de emoción.

Dejo a Lena de pie con cuidado, manteniendo el brazo firmemente alrededor de su cintura para estabilizarla. Ella suelta un jadeo y se lleva la mano a la boca al contemplar la estancia.

—Razvan —susurra, con los ojos brillantes.

—Vamos, Theo —animo al niño.

Theo avanza con la concentración implacable de un soldado y se detiene justo delante de Lena. Le tiende la caja con su pequeño pecho henchido. —Papá ha dicho que tengo que darle esto a la reina. Porque él está demasiado nervioso para hacerlo bien.

Toso, sintiendo un calor inusual subirme por el cuello. —Yo no he dicho eso.

—¡Sí que lo has dicho! Has dicho: «Theo, si se me cae, voy a quedar como un tonto» —canturrea el niño, destapando por completo mi tapadera.

Lena se ríe: una risa auténtica y melodiosa que me cura partes que no sabía que tenía rotas. Me arrodillo sobre el suelo de mármol; la fría piedra se me clava en la piel, pero no la siento. Le cojo la caja a Theo y la abro. Dentro hay un diamante que atrapa toda la luz de la sala, una piedra tan clara y resistente como la mujer que tengo delante.

—Hace seis meses, te puse un anillo en el dedo como si fuera una marca —digo, con la voz áspera y despojada de toda autoridad de Pakhan—. Era un contrato. Era una mentira. Te reclamé como un premio porque estaba ciego. Pero hoy… hoy te lo pido de verdad. No quiero una cautiva, Lena. No quiero un tratado. Te quiero a ti.

La miro, con el alma al descubierto de una forma que nunca creí posible para un hombre como yo. —Quiero ser el hombre que te mereces. Quiero ser el padre que Theo necesita. Lena Sokolova, ¿quieres casarte conmigo? De verdad esta vez.

El silencio se alarga un latido de más. Lena mira el anillo, luego a Theo y, finalmente, a mí. Su expresión es indescifrable por un segundo, y una chispa de la antigua rebeldía se enciende en sus ojos.

—Si digo que no —pregunta en voz baja, con un matiz de desafío en la voz—, ¿soy libre de irme? ¿Ahora mismo? ¿Sin puertas, ni guardias, ni mazmorras?

Se me oprime el pecho. Un gruñido bajo e involuntario nace en mi garganta; el animal posesivo que hay en mí grita ante la idea de que se marche. Lo reprimo. Me obligo a mantener las manos abiertas, no apretadas en puños.

—Sí —grazno, con un sabor a cenizas en la boca, pero con todo el peso de la verdad en la palabra—. Las puertas están abiertas, Lena. Eres libre. No me debes nada. —Hago una pausa y clavo mi mirada en la suya—. Pero que sepas una cosa: si sales por esa puerta, te seguiré. No como tu captor. No como un rey. Sino como un hombre que pasará cada día de su vida intentando recuperarte. Seré la sombra de tus talones hasta que te canses de correr y te des cuenta de que ya estás en casa.

Lena me mira fijamente, buscando en mi rostro el más mínimo indicio de mentira. Entonces, extiende lentamente la mano y me toca la mejilla. Su piel es cálida.

—Bien —susurra—. Porque estoy cansada de correr, Razvan. —Niega con la cabeza, y por fin se le escapa una lágrima, que le resbala por la mejilla—. Sí. Me casaré contigo. Te quise incluso cuando no debía. Te quise cuando se suponía que debía odiarte. No voy a irme a ninguna parte.

Suelto un aliento que siento que he estado conteniendo durante media década. Le deslizo el anillo en el dedo —le queda perfecto— y me levanto, atrayéndola a mis brazos. Hundo la cara en su cuello, abrazándola con fuerza, mientras Theo vitorea y se pone a saltar sobre el montón de globos, esparciéndolos por todo el vestíbulo.

—Te quiero —le susurro en la piel.

—Lo sé —dice, apretando los brazos alrededor de mi cuello—. Lo sé, Superman.

Un mes después

El sol de la mañana entra a raudales por las ventanas del comedor y refulge en el servicio de té de plata. Es una mañana corriente, pero para mí es como un milagro.

Estoy sentado a la cabecera de la mesa, saboreando un café, observando a las dos personas que se han convertido en todo mi universo. Theo está sentado frente a mí, encaramado a dos cojines

para poder llegar a la mesa. Tiene una mochila escolar nueva colgada del respaldo de la silla y en este momento me está interrogando con un nivel de intensidad que me resulta aterradoramente familiar.

—Pero ¿*por qué* los guardias tienen que llevar traje, papá? —pregunta, con las cejas fruncidas en una imitación perfecta de mi propia cara de concentración—. Si están peleando, ¿no serían más rápidos los pijamas? Son elásticos.

Me atraganto con el café, intentando mantener la seriedad. —Los pijamas no intimidan mucho, Theo. La gente tiene que saber que son profesionales.

—Creo que Lyosha estaría gracioso en pijama —reflexiona Theo, dándose golpecitos en la barbilla. Se inclina hacia delante y sus ojos oscuros se entrecierran—. ¿Y por qué tengo que ir al colegio? Ya sé contar hasta cien y sé cómo desmontar tu Glock. Dijiste que eso es todo lo que un hombre necesita.

Le lanzo una mirada a Lena, que está de pie junto al aparador, reprimiendo una carcajada. Me dirige una mirada que dice: *«Tú te has metido en este lío, ahora sal de él».*

—Dije que un hombre necesita conocer sus herramientas, Theo. No dije que pudieras saltarte geografía —replico—. Además, si vas a ser un Volkov, tienes que ser más listo que todos los demás en la sala. No puedes ser más listo que la gente si no sabes dónde viven.

Theo asiente solemnemente, procesando esta información con una concentración implacable. —Vale. Iré. Pero quiero una mochila negra. Como tu coche.

—Hecho —digo.

Lo observo devorar sus tortitas, con sus pequeñas manos moviéndose con una precisión que me recuerda tanto a mi padre que me duele el pecho. Va a ser un Volkov como es debido: fuerte,

centrado y, con suerte, mucho mejor hombre de lo que yo fui durante la mayor parte de mi vida.

—Me aterroriza —le murmuro a Lena mientras se sienta a mi lado, posando una mano en mi hombro—. Tiene esa mirada. Esa en la que ya va tres pasos por delante de ti.

—Eso lo ha sacado de ti —bromea, inclinándose para besarme la sien—. Y la cabezonería, de mí. Es una combinación peligrosa, Razvan.

—Es perfecto —digo, cogiendo su mano y llevándomela a los labios.

El complejo está en calma, pero es una calma viva. Hay voces en los jardines, el sonido de un cortacésped lejano, el tintineo de los cubiertos. Los fantasmas de Mike y de nuestros padres todavía están ahí, pero ya no nos atormentan. Solo son parte de los cimientos.

Miro el anillo en el dedo de Lena, luego al niño que por fin me llama «papá», y por primera vez en mi vida, no me siento como un hombre al borde de un acantilado. Me siento como un hombre que por fin ha encontrado tierra firme.

—¿Listo para tu primer día, campeón? —le pregunto a Theo.

Él levanta la vista, con un poco de sirope en la barbilla, y me dedica un asentimiento brusco y decidido. —Listo, papá. Haré que la familia se sienta orgullosa.

—Ya lo has hecho —le digo.

Y mientras miro a Lena, viendo la paz en sus ojos y el amor que ya no tengo que robar, me doy cuenta de que la guerra no terminó cuando Viktor murió. Terminó aquí, en una mesa de desayuno, con una mochila escolar y una promesa.

Somos los Volkov. Somos supervivientes. Y, por fin, somos una familia.

34

EPÍLOGO: LENA

—Como me pida que me siente una vez más, Nadia, te juro por el escudo de los Volkov que le voy a tirar un cojín decorativo a su carísima cabeza.

Cambio el peso sobre el cajón de madera en la bodega, apoyándome en una pared de piedra fría que ofrece el único alivio a la húmeda tarde moscovita. Mi barriga es una esfera pesada e inquieta; nuestro segundo hijo está practicando lo que parece una rutina de kickboxing contra mis costillas.

Nadia se apoya en el botellero, removiendo una copa de zumo de uva de color morado oscuro con una sonrisa maliciosa. —Ay, pobre Lena. Tu devastadoramente guapo y aterradoramente poderoso marido quiere tratarte como a una muñeca de porcelana. Se me parte el corazón por ti. De verdad.

—¡Cree que el embarazo es una discapacidad física! —siseo, dando un trago desafiante a mi propio zumo—. Ayer intenté coger un libro del estante de arriba. Solo un libro. Se movió tan rápido que pensé que había un asesino en la habitación. Me lo arrancó del aire, me arropó las piernas con una manta y me preguntó si el «esfuerzo de estar de pie» me había mareado. ¡Estoy embarazada, no paralítica!

Nadia estalla en una carcajada cuyo eco resuena en las polvorientas botellas de vino. —¿Quién lo hubiera imaginado? El hombre que desmanteló un imperio criminal con sus propias manos, derrotado por una barriga de embarazada. Respiraría por ti si supiera cómo hacerlo, ¿no crees?

—Tiene una carpeta, Nadia. Una carpeta digital y encriptada en su móvil —digo, agitando la copa para dar énfasis—. Se llama *«Proyecto Lirio».* Tiene hojas de cálculo para mi hidratación, un localizador GPS en mis vitaminas y tres configuraciones de alarma diferentes para mis siestas. Me siento como un activo de alta seguridad, no como una esposa. Esto no es un «y vivieron felices para siempre», es un «y vivieron frustrados para siempre».

—Estás radiante mientras te quejas, que lo sepas —señala Nadia, con la mirada enternecida. Da un paso adelante y me toca el hombro—. A veces te miro y no me lo puedo creer. Después del calabozo, después de Viktor, no pensé que un hombre como Razvan fuera capaz de este tipo de ternura. Esto se lo has hecho tú, Lena. Has convertido a un lobo en un centinela.

Resoplo, aunque el calor de mis mejillas no tiene nada que ver con la temperatura de la bodega. —Yo no lo he convertido en nada. Es que es obsesivo. Es un defecto de su personalidad.

—Es un milagro —susurra ella.

Nos quedamos allí unos minutos más, escondidas en la fresca oscuridad, compartiendo esa clase de paz tranquila que parece robada. Pero, al final, el kickboxing en mi vientre exige un cambio de aires. Gruño y apoyo las manos en las rodillas para levantarme.

—Vale —resoplo, caminando como un pato hacia las escaleras—. La costa debería estar despejada. Tiene una reunión con la familia de Helsinki a las dos. Eso debería darnos…

Abro la pesada puerta de la bodega y me quedo clavada en el sitio.

Mierda.

Razvan está de pie en el pasillo. No lleva la chaqueta. Las mangas de la camisa están remangadas, dejando al descubierto la tinta oscura de los tatuajes que lo marcan como el pakhan. Tiene los brazos cruzados sobre su ancho pecho, la cabeza ladeada y los ojos oscuros entrecerrados en dos peligrosas rendijas.

—Oh —digo, ofreciéndole una sonrisa tímida y con hoyuelos—. Hola, forastero. ¿Ya has terminado con los finlandeses?

—Los finlandeses se han marchado hace veinte minutos —retumba Razvan, con su voz como un trueno—. He pasado esos veinte minutos llamando a tu móvil. Te he buscado en los jardines, en la guardería y en la biblioteca. ¿Por qué estás en el sótano, Lena?

—Estaba… haciendo un inventario de la cosecha —miento de pena.

—Te estabas escondiendo —replica él, invadiendo mi espacio. No parece enfadado. Parece frenético, con ese familiar «pánico del embarazo» a flor de piel. Alarga la mano y la posa al instante en la parte baja de mi espalda para estabilizarme—. Tienes que beber agua. El médico dice que la hidratación es primordial en el tercer trimestre. Llevas una hora desaparecida. ¿Te sientes mareada? ¿Se mueve el bebé?

Pongo los ojos en blanco y echo la cabeza hacia atrás contra su hombro con un gemido cariñoso. —Razvan, he bebido suficiente agua como para llenar una piscina. Si bebo más, saldré flotando. Y sí, el bebé se mueve. Ahora mismo está intentando salir por mi columna vertebral porque le molesta que su padre vuelva a estar encima de él.

—No estoy encima de ti —espeta, incluso mientras coge un vaso de agua que una criada lleva convenientemente al pasar. Lo coge y me lo acerca a los labios—. Bebe.

—¡Tienes mil alertas en el móvil para mi vejiga, Razvan! ¡Me estás estresando! —le regaño, aunque doy un sorbo solo para apaciguar la

locura de sus ojos—. Mírate. Eres el hombre más temido de Rusia y estás temblando porque me eche una siesta en la bodega.

—Estoy protegiendo mis intereses —gruñe, pero se inclina y presiona un beso duro y prolongado en mi sien—. Eres mi corazón, Lena. Si te pasara algo porque no estoy vigilando…

—No va a pasar nada —susurro, ablandándome. Levanto la mano y le aliso las arrugas del ceño—. Soy fuerte. ¿Recuerdas?

—Demasiado fuerte —murmura. Me coge de la mano y me guía a la planta principal.

La puerta de entrada se abre y se cierra. El sonido de unas botas pesadas resuena por el vestíbulo, seguido de una risa familiar y bulliciosa. Me doy la vuelta, con los ojos muy abiertos de alegría. —¡Lyosha!

No corro —no podría aunque quisiera—, pero me dirijo con un contoneo veloz y digno hacia el hombre que entra en el vestíbulo. Lyosha se ha ido un mes de misión en el norte, y ahora luce una barba recia y una nueva cicatriz en la frente.

—¡Cuidado, pajarito! —se ríe Lyosha, y me envuelve en un abrazo de oso descomunal que consigue evitar mi barriga. Huele a aire frío y a pólvora—. Por Dios, Razvan, ¿qué le das de comer? Este bebé Volkov va a ser un gigante. A los diez años ya será más alto que yo.

—Va a ser un demonio, igual que su tío —dice Razvan, colocándose detrás de mí y reclamando su puesto como mi sombra.

Lyosha sonríe y le da una palmada en el hombro a Razvan. —Me alegro de estar de vuelta, jefe. El norte está tranquilo. Por ahora.

Su mirada pasa de largo y se posa en Nadia. De repente, el ambiente en la sala cambia. La calidez jovial se desvanece, reemplazada por una tensión aguda y eléctrica. A Lyosha se le oscurece la mirada y aprieta la mandíbula con tanta fuerza que oigo el hueso chasquear.

—Nadia —dice, y su voz baja una octava.

Nadia no sonríe. Ni siquiera acusa recibo del saludo. Se limita a ceñirse la chaqueta de punto sobre los hombros, y su rostro se convierte en una máscara de fría indiferencia. —Con permiso —dice en voz baja—. Tengo cosas que hacer.

Pasa a su lado sin dedicarle una segunda mirada. Lyosha no se mueve, pero su mirada la sigue hasta que desaparece al doblar la esquina, y la mano le tiembla a un costado como si quisiera alargarla para detenerla.

—Pero ¿qué…? —empiezo, mirando a Razvan—. ¿Qué ha sido eso? ¿Me he perdido algo? ¿De qué os conocéis vosotros dos?

Antes de que pueda exigir una explicación, un borrón de movimiento baja volando por la gran escalera. Theo, que ya tiene cinco años y se mueve con la aterradora seguridad de un príncipe, patina por el mármol.

—¡Tío Lyosha! —grita, y se lanza contra las piernas de Lyosha.

Lyosha se sacude cualquier fantasma que lo atormente y levanta al niño en el aire. —¡Ahí está! El futuro de la familia. ¿Me has echado de menos, enano?

—¿Lo has traído? —pregunta Theo, con sus ojos oscuros —muy parecidos a los de Razvan— brillando con una concentración singular e implacable—. Papá dice que tengo que esperar a ser mayor, pero tú dijiste que cuando volvieras me darías una pistola.

Toda la sala enmudece. Siento que la mano de Razvan se aprieta en mi cintura. Dmitri, que está de pie junto a la puerta, deja escapar un quejido de dolor.

—¡No! —grita toda la familia al unísono.

—Theo, ya hemos hablado de esto —dice Razvan, adelantándose con su voz de «papá»—. Tendrás una espada de madera. Quizá un arco cuando cumplas seis años. Nada de pistolas.

—¡Pero quiero proteger a mamá! —replica Theo, cruzando sus pequeños brazos y haciendo un puchero con la misma terquedad que Razvan usa durante las reuniones del consejo—. El bebé está en camino y va a ser pequeño. ¡Tengo que ser el escudo!

—Protegerás al pequeño con el cerebro, Theodore —digo, alargando la mano para pellizcarle la mejilla—. Y no provocándole un infarto a tu madre antes de que nazca el bebé.

—Quiero una pistola —murmura Theo por lo bajo, buscando el apoyo de Lyosha.

—A mí no me mires, enano —se ríe Lyosha, dejándolo en el suelo—. Tu padre me enterraría en el jardín si te diera un arma antes de que sepas atarte los cordones.

El vestíbulo se disuelve en un caos hermoso y animado. Theo empieza a perseguir a un golden retriever, Lyosha comienza a deleitar a Dmitri con historias del norte, y el personal de la casa se apresura, tratando de manejar el torbellino que acompaña a los hombres Volkov.

En medio del ruido, en medio de la locura que es nuestra vida, siento un calor familiar que me envuelve. Razvan se coloca detrás de mí, su ancho pecho es una pared sólida contra mi espalda. Me rodea la barriga con los brazos, sus manos descansando protectoramente sobre nuestro hijo por nacer. Se inclina, su aliento cálido contra mi oído.

—Son intensos, ¿verdad? —susurra.

—Son un desastre —convengo, reclinándome contra él, dejando que el peso del día se disipe.

—Pero son nuestro desastre —dice. Me hace girar en sus brazos, obligándome a mirarlo. La luz dorada del sol poniente le da en la cara, suavizando las duras facciones del Pakhan, dejando solo al hombre que se queda junto a mi cama del hospital y llora por mi

vida—. Te quiero, Lena. Cada frustrante segundo que pasamos juntos.

—Yo también te quiero, mi maravilloso, obsesivo y sobreprotector hombre —bromeo.

Entonces me besa; una promesa profunda y lenta que sabe a hogar. Detrás de nosotros, Theo grita algo sobre querer salir con el perro, Lyosha se ríe y la casa se siente llena.

Hace cinco años, éramos una mentira. Pero hoy, bajo la atenta mirada de los hombres que morirían por nosotros, por fin somos solo una familia.

Querido lector:

¡Gracias por leer **La cautiva del Pakhan**!

Si te encanta:

Reyes de la mafia posesivos

Hijos secretos y herederos ocultos

Una devoción del tipo «tócala y muere»

La familia que se elige

Romance de alto riesgo

Entonces te encantará el resto de la serie **Crowned in Sin.**

Cada libro presenta a un poderoso héroe de la mafia, un romance inolvidable y un final feliz garantizado.

Lee la serie completa aquí.